

CLIVE CUSSLER

y DIRK CUSSLER

LA FLECHA DE POSEIDÓN



Lectulandia

El presidente de Estados Unidos asiste a la presentación del prototipo de un submarino de guerra.

La botadura de la nave, calificada de alto secreto, inaugurará un período de supremacía naval norteamericana que puede durar décadas. Sin embargo, el científico responsable del diseño ha desaparecido junto con los planos de los últimos y fundamentales desarrollos tecnológicos.

La solución del misterio queda en manos de Dirk Pitt, y mientras él y su equipo recorren los confines del mundo en busca de la verdad, el revolucionario sistema de propulsión de la nave también desaparece.

Con la inestimable ayuda de su hijo Dirk, ingeniero naval, y de su hija Summer, oceanógrafa, la mente de Pitt empezará a vislumbrar la posibilidad de una conspiración.

Lectulandia

Clive Cussler & Dirk Cussler

La flecha de Poseidón

Dirk Pitt - 22

ePub r1.0

brusina 08.05.14

Título original: *Poseidon's Arrow*
Clive Cussler & Dirk Cussler, 2012
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: brusina
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Barbarigo

Océano Índico, octubre de 1943

El mar inquieto reflejaba el brillo de la media luna como una pincelada de mercurio en llamas. Al teniente Alberto Conti las olas iridiscentes le recordaron una acuarela de Monet en una sala oscura. El resplandor lunar, devuelto al cielo por la espuma plateada, iluminaba un banco de nubes muy al norte. Eran los flecos de una tormenta que regaba las fértiles costas de Sudáfrica a unas cincuenta millas.

Con la cabeza baja para protegerse de las ráfagas de llovizna, se volvió hacia el marinero que montaba guardia en la torre de mando del submarino italiano *Barbarigo*.

—Qué noche más romántica, ¿verdad, Catalano?

El joven puso cara de extrañeza.

—Hace una temperatura muy agradable, si se refiere a eso, señor.

Pese a estar tan cansado como el resto de la tripulación, seguía rígido en presencia de los oficiales: devoción juvenil, pensó Conti, que tarde o temprano desaparecería.

—No, la luz de la luna —dijo—. Seguro que esta noche también luce sobre Nápoles y hace brillar los adoquines. De hecho, no me sorprendería que ahora mismo algún guapo oficial de la Wehrmacht estuviera paseando con tu novia por la Piazza del Plebiscito.

El joven marino escupió a un lado y fijó su mirada llena de ira en el oficial.

—Mi Lisetta saltaría del puente de Gaiola antes de tener algo que ver con un cerdo alemán. Estoy tranquilo. En mi ausencia siempre lleva una porra en el bolso, y sabe usarla.

—Si armásemos a todas nuestras mujeres, puede que ni los alemanes ni los aliados se atrevieran a poner el pie en nuestro país —respondió Conti con una fuerte risa.

A Catalano, que llevaba varias semanas en el mar, y varios meses lejos de su tierra, no le hizo demasiada gracia el comentario. Tras escrutar el horizonte, asintió con la cabeza en dirección a la proa oscura del submarino que surcaba las olas.

—Señor, ¿por qué nos han relegado a misiones de transporte para los alemanes en vez de asaltar barcos de carga, que es para lo que fue construido el *Barbarigo*?

—Siento decirlo, pero ahora mismo somos todos marionetas del Führer —respondió Conti moviendo la cabeza. Ignoraba, como la mayoría de sus compatriotas, que en Roma se estaba maniobrando para que en cuestión de días Mussolini fuera expulsado del poder y se anunciara un armisticio con los aliados—. Y pensar que en 1939 teníamos una flota de submarinos mayor que la de los alemanes... Ahora nuestras órdenes las recibimos de la Kriegsmarine —añadió—. A veces el mundo no

es fácil de explicar.

—Pues a mí no me parece bien.

Conti recorrió con su mirada la enorme cubierta del submarino.

—Supongo que el *Barbarigo* es demasiado grande y lento para formar parte de los convoyes armados más recientes. Por eso ahora somos un simple carguero. Al menos podemos decir que antes de su conversión el *Barbarigo* tenía una gran hoja de servicios de la que jactarse.

Botado en 1938, el *Barbarigo* había hundido media docena de buques aliados en el Atlántico al comienzo de la guerra. Con más de mil toneladas de capacidad, superaba con creces el tamaño de los temidos submarinos tipo VII de la jauría alemana, pero el aumento de barcos alemanes hundidos había inspirado al almirante Dönitz para reconvertir algunos de los *sommergibili* italianos más grandes en cargueros. Así, tras verlo despojado de los torpedos, el cañón de proa e incluso una de las letrinas, el *Barbarigo* había sido enviado a Singapur con un cargamento de mercurio, acero y cañones de 20 milímetros para los aliados japoneses.

—A nuestro cargamento de regreso se le da una importancia decisiva para el resultado de la guerra, así que alguien tendrá que transportarlo, digo yo —señaló Conti.

Sin embargo, el teniente, en su fuero interno, estaba indignado con aquella misión. Como todos los tripulantes de submarino, tenía una veta cazadora, el ansia de acechar al enemigo; un enemigo que ahora supondría su muerte en caso de un encuentro, ya que, carente de armas y con sus escasos doce nudos de velocidad, el submarino tenía más de blanco fácil que de temido agresor.

Mientras una ola de corona blanca rompía en la proa, miró su reloj de pulsera con luz incorporada.

—Falta menos de una hora para que salga el sol.

En respuesta a la tácita orden, Catalano cogió los prismáticos y examinó el horizonte en busca de embarcaciones. El teniente hizo lo propio, y desde la torre de mando sometió el cielo y las aguas a una mirada circular mientras pensaba en Casoria, la pequeña localidad situada al norte de Nápoles donde le esperaban su mujer y su hijo pequeño. Detrás de su modesta granja había un viñado. De pronto sintió gran añoranza por las lánguidas tardes de verano en que corría por las verdes viñas, siguiendo a su pequeño.

Fue cuando lo oyó.

Además del zumbido de los dos motores diésel, había detectado algo distinto, una especie de silbido. Tenso y rígido, no perdió ni un segundo en fijar su posición.

—¡Cierra la escotilla! —gritó mientras bajaba por la escalera interna.

Poco después se disparó la alarma de inmersión, lo que hizo que toda la tripulación acudiera rauda a sus puestos. En la sala de máquinas, la acción de un gran

embrague interrumpió el movimiento de los motores diésel y delegó el impulso en una serie de motores de baterías eléctricas. La cubierta de proa empezó a encharcarse, así que Catalano cerró herméticamente la escotilla de la torre de mando y bajó a la sala de control.

En circunstancias normales, una tripulación bien instruida podía sumergir un submarino en menos de un minuto, pero el italiano, cargado al máximo de su capacidad y en modo de transporte, no podía hacer nada con celeridad. Finalmente, casi dos minutos después de que Conti detectara la proximidad del avión, se hundió con angustiosa lentitud.

Catalano llegó a la sala de control por la escalerilla, que resonó al compás de sus botas, y se apresuró a ocupar su puesto de emergencia para las maniobras de inmersión. El cambio a propulsión por baterías había hecho enmudecer el traqueteo de los motores diésel, y había dado paso a un silencio que apenas rompían los susurros de la tripulación. El capitán del *Barbarigo*, De Julio, un hombre de cara redonda, se frotó los ojos soñolientos mientras preguntaba a Conti si los habían visto.

—No sé qué decirle. No he llegado a ver el avión, pero la luna brilla, y el mar está relativamente en calma. Estoy seguro de que somos visibles.

—Pronto lo sabremos.

El capitán fue hacia el timón y consultó el indicador de profundidad.

—Veinte metros, y después todo a estribor.

El primer timonel del submarino asintió, repitiendo la orden, y cogió con más fuerza un gran timón de acero sin apartar la vista de los indicadores. Todos esperaban su destino en el silencio de la sala de control.

A trescientos metros sobre ellos, un pesado hidroavión británico, el PBY Catalina, soltó dos cargas de profundidad que giraron como dos peonzas hacia el mar. El avión de la RAF aún no estaba equipado con radar. Fue el artillero de la cola quien se percató de la blanca estela que dejaba el *Barbarigo* al surcar la ondulada superficie y, emocionado por el descubrimiento, pegó la nariz a la ventana acrílica y abrió mucho los ojos para ver zambullirse los dos explosivos en el mar. Unos segundos después brotaron dos pequeños géiseres.

—Un poco tarde, me parece —dijo el copiloto.

—Sí, es lo que sospechaba.

El piloto, un londinense alto y de bigote recortado, imprimió un brusco viraje al Catalina con la misma emoción que si sirviera el té.

Soltar cargas contra un submarino que ya no se veía era como una lotería, aunque siguiera percibiéndose su estela. Había que atacar deprisa. Las cargas se activaban a una profundidad preestablecida de poco más de siete metros. Con algo de tiempo, el submarino no tendría problemas en hundirse más allá de su alcance.

El piloto se dispuso a repetir la maniobra, guiándose por la boya que habían arrojado antes del ataque inicial. Los restos difuminados de la estela le permitieron calcular la trayectoria invisible del submarino. Dirigió el Catalina hacia un punto situado justo detrás de la boya.

—Maniobra de aproximación —le dijo al artillero—. Si ves el blanco, dispara.

El artillero, uno de los ocho miembros de la tripulación, centró la mira en el submarino, accionó una palanca e hizo desprenderse otras dos cargas de profundidad ubicadas bajo las alas del Catalina.

—Cargas de profundidad lanzadas. Esta vez diría que iban centradas, teniente.

—Bueno, pues lo repetiremos una vez más, por si las moscas, y después intentaremos avisar a algún barco que esté por aquí cerca —contestó el piloto, que ya había empezado a ladear bruscamente el hidroavión.

La doble explosión sacudió en lo más profundo los mamparos del *Barbarigo*; pero, a pesar del parpadeo de las luces y de los crujidos del casco, no se abrió ninguna vía de agua. Por un momento pareció que las secuelas no irían más allá del estallido atronador que había resonado en los tímpanos de la tripulación como si fueran las campanas de la basílica de San Pedro. De pronto, a la explosión se le añadió un sonido metálico que reverberó desde la proa, y al que sucedió un agudo chirrido.

El capitán sintió que el submarino se escoraba un poco.

—¡Quiero un informe detallado de los daños! —gritó—. ¿A qué profundidad estamos?

—A doce metros, señor —dijo el piloto.

La sala de control, donde no se oía ni una voz, fue impregnándose de una cacofonía de silbidos y chasquidos, mientras el submarino continuaba su inmersión. Sin embargo, lo que les puso los pelos de punta fue lo que no oyeron: el zambullido y la detonación de dos cargas de profundidad que estallaron junto a la embarcación.

El Catalina había errado el rumbo en su última pasada: el piloto había optado por el norte, mientras que el *Barbarigo* viraba hacia el sur. Dos explosiones finales en sordina sacudieron débilmente el submarino, ya fuera del alcance de los explosivos. La tripulación suspiró aliviada al darse cuenta de que, de momento, estaba a salvo. Quedaba un solo motivo de inquietud: la posibilidad de que los aliados alertasen a alguno de sus buques e insistieran en el ataque.

Una exclamación del timonel cortó en seco el alivio general.

—¡Capitán, parece que perdemos velocidad!

De Julio se acercó al asiento del piloto y examinó una hilera de indicadores.

—Los motores eléctricos funcionan a pleno rendimiento —dijo el joven marinero con la frente fruncida—, pero según mis datos el árbol de transmisión no gira.

—Que venga Sala a informarme de inmediato.

—Sí, señor.

Un marinero apostado junto al periscopio salió en busca del jefe de los mecánicos del *Barbarigo*, que apareció en el corredor sin darle tiempo a avanzar más de dos pasos.

Eduardo Sala, el mecánico jefe del submarino, se movía como un bulldozer. Robusto, se acercó al comandante con paso directo y categórico, y clavó en él sus severos ojos negros.

—Ah, Sala, estás aquí —dijo De Julio—. ¿Cuál es nuestro estado operativo?

—Sin daños en el casco, señor. Lo que hay son muchas filtraciones en el cierre de la escotilla principal, pero estamos intentando contenerlas. Puedo darle el parte de heridos: Parma, el mecánico, se ha roto la muñeca durante el ataque, por culpa de una caída.

—Muy bien, pero ¿y la propulsión? ¿Han quedado inutilizados los motores eléctricos?

—No, señor. He desconectado los principales.

—¿Estás loco, Sala? ¿Nos atacan y tú desconectas los motores?

Sala le miró con desprecio.

—Ahora son irrelevantes —murmuró.

—Pero ¿qué dices? —preguntó De Julio, extrañado por las evasivas del mecánico.

—Es la hélice —dijo Sala—. Una carga de profundidad ha torcido o desviado alguna pala, y se ha soltado al entrar en contacto con el casco.

—¿El qué, la pala? —dudó De Julio.

—No... Toda la hélice.

Sus palabras flotaron en el aire como un toque de difuntos. Sin su única hélice, el *Barbarigo* sería como un corcho zarandeado por el mar. De repente su base, el puerto de Burdeos, parecía tan alejado como la luna.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el capitán.

El hosco mecánico movió la cabeza.

—Nada, rezar —dijo en voz baja—. Rezar para que el mar tenga piedad.

I.

LA FLECHA DE POSEIDÓN

1

Desierto de Mojave, California
Junio de 2014

Llegó a la conclusión de que era un mito, un cuento chino. Había oído muchas veces que las temperaturas abrasadoras del desierto se volvían gélidas de noche, pero ahora podía afirmar que en aquella época, en pleno desierto del sur de California, no era así. El sudor empapaba su fino jersey negro en las axilas y se acumulaba por toda la zona lumbar. La temperatura persistía en no bajar de los treinta y dos grados, como mínimo. Una mirada a su reloj con luz le permitió comprobar que eran las dos de la madrugada.

En realidad no podía decirse que le agobiase el calor. Nacido en Centroamérica, había pasado toda la vida en las selvas de la región, participando en más de una guerrilla. Pero el desierto era algo nuevo para él y no se esperaba aquel calor nocturno.

Miró hacia el fondo del secarral, donde un grupo de farolas encendidas señalaba la entrada a un gran complejo minero a cielo abierto que se extendía por las colinas.

—No debería faltar mucho para que Eduardo llegue a la caseta de los vigilantes —le dijo a un hombre con barba tendido boca abajo en una hondonada de arena.

Iban vestidos de modo similar, con ropa negra, botas militares y una gorra de punto muy calada. Su compañero, cuyo rostro brillaba de sudor, bebió de una botella de agua.

—Ojalá se dé prisa. Por aquí hay serpientes de cascabel.

El otro sonrió en la oscuridad.

—Es de lo que menos tenemos que preocuparnos, Juan.

Un minuto después, dos emisiones de estática hicieron crepitar la radio de su cinturón.

—Es él. Vamos.

Se levantaron y se pusieron unas mochilas ligeras. Toda la ladera de enfrente estaba salpicada por las luces de los edificios de la mina, cuyo resplandor bañaba el árido desierto. Caminaron un poco hasta la valla metálica que rodeaba el complejo. El más alto de los dos se puso de rodillas y buscó un cortaalambres en su mochila.

—No creo que haga falta cortar nada, Pablo —susurró su compañero.

Señaló un arroyo seco al lado de la valla. En medio del lecho la tierra arenosa estaba blanda, así que no le costó mucho apartarla con el pie. Con la ayuda de Pablo empezó a escarbar hasta hacer un pequeño agujero debajo de la valla. Pasaron las mochilas y se deslizaron al otro lado.

Un ruido sordo hacía vibrar el aire, la algarabía mecánica de una mina a cielo

abierto que no descansaba ni un momento. Dejando a la derecha la caseta de los vigilantes, ascendieron por una suave cuesta que llevaba a la mina propiamente dicha. En diez minutos llegaron a un grupo de viejos edificios unidos entre sí por grandes cintas transportadoras. Al fondo había una excavadora que apilaba mena en una de las cintas, por la que la transportaban a un contenedor elevado.

Continuaron subiendo hacia otro grupo de edificios de la misma ladera. Como el pozo se interponía en su camino, tuvieron que atravesar la zona de operaciones, donde se trituraba y molía la mena. La rodearon corriendo, protegidos por la oscuridad. Después cruzaron la parte trasera de un gran edificio con funciones de depósito, y al llegar a un claro entre las edificaciones apretaron el paso y dejaron a su izquierda un búnker medio enterrado. De pronto se abrió una puerta en medio del edificio que tenían delante. Se separaron; mientras Juan se echaba a un lado y se parapetaba en el búnker, Pablo corrió hacia un lado de la construcción.

No pudo llegar.

De pronto se encendió una luz amarilla que le deslumbró.

—Como no te quedes quieto te arrepentirás del próximo paso —dijo una voz ronca.

Pablo se detuvo a mitad de una zancada; fue una parada exagerada, durante la que aprovechó para sacar con habilidad de su cadera izquierda una minipistola automática que ocultó en la palma de su mano, cubierta por un guante.

El rollizo vigilante se acercó despacio, manteniendo la linterna enfocada en sus ojos. Vio que el intruso era un hombre corpulento y bien proporcionado, de más de metro ochenta. Su tez morena, tersa y flexible, contrastaba con unos ojos negros que ardían con malévolos fiereza. Una franja de piel más clara, recuerdo de una antigua reyerta a cuchilladas, cruzaba su barbilla y su mandíbula izquierda.

Al guardia no le hizo falta mirar más para saber que no había entrado por casualidad, así que se detuvo a una distancia prudencial con una Magnum del 357 en la mano.

—Bueno, venga, pon las manos en la cabeza y dime dónde está tu amigo.

El traqueteo de una cinta silenció los pasos de Juan, que salió corriendo de detrás del búnker y le clavó un cuchillo en los riñones al vigilante. Tras una mirada de sorpresa, el guardia se quedó muy rígido, a la vez que se le disparaba la pistola. La bala silbó muy por encima de la cabeza de Pablo. Después, el vigilante cayó al suelo en una nube de polvo.

Pablo levantó la pistola en previsión de que acudiesen otros vigilantes, pero no vino nadie. El estruendo de las cintas y el martilleo de la trituradora habían hecho que el disparo pasara desapercibido. Una rápida llamada por radio a Eduardo confirmó que no había actividad en la entrada principal. Nadie más había detectado su presencia en las instalaciones.

Juan limpió su cuchillo en la camisa del muerto.

—¿Cómo nos ha visto?

Pablo echó un vistazo al búnker. Hasta entonces no se había percatado de que en la puerta había un letrero rojo y blanco donde ponía:

PELIGRO: MATERIALES
EXPLOSIVOS.

—En este búnker hay explosivos. Deben de tenerlo vigilado.

Echó pestes contra su mala suerte. El búnker de los explosivos no salía en su mapa. Toda la operación estaba en jaque.

—¿Lo volamos? —preguntó Juan.

Les habían ordenado inutilizar el complejo, pero haciendo que pareciera un accidente, cosa que de repente era mucho pedir. Podían emplear los explosivos del búnker en su provecho, pero estaban demasiado lejos de su verdadero objetivo.

—No, déjalo.

—¿Y el vigilante? ¿Se queda donde está? —preguntó Juan.

Pablo negó con la cabeza, desabrochó el cinto del muerto y le quitó los zapatos. Acto seguido registró sus bolsillos, de los que sacó una cartera y medio paquete de cigarrillos. Lo guardó todo en la mochila, incluida la Magnum del 357. Un charco de sangre se ensanchaba en torno a sus pies. Le echó un poco de arena. Después cogió uno de los brazos del vigilante, mientras Juan levantaba el otro, y arrastraron el cadáver en la oscuridad.

En treinta metros llegaron a una cinta elevada sobre la que corrían trozos de mena del tamaño de melones. Juntando sus fuerzas, arrojaron el cadáver a la cinta, y Pablo vio que se alejaba hasta quedar depositado en un gran contenedor metálico.

El mineral, un fluorocarbono llamado bastnasita, ya había pasado por la primera fase de troceo y criba. El cadáver del vigilante se sometió a otra fase de pulverización que reducía la mena a trozos del tamaño de pelotas de béisbol. La tercera molienda repetía el proceso, desmenuzando las piedras hasta convertirlas en una grava fina. Si alguien hubiera examinado el grueso polvo marrón que se acumulaba al final de la cinta, le habría llamado la atención un tinte rojo peculiar, señal de los despojos del vigilante.

Aunque el triturado y el molido constituyesen fases importantes del funcionamiento de la mina, no eran tan decisivos como el otro complejo, el del final de la cuesta. Pablo vio a lo lejos las luces de varios edificios donde se filtraba la mena triturada para separarla en varios componentes. Al no advertir vehículos en movimiento, salió de prisa en compañía de Juan.

Tuvieron que bordear el lado este del pozo y esconderse en una tubería al paso de un volquete. Poco después, Eduardo les avisó de que otro vigilante hacía su ronda en una camioneta. Estuvieron casi veinte minutos sin moverse, agazapados detrás de una montaña de escoria, hasta que la camioneta regresó a la entrada principal.

Tras acercarse a los dos edificios más grandes del complejo superior, giraron a la derecha, hacia un pequeño cobertizo ubicado frente a un enorme tanque de propano. Juan cogió el cortaambres y practicó una abertura en la tela metálica que protegía el tanque. Pablo la cruzó, rodeó el tanque y, al llegar a la válvula de llenado, se puso de rodillas, sacó de su mochila una pequeña carga de explosivos plásticos, conectó un detonador y colocó los explosivos debajo de la válvula. Finalmente programó el temporizador digital en veinte minutos, lo accionó y salió corriendo por el agujero.

Pocos metros más allá empezó a desperdigar los zapatos, la pistola y la funda del vigilante. También tiró al suelo la cartera con el dinero dentro y el paquete arrugado de cigarrillos. Aunque no pareciera muy probable, quizá una investigación superficial responsabilizase al guarda de haber incendiado sin querer un tanque defectuoso y de haber desaparecido en la explosión.

Los dos hombres se acercaron rápidamente al siguiente edificio, una gran estructura metálica que contenía decenas de cubas mecanizadas llenas de soluciones de filtrado. Las cubas las vigilaba un pequeño grupo de operarios en turno de noche.

En vez de entrar, se dirigieron a una cerca con agentes químicos almacenados contra una pared. En menos de un minuto Pablo adhirió otra carga con temporizador a un palé de bidones donde ponía:

ÁCIDO SULFÚRICO

y huyó en la oscuridad.

Cien metros más allá había otro edificio de extracción. Se dirigieron allí, sin ninguna prisa, mientras seguía la cuenta atrás de los temporizadores. Pablo encontró detrás del edificio la válvula de un conducto principal de aguas. Con la vista en su reloj, esperó el momento previo a las detonaciones para girarla y cortar el suministro al edificio.

Pocos segundos después, el tanque de propano se incendió con una explosión que reverberó por las montañas. Un resplandor de un azul intenso inundó el paisaje y convirtió la noche en día. La parte superior del tanque salió disparada como un cohete Atlas y silbó por los aires hasta que se estrelló en la mina a cielo abierto como una bola de fuego. Una lluvia de metralla acribilló los edificios, los coches y la maquinaria en un radio de cien metros alrededor del tanque.

Aún no habían dejado de caer escombros cuando la segunda detonación lanzó al

primer complejo de extracción una montaña de barriles llenos de ácido sulfúrico. Los operarios salieron corriendo entre gritos, mientras los proyectiles destrozaban las cubas de filtrado de la mena, haciendo que se desprendiese una horrible mezcla de sustancias químicas tóxicas. En medio del humo se abrían puertas y salía gente.

Cerca del segundo edificio, en una zanja, Juan y Pablo esquivaban los escombros, atentos a una puerta. Al oír las explosiones, unos cuantos operarios asomaron la cabeza por curiosidad y, al ver humo y llamas en las instalaciones de extracción, llamaron a sus compañeros y salieron corriendo hacia el otro edificio para ver si podían ser de ayuda. Pablo contó a las personas que salían. Al llegar a seis, se levantó y fue hacia la puerta.

—Tú quédate aquí y cúbreme.

Justo cuando iba a coger el tirador lo giraron desde el otro lado. Era una mujer con bata de laboratorio, cuya brusca irrupción le hizo apartarse de un salto. Concentrada en la humareda, la mujer siguió a sus compañeros sin haber reparado en su presencia.

Pablo entró en una sala muy iluminada, llena de tanques de extracción. Giró a la izquierda y fue al extremo del edificio, en cuya pared se sucedían grandes cubas de almacenamiento. Tras examinar sus etiquetas se acercó a una de las más grandes. QUEROSENO. Arrancó una manguera de su base y abrió la pieza de latón que servía de válvula. Un líquido corrió como un torrente por el suelo y llenó la sala de olor a gas.

Cogió varias batas de un perchero y corrió por todo el edificio, embutiéndolas en los desagües. El líquido, muy fluido, tardó poco en extenderse hasta encharcar casi todo el suelo de cemento. El incendiario volvió a la puerta y se sacó un mechero del bolsillo. Cuando el queroseno empezó a correr entre sus pies, se agachó, le prendió fuego y se alejó del edificio a toda velocidad.

Poco volátil y con un punto de inflamación elevado, el queroseno no explotó, sino que se incendió, lo que creó un río de llamas. La activación de detectores de humo en todo el edificio puso en marcha los aspersores empotrados en el techo, pero solo durante un segundo, hasta agotar el suministro de agua. A partir de entonces el fuego corrió a sus anchas.

Pablo huyó sin volverse hacia el barranco donde le esperaba su compañero.

Juan levantó la mirada y movió la cabeza.

—Eduardo dice que ya viene el centinela de la entrada principal.

En el recinto todo eran alarmas y sirenas, pero nadie se había fijado aún en la columna de humo que expulsaba el techo de la construcción anexa. Eran las tres de la madrugada, y en las instalaciones no había nadie en situación de hacer frente a varios incendios a la vez. En cuanto a los bomberos municipales, estaban a cincuenta kilómetros.

Pablo no perdió el tiempo en contemplar la incineración. Después de hacer una señal con la cabeza a su compañero, salió disparado hacia el este. Juan le dio alcance con dificultad. Cruzaron la pista de tierra que llevaba a la entrada principal justo antes de que se aproximase un vehículo. Al otro lado de la carretera, el terreno fue dejando paso a las ondulaciones abiertas del desierto. Se echaron al suelo al oír pasar el primer coche de seguridad. Poco después encontraron otra valla. El agujero que hicieron tenía el tamaño justo para que uno de los dos pasase a rastras mientras el otro levantaba la tela metálica.

En cuarenta minutos de incesante marcha, durante los que consumieron sus botellas de agua, llegaron a la carretera principal, situada a algo más de tres kilómetros. A partir de ese punto siguieron hacia el este, paralelos a la carretera. En poco tiempo encontraron una camioneta negra de cuatro puertas aparcada cerca de un conducto, pero que no se apreciaba a simple vista. Al volante, fumando un cigarrillo, estaba Eduardo, el tercero del grupo, con un polo gastado.

Pablo y Juan se quitaron las mochilas, así como las gorras y los jerséis negros, que sustituyeron por camisetas y gorras de béisbol.

—Enhorabuena —dijo Eduardo—. Parece que os ha salido bien.

Pablo se volvió por primera vez a contemplar la instalación minera. Sobre el complejo flotaban remolinos de humo iluminados por destellos de fuego anaranjado que brotaban de varios puntos. Los dispositivos antiincendios de la mina se estaban mostrando lamentablemente ineficaces. Todo indicaba que la pira aún no había alcanzado su apogeo.

Se permitió media sonrisa. Todo se había ajustado al plan, salvo la aparición del vigilante. Pronto las dos instalaciones principales de extracción, que constituían el núcleo del recinto, quedarían reducidas a ruinas chamuscadas, y al no poder procesar mena todo el complejo quedaría paralizado entre uno y dos años. Con algo de suerte, quizá lo atribuyeran a un infausto accidente.

Siguiendo su mirada, Juan observó la hoguera con satisfacción.

—Parece que esta noche hemos incendiado todo el estado.

Los ojos de Pablo se fijaron en Juan, con un reflejo de llamas en la lejanía.

—No, amigo mío —dijo con una sonrisa pérfida—, lo que hemos incendiado es el mundo entero.

El sudor que le caía por el cuello al presidente mojaba las solapas de su camisa blanca almidonada. El mercurio se acercaba a los cuarenta grados, algo poco habitual para Connecticut en junio. La leve brisa que llegaba del estrecho de Block Island no era suficiente contra la humedad, que convertía en un sofocante invernadero el astillero fluvial. Dentro de un vastísimo espacio verde de ensamblaje que recibía el nombre de Edificio 260, el aire acondicionado libraba una inútil batalla contra el calor de la tarde.

En 1910, la Electric Boat Corporation había empezado a fabricar motores diésel para embarcaciones a orillas del río Támesis, pero al final se había centrado en la construcción de submarinos. Desde 1934, el año de la entrega del primero a la marina, los astilleros de Groton habían construido todos los buques de guerra subacuáticos de primera clase del país. Dentro del edificio verde se erguía casi completo el imponente casco del *North Dakota*, el último submarino de ataque rápido de clase Virginia.

El presidente gruñó al descender al suelo de cemento por el andamio de la torre de mando del *North Dakota*. Hombre corpulento y nada amigo de los espacios cerrados, se alegró de haber llegado al final de la visita. Al menos dentro del submarino se estaba algo más fresco. Con la economía hecha un desastre y el Congreso empantanado por enésima vez, visitar un astillero parecía lo menos prioritario de su agenda. Sin embargo, le había prometido al secretario de Marina que iría a levantarles la moral a los trabajadores. Mientras su escaso séquito pugnaba por darle alcance, disimuló su irritación mostrándose admirado ante las dimensiones del submarino.

—Toda una proeza constructiva.

—Sí, señor —dijo un hombre rubio vestido con traje a medida y que no se separaba de su lado, como si los hubieran atado juntos—, una verdadera hazaña tecnológica.

Durante sus tiempos en el Capitolio, antes de ingresar en la administración, Tom Cerny, el subjefe de gabinete, se había especializado en temas de defensa.

—Es un poco más largo que los de clase *Seawolf*, pero en comparación con un Trident resulta diminuto —dijo el guía, un ingeniero jefe de la Electric Boat muy campechano—. La mayoría de la gente está acostumbrada a verlos en el agua, donde solo se aprecia un tercio de su volumen.

El presidente asintió. Sobre ellos se cernían ciento quince metros de casco, sustentados en enormes pilares.

—Será una magnífica incorporación a nuestro arsenal. Les agradezco la oportunidad de verlo desde tan cerca.

En ese momento se aproximó un almirante, un tal Winters, de semblante pétreo.

—Señor presidente, estamos encantados de que haya podido ver en primicia el *North Dakota*, pero no es el motivo de que le hayamos pedido que venga.

El presidente se quitó un casco blanco con el sello presidencial y se lo dio al almirante para enjugarse una gota de sudor de la frente.

—Si podemos meter en el paquete un poco más de aire acondicionado y un refresco, yo encantado.

Le acompañaron por todo el edificio hasta una puertecilla vigilada por un guardia uniformado. No estaba cerrada con llave. El grupo presidencial la cruzó en fila india, mientras una cámara de vídeo captaba sus rostros uno a uno.

El almirante encendió una hilera de luces en el techo, que iluminaron una sala estrecha de unos ciento veinte metros de longitud. El presidente vio otro submarino casi terminado. En este caso, sin embargo, no se parecía a ninguna embarcación que conociera.

Era aproximadamente la mitad de grande que el *North Dakota*, pero con un diseño radicalmente distinto. Su casco, completamente negro y más estrecho de lo habitual, se afilaba mucho a proa. En la cubierta superior se elevaba una torre de mando baja y en forma de huevo, de apenas unos metros. Cerca de la popa había dos tanques grandes y estilizados que recordaban a la cola de un delfín. Lo más insólito, con todo, eran dos estabilizadores retráctiles en forma de alas triangulares que se proyectaban desde los flancos. Cada uno llevaba debajo cuatro grandes tubos.

Al presidente aquel diseño le recordó una mantarraya gigante que había visto mientras pescaba en Baja California.

—Pero ¿se puede saber qué es esto? —preguntó—. No tenía constancia de que estuviéramos construyendo nada más aparte de los clase Virginia.

—Es el *Flecha de los mares*, señor —dijo el almirante—, un prototipo creado en el marco de un programa secreto de I+D con la finalidad de poner a prueba las tecnologías más avanzadas.

Cerny se volvió hacia el almirante.

—¿Por qué no se ha informado del programa al presidente? Me gustaría saber cómo se ha financiado.

La mirada que clavó en él el almirante tenía la misma calidez que la de un pitbull famélico.

—El *Flecha de los mares* se ha construido con fondos de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados en Defensa, la DARPA, y la Oficina de Investigación Naval. Y en estos momentos se está dando a conocer su existencia al presidente.

Sin hacerles caso, el presidente se empezó a pasear por todo el submarino, observando los extraños apéndices del casco. Examinó un círculo concéntrico de pequeños tubos que salía de la proa. Después fue a popa y reparó en que el submarino

no tenía hélices. Dirigió una mirada interrogante a Winters.

—Bueno, almirante, ya ha despertado mi curiosidad. Hábleme del *Flecha de los mares*.

—Eso, señor presidente, lo dejaré en manos de Joe Ebersson, que es quien dirige el proyecto. Ya le conoce. Es el director de Tecnología de Plataformas Marítimas de la DARPA.

Un hombre con barba y ojos inquisitivos se abrió paso hasta la primera fila. Hablaba con ponderación y cierto acento de Tennessee.

—Señor, el *Flecha de los mares* se ha construido, o se está construyendo, como un salto multigeneracional en la tecnología submarina. Estamos puenteando el proceso de desarrollo tradicional mediante la integración directa en la construcción de una serie de tecnologías punta y teorías avanzadas. Empezamos con un número planificado de características técnicas que se encontraban en un estadio puramente conceptual. Gracias al intenso esfuerzo de un gran número de equipos técnicos independientes de todo el país, tengo el placer de informarle de que nos hallamos muy cerca de presentar el submarino de ataque más avanzado de la historia.

El presidente asintió.

—Bueno, explíqueme qué son todos estos apéndices tan raros. Parecen algún tipo de animal volador del Jurásico.

—Empezaremos por la popa. Se habrá dado cuenta de que no tiene hélice. —Ebersson señaló los tanques redondeados—. Para eso están aquellos dos cilindros exteriores. El *Flecha de los mares* se impulsará mediante un sistema de propulsión sin árbol. Como acaba de ver, el *North Dakota* usa un reactor nuclear para alimentar una turbina de vapor tradicional, que a su vez hace girar una hélice montada en el eje. En el *Flecha de los mares* hemos pasado a un sistema exterior que se alimentará directamente del reactor. Cada uno de estos tanques acampanados contendrá un motor magnético permanente de gran potencia que alimentará un sistema de propulsión a chorro por bombeo. —Ebersson sonrió—. Aparte de reducir drásticamente el ruido, el diseño libera una enorme cantidad de espacio interno, lo que nos ha permitido reducir las dimensiones totales de la nave.

—Y esos motores magnéticos permanentes ¿qué son?

—Una evolución, por no decir revolución, del motor eléctrico, que ha sido posible gracias a los últimos avances en ciencia de los materiales. Se sintetiza una mezcla de elementos minerales raros para crear imanes de una potencia extraordinaria con los que, acto seguido, se envuelven motores de corriente directa y alto rendimiento. Hemos dedicado muchas horas de investigación a perfeccionar esos motores, y estamos convencidos de que revolucionarán los sistemas de alimentación de nuestros futuros barcos de guerra.

Al asomarse al deflector de uno de los tanques, el presidente vio que se filtraba

luz desde lo alto.

—Parece vacío.

—Es que aún no hemos recibido ni instalado los motores. El primero tiene que llegar la semana que viene del laboratorio de investigación naval de Chesapeake, en Maryland.

—¿Y están seguros de que funcionarán?

—Aún no hemos probado motores de este tamaño, pero nuestras pruebas de laboratorio nos llevan a creer que rendirán según las previsiones.

El presidente se agachó para pasar por debajo de uno de los estabilizadores alargados y miró hacia arriba, hacia un par de tubos que sobresalían de la torre de mando a proa y popa.

Eberson le siguió sin interrumpir sus explicaciones.

—Las extensiones en forma de ala son estabilizadores retráctiles para operaciones de gran velocidad. Se meten automáticamente en el casco cuando la velocidad baja de los diez nudos. El contenedor en forma de tubo es un portatorpedos con capacidad para cuatro proyectiles. Se pueden recargar rápidamente al meter en el casco el estabilizador.

Eberson señaló los dos objetos cilíndricos que tenía encima.

—Esto son cañones submarinos Gatling, parecidos a los que se usan en los barcos para disparar proyectiles de uranio empobrecido como último recurso contra los misiles. Los nuestros están diseñados para disparar bajo el agua mediante aire comprimido como protección de emergencia antimisiles. Lógicamente, contamos con que la mayoría de los torpedos enemigos ni siquiera llegarán a acercarse a nosotros.

Siguió al presidente, que se aproximaba al casco.

—Verá que la torre de mando está diseñada para permitir grandes velocidades.

—No parece que haya mucho sitio para el periscopio.

—Es que el *Flecha de los mares* no tiene periscopio, al menos en el sentido tradicional —dijo Eberson—. Utiliza una cámara de vídeo de tipo ROV conectada a un cable de fibra óptica que se puede extender desde los doscientos cuarenta metros de profundidad para que la tripulación tenga una imagen de alta definición de lo que sucede en la superficie.

El presidente siguió caminando hacia donde se afinaba la proa. Levantó una mano para acariciar uno de los pequeños tubos que sobresalían como finas lanzas.

—¿Y esto?

—Es la pieza decisiva que hará que encaje todo —dijo Eberson—. Se trata de una mejora secundaria que esperamos poder implementar, basada en un descubrimiento tecnológico de una de las empresas que colaboran con nosotros en California...

El almirante Winters le interrumpió.

—Señor presidente, ¿qué le parece una visita rápida del interior? Después le

tenemos preparada una breve presentación que debería responder a todas sus preguntas.

—De acuerdo, almirante, aunque aún estoy esperando mi refresco.

El almirante arrastró al grupo a un breve paseo por el interior, cuyo diseño de líneas puras y modernas contrastaba mucho con el *North Dakota*, al igual que los sistemas automatizados. El comandante jefe observó en silencio el puesto de control de última tecnología, el pequeño número de acogedores camarotes y la curiosa colección de sillones acolchados y dotados de un arnés completo de seguridad distribuidos por la nave.

Después de la visita llevaron al presidente a una sala de reuniones protegida, donde finalmente le sirvieron una bebida refrescante. La actitud del presidente, tan jovial de costumbre, se había endurecido, y de ello se hacía eco Cerny, su asistente.

—Bueno, señores —tronó el presidente—, ¿qué pasa exactamente aquí? Yo veo mucho más que una simple plataforma de prueba para nuevas tecnologías. Lo que veo es una embarcación en estado de navegar y que está a punto de entrar en servicio.

—Señor —dijo el almirante con un carraspeo—, lo que ofrece el *Flecha de los mares* es un cambio completo de escenario. Ya sabe que últimamente han aumentado los peligros a los que se expone nuestra fuerza naval. Los iraníes han comprado a los rusos toda una serie de nuevas tecnologías submarinas, y trabajan a un ritmo febril para aumentar su flota de submarinos de clase Kilo. Gracias a los ingresos del petróleo, los propios rusos han incrementado de manera drástica su construcción naval con la finalidad de sustituir su envejecida flota. También están los chinos, claro: aunque insistan en decir que su expansión militar posee finalidades estrictamente defensivas, a nadie se le escapa que han aumentado su flota a gran velocidad. Según nuestras fuentes, cualquier día de éstos pasará a ser operativo su submarino nuclear de tipo 097. Todo ello se traduce en un mayor peligro tanto en el Pacífico como en el Atlántico y el golfo Pérsico.

El almirante miró al presidente a los ojos, con una sonrisa triste.

—De este lado tenemos una flota que no deja de disminuir a medida que se disparan los gastos de cada nueva embarcación. Teniendo en cuenta que cada submarino de la clase Virginia cuesta más de dos mil millones de dólares, todos sabemos que con un presupuesto en perpetuas restricciones el número de los que pueden construirse es reducido.

—La deuda nacional sigue descontrolada —dijo el presidente—, así que el ejército tendrá que tomar la misma medicina que el resto del país.

—Justamente, señor, y eso nos lleva al *Flecha de los mares*. Eliminando el largo ciclo de investigación-producción, y apoyándonos en algunas economías de escala del programa Virginia, hemos podido construirlo por una pequeña parte de lo que cuesta el *North Dakota*. Como ve, se ha ensamblado con la máxima discreción.

Hemos aunado intencionadamente su construcción con la del *Dakota* para distraer y no levantar sospechas en las entregas de componentes. Esperamos botarlo en secreto para hacer algunas pruebas en el mar cuando se encargue públicamente el *North Dakota*.

El presidente frunció el ceño.

—De momento han disimulado de maravilla.

—Gracias, señor. Como le ha comentado el doctor Eberson, lo que tiene usted delante es el submarino técnicamente más avanzado de la historia. La propulsión sin árbol, los lanzatorpedos exteriores, el sistema de eliminación de torpedos enemigos... Todos son aspectos de última tecnología, pero hay otro elemento en el diseño que es el que marca la gran diferencia.

Eberson ya había puesto un disco en un proyector.

En una pantalla blanca apareció un vídeo de la popa abierta de un pequeño barco que se balanceaba en un lago de montaña. Dos hombres levantaban de la cubierta un artilugio de intenso color amarillo, en forma de torpedo, y lo depositaban en un lado. Por sus apéndices en forma de ala, el presidente vio que era una maqueta del *Flecha de los mares* operada por control remoto.

—Es un modelo a escala —dijo Eberson—, construido siguiendo exactamente la misma configuración y usando el mismo tipo de sistema propulsor.

Justo cuando lanzaban la maqueta al agua, la toma pasaba a una cámara de a bordo. Una fila de indicadores numéricos superpuestos al pie de la pantalla indicaba la velocidad, la profundidad, el paso, el cabeceo y la guiñada del modelo.

Tras alcanzar un poco de profundidad, este último empezó a acelerar por las plácidas aguas verdes. A medida que el pequeño submarino incrementaba su velocidad, los sedimentos del lago iban formando remolinos. De repente la pantalla se llenó de burbujitas que enturbiaron la imagen. La maqueta seguía acelerando sin que se despejase la toma. El presidente se quedó boquiabierto al ver que el indicador de velocidad alcanzaba las tres cifras. Finalmente la maqueta frenó y volvió a la superficie, donde la recogieron justo antes del final del vídeo.

Hubo un momento de silencio, roto por la voz baja del presidente.

—¿Debo entender que esta maqueta alcanzó una velocidad de ciento cincuenta millas por hora debajo del agua?

—No, señor —contestó Eberson sonriendo—. La velocidad que alcanzó fue de ciento cincuenta nudos, que en millas serían unas ciento setenta y dos.

—Eso es imposible. Siempre me han dicho que las tecnologías de propulsión naval no pueden superar los setenta o los ochenta nudos. El propio *North Dakota* solo llega a los treinta y cinco.

—¿Los rusos no habían inventado una especie de torpedo que podía ir a cien nudos? —preguntó Cerny.

—Sí, tienen el Shkval —dijo Eberson—, que es un torpedo muy rápido impulsado por cohetes. El *Flecha de los mares* se basa en un principio parecido. Más que la propulsión, lo que le permite ir a estas velocidades es la supercavitación.

—Perdone mi falta de conocimientos técnicos —le interrumpió el presidente—, pero ¿la supercavitación no tiene algo que ver con las perturbaciones del agua?

—Sí. En el caso que nos ocupa se trata de crear una burbuja de agua alrededor del objeto que se desplaza bajo el agua. Esta burbuja elimina la resistencia del agua y abre la vía a velocidades mucho mayores. Los tubos de la proa del *Flecha de los mares* formarán parte del sistema de supercavitación que esperamos poder desplegar. Confiamos mucho en que la combinación de este fenómeno con los motores magnéticos de gran potencia permita alcanzar velocidades de este orden, sin las limitaciones de alcance que sufren los rusos con sus torpedos de cohetes.

—No le digo que no —intervino Cerny—, pero entre un torpedo y un submarino de sesenta metros hay bastante diferencia.

—Las diferencias atañen más que nada al tema del control en velocidades muy altas —dijo Eberson—. Las alas jurásicas del *Flecha de los mares*, como las ha descrito el señor presidente, ayudarán a proporcionar estabilidad. Por lo que respecta al sistema de supercavitación en sí, incidirá de forma más directa en el control manipulando el tamaño y la forma de la burbuja de gas. En naves de estas dimensiones no se ha verificado aún la teoría, pero el proveedor del sistema confía en su aptitud. De hecho, la semana que viene haré el seguimiento de la última prueba de la maqueta, que será en el mar.

El presidente se sentó y se acarició la barbilla hasta lanzar una mirada cómplice al almirante.

—Almirante, si el submarino funciona como dicen, ¿qué querría decir, exactamente?

—El *Flecha de los mares* nos pondrá veinte años por delante de nuestro adversario más cercano. Supondrá neutralizar a todos los efectos los esfuerzos de China, Rusia e Irán. Tendremos a nuestra disposición un arma prácticamente invulnerable. Solo con unos cuantos *Flecha de los mares* podremos defender cualquier punto del planeta casi sin antelación. Lo que significa de verdad, señor, es que no tendremos que preocuparnos por la seguridad marítima durante lo que nos quede de vida.

El presidente asintió con la cabeza. Fue como si el calor y la humedad se hubieran disipado de golpe. Por primera vez en todo el día, sonrió.

3

Sobre el puerto deportivo flotaba la típica penumbra matinal del sur de California, con el aire húmedo de llovizna. Joe Ebersson se apartó del volante del coche de alquiler, echó un vistazo al aparcamiento y fue al maletero para sacar una caja de aparejos y una caña de pescar. Los había comprado la noche anterior, poco después de aterrizar en el aeródromo Lindbergh de San Diego en un vuelo procedente de la costa Este. Se puso una gorra gastada de pescador y se adentró tranquilamente en el extenso puerto deportivo de Shelter Island.

Ignorando el zumbido de un avión de vigilancia Hawkeye E-2 que estaba despegando del aeródromo naval de Coronado, caminó junto a decenas de veleros y pequeños barcos a motor. Tenía motivos evidentes para sospechar que la mayoría de aquellas embarcaciones de recreo eran juguetes de marinos domingueros, y casi nunca salían de su amarre. Al divisar un yate de más de diez metros de eslora, con una gran plataforma descubierta en la parte trasera, se acercó. El barco rondaría los cincuenta años, pero el brillo de su casco blanco y sus latones era señal de que su dueño lo había cuidado siempre con esmero. Un burbujeo a popa indicaba que el motor estaba en punto muerto, calentándose.

—¡Ah, Joe, ya estás aquí! —dijo un hombre que salía de la cabina—. Empezábamos a pensar que nos iríamos sin ti.

El doctor Carl Heiland daba perfectamente el tipo de ingeniero eléctrico: cuerpo menudo, gafas gruesas y cabello blanco muy corto. Movía los ojos sin parar y era un hombre de sonrisa fácil. Incluso a las seis de la mañana hacía gala de un estado casi constante de energía.

Ebersson, que estaba agotado por el vuelo que le había llevado de una punta a otra del país, rezumaba justo lo contrario. Subió a bordo con cuidado y se dieron la mano.

—Perdona que llegue tarde, doctor —dijo aguantándose un bostezo—. Es que al salir del hotel me he equivocado de dirección y no me he dado cuenta hasta llegar al SeaWorld. Creo que hasta Shamu dormía.

—Así he tenido tiempo de subirlo todo a bordo. —Heiland señaló con la cabeza varias cajas de distintas formas y tamaños, sujetas con correas a los mamparos—. Vamos a dejar tus aparejos con el resto del equipo.

Al tender la mano hacia la caña de pescar de Ebersson, se fijó en su gorro y se le escapó la risa.

—¿Qué, a pescar truchas?

Ebersson se lo quitó y examinó su desgastada parte superior, rodeada por una corona de moscas de pescar de colorines.

—Como me pediste que viniera vestido de pescador...

—Dudo que se diera cuenta alguien más —bufó Heiland—. Venga, Manny —dijo

a alguien en la cabina—, podemos salir.

Un hombre moreno, con tejanos cortos, salió y desató los cabos. Después se puso al timón y metió el barco en la herradura del puerto de San Diego. Tras esquivar un barco militar anfibia que llegaba a puerto cruzaron el canal y salieron al Pacífico. Manny aumentó la velocidad y puso rumbo al sudoeste por unas aguas levemente encrespadas por la brisa que soplaba desde el mar. Ebersson no tardó mucho en marearse. Pasó al lado de Manny y se sentó en la cabina principal.

Heiland le sirvió una gran taza de café y se sentó con él en la mesa del comedor.

—Bueno, Joe, ¿cómo va todo en Arlington?

—Ya sabes que acabamos de contárselo todo al presidente, pero seguimos apurados, como siempre, intentando conseguir más con menos recursos. Es una pena, pero creo que el año que viene tendremos suerte si podemos evitar que nos recorten mucho el presupuesto.

—Ya me imaginaba que tarde o temprano nos llegarían los hachazos. Me alegro de tener una contrata para cinco años.

—No tienes que preocuparte, Carl. El trabajo de tu empresa es sumamente importante. De hecho me han dado permiso para poner en marcha la mejora retroactiva del Bloque Dos, siempre que podáis demostrar su operatividad. Supongo que es por lo que me has llamado con tan poca antelación, ¿no?

Heiland le miró con cautela.

—Estás hecho un tahúr del Mississippi. Pero ¡si aún no habéis probado ni el sistema del Bloque Uno!

Ebersson ahuyentó un principio de náuseas para corresponder a la sonrisa de Heiland.

—Carl, sabes tan bien como yo que funcionará.

—¿Ya habéis recibido los componentes de propulsión?

—Sí, no obstante quedan pendientes unos flecos sobre materiales. —Miró a Heiland, expectante—. Aunque nos interesan más los dos módulos del Bloque Dos.

—Nosotros también hemos tenido problemas con los materiales, pero creo que ya hemos dado el salto que buscábamos.

Ebersson sonrió efusivamente.

—Por eso me he subido al primer avión que salía desde Washington. Sé que os gusta tenerlo todo bien atado.

—Dado el secretismo del proyecto prefiero no llamar la atención con nuestras pruebas de campo. Esto de hoy, lo de ir de pesca, es porque con el Bloque Uno pareció que funcionaba.

Heiland volvió a mirar el gorro de Ebersson y a sonreír.

—Por nuestra parte también nos hemos esmerado en que no saltara la liebre. Ahora, que no se puede decir que nos hayáis dado muchos detalles...

—Cuanta menos gente lo vea mejor.

Eberson bebió un poco de café y se apoyó en la mesa.

—¿Crees que podremos cumplir con las previsiones teóricas? ¿En serio?

Heiland asintió con los ojos brillantes.

—Pronto lo sabremos.

Pocos minutos después, Manny apagó el motor y les hizo señas de que habían llegado al lugar de la prueba. Ya estaban en aguas mexicanas, a casi veinte millas de la costa, lejos de las rutas habituales de los navegantes de San Diego. Dado que la profundidad era excesiva para echar el ancla, el barco se quedó a la deriva mientras Heiland se ponía manos a la obra.

Ignorando una caja larga y rectangular atada con correas a los mamparos, abrió otras más pequeñas que contenían un par de ordenadores portátiles y una serie de cables y de conexiones. Puso los ordenadores en un banco bajo y empezó a configurarlos.

Manny asomó la cabeza.

—Doctor, se acerca un carguero.

Heiland miró por encima del hombro.

—Cuando podamos empezar ya estará lejos.

Volvió a concentrarse en los ordenadores. Eberson se sentó en la caja grande, viendo acercarse el barco. Era un carguero de tamaño medio y construcción reciente, a juzgar por sus líneas depuradas y la ausencia de herrumbre. Gris oscuro, de aires casi militares, le llamaron la atención las ventanas del puente, tintadas de negro y con un aspecto peculiar, casi amenazador.

En la cubierta principal había unos cuantos tripulantes que trabajaban detrás de un gran contenedor. Al reducirse la distancia Eberson vio que estaban ajustando un gran objeto circular, convexo, que ocupaba el centro de la embarcación, sobre una plataforma. El círculo, pintado de verde mate, estaba orientado hacia el mar y se erguía varios metros como una vela endurecida. Al poco tiempo desaparecieron los trabajadores de la cubierta, y Eberson se dio cuenta de que el barco empezaba a ir más despacio.

—Carl, ese barco me mosquea.

Se levantó, inquieto.

—No llevamos nada que pueda llamarles la atención —dijo Heiland—. ¿Por qué no coges una caña y haces como si hubieras venido a pescar un atún?

Eberson desprendió de su soporte una de las cañas del barco y lanzó por la borda un anzuelo con peso, sin molestarse ni en ponerle cebo, no fuera a tener que luchar contra alguna bestia de las profundidades... Cuando el carguero estrechó las distancias, Eberson saludó amistosamente con la mano hacia el puente tintado.

Sintió una punzada dolorosa en la mano que tardó muy poco en propagarse por su

brazo y su tronco. Bajó el brazo y lo sacudió, pero la sensación ya se estaba extendiendo por su cuerpo. Segundos después ya era como si le mordiesen mil hormigas rojas. El fuego se extendió hasta su cabeza, como si los globos oculares le hirvieran en las órbitas.

—¡Carl...! —exclamó en un ronco estertor.

Heiland tuvo la misma sensación de ardor, pero en la espalda. Al volverse procesó dos escenas a la vez. En una de ellas, Joe Eberson, agonizante, se derrumbaba en la cubierta sin soltar la caña, con la piel muy roja. En la otra escena, el aparato en forma de escudo del carguero le enfocaba a él a unos cuantos metros.

Volvió tropezando a la cabina, sin pensar en el dolor que quemaba su cuerpo. Manny, que ya estaba en la cubierta, expulsó su último aliento, con sangre en la nariz y las orejas. Al pasar junto a su amigo de toda la vida, Heiland sintió que su dolor se incrementaba. Era como tener el cuerpo en llamas. En algún lugar de su conciencia le extrañó que no se le estuviera cayendo la piel a trozos. Se tambaleó hacia el asiento del piloto, azuzado por un solo objetivo. Con la cabeza a punto de explotar, palpó la consola por debajo hasta que sus dedos ardientes encontraron dos interruptores escondidos. Los accionó ambos a la vez y acto seguido expiró.

—¿Qué, te mojas conmigo?

Loren Smith-Pitt miró fijamente a su marido. Parecía que solo hubieran pasado unos segundos desde que se había levantado del asiento del piloto para echar el ancla por la borda de su motora de alquiler, pero ya estaba en el espejo de popa con su traje de submarinista y sus bombonas, impaciente por explorar las profundidades. Loren se admiró de que el mar fuera como un imán para aquel hombre, un imán que le atraía con una fuerza invisible.

—No, me parece que me quedo aquí, disfrutando del sol y de este cielo chileno tan despejado —dijo—. Teniendo en cuenta que el lunes ya se reanudan las sesiones del Congreso me irá bien respirar aire fresco y saludable.

—Pues no sé yo si para el Capitolio no serían mejores unos tapones para las orejas...

Loren se hizo la sorda ante la broma de su esposo. Congresista por Colorado, estaba encantada de huir, aunque solo fuera unos días, de los rifirrafes partidistas de Washington. Allí, en el extranjero, lejos de las presiones del trabajo y las intromisiones de los medios, se sentía más relajada. Un escueto biquini que jamás se habría puesto en su país resaltaba las formas voluptuosas pero firmes de su cuerpo, que mantenía en forma a base de yoga y sesiones diarias en la cinta de correr.

Tendida en el banco de la lancha, colgó una pierna por la borda hasta tocar el agua con la punta del pie.

—¡Uy, qué agua tan fría! No, gracias; me quedo aquí arriba, calentita y seca.

—No tardaré mucho.

Su marido se puso un regulador entre los dientes y, tras admirar un momento a su mujer, se dejó caer de espaldas al azul del Pacífico. Antes de desaparecer bajo la superficie hizo la broma de salpicarla con una de sus aletas.

Mientras Loren se secaba dedicó unos minutos a seguir con la vista las burbujas de aire de su esposo. Después contempló el horizonte. Era una tarde cristalina, en la que el azul zafiro del cielo casi se confundía con el del mar. Habían anclado la motora roja a media milla de la costa chilena, frente a una pequeña playa que recibía el nombre de Caleta Abarca.

Cerca, sobre un acantilado, se elevaban los múltiples pisos de un gran hotel de la cadena Sheraton, cuyos huéspedes rendían culto al sol en la piscina. Hacia el sur, no muy lejos, quedaba Valparaíso, el histórico y pintoresco puerto chileno que durante mucho tiempo había sido llamado por los marineros con el sobrenombre de la Joya del Pacífico. Por las lomas empinadas que rodeaban la ciudad se encaramaban antiguos edificios que a Loren le recordaban a San Francisco. Se fijó en un gran crucero blanco anclado en la bahía: era el *Sea Splendour*, que descargaba a su pasaje

para que pudiera visitar las playas de Viña del Mar o hacer una excursión a Santiago de Chile, la capital, a unos cien kilómetros al sudeste.

Se volvió hacia el mar mientras la lancha se mecía al suave paso de una ola. Un pequeño velero amarillo, con su vela triangular al viento, pasó junto a ella y viró al norte, hacia un carguero que se estaba aproximando. Loren se apoyó en el respaldo acolchado y cerró los ojos para regodearse al calor del sol.

Veinte metros más abajo Dirk Pitt no había hecho más que acostumbrarse al frío que penetraba por la corriente de Humboldt a las aguas de la costa chilena. Respirando a un ritmo más pausado, redujo la velocidad de su descenso. Gracias a la buena visibilidad, superior a diez metros, divisó con nitidez un fondo de rocas sujetas al suelo por un espeso tapiz de algas marinas. Un aletazo perezoso le hizo deslizarse sobre un arrecife sembrado de corales, erizos de vivos colores y estrellas de mar. Un pequeño banco de jureles le observó un par de minutos y salió disparado.

Nada relajaba tanto a Pitt como el mar. A algunas personas les daba claustrofobia; en cambio a él las profundidades le despertaban una sensación liberadora, como si se le agudizasen los sentidos. Hacía décadas que lo vivía así, desde sus incursiones juveniles en las calas del sur de California, donde practicaba el buceo a pulmón y el *bodysurfing*. La atracción del mar podía compararse con otra, la del vuelo, ésa por la que de joven había ingresado en la academia de las fuerzas aéreas y había cursado estudios en una escuela de pilotos.

Finalmente la llamada del mar le había apartado de los aeródromos y de una prometedora carrera militar para unirse a un organismo federal de nuevo cuño, la National Underwater and Marine Agency. Creada para estudiar y proteger los mares del planeta, la NUMA era el lugar perfecto para Pitt, en la medida en que le permitía trabajar por todo el mundo tanto en la superficie como en las profundidades del mar. Después de varios años como director de Proyectos Especiales, ahora se encontraba al frente de la agencia, un cargo que no hacía más que reforzar su sentimiento de protección hacia los mares del mundo. Loren solía decir en broma que aún competía con el primer amor de Pitt, su amante el mar.

El interés de Pitt por los descubrimientos submarinos y su amor por la historia le habían llevado a descubrir decenas de barcos hundidos. En esos momentos aspiraba a mucho menos. Viendo una gran cresta de piedras afiladas que continuaba por zonas más profundas, se acercó y analizó sus grietas. Al cabo de unos minutos encontró lo que buscaba, metió un brazo entre dos rocas y sacó una langosta marrón y erizada de espinas, que superaba los dos kilos de peso. Tras contemplar unos instantes sus largas y móviles antenas, introdujo el peleón crustáceo en una bolsa de red y empezó a buscar otro.

Un suave y rítmico temblor hacía vibrar el agua, superponiéndose al ruidoso compás de la respiración regulada de Pitt.

Contuvo el aliento para oírlo mejor. El percutir metálico repetía una cadencia conocida: dos golpes cortos, dos largos y dos cortos. No era exactamente la llamada de auxilio en código Morse, compuesta por tres puntos y tres rayas, pero supuso que su intención era la misma. Lo que no pudo establecer fue su procedencia. Solo sabía que no estaba lejos. Tenía que ser Loren.

Se impulsó con los pies hacia la superficie, hacia la posición de la motora. Al ver el cabo del ancla nadó con todas sus fuerzas en esa dirección y emergió pocos metros por detrás de la lancha. Inclínada en el espejo de popa, Loren golpeaba la carcasa de la transmisión con una pesa de submarinista. Estaba tan enfrascada en sus señales que no advirtió la presencia de Pitt.

—¿Qué pasa? —exclamó este último.

Cuando Loren levantó la cabeza, Pitt vio en sus ojos un temor desesperado. Enmudecida, Loren solo pudo señalar algo detrás de su marido, que giró la cabeza... y se vio sumergido en una enorme sombra.

Era un barco, un mercante gigantesco que se echaba sobre ellos. Ya lo tenían a treinta metros. La lancha se mecía justo en la ruta de la proa del buque, ancha y alta, precedida por una siniestra montaña de agua blanca y espumosa. Pitt echó pestes contra los imbéciles del puente, que o bien eran ciegos o estaban dormidos.

Nadó sin vacilar, agitando las aletas como un desesperado hasta tocar la borda con un brazo.

—¿Pongo el motor en marcha? —La angustia era evidente en la cara de Loren—. Me daba miedo intentarlo mientras estabas en el agua.

Pitt vio que el cabo del ancla seguía en su lugar. Salía de una pequeña caja en la proa. A sus espaldas se oía el profundo retumbar de los motores del barco, cuya enorme masa seguía avanzando. Estaba demasiado cerca. Cualquier fallo al cortar el cabo del ancla, cualquier demora al arrancar el motor, acabaría con la lancha hecha pedazos, y ellos dentro.

Negó con la cabeza sin quitarse el regulador de entre los dientes e hizo señas a Loren de que se acercase.

Loren corrió hacia la borda y le tendió un brazo para ayudarlo a subir.

Pitt, sin embargo, no cogió su mano, sino su cintura.

Loren se sintió arrojada por la borda sin tiempo de reaccionar. Gritó al chocar con el agua fría y empezó a patallar, mientras luchaba por seguir a flote y llenarse de aire los pulmones. La enorme montaña de acero estaba a pocos metros.

Arrastrada bruscamente como una muñeca de trapo, desapareció bajo las ondas de la superficie.

El carguero no modificó su velocidad ni su rumbo. Su ancho casco de acero chocó contra la motora y la anegó en la estela de su proa, no sin antes seccionar el cabo del ancla. Lo curioso fue que, después de rebotar por el casco del barco, la pequeña lancha salió a la superficie y se quedó cabeceando en la estela del buque sin haber sufrido más que algunos daños en la banda de babor.

Bajo la superficie, Loren se encontró aferrada a su marido, en un desesperado viaje hacia el fondo del mar. Aturdida por la inmersión en agua fría, estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico al sentir que Pitt se la llevaba sin aire a las profundidades. Después notó que su marido le introducía el regulador en la boca, al mismo tiempo que cogía uno de sus brazos y lo pasaba por dentro del arnés del compensador de flotabilidad. A pesar del frío Loren empezó a serenarse y colaboró en el proceso moviendo las piernas y acordándose de destaparse las orejas a partir de una profundidad determinada.

La luz temblorosa del agua de la superficie se oscureció por el paso del casco negro. Loren levantó la vista con la sensación de que con solo alzar el brazo podría tocar las planchas con percebes incrustados, que se deslizaban a muy pocos metros.

Aunque hubieran esquivado el casco, Pitt siguió agitando sus aletas con frenesí para sumergirse a una mayor profundidad y, aun sintiendo sus pulmones a punto de explotar, redobló sus esfuerzos hasta que alcanzaron el fondo marino. Entonces vio una masa de coral del tamaño de un autobús y llevó a Loren por su lado curvo. En el momento en que las rodillas de ambos tocaron el lecho duro, Pitt se aferró a un nudo de coral.

Loren se dio cuenta de que su marido no había respirado ni una sola vez durante todo el descenso, así que le puso rápidamente el regulador en los labios y escrutó sus gafas, con el pulso acelerado y los ojos muy abiertos. Pitt le guiñó un ojo con mirada serena, como si burlar la muerte fuera su pan de cada día.

Tras varias bocanadas más que bienvenidas, devolvió el regulador a Loren y miró hacia arriba. El casco seguía deslizándose sobre sus cabezas. Su principal temor, la hélice de bronce que removía el agua, se acercaba brillante. Rodeó a Loren con sus brazos y se aferró a la formación coralina con los guantes mientras la popa pasaba sobre ellos. Incluso a diez metros, Pitt sintió la succión de aquellas enormes palas que cortaban el agua. Quedaron envueltos en un torbellino de arena. Finalmente el barco pasó, dejando tras de sí una cortina de sedimentos. Entonces Pitt soltó el coral y nadó hacia la superficie, con Loren enroscada a su cuerpo. En cuanto sus cabezas emergieron bajo el sol, aspiraron ansiosos el aire fresco y cálido.

—Por un momento —balbuceó Loren— he pensado que me matarías tú antes de que pudiera hacerlo el barco.

—Me ha parecido que lo más prudente era bajar.

Pitt vio alejarse la popa del carguero y tomó nota de su nombre: *Tasmanian Star*.

Loren miró hacia el otro lado y se mantuvo a flote mientras escrutaba el mar.

—Primero ha embestido a un velero —dijo buscando supervivientes con la vista—, una pareja mayor, diría yo, y me he dado cuenta de que éramos los siguientes en su camino.

—Nos ha salvado tu rapidez de reflejos, aunque lo que es en morse podrías mejorar un poco.

También Pitt observó el agua, pero ni él ni Loren vieron ningún tipo de resto.

—Podemos denunciarlo a la policía cuando desembarquemos —dijo ella—. Así pillarán a la tripulación en Valparaíso.

Al volverse hacia la costa, Pitt se llevó la sorpresa de ver su motora roja balanceándose a poca distancia. Llevaba suelta una parte del casco de babor, pero seguía a flote. Nadó hacia ella, subió a pulso y ayudó a su mujer.

—No está ni la ropa ni la comida —constató ella tiritando, mientras el sol empezaba a secar su cuerpo.

—Mi langosta tampoco —dijo Pitt.

Se quitó las bombonas y el traje de submarinismo. Después se acercó a la consola de la lancha y, como aún estaba puesta la llave de contacto, intentó ponerla en marcha. El motor se caló varias veces, pero al final arrancó, ya que en el compartimento de a bordo casi no había entrado agua durante la inmersión. Empujó la palanca con la vista en el carguero fugitivo.

El *Tasmanian Star* no había cambiado de rumbo, ni tampoco de velocidad, al parecer. El puerto de Valparaíso, con su cuenca curvada hacia el oeste, quedaba a una o dos millas. Las instalaciones comerciales se situaban en el extremo oeste, mientras que el carguero navegaba hacia el este. Pitt se puso tenso al seguir su trayectoria. Empujó a fondo la palanca.

Con la sentina y la cabina de mando llenas de agua, la lancha tuvo dificultades al acelerar, pero las fue venciendo poco a poco.

Renunciando a achicar el agua con un simple cojín, Loren se acercó a su marido y le llamó la atención la intensidad de sus profundos ojos verdes.

—¿Por qué no vamos hacia la costa?

Pitt señaló el carguero.

—Mira lo que tiene delante.

Loren enfocó la vista más allá del barco. El gran crucero blanco seguía anclado en el puerto, en posición rigurosamente perpendicular a la del carguero que se aproximaba a él. Si el *Tasmanian Star* no cambiaba de rumbo se empotraría de lleno en el *Sea Splendour*.

—Dirk, en ese barco habrá unas mil personas.

—Si el *Tasmanian Star* no lo pilota nadie más que un timonel corto de vista, podría haber cientos de muertos.

Loren se aferró al hombro de su marido para no caerse al paso de una ola. La motora rota se bamboleó hasta recuperar la estabilidad. Gracias a que la bomba de sentina pudo con el agua acumulada, la embarcación logró elevarse a la vez que aceleraba. Todos los daños estaban por encima de la línea de flotación, y por eso Pitt no tuvo ningún problema en controlar la lancha, que ya iba a más de veinte nudos, recortando distancias por segundos.

—¿Podemos avisar al crucero? —gritó Loren con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del ruido del motor, al que Pitt exigía el máximo de su capacidad.

Pitt negó con la cabeza.

—No tenemos radio. Además, está anclado. Es imposible que se muevan a tiempo.

—Al menos podríamos avisar a los pasajeros.

Pitt se limitó a hacer un gesto de aquiescencia. Con tan poco tiempo era mucho pedir.

Sopesó sus escasas opciones mientras se acercaban a la popa del carguero. Una alerta por radio era imposible, puesto que no había ningún barco cerca. Lo primero que se le ocurrió fue intentar subir a bordo del buque en movimiento, pero lo descartó al aproximarse. No había ningún acceso fácil y, aunque encontrase la manera de subir, difícilmente alcanzaría el puente a tiempo. El crucero, blanco y reluciente, estaba a media milla escasa.

Pulsó el botón de la bocina de aire de la lancha mientras adelantaban el barco por el flanco de babor hasta dejarlo atrás. Loren saltó y saludó con las manos desde el castillo de proa, pero no hubo respuesta. El *Tasmanian Star* no redujo su velocidad ni modificó su rumbo, sino que mantuvo impertérrito el que le llevaba a la catástrofe. Pitt lanzó una mirada al puente, pero no vio ninguna silueta detrás de las ventanas. Tenía todo el aspecto de un barco fantasma sin control.

Buscó urgentemente ayuda en las inmediaciones, pero no la encontró. Junto al puerto comercial, situado al sudoeste, a aproximadamente una milla, se apiñaban unas cuantas embarcaciones, pero ninguna otra presencia ocupaba las aguas hasta la curva de la costa; ninguna salvo la de la enorme masa del *Sea Splendour*, con el ancla echada.

La cubierta superior se había llenado de pasajeros que señalaban el buque que se acercaba a ellos y agitaban las manos. Seguro que el vigía había informado de la proximidad de un barco, y que el capitán estaba llamando por radio como un poseso al *Tasmanian Star*, pero el carguero iba por libre y su única respuesta fue el silencio.

Pitt observó desde la lancha la eslora del carguero. Su altura en popa superaba lo normal.

Con su rostro enjuto y curtido, Pitt era la viva imagen de la determinación, como si en los momentos de crisis se le disparase el pensamiento, procesando todas las facetas de una situación antes de seguir con calma y paso a paso un plan. Con tan pocas opciones en la balanza, su reacción fue muy rápida.

Un brusco giro del volante les hizo pasar frente a la proa del carguero. Prolongó la maniobra hasta colocarse en el flanco de estribor.

—Loren, ponte mi traje de neopreno.

—¿Qué vamos a hacer?

—Intentar desviar este mamut.

—¿Con esta motora tan pequeña? Imposible.

Pitt escrutó el barco de forma resolutiva.

—No si le damos en el sitio justo.

6

El pánico se iba adueñando del *Sea Splendour* a medida que sus pasajeros se avisaban a gritos de la inminente colisión. Los padres cogían a sus hijos y corrían hacia el lado opuesto. Otros subían corriendo por las escaleras para refugiarse en las cubiertas superiores. Incluso la tripulación se unió al pasaje para huir del punto previsto de impacto.

Por azar o voluntad, el *Tasmanian Star* se dirigía al centro mismo del cruce. Eran prácticamente iguales en tamaño, y el carguero, de proa achatada, llevaba suficiente ímpetu para partir el otro barco en dos.

Pocas opciones se le presentaban en el puente al capitán del *Sea Splendour*, Alphonse Franco. Intentó desesperadamente desviar el buque, pero solo tenía a su disposición los motores auxiliares, ya que el principal estaba frío. Desató el cabo del ancla y puso en marcha los propulsores laterales del barco con la esperanza de que un giro lo apartase del peligro.

Sin embargo, al ver el carguero, supo que era demasiado tarde.

—¡Apártate, por Dios, apártate! —exclamó entre dientes.

En el puente casi nadie le hacía caso. La tripulación, presa del pánico, se afanaba en mandar llamadas de socorro y poner en marcha protocolos de emergencia. El capitán, inmóvil, miraba el carguero como si pudiera frenarlo con los ojos.

Algo llamó su atención, una pequeña lancha roja que saltaba por las olas y se acercaba a la aleta de estribor del buque mercante. La pilotaba un hombre alto y delgado, acompañado por una mujer vestida con un traje de neopreno que le iba demasiado grande. También ellos seguían un rumbo de colisión contra el *Tasmanian Star*. La única interpretación posible era que quisieran suicidarse.

—Esto es de locos —dijo Franco negando con la cabeza—. Totalmente de locos.

Pitt bajó un momento la palanca, frenando la motora, y se volvió hacia Loren.

—¡Tírate!

Ella le apretó el brazo, abandonó el asiento y saltó por la borda. Antes de que su mujer tocara el agua, Pitt empujó a fondo la palanca y la lancha se alejó a toda velocidad. Loren, que había salido a la superficie después de una dura zambullida, vio alejarse la motora y rezó por que su esposo no perdiera la vida intentando salvar a otras personas.

Pitt era consciente de que solo tenía una oportunidad de hacer que se cumpliera el milagro. Con apenas un cuarto de milla entre el carguero y el *Sea Splendour* no había margen de error. Apuntó hacia la popa de la nave y se preparó para el impacto.

La cubierta de popa del *Tasmanian Star* sobresalía del casco severo, que se

ensanchaba gradualmente a partir de la línea de flotación. Fue hacia ese punto donde dirigió la lancha. Al acercarse a gran velocidad vio el soporte del eje superior del timón, situado por encima de la superficie, y ajustó el rumbo mediante una suave presión en el volante. Dentro del casco, montada en el eje, estaba la hélice del barco, capaz de devorarlos sin problemas tanto a él como a la lancha.

Con el buque cargado al máximo de su capacidad la estratagema no habría funcionado, pero la popa no estaba muy hundida, así que había alguna posibilidad. Apuntando algunos metros a la izquierda del eje, condujo la lancha a toda su potencia.

El casco rojo de la lancha motora se estrelló con violencia en el timón del buque y se empotró en el borde externo de la dirección. El ímpetu de la pequeña embarcación elevó la popa hasta dejarla casi en vertical respecto a la superficie del agua. El choque también levantó de la cabina a Pitt, que se aferró al timón mientras la lancha era lanzada hacia atrás. Después la motora se estampó de nuevo en el timón, esta vez desde arriba, con lo que destrozó el eje y dobló un poco la placa superior.

La lancha roja, cuyo casco había quedado hecho pedazos, resbaló del timón, y su motor intraborda se caló con un borboteo. Después el carguero la barrió hacia un lado con su tumultuosa estela y se alejó.

Pitt se tocó la espinilla, cortada por el parabrisas, pero por lo demás no se encontró ninguna herida. Poco después llegó Loren, que subió a bordo mientras la lancha se hundía lentamente.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¡Vaya choque!

—Sí, perfectamente. —Pitt se quitó la camiseta y la usó para vendarse la pierna ensangrentada—. Lo que no sé es si ha servido de algo.

Vio que la imponente silueta del mercante se acercaba al crucero. Al principio no se advirtió ningún cambio de rumbo, pero a partir de un momento, imperceptiblemente, la proa del *Tasmanian Star* empezó a girar hacia babor.

Después de que Pitt machacase el timón y lo doblase veinte grados, el piloto automático del barco había intentado corregir el rumbo, pero el segundo impacto de la lancha se le había adelantado, destrozando el eje y empotrando el timón en la carcasa. Los controles automatizados del puente no habían logrado anular de ningún modo los destrozos. Pitt había modificado el rumbo del carguero. ¿Bastaría con eso?

A bordo del *Sea Splendour*, el capitán Franco detectó el cambio.

—¡Está girando! —Enfocó la vista en la separación de los dos barcos, cada vez más estrecha—. Está girando.

Centímetro a centímetro, decímetro a decímetro, metro a metro, la proa del carguero empezó a virar hacia la costa. A bordo del *Sea Splendour* se rezaba con mirada esperanzada por que el buque pasara sin tocarlos. Sin embargo, la distancia entre los dos navíos era demasiado escasa. No se podría evitar el contacto.

Al son de una sirena, tanto la tripulación como los pasajeros se prepararon para el impacto. El *Tasmanian Star* se acercaba deprisa, como si estuviera empeñado en chocar con la aleta de estribor del crucero, pero en el último momento su alta proa evitó el golpe y pasó justo al lado del codaste del buque de pasajeros. La proa del barco mercante se deslizó seis o siete metros antes del primer chirrido metálico.

El carguero tembló al raspar un saliente de la popa lanzada del *Sea Splendour*. El enorme buque avanzaba sin freno, bajo una lluvia de virutas de acero. De pronto se apartó y se fue hacia la costa. Fue tan repentino como el propio impacto. Ahora el carguero, que mantenía sus buenos doce nudos, si no más, llevaba encajado sobre su bodega de proa un pedazo de seis metros de la cubierta de popa del *Sea Splendour*.

El impacto había escorado el crucero hacia babor, pero se fue enderezando lentamente. El capitán no daba crédito a lo sucedido. Los partes radiofónicos enviados al puente solo mencionaban daños estructurales de escasa importancia. Ni una sola mención a los heridos. Habían mandado despejar de pasajeros la popa lanzada. El desastre se había evitado por un margen ínfimo.

Al comprender que su barco había sobrevivido y que no había que lamentar la pérdida de ninguna vida humana, el capitán pasó sin transición del alivio a la ira.

—Dispónganse a bajar la lancha de oficiales —le dijo a un marinero—. Cuando haya inspeccionado los daños iré a pegarle un puñetazo a ese payaso. En cuanto baje a tierra me lo cargo.

Se había abstenido de seguir observando al *Tasmanian Star*, por suponer que tarde o temprano frenaría y viraría hacia el puerto comercial de Valparaíso, pero el carguero no cambió de rumbo, sino que siguió navegando hacia una playa de arena fina.

En el momento en que el *Tasmanian Star* tocó fondo a pocos metros del rompiente, en la arena seesteaba una pareja de canadienses maduros que habían regado la comida con demasiado chardonnay del país. Un crujido gutural como el de un molinillo de café gigante llenó el aire cuando el casco raspó el fondo. La proa cortó sin dificultades la arena blanda, hasta que empezó a perder impulso. El barco escarbó la playa, arrasando un pequeño puesto de helados cuyo dueño tuvo la prudencia de huir.

El barco fantasma se paró con un chirrido, para pasmo de los testigos. La única señal de vida en el navío averiado eran los gemidos de los motores y el movimiento de la hélice, que seguía girando.

Al oír el ruido y darse cuenta de que pasaba una sombra sobre él, el canadiense dormido tocó a su mujer sin abrir los ojos.

—¿Qué ha sido eso, cariño?

Ella abrió un ojo soñoliento y se incorporó. A tres metros de donde estaban se erguía la pared gigantesca del casco del carguero. No los había aplastado por muy

poco.

—Harold... —Parpadeó y volvió a mirar—. Creo que ha llegado nuestro barco.

El capitán Franco, con la cara de un rojo remolacha, inspeccionó la popa del *Sea Splendour* desde una lancha, pero los destrozos eran muy inferiores a los que se esperaba; los daños apreciables en la popa lanzada eran casi todos de índole superficial. Ya bajarían buzos para comprobar su estado bajo la línea de flotación, pero a juzgar por los indicios no había nada que no pudiera resolver por sí sola la tripulación. Clausurarían la cubierta de popa y el barco podría reanudar su viaje con el mínimo retraso. Franco era muy consciente del vapuleo a que le someterían los mandamases de la empresa si era necesario hacer bajar al pasaje y devolverle el importe del billete. Una pequeña tragedia que se ahorran. De todos modos, para Franco el buque era como de su familia, y le consumía la rabia al verlo desfigurado.

—Vamos al carguero —le dijo al joven piloto de la lancha.

Un oficial del puente le llamó por señas.

—Señor, parece que hay un pequeño barco cerca de nuestra aleta de estribor.

El capitán Franco se asomó por la entrada y vio la motora roja, a la deriva y medio sumergida. La pareja no solo había sobrevivido, sino que le saludaba con la mano, sentada en la proa.

—Es el loco que se ha tirado contra el carguero. —Movié la cabeza—. Ve a recogerlos.

Llegaron a la altura de la lancha medio hundida. Pitt ayudó a Loren a subir antes de hacerlo él. Una vez a bordo se giró a observar la motora destrozada, que desapareció bajo la superficie.

Volvió la vista hacia el ceño fruncido del capitán.

—Supongo que tendré que comprarle a alguien una lancha nueva.

Franco miró detenidamente a Pitt. No era un joven insensato, ni un borracho, sino un hombre alto, de cuerpo delgado y musculoso que, a pesar del corte ensangrentado de la espinilla, se mantenía erguido con seguridad. Su rostro curtido era señal de muchos años a la intemperie. Sonreía tranquilamente, con algo de perplejidad.

—Gracias por el rescate —dijo—; nos ha salvado de tener que nadar un buen trecho hasta la orilla.

—Los he visto destrozarse su propia lancha tirándose contra el carguero —señaló Franco—. ¿Por qué han estado a punto de suicidarse?

—Para mover el timón. —Pitt echó un vistazo a la maltrecha popa del crucero—. Ya veo que no hemos llegado del todo a tiempo.

El capitán palideció.

—¡Cielo santo! ¡Pues claro! Han sido ustedes los que han cambiado el rumbo del carguero en el último momento.

Cogió la mano de Pitt y se la sacudió con tanta fuerza que estuvo a punto de

arrancarle el brazo.

—Han salvado mi barco y cientos de vidas. No teníamos tiempo de maniobrar. Ese idiota nos habría destrozado.

—Ha arrollado un barco de vela, y nosotros nos hemos salvado por los pelos.

—¡Qué locos! No han hecho caso a nuestras llamadas por radio. Han seguido acercándose tranquilamente. Mire, está encallado.

—La tripulación del puente debe de estar incapacitada —dijo Pitt.

—O lo estarán cuando acabe con ellos.

La lancha aceleró hacia el barco varado, si bien se mantuvo alejada de la hélice, que aún giraba. En la playa se había apiñado una multitud de curiosos, mientras un ruido lejano de sirenas indicaba la llegada de la policía de Valparaíso.

El barco solo estaba un poco ladeado hacia estribor. No se veían señales de vida en ninguno de los puentes. De un lado colgaba, como un brazo herido, una cinta transportadora de metal que casi llegaba hasta el agua. Servía para cargar y descargar las bodegas del buque, y se había desplegado durante la colisión con el *Sea Splendour*. Viendo que les ofrecía una manera de subir a bordo, Franco ordenó al piloto que se aproximase.

La rampa quedaba más o menos a la misma altura que la cubierta de la lancha. Un marinero recibió la orden de subirse para comprobar que aguantaba su peso. Después de unos pasos vacilantes, se giró, mostró el pulgar al capitán y recorrió a paso ligero la pesada cinta transportadora, que se enderezaba al llegar a la borda. Bajó al barco. El siguiente en subir fue el capitán Franco, que recorrió nerviosamente la cinta cubierta de polvo y, demasiado absorto en no caerse, no advirtió que Pitt le seguía a pocos pasos.

Cuando el capitán llegó a la borda subió con la ayuda del primer marinero, que le estaba esperando. Sorprendido al ver que Pitt aterrizaba a su lado, Franco se giró con la intención de reprenderle por haberle seguido, pero Pitt fue más rápido.

—Será mejor que apaguemos los motores.

Fue hacia el puente, pasando junto al capitán, que se desahogó con el marinero.

—Registra la cubierta y los camarotes, y después reúnete conmigo en el puente.

Se volvió y dio alcance a Pitt.

El puente ocupaba la parte más alta de una superestructura de varios pisos, cerca de la popa. Pitt inspeccionó las grandes escotillas de las cinco bodegas principales. La última estaba un poco abierta. Cada escotilla tenía dos tapas con bisagras que se abrían hidráulicamente en sentido lateral. Se acercó a la que estaba justo enfrente de la superestructura y miró al otro lado. La enorme bodega estaba vacía, con la excepción de una pequeña excavadora cubierta por una capa de polvo plateado. Supuso que las bodegas delanteras seguían conteniendo su cargamento, lo cual explicaría que la popa quedase tan alta respecto al nivel del mar. Al ver algunos

trozos de un mineral plateado en la cubierta, se guardó uno de los más grandes en el bañador y continuó hacia el puente.

—¿No hay nadie a bordo? —dijo Franco al llegar a su lado justo cuando se internaba por una pasarela.

—Yo aún no he visto ningún comité de bienvenida.

Subieron varios pisos y entraron en el puente por una puerta abierta. Dentro había una gran sala de control, tan desierta como el resto del barco. Rompiendo lo fantasmagórico del ambiente, la radio de a bordo transmitió la voz de un guardacostas chileno. Franco la apagó, se acercó a una consola central y desconectó los motores.

Pitt examinó el timón.

—Han puesto el piloto automático en un rumbo de ciento cuarenta y dos grados.

—Sería absurdo abandonar un barco en movimiento.

—La explicación más probable es que fueran piratas —dijo Pitt—. Parece que han vaciado la bodega número cinco después de zarpar.

—Me lo explicaría si hubieran tomado como rehenes a la tripulación —reflexionó Franco acariciándose la barbilla—, pero lo que ya es inaudito es robar la carga de un barco mercante en alta mar.

Palideció al ver una mancha oscura en la pared, y otras parecidas en el suelo.

—Mire.

Solo con echar un vistazo, Pitt supo que era sangre seca. Al pasar un dedo por la pared los restos resacos se desmenuzaron.

—No parecen recientes. ¿Podríamos consultar el sistema de navegación para saber de dónde viene el barco?

Franco se acercó al timón, contento de alejarse de la sangre, y encontró una pantalla de navegación con una pequeña representación del *Tasmanian Star* superpuesta a un mapa digital del puerto de Valparaíso. Redujo la escala apretando unos botones de un teclado fijo. Una línea amarilla fue dibujando la trayectoria del barco por la parte superior de la pantalla, a medida que Valparaíso se empequeñecía en la costa chilena, y el propio país se encuadraba en Sudamérica. La línea, un poco angulosa, seguía hacia el norte antes de torcer bruscamente a la izquierda, hacia la costa occidental de Centroamérica. Siguiendo la línea a través del Pacífico, Franco localizó su origen en Australia.

—Viene de Perth.

Volvió a centrarse en el punto donde se modificaba el rumbo. Después miró a Pitt y asintió con la cabeza.

—Encaja con su hipótesis de los piratas. Si no, este barco no habría cruzado el Pacífico con una bodega vacía.

—Veamos dónde se produjo el cambio de rumbo —dijo Pitt.

Franco ajustó la imagen.

—Parece que a unas mil setecientas millas al oeste de Costa Rica.

—Un sitio solitario para organizar un asalto.

Franco asintió con la cabeza.

—Si es donde bajó del barco la tripulación, el *Tasmanian Star* habrá hecho él solo un viaje de más de tres mil quinientas millas hasta Valparaíso.

—Lo cual querría decir que lo asaltaron hace más de una semana. Se habrá enfriado bastante la pista.

Justo entonces irrumpió en el puente el marinero, con la cara muy roja y la respiración entrecortada por haber corrido por la pasarela. Pitt se fijó en que su mano, apoyada en el marco de la puerta, temblaba.

—Los camarotes están vacíos, señor. No parece que haya nadie a bordo. —Vaciló—. Bueno, a alguien sí he encontrado.

—¿Muerto? —preguntó el capitán.

El marinero asintió con la cabeza.

—Lo he localizado por el olor. Está en la cubierta principal, cerca de la escotilla de proa.

—Llévame.

El marinero se volvió despacio y guió a Franco y a Pitt por la pasarela. Cruzaron la cubierta hacia babor, pasando al lado de las múltiples hileras de tapas de escotilla. El marinero redujo el paso al aproximarse a la de proa. Finalmente se detuvo y señaló:

—Está debajo de uno de los soportes —dijo sin acercarse—. Habrá llegado rodando, o se habrá caído.

Pitt y Franco siguieron adelante. Al entrar se fijaron en un objeto azul encajado en el sistema hidráulico de la tapa de la escotilla, cerca de un soporte. Al acercarse lentamente vieron que era el cuerpo de un hombre vestido con un mono azul. El olor a carne en descomposición era asfixiante; peor, sin embargo, fue lo que vieron.

La ropa, limpiísima, no llevaba ningún distintivo. Por las pesadas botas de trabajo y el par de guantes colgado en la cintura, Pitt supuso que sería un simple marinero. Fue lo único que pudo averiguar.

En las partes descubiertas la piel estaba hinchada hasta extremos grotescos y había adquirido un color de mostaza francesa. Alrededor de las orejas y la boca se habían acumulado hilos de sangre seca. Una nube de moscas revoloteaba por el rostro, agolpándose en los ojos abiertos y salidos. Lo más espeluznante, sin embargo, eran las extremidades del cadáver, que iban más allá de la simple descomposición. Las orejas, la nariz y las puntas de los dedos estaban negras, quemadas, pero sin que se hubiera resquebrajado la piel. Pitt recordó imágenes de exploradores polares que habían sufrido casos graves de congelación y se caracterizaban por la presencia de ampollas negras sobre la piel muerta. Sin embargo, el *Tasmanian Star* no se había

aproximado en ningún momento a regiones polares.

Franco se apartó despacio.

—¡Santa María! —balbuceó—. Se lo ha llevado el mismísimo diablo.

Cuando Pitt regresó a su despacho de Washington encontró en el centro de su mesa un casco abollado, lleno de arañazos, y un breve mensaje de bienvenida impreso y pegado con cinta adhesiva a la visera.

PAPÁ,
¡TIENES QUE SER MÁS CUIDADOSO, EN SERIO!

Se rió un poco al apartarlo, sin saber si era de su hijo o de su hija. Ambos trabajaban en la NUMA y acababan de irse de viaje para participar en un proyecto sobre tectónica submarina frente a las costas de Madagascar.

Llamaron a la puerta del despacho. Quien entró fue una mujer voluptuosa, perfectamente peinada y maquillada. Aunque Zerri Pochinsky ya pasaba de los cuarenta, su aspecto no permitía adivinarlo. Hacía muchos años que era la secretaria de confianza de Pitt, y quizá hubiera podido convertirse en algo más si él no hubiera conocido antes a Loren.

—Feliz regreso a la boca del lobo. —Sonrió y dejó en la mesa una taza de café—. No sé de dónde ha salido el casco, de verdad.

Pitt le devolvió la sonrisa.

—Veo que mi sanctasanctorum tiene poco de santo.

—Han llamado de la secretaría del vicepresidente —dijo Pochinsky, ya con la mirada seria—. Te ha convocado a una reunión en su despacho hoy a las dos y media.

—¿Han dicho algo de por qué?

—No, solo que era un tema de seguridad.

—Como todo en Washington, ¿no? —Pitt asintió con la cabeza, irritado—. Vale, pues díles que iré.

—Ah, y está aquí fuera Hiram. Dice que querías verle.

—Dile que pase.

Al cruzar la puerta, Pochinsky fue sustituida por un hombre barbudo y con melena hasta los hombros. Con sus vaqueros, sus botas y su camiseta negra de la *Allman Brothers Band*, Hiram Yaeger parecía a punto de ir a un bar de moteros. La única señal de otras actividades intelectuales más profundas eran sus ojos intensamente azules detrás de unas gafitas de montura metálica. En realidad, lejos de pasarse la vida en bares de carretera, Yaeger era un genio de la informática y un apasionado de la programación. Principal responsable del moderno centro de recursos informáticos de la NUMA, había construido una sofisticada red que recogía con todo

detalle datos oceanográficos de un millar de puntos distribuidos por todo el planeta.

—Conque ha vuelto el salvador del gran *Sea Splendour*... —Se dejó caer en una silla delante de Pitt—. ¿Me vas a decir que no te han llevado de crucero gratis por todo el mundo en agradecimiento por haber salvado el barco más caro de toda su flota?

—La verdad es que por ellos no habría quedado —dijo Pitt—, pero Loren está a régimen y habría sido desperdiciar el bufet del barco. Además, tengo un poco oxidadas mis habilidades en el *shuffleboard*. Vaya, que no tenía mucho sentido.

—Pues yo estaría encantado de hacer el viaje en tu lugar.

—¿Con el riesgo de que en tu ausencia se vaya toda la agencia a pique?

—Sí, es verdad, aquí soy bastante indispensable. —Yaeger alzó la cabeza—. Recuérdame que lo mencione la próxima vez que me pidan resultados.

—Hecho —sentenció Pitt con una sonrisa burlona—. Bueno, parece que has encontrado algo sobre el *Tasmanian Star*, ¿no?

—Lo básico. Fue construido en Corea en el año 2005. Con sus ciento cincuenta y cinco metros de eslora y su capacidad de cincuenta y cuatro mil toneladas de peso muerto, entra en la categoría de cargueros Handymax de carga seca. Dispone de cinco bodegas, dos grúas y un sistema de transporte autodispensador.

—Que va muy bien como escalera, por cierto —dijo Pitt.

—Es de una naviera japonesa llamada Sendai y ha hecho muchos viajes por el Pacífico, transportando sobre todo minerales. En su último viaje tenía contrato con una petroquímica estadounidense. Salió de Perth hace tres semanas y media con un cargamento declarado de bauxita, rumbo a Los Ángeles.

—Bauxita. —Pitt sacó de su bolsillo una bolsa de plástico, extrajo el mineral plateado que había recogido en la cubierta del *Tasmanian Star* y lo dejó encima de la mesa—. ¿Tienes alguna idea del valor de la bauxita que transportaba?

—No he podido encontrar el valor asegurado, pero en el mercado abierto pagan entre treinta y sesenta papeles por tonelada, según la calidad.

—No tiene sentido secuestrar un barco por eso.

—Personalmente, yo optaría por un carguero lleno de iPads.

—¿Alguna teoría sobre el paradero de los ladrones?

—La verdad es que no. Me apunté las coordenadas que me diste, las del punto donde cambió de rumbo, pero no he encontrado nada. Las imágenes por satélite del NRO eran de hace una semana. Es una parte muerta del Pacífico que no llama mucho la atención de los espías del cielo.

—¿Ahora *hackeas* al National Reconnaissance Office? Espero que no hayas dejado huellas.

Yaeger, que cuando lo pedían las circunstancias era un consumado *hacker*, se fingió ofendido.

—¿Huellas, yo? Suponiendo que alguien detectase la intrusión, siento decirte que la pista lleva a mi web preferida de cotilleos sobre famosos de Hollywood.

—Sería toda una pena que el Gobierno la cerrase.

—Lo mismo pienso yo. Ahora bien, lo que sí tengo es una teoría sobre la aparición del *Tasmanian Star* en Valparaíso.

—Me encantaría oírla.

—Hace unos días el barco viró bruscamente hacia el sur a unas mil setecientas millas de Costa Rica. Más o menos al mismo tiempo se estropeó una de nuestras boyas meteorológicas en esa zona del Pacífico. Resulta que pasó una tormenta tropical bastante importante, aunque al llegar a México ya había perdido fuerza. Antes de perder la boya registramos vientos de fuerza nueve.

—O sea, que es posible que nuestros piratas tuvieran que salir pitando y dejar el golpe a medias.

—Es lo que pienso. Quizá sea la razón de que dejaran casi todo el cargamento y el motor en marcha.

Pitt reflexionó un momento.

—¿En esa zona hay islas?

Yaeger sacó una tableta y abrió un mapa de la zona correspondiente al cambio de rumbo.

—Un pequeño atolón; la isla de Clipperton, se llama. Solo queda a unas veinte millas de la posición que me diste... y se cruza en la ruta. —Miró a Pitt y asintió con la cabeza—. Buena deducción.

—Como no tenían tiempo de hundirlo, lo más seguro es que lo pusieran rumbo a Clipperton pensando que el arrecife lo haría zozobrar y lo echaría a pique.

—Pero la tormenta lo apartó de la isla —dijo Yaeger—, y siguió navegando cuatro mil millas más hasta llegar a Valparaíso.

Pitt bebió un trago de su café.

—Seguimos sin saber quién atacó el barco y eliminó a la tripulación.

—He buscado documentación portuaria donde se consignen envíos recientes de bauxita, pero no he encontrado nada.

—Ni creo que lo encuentres. Hiram, a ver si localizas alguna referencia a otros ataques piratas que se hayan producido recientemente en el Pacífico, o a barcos desaparecidos. Ah, y un favor más. —Pitt cogió la piedra plateada y se la lanzó—. Lo encontré en el *Tasmanian Star*. Déjasele a los de geología submarina de camino al centro de informática y pídeles que nos digan qué es.

—Vale. —Yaeger estudió el mineral al ir hacia la puerta—. ¿No será bauxita?

Pitt negó con la cabeza.

—Mi corazonada y un gran barco fantasma varado dicen que no.

Pitt subió deprisa por los escalones de entrada del edificio Eisenhower, intentando sacudirse su incipiente *jet lag*. La imponente masa de piedra, adyacente a la Casa Blanca, era su edificio gubernamental favorito. Construida en 1888 siguiendo el estilo arquitectónico del Segundo Imperio francés, tenía un tejado a dos aguas muy pronunciado, con buhardillas, y unas ventanas enormes que la hacían digna de una novela de Victor Hugo. Era un monumento al uso del granito y la pizarra, en cuya construcción apenas se había utilizado madera a fin de reducir el riesgo de incendio. Irónicamente, en 2007 las llamas habían estado a punto de consumir el despacho del vicepresidente Cheney.

Los últimos vicepresidentes solo habían mantenido un despacho de representación; preferían el Ala Oeste, que les permitía estar pegados al presidente. La llegada del almirante James Sandecker lo había cambiado todo. Ocupaba el cargo en contra de su voluntad, desde la muerte de su predecesor a medio mandato, y prefería guardar las distancias respecto a la caterva de asesores infiltrados en todas las administraciones, así que había convertido el despacho vicepresidencial del edificio Eisenhower en su principal espacio de trabajo. En caso de necesidad no tenía ningún inconveniente en recorrer a pie el túnel subterráneo que llevaba hasta la Casa Blanca, para disgusto de sus colaboradores menos atléticos.

Tras superar varios niveles de seguridad llegó al vestíbulo de la zona vicepresidencial, en el primer piso, y le acompañaron al despacho privado, una sala grande adornada con motivos náuticos (como era propio de un almirante retirado), entre ellos varios óleos antiguos de clípers olvidados luchando en alta mar. A pesar de su puntualidad llegó en plena reunión. Sentados en sillones de orejas alrededor de una mesa de centro, dos hombres y una mujer prestaban atención al vicepresidente, que se paseaba por la mullida moqueta con un gran puro entre los dedos.

—Ah, ya has llegado, Dirk. —Se acercó rápidamente para darle la mano—. Ven, siéntate.

Si bien diminuto en estatura, Sandecker tenía la energía de diez hombres, y en sus ojos ardía un fuego azul que contrastaba con su pelo y perilla pelirrojos. Era un veterano de Washington que despreciaba la política y que inspiraba tanto respeto como miedo por sus pocos pelos en la lengua y su honradez. Para Pitt era una especie de figura paterna, ya que antes de acceder a la vicepresidencia del país había sido durante muchos años su jefe en la NUMA.

—Me alegro de verle, almirante. Le encuentro en forma.

—En este cargo te mantienes en forma solo con ir dando manotazos a los moscones —dijo—. Ven, Dirk, que te presento. Este es Dan Fowler, de la DARPA; Tom Cerny, ayudante especial del presidente; y Ann Bennett, del Servicio de

Investigación Criminal de la Marina.

Tras los debidos saludos, Pitt se sentó y miró su reloj.

—No llega tarde, no —explicó Fowler—. Es que teníamos asuntos previos que tratar con el vicepresidente.

—Me parece muy bien. Bueno, ¿en qué puede ayudarles un humilde ingeniero naval?

—Tal vez no lo sepas —dijo Sandecker—, pero hace ya tres años que nuestros programas armamentísticos tienen fallos alarmantes de seguridad. Te diré, sin entrar en detalles, que se han producido a alto nivel y que nos están saliendo muy caros.

—Me imagino que los principales beneficiarios serán los chinos.

—Sí —confirmó Fowler—. ¿Cómo lo sabe?

—Recuerdo que el año pasado presentaron un nuevo caza sospechosamente parecido a nuestro F-35.

—Eso solo es la punta del iceberg —dijo Sandecker—. Por desgracia nuestros esfuerzos por contener las filtraciones han tenido un éxito limitado. Se ha formado un grupo de trabajo transversal, a petición del presidente, para investigar la situación.

—Las filtraciones atentán directamente contra la capacidad de nuestras fuerzas militares —dijo Cerny, un hombre pálido, de ojos grandes y oscuros, que hablaba con la rapidez de un vendedor de coches de segunda mano—. El presidente está muy preocupado y ha exigido que se tomen todas las medidas necesarias para proteger nuestra tecnología más esencial.

Pitt se aguantó las ganas de gritar: «¡Hurra por el presidente!». Veía en Cerny al típico lameculos presidencial que disfrutaba del poder sin sacarle ningún partido.

—Todo eso está muy bien —dijo—, pero ¿la mitad del gobierno no estaba persiguiendo espías y cazando terroristas?

—Hay muchos peligros.

Mientras los demás hablaban, Sandecker encendió su puro, desafiando abiertamente y sin reparos la prohibición de fumar dentro del edificio.

—El grupo de trabajo necesita recursos marinos. Solo es un pequeño proyecto en el que he pensado que podrías ayudar. Los detalles los tiene la agente Bennett.

La mirada de Pitt encontró la de la agente, una mujer de unos treinta años, coqueta y atractiva bajo lo conservador de su aspecto. Su pelo rubio, corto y escalado, hacía juego con el corte serio de su traje de chaqueta gris marengo, pero el efecto se veía suavizado por los hoyuelos de sus mejillas y una nariz menuda en la que se apoyaban unas gafas de lectura de montura al aire. Sus ojos vivaces, de color aguamarina, sostuvieron la mirada de Pitt antes de bajar hacia una carpeta apoyada en su regazo.

—Hace unos días desapareció en San Diego un investigador importante de la DARPA, Joseph Eberson —dijo—. Parece que se fue de pesca en un yate privado de

recreo, el *Cuttlefish*. Un barco que pasaba encontró los cadáveres del dueño del barco y su ayudante a pocas millas de la costa. Los equipos de búsqueda locales han peinado la zona, pero no han encontrado a Ebersson ni el barco.

—¿Y ustedes sospechan algo raro?

—No es que tengamos motivos concretos para sospecharlo —intervino Fowler—, pero Ebersson participaba en algunos de los programas de investigación más delicados de la marina, y necesitamos tener claro qué ha sido de él. No tenemos motivos para sospechar una desertión. En cambio sí hemos sopesado la posibilidad de un secuestro.

—Lo que necesitan de verdad es un cadáver —dijo Pitt—. Por desgracia, si se hundió el barco y Ebersson se ahogó con sus amigos, a estas alturas su cuerpo podría estar a medio camino de Tahití. O en la barriga de un gran tiburón blanco.

—Por eso nos gustaría que usted nos ayudase a encontrar el barco —dijo Ann con cierto aire de súplica en los ojos.

—Suena más indicado para la policía de San Diego.

—Quisiéramos recuperar el barco para que nuestros investigadores determinen si Ebersson estaba a bordo —dijo Fowler—. Nos han dicho que las aguas pueden ser bastante profundas, así que queda fuera de las competencias de la policía.

Pitt se giró hacia Sandecker.

—Y ¿qué pinta en todo esto la marina?

—Resulta que la flota de rescate de la costa Oeste está de maniobras en Alaska, y además los cadáveres aparecieron en aguas territoriales mexicanas. Será todo mucho menos complicado si la búsqueda la dirige un barco de investigación oceanográfica.

Sandecker fue a su mesa y echó un vistazo a un informe.

—Y da la casualidad de que en este momento un barco de reconocimiento de la NUMA, el *Drake*, está amarrado en San Diego a la espera de que se le asigne una misión.

Pitt movió la cabeza.

—He sido traicionado por los míos.

A Sandecker le brillaron los ojos.

—Aún tengo unos cuantos amigos en tu edificio.

—Bueno, pues nada —dijo Pitt con una mirada de reojo a Ann—, parece que estoy a su disposición.

—¿Cómo se planteará la búsqueda? —preguntó Cerny.

—A bordo del *Drake* hay varios sistemas de sónar, así como un pequeño submarino. Realizaremos una cuadrícula de la zona y haremos un reconocimiento exhaustivo con sónar para intentar localizar el *Cuttlefish*. Una vez que lo encontremos, investigaremos con buzos o enviaremos el submarino, en función de la profundidad. Si el barco aún está intacto, buscaremos la manera de rescatarlo.

—Ann le acompañará como observadora —dijo Fowler—. Como comprenderá, agradeceríamos que el asunto se resolviera cuanto antes. ¿En cuánto tiempo calcula que puede ponerlo todo en marcha?

—Pues en cuanto encuentre un vuelo a San Diego... y la agente Bennett haya preparado ropa de a bordo.

Después de que le dieran las gracias por aceptar el proyecto, Pitt abandonó la reunión. Cuando se fue, Sandecker se volvió hacia Cerny.

—No me gusta escondérselo. Me fío de él como de nadie.

—Órdenes presidenciales —dijo Cerny—. Es mejor que nadie sepa lo que podemos haber perdido.

—¿Será capaz? —preguntó Fowler—. ¿Podrá encontrar el barco, si se hundió?

—Para Pitt será coser y cantar —respondió Sandecker mientras lanzaba un grueso anillo de humo hacia el techo—. A mí lo que me preocuparía es lo que realmente pueda encontrar a bordo.

Un hombre se paseaba por cubierta con dos bombonas de submarinismo en cada brazo con el mismo esfuerzo que si llevase un edredón de plumas. Tenía los brazos del mismo grosor que las piernas y un pecho hinchado como un neumático de tractor con demasiado aire. Los ojos marrones y el pelo oscuro y rizado de Al Giordino reflejaban su ascendencia italiana, mientras que sus cejas angulosas y su boca curvada en una perpetua sonrisa permitían sospechar una agudeza diabólica.

Al ver a Pitt y Bennett se detuvo y fue a su encuentro por la pasarela sin soltar las bombonas.

—Se te saluda, oh gran jefe —le dijo a Pitt—. Bienvenido otra vez al salitre. ¿Has tenido un buen vuelo?

—Sí, bastante bueno. El vicepresidente lo ha arreglado para darnos pasaje en un Gulfstream de la marina que llevaba a dos almirantes a Coronado.

—Y yo que siempre acabo en un autobús de la Greyhound... —Giordino miró a Bennett y sonrió—. ¿Otro intento de aportar belleza y refinamiento a la tripulación?

—Es Ann Bennett. Ann, te presento a Albert Giordino, el director tecnológico de la NUMA, y de vez en cuando rijoso marinero. La señorita Bennett es del NCIS y participará con nosotros en la búsqueda.

—Encantada de conocerle, señor Giordino.

—Llámeme Al, por favor. —Giordino sacudió las bombonas—. La mano ya nos la daremos luego.

—Para esta búsqueda no creo que las necesitemos —dijo Pitt—. Lo más seguro es que el agua sea demasiado profunda.

—Rudi solo ha dicho que era una misión de rescate submarino. No ha dicho cuál.

—Porque no lo sabe. ¿Está a bordo?

—Sí. Hemos vuelto todos del entierro esta mañana.

—¿Buddy Martin?

Giordino asintió con la cabeza. Martin, el capitán del *Drake*, había muerto de una enfermedad inesperada y fulminante.

—Me sabe mal no haber llegado a tiempo —dijo Pitt—. Buddy era un hombre de una lealtad a prueba de bombas y un amigo muy querido. Se le echará mucho de menos.

—Tenía la sangre de color turquesa —comentó Giordino en referencia al color del que pintaban todas las embarcaciones de la NUMA—. Pero ahora el mando del barco lo tiene provisionalmente Rudi. Que, por cierto, me parece un capitán Bligh de tomo y lomo.

Pitt se volvió hacia Ann.

—Normalmente procuro tener a Rudi lo más cerca posible de Washington, para

proteger el presupuesto de la NUMA.

—Le encontraréis en el laboratorio —dijo Al—, cuidando sus peces abisales.

Pitt y Ann hallaron dos camarotes vacíos en los que dejaron su equipaje antes de ir en busca de Rudi Gunn. No fue una búsqueda muy larga, ya que el *Drake* era un barco compacto, el más nuevo y a la vez el más pequeño de la flota de la NUMA. La nave de investigación, que apenas superaba los treinta metros de eslora, estaba diseñada para la vigilancia costera, pero se las arreglaba más que correctamente en alta mar. En su cubierta, aprovechada al milímetro, había un sumergible con capacidad para tres hombres y un vehículo submarino autónomo. Todos los espacios cerrados que no ocupaba la pequeña tripulación estaban configurados como laboratorios de investigación.

Entraron en uno de estos últimos y se lo encontraron casi totalmente a oscuras. Con las luces apagadas y las ventanas cerradas del todo, la única iluminación procedía del techo, de unas cuantas bombillas pequeñas de color azul. Pitt supuso que el aire acondicionado del laboratorio había estado funcionando sin parar, porque se percibía una temperatura próxima a los cero grados.

—No dejéis la puerta abierta, por favor.

Cuando se les acostumbró la vista divisaron al dueño de la voz, un hombre delgado con chaqueta, encorvado hacia un gran tanque que ocupaba casi toda la sala. Llevaba puestas unas gafas de visión nocturna, con las que examinaba atentamente el tanque.

—¿Qué, Rudi, espiando otra vez los hábitos de apareamiento de los peces gruñones? —preguntó Pitt.

Al reconocer la voz, el hombre se incorporó de golpe y se volvió para saludar a los intrusos.

—Dirk, no sabía que eras tú.

Gunn se quitó las gafas para sustituirlas por otras de carey. Ex comandante de la marina y muy inteligente, era el vicedirector de la NUMA y, al igual que su jefe, aprovechaba cualquier ocasión para huir de los confines de la sede en Washington.

Pitt le presentó a Ann.

—¿Por qué hace tanto frío y está tan oscuro? —preguntó ella.

—Ven a verlo.

Gunn le tendió las gafas de visión nocturna y la acompañó hasta el borde del tanque. Ann se puso las gafas y miró el interior. Media docena de pequeños peces nadaban lentamente en círculo, con un resplandor azul bajo la luz de aumento, pero no se parecían a ningún otro pez que hubiera visto Ann: cuerpos planos y traslúcidos, ojos enormes y protuberantes y varias hileras de dientes sumamente afilados que sobresalían de sus bocas abiertas. Se apartó rápidamente.

—¿Qué son esas cosas? Dan asco.

—La fauna abisal preferida de Rudi —intervino Pitt.

—Su nombre científico es *Evermannella normalops* —dijo Gunn—, aunque nosotros los llamamos dientes de sable. Son una especie muy rara que solo se encuentra en aguas muy profundas. Descubrimos un gran banco cerca de Monterrey, que sobrevivía alrededor de una corriente térmica abisal, y decidimos intentar capturar unos cuantos para estudiarlos. Hubo que hacer varios viajes con el sumergible, pero nos trajimos veinte. Éstos son los pocos que aún no hemos llevado a la costa.

—Parecen capaces de comérselo todo.

—A pesar de su aspecto dudamos que sean depredadores. La verdad es que son bastante dóciles. No parecen interesados en devorar a otros peces. Por eso pensamos que podrían ser carroñeros.

Ann negó con la cabeza.

—Sigo sin estar dispuesta a meter la mano en el tanque.

—No te preocupes —bromeó Pitt—, que tu camarote tiene cerradura, por si les crecen patas durante la noche.

—No son peores que cualquier otro pez de acuario —explicó Gunn—. Ahora, feos sí lo son, y la diferencia es que pueden vivir a mil quinientos metros de profundidad.

—Los dejamos en tus manos —dijo Pitt—. Oye, Rudi, ¿en cuánto tiempo podríamos zarpar?

Gunn ladeó la cabeza.

—Yo creo que como aquellas pizzas a domicilio: media hora o menos.

—Pues venga, en marcha —decidió Pitt—. Tengo curiosidad por saber adónde nos llevará Ann.

Media hora después, fiel a su palabra, Gunn alejaba ya el *Drake* del muelle. Ann se reunió con él, Pitt y Giordino en el puente, donde vieron pasar las colinas verdes de Point Loma al salir del puerto. Más segura al navegar, y menos reservada, expuso la misión a Gunn y Giordino, y entregó a Pitt una pequeña hoja de papel.

—Son las coordenadas de donde encontraron los dos cadáveres. Parece que desde donde estaba uno se veía el otro.

—Podría ser señal de que las corrientes no jugaron mucho con ellos —dijo Giordino.

Pitt tecleó las coordenadas en el sistema de navegación del *Drake*, que identificó la posición como un triángulo sobre el mapa digital de la pantalla. Estaba justo al otro lado de las islas de los Coronados, un pequeño y rocoso atolón cercano a la costa mexicana.

—Teniendo en cuenta que al pasar por la costa las corrientes circulan hacia el sur

—dijo—, lo más probable es que esto defina el límite inferior de la búsqueda.

—Según el informe del forense murieron entre ocho y diez horas antes —dijo Ann.

—Pues ya tenemos un punto de partida. —Pitt dibujó un cuadrado en el mapa con el cursor—. Empezaremos con una cuadrícula de diez millas. Nos desplazaremos hacia el norte desde el punto en el que fueron descubiertos, y si hace falta ampliaremos la zona.

Ann pensó en las dimensiones del *Drake* antes de hacerle una pregunta.

—Y ¿cómo plantearéis el rescate?

Pitt ladeó la cabeza hacia Gunn.

—¿Rudi?

—He encontrado una barcaza con grúa en esta zona. Está a nuestra disposición. Cuando encontremos el barco vendrá hasta donde estemos. Supongo que ya debería haberlo preguntado, pero ¿cómo es de grande el barco que buscamos?

Ann miró sus notas.

—Según el registro, el *Cuttlefish* mide doce metros.

—Pues lo sacaremos a flote.

Gunn se colocó al timón para poner el *Drake* rumbo a la cuadrícula de Pitt.

En dos horas llegaron al lugar donde un velero había encontrado los cadáveres de Heiland y su ayudante, Manny. Pitt vio que la profundidad era algo superior a veinte metros, así que decidió usar para la búsqueda el sónar de barrido reticular, que era más fácil de preparar, y dejar el AUV, más adecuado para profundidades mayores. Desde estribor, los tripulantes desplegaron el pez del sónar, de color amarillo intenso, y poco después ya transmitía pulsaciones eléctricas por el cable a un centro de procesamiento del puente. Pitt se sentó ante los controles y ajustó el cable con el cabrestante hasta que el pez quedó a pocos metros del fondo.

Ann no se apartaba de su hombro, muy atenta al monitor, cuya imagen de tintes dorados mostraba el lecho arenoso y ondulado del mar.

—¿Qué aspecto tendrá el barco?

—Con estas franjas tan anchas quizá parezca pequeño en proporción, pero teóricamente debería poder reconocerse sin problemas. —Pitt señaló la pantalla—. Mira, aquí puedes hacerte una idea de cómo se ve un bidón de doscientos litros, para comparar.

Ann atisbó un objeto del tamaño de una moneda que bajaba por la pantalla, y no tuvo dificultades en reconocerlo como un viejo bidón arrojado por alguien al mar.

—La verdad es que se ve muy nítido.

—Con lo que ha mejorado la tecnología, ahora casi se puede ver un absceso en la concha de una almeja —dijo Giordino.

En el mar, aparte de ellos, solo había una motora grande con bandera mexicana, a

una o dos millas, cuyos ocupantes se dedicaban a pescar. Gunn, que pilotaba el *Drake*, siguió un curso lento y constante que cubría carriles de búsqueda hacia el norte y el sur. El sónar detectó algunos neumáticos, un par de delfines juguetones y algo que parecía un váter, pero no encontró ningún barco hundido.

Tras cuatro horas de búsqueda se aproximaron a la lancha mexicana, que seguía en la misma posición, y por cuya borda despuntaban dos cañas de pescar solitarias.

—Ya veo que tendremos que saltarnos un carril para rodear a estos tíos —dijo Gunn.

Pitt miró la motora a través de la ventana del puente. La tenían a un cuarto de milla. Después se volvió hacia el monitor y sonrió al ver aparecer un objeto triangular en la parte superior de la pantalla.

—No va a hacer falta, Rudi. Creo que acabamos de encontrarlo.

Ann, perpleja, se inclinó para ver que el objeto se perfilaba como la proa de un barco e iba aumentando de tamaño hasta ofrecer la imagen completa de un yate apoyado verticalmente en el lecho marino. Pitt marcó la posición del pecio y midió su longitud con una escala digital.

—Parece que tiene exactamente doce metros de eslora. Yo diría que es el barco desaparecido.

Gunn miró la imagen y le dio una palmada en el hombro.

—Felicidades, Dirk. Ahora mismo llamo a la barcaza y les digo que vengan hasta aquí.

Ann siguió mirando la imagen hasta que llegó al pie de la pantalla.

—¿Estás seguro de que podremos reflotarlo?

—Parece intacto —dijo Gunn—. La barcaza no debería tener ningún problema.

—Y ¿qué hacemos? ¿Esperar hasta que llegue? —preguntó Ann.

—No exactamente —respondió Pitt sonriéndole con algo de malicia—. Primero mandaremos a un agente secreto de Washington al fondo del mar.

Colgado de una grúa, el submarino giró lentamente en el aire hasta que Gunn lo depositó en las frías aguas del Pacífico y, accionando una palanca hidráulica, lo dejó flotar con libertad. Dentro de la nave, Pitt encendió los motores eléctricos y se alejó del *Drake* mientras Giordino, subido al asiento del copiloto, llenaba los tanques de lastre. Detrás, encajada en un asiento estrecho, Ann lo observaba todo con el entusiasmo de un niño pequeño.

Giordino miró por encima del hombro y la encontró fascinada por el agua verde y turbia que se veía por los ojos de buey.

—¿Ya habías buceado?

—Mucho —dijo Ann—, pero solo en piscinas. En la universidad hacía salto de trampolín.

El submarino empezó a descender con lentitud. Poco después, el mar se volvió negro donde no alcanzaban los focos exteriores.

—Yo nunca he sido de los que se tiran voluntariamente desde objetos altos —dijo Giordino—. ¿Cómo pasaste de saltar de trampolines a perseguir a los malos?

—Soy hija de marine. Por eso en la universidad me apunté al programa de formación de oficiales. Acabé el graduado siendo oficial y conseguí que me pagasen la facultad de Derecho. Después de una temporada como abogada militar en Barén, pasé unos meses en Guantánamo, donde conocí a varios contactos de Washington. Más o menos por aquella época lo dejé con mi marido, que era militar, así que decidí probar algo distinto. Hace dos años un amigo me remitió al NCIS, y entré en su dirección de contrainteligencia.

—Parece que eres toda una Perry Mason.

—Eso antes. Cuando era abogada militar disfrutaba con las investigaciones, pero no instruyendo casos. Es lo que me gusta de mi cargo actual, que la mayor parte del trabajo es estrictamente de investigación, y así puedo pasar mucho tiempo fuera del despacho. Me han asignado el caso Eberson para averiguar si él o el barco fueron víctimas de un espionaje.

—Pronto sabremos más —dijo Pitt—. Ya se ve el fondo.

Al verlo aparecer, Giordino neutralizó el lastre. Pitt vio correr por las rocas una langosta que le recordó a la que no se había comido en Chile. Puso en marcha los propulsores e hizo avanzar el submarino. No tuvieron que ir muy lejos para que apareciera a su izquierda un gran objeto blanco. Pitt viró a babor y se aproximó al barco hundido.

En aquel mundo subacuático, el *Cuttlefish* parecía un extraterrestre perdido. Se conservaba inmaculado y reluciente a la luz del submarino, en marcado contraste con la inerte oscuridad del lecho. Pitt se acercó y lo rodeó lentamente. El barco estaba en

posición vertical, sin señales de haber sufrido daños graves.

—Creo que podría tener una brecha en la parte inferior —dijo Pitt al observar una pequeña fisura en el casco.

—Lo veremos al subirlo —contestó Giordino—. No parece que vaya a haber problemas para pasarle un par de eslingas en la proa y en la popa. Deberíamos ser capaces de rescatarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Pitt condujo el submarino hasta la popa del *Cuttlefish* y ascendió para mirar por la borda.

Ann contuvo un grito. Había un cadáver encajado en el espejo de popa, un hombre pálido con la piel hinchada y destrozada en algunos puntos, donde los animales de las profundidades se habían alimentado de su carne. Sobre el rostro flotaba un pequeño banco de peces de roca que mordisqueaba sus facciones.

—¿Joe Ebersen? —preguntó Pitt en voz baja.

Ann asintió, apartando la vista.

Pitt prestó más atención. Los pies y los tobillos de Ebersen llevaban enroscados hilos de monofilamento. Al enrollarse en una cornamusa del puente, el hilo de pescar había sujetado el cuerpo al barco mientras éste se hundía. A simple vista no se apreciaban heridas o quemaduras en el científico de la DARPA. De pronto, sin embargo, vio sus manos.

Estaban tan hinchadas que eran el doble de grandes de lo normal, con la piel descolorida por manchas casi negras: lo mismo que había visto Pitt en Chile.

Al igual que el marinero del *Tasmanian Star*, Joe Ebersen había sufrido una muerte tan horrible como inexplicable.

Hicieron falta otros dos viajes del submarino para sacar el cadáver. Llevaron al barco hundido una gran lona cosida a toda prisa para poder contener un cuerpo humano. Luego Pitt, haciendo uso de dos brazos articulados que sobresalían de la base del submarino, deslizó la bolsa por la cabeza y el tronco de Eberson. Por último cortaron el hilo de monofilamento y transportaron suavemente la bolsa hasta la superficie. Ann insistió en quedarse a bordo del submarino durante la truculenta operación de sacar el cadáver y trasladarlo al *Drake*. Una vez en cubierta, Pitt y Giordino empezaron a preparar las eslingas que servirían para reflotar el *Cuttlefish*. Poco después llegó una gabarra más bien destartada con una grúa enorme. Gunn la había encontrado en el puerto de San Diego, donde servía de apoyo en las operaciones de dragado a cargo del ayuntamiento. Pitt devolvió el saludo a un hombre de expresión simpática y barba gris que pilotaba la barcaza a motor desde una pequeña cabina.

Ann se unió a los dos en el puente, tras haber hecho un breve examen del cadáver con Gunn.

—¿Es la persona que buscabais? —preguntó Giordino.

Ann asintió con la cabeza.

—Hemos encontrado en su bolsillo un billeteo mojado que lo confirma. La identificación definitiva y la causa de la muerte tendremos que dejárselas al juez de instrucción.

—No será fácil, lleva una semana en el agua —dijo Pitt.

—En todo caso parece una muerte accidental. Quizá tuvieran problemas con el barco y se ahogasen sin más.

Pitt fijó una de las eslingas en las garras de acero del sumergible, sin decir nada de las manos de Eberson.

Ann le miró trabajar.

—¿Es alto el riesgo de provocar daños al barco al traerlo hasta la superficie?

—La verdad es que no podemos saber hasta qué punto tiene daños estructurales; vaya, que la respuesta es sí. Existe la posibilidad de que se nos caiga encima, pero yo sospecho que subirá sin percances.

—De todos modos —dijo Ann—, me gustaría examinar la cubierta y el interior antes de que lo intentéis, por si acaso.

—Pues sube, que estamos a punto de hacer la siguiente inmersión.

Poco después apareció el *Cuttlefish*, algo menos amenazador sin el cadáver de Joe Eberson a bordo. Pitt mantuvo el submarino justo encima de la cubierta trasera. Luego lo hizo girar lentamente para que los focos externos iluminasen la embarcación hundida.

—¡Para! —exclamó Ann señalando algo a través del ojo de buey—. Mira esa

caja.

Pitt dejó los controles como estaban para poder examinar una caja alargada sujeta con correas al mamparo de estribor.

—¿Es algo importante? —preguntó.

—Podría serlo, a juzgar por el candado. —Ann estaba enfadada consigo misma por no haber visto antes la caja—. Subámosla.

—Yo la veo muy segura donde está —dijo Giordino.

Ann negó con la cabeza.

—No quiero arriesgarme a que se rompa al subir el barco.

Pitt se encogió de hombros.

—Por mí... Pero antes tenemos que vaciarnos las manos.

Hizo girar los brazos manipuladores del submarino para que Ann viera la eslinga que aferraban. Después se alejó, dejó la eslinga en la arena y la extendió hacia la proa del barco. Tomando una punta, la pasó por debajo del casco hacia dentro todo lo que pudo. A continuación levantó el lazo de la punta y lo depositó en el techo de la cabina. Seguidamente repitió el proceso con el otro extremo de la eslinga, hecho lo cual pilotó el sumergible por encima de la cubierta trasera y procedió a desprender la caja de plástico duro. Le costó un poco deshacer las correas con una de las garras manipuladoras, pero al final la caja se soltó. Entonces Pitt cogió un asa con una de las garras y pasó el segundo brazo por debajo de la caja para sujetarla. Giordino vació de agua marina los tanques de lastre. El submarino flotó hacia la superficie.

Gunn, que los esperaba al borde del *Drake*, subió el submarino a la cubierta.

—¿Qué, cómo ha ido el primer intento de echarle el lazo? —preguntó mientras salían.

Giordino sonrió.

—Fácil, como a un ternero.

—La popa costará más —dijo Pitt—. Tendremos que excavar un poco para poder pasar la eslinga por debajo.

Gunn reparó en la caja alargada que sostenían los brazos manipuladores.

—Me habéis traído un regalo, ¿eh?

—Nosotros no, la señorita Bennett —contestó Giordino arqueando las cejas como aviso a Gunn de que no la tocara.

Retiró la caja de los brazos de acero y la depositó en una parte protegida de la cubierta, mientras Ann seguía todos sus movimientos. Gunn ayudó a Pitt a fijar la segunda eslinga y montó en la válvula delantera de salida de lastre una gruesa tubería de PVC que llevaba conectada una manguera.

—¿Qué tal andáis de batería?

—Si logramos poner esta segunda eslinga sin muchos problemas, debería quedarnos bastante para un viaje más, el de conectar el cable de subida.

—Le diré al que maneja la barcaza que se espere.

Bajaron al mar a Pitt y Giordino, esta vez sin Ann. Al llegar al fondo, Pitt se acercó a la popa del barco y posó el submarino al lado de la aleta de babor. Después usó los brazos manipuladores para dejar la eslinga en el suelo, recoger el tubo de PVC y meterlo en la arena al lado de la grieta del *Cuttlefish*.

—Listo para la succión.

—Lo que tú digas.

Giordino soltó un poco de aire comprimido del tanque de lastre delantero. Al viajar por la manguera flexible y el tercio inferior de la tubería de PVC, el pequeño chorro expulsó burbujas de aire que al salir fueron creciendo y generando succión en la parte inferior del tubo. La arena blanda en la que se apoyaba el barco empezó a ascender en remolinos por el tubo hasta salir detrás del submarino en forma de una nube marrón que se disipó con la corriente. Solo tardaron unos minutos en practicar un hueco suficientemente grande cerca de la aleta de estribor para insertar la eslinga.

Giordino cortó el chorro de aire. Cambiaron de lado y repitieron el proceso, después de lo cual introdujeron la eslinga por las aberturas y juntaron las puntas sobre la cabina. Mientras Pitt las sujetaba, Giordino se hizo con una gran anilla en forma de D a la que unió las cuatro puntas anilladas de las dos eslingas. Con la frente cubierta de sudor, movió las garras manipuladoras para poner en su sitio la última anilla. Ahora solo tenían que conectar a la anilla en D un cabo elevador de la gabarra, que podría levantar el barco.

—Con la delicadeza de un cirujano —dijo Giordino al replegar los brazos manipuladores.

Pitt movió la cabeza, mirando las manazas de su compañero.

—Será un cirujano que hace de carnicero en sus horas libres. De todos modos lo has hecho muy bien.

Purgó los tanques de lastre, y el submarino inició un perezoso ascenso. Cuando salieron a la superficie, junto al *Drake*, el sol acababa de ponerse en el horizonte. Gunn esperó junto a la grúa a que llegara el submarino y después, con mano experta, bajó el garfio y lo cerró en torno a la anilla. Después lo sacó del agua y lo levantó hasta el nivel de la cubierta, donde lo dejó colgando.

—Venga, Rudi —dijo Giordino—, acércanos.

Pitt se puso tenso al mirar por el ojo de buey. Al lado de Gunn había un hombre corpulento, un desconocido con una pistola que le sonrió, pero sin ningún asomo de jovialidad. Gunn apartó las manos de los mandos de la grúa y negó con la cabeza, preocupado. Luego se apartó.

—¿Qué pasa? —preguntó Giordino al ver que Gunn abandonaba los controles.

Pitt no apartaba la vista del desconocido armado a bordo del *Drake*.

—Yo diría que nos han dejado a secar.

Habían atacado el *Drake* haciéndose los indefensos.

La tripulación de la motora mexicana llevaba todo el día vigilando con disimulo el barco de la NUMA, hasta que finalmente encontró lo que buscaba.

Cuando el sol empezó a seguir al submarino debajo de las olas, una voz con acento español llamó por radio al *Drake* y simuló escasez de combustible. Gunn, que fue quien recibió la llamada en cubierta, les pidió que se acercaran, si podían, y así les pasaría algo de gasolina.

Haciendo ostentación de lentitud, el barco pasó por detrás de la barcaza y se acercó muy despacio al de la NUMA. Aprovechando un intervalo en el que no los veían, un hombre armado saltó a la popa de la barcaza y se acercó con sigilo a la cabina de mando.

Poco después, la cubierta trasera del *Drake* estaba ocupada por un individuo corpulento que sonrió con frialdad a Gunn mientras le hacía señas. Llevaba pantalones negros y un jersey de punto holgado también negro: extraña indumentaria para una excursión de pesca. El crepúsculo oscurecía su tez ya morena y sus rasgos achatados, más propios de una ascendencia centroamericana que mexicana. Tras arrojarle un cabo a un marinero, se giró hacia Gunn, que estaba apoyado en la borda con un bidón de veinte litros de gasolina.

—Gracias, señor —dijo con voz de barítono—. Nos hemos quedado pescando demasiado tiempo. Ya teníamos miedo de no poder volver a la costa.

Cogió el bidón y lo dejó en la cubierta. Acto seguido, con una rapidez felina, se aferró a la borda y saltó al *Drake*. Al mismo tiempo apareció en sus manos una Glock semiautomática, sacada de una funda acolchada a la espalda, con la que apuntó a Gunn en el pecho en el momento mismo en que sus pies tocaron la cubierta.

—Dile a tu tripulación que ponga las manos en la borda, mirando hacia el mar.

Gunn transmitió la orden a dos marineros, que asintieron conmocionados, levantaron los brazos y arrastraron los pies hacia la borda.

Otros dos hombres armados llegaron corriendo por el puente del *Drake*. Gunn se estremeció al oír disparos, pero poco después respiró más tranquilo al ver que traían al vigía a la cubierta. Uno de los sicarios, al percatarse del bote salvavidas hinchable del *Drake*, lo había acribillado fríamente, mandándolo a pique como un globo desinflado. Al asomarse desde el laboratorio para ver qué pasaba, un científico fue capturado sin contemplaciones y lo llevaron junto al resto de la tripulación.

Gunn miró al individuo alto vestido de negro.

—¿Qué quieren?

El hombre no le hizo caso. Justo en ese momento se encendió la pequeña radio que llevaba en la cintura.

—Ya tenemos la barcaza —transmitió una voz invisible.

—Traedla y venid con nosotros al barco de investigación —repuso el de la pistola—. Pronto estaremos listos.

Volvió a oírse la radio.

—Oye, Pablo, que ha salido el submarino.

El hombre alto se volvió y soltó una palabrota al ver la parte superior del sumergible. Entonces se guardó la radio en el bolsillo, cogió a Gunn por el cuello y se lo llevó a la grúa.

—Saca del agua a tus amigos, pero que no suban al barco.

Se apartó sin enfundarse la pistola.

Gunn cogió los mandos buscando una manera de avisar a Pitt, pero renunció a la idea al sentir en su columna vertebral la presión de la Glock. Conectó el garfio elevador, levantó el submarino y no pudo hacer nada más que dejarlo suspendido en el aire.

Pocos segundos después la vieja barcaza chocó con la popa del *Drake*, y otro hombre armado, el cuarto, también de negro y con pistola, corrió por la cubierta hasta saltar a bordo. Se acercó a Pablo jadeando. Tenía la camisa desgarrada y un pequeño hilo de sangre en el labio inferior.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Pablo.

—Al principio el capitán me ha dado algún problema.

Pablo movió la cabeza, ceñudo.

—Sube a bordo la caja. ¡Venga!

El recién llegado se sumó al resto, sumiso, y entre los tres levantaron la caja recuperada del *Cuttlefish* y la pusieron en su barco. De repente Gunn se acordó de Ann y cayó en la cuenta de que no estaba en cubierta.

El jefe del grupo de asalto se volvió hacia él, moviendo la Glock.

—Como nos sigáis o pidáis ayuda, volveremos y os mataremos a todos. —Los ojos oscuros de Pablo brillaron al sonreír a Gunn—. Gracias por vuestra ayuda.

Se acercó a la borda sin mirar atrás y subió a su barco.

Pitt y Giordino no tuvieron más remedio que asistir al espectáculo desde el submarino. Podrían haber salido por la escotilla, pero el salto hasta el *Drake* era muy arriesgado, y todo terminó antes de que pudieran actuar.

Al ver que Pablo se acercaba a la borda, Pitt percibió un movimiento en la parte delantera del barco y se volvió hacia Al.

—¿Tú no has visto caerse algo por el lado, cerca del puente?

—No —dijo Giordino—. Estaba vigilando al que apuntaba a Rudi con la pistola.

Vieron subir a Pablo a bordo de la lancha, que se alejó del *Drake*, pero justo cuando daba media vuelta y ponía rumbo a la orilla entrevieron la cubierta del otro lado en la luz del crepúsculo.

Giordino clavó un dedo en el ojo de buey.

—¿Es lo que pienso?

Pitt, que también lo había visto, asintió con la cabeza.

Era la figura alargada de una mujer rubia y mojada que se había escondido en la estrecha cubierta lateral del barco, lanzado a toda velocidad hacia México.

Gunn subió inmediatamente a bordo el submarino, mientras Pitt y Giordino esperaban en la escotilla abierta.

—¿Estáis todos bien? —se interesó Pitt.

—No ha habido heridos —contestó Gunn—. Nos han amenazado con matarnos si pedimos ayuda o los perseguimos.

—¿Quiénes eran? —preguntó Giordino.

Gunn negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. El jefe se llamaba Pablo. Venían por la caja que habéis sacado del *Cuttlefish*. ¿Sabéis qué contenía?

—No —dijo Pitt—, pero creo que Ann sí. ¿Cómo ha subido al barco de esos hombres?

—¿Ann? Creía que estaba en su camarote.

—La hemos visto escondida detrás de la cabina del otro barco mientras se iban a toda pastilla —explicó Giordino.

Gunn palideció.

—Como la descubran podrían matarla.

—Llama a los guardacostas —ordenó Pitt—. Quizá tengan cerca algún patrullero antidrogas. Pero no les digas nada de Ann, por si nos espíase alguien. Al y yo intentaremos seguirlos en el bote hinchable.

—Imposible —dijo Gunn—. Han reventado a tiros la radio del puente y el hinchable. La llamada la podemos hacer desde alguna de las radios manuales que tenemos, pero el hinchable puedes darlo por perdido.

—¿Y la barcaza? —preguntó Giordino.

—Será mejor que antes de nada vayamos a ver al piloto. Me parece que le han dado una paliza.

Pitt y Giordino corrieron a estribor. La proa de la barcaza estaba pegada al casco, justo por debajo de la cubierta. La más vieja de las dos embarcaciones empujaba a paso de tortuga al barco de investigación. Saltaron a bordo y cruzaron corriendo la cubierta resbaladiza hasta llegar a la pequeña cabina de popa. Al acercarse oyeron el gruñido de un perro. Entraron.

Arrodillado ante el timón, un hombre canoso se apretaba con la palma un corte ensangrentado donde empezaba el pelo. Frente a él montaba guardia un perro salchicha negro y marrón, que ladró a los intrusos.

—Cállate, Mauser —dijo el hombre.

—¿Está bien, señor?

Tras pasar junto al perro, Pitt ayudó al hombre a levantarse. Eran casi de la misma estatura, un metro noventa, pero el viejo pesaba algunos kilos más.

—Ha aparecido de la nada, el muy hijo de su madre, y ha empezado a destrozarme la radio. —Sus ojos azules se aclararon a medida que hablaba—. Yo le he arreado un buen mamporro, pero luego me ha dado con la culata de la pistola.

Giordino buscó su kit de primeros auxilios y le vendó la herida.

—Gracias, hijo. Por cierto, ¿quiénes eran?

—No lo sé —dijo Pitt—, pero hay uno de los nuestros a bordo de su barco. ¿Tiene usted alguna lancha que pueda prestarnos?

—Detrás hay una zódiac pequeña. No tiene un gran motor, pero podéis usarla.

El capitán miró por la ventana... y se dio cuenta de que la barcaza estaba empujando el *Drake*.

—¡Demonios! Esperad, que me aparto de vuestro barco antes de que salgáis.

Durante un momento puso marcha atrás, antes de dejar el motor en punto muerto. Después se volvió hacia Pitt, arqueando las cejas con preocupación.

—Tened cuidado con ellos.

—Estese tranquilo.

Pitt se despidió con un gesto de la cabeza y dio media vuelta para salir detrás de Giordino. Al abandonar la cabina se fijó en el título de capitán mercante colgado en el mamparo, y al ver impreso en el documento el nombre de Clive Cussler frunció el ceño y se apresuró a salir a la cubierta.

Giordino ya había desatado el pequeño bote inflable de la cabina de mando. En vez de tomarse el tiempo de bajarlo por un lado con un cabrestante, lo echaron por la borda y subieron. Pitt cebó el motor fuera borda y le dio vida con un par de estirones al estárter. Después aceleró al máximo y, tras apartarse de la barcaza, puso rumbo a la costa.

Seguía anocheciendo, pero la motora mexicana aún era visible y Pitt se dispuso a seguirla. Por desgracia lo tenían difícil, ya que el yate surcaba el oleaje a diez nudos más que la pequeña zódiac. Lo único que podía hacer Pitt era intentar mantenerlo a la vista el tiempo necesario para averiguar dónde desembarcarían.

—¡Espero que te hayas acordado de coger nuestros pasaportes! —gritó Giordino, pues su rumbo sudeste les llevaba claramente a suelo mexicano.

—Preferiría haberme acordado de traer un lanzagranadas.

Giordino ya había buscado en la zódiac, y su única arma potencial era un ancla pequeña. Pitt, sin embargo, no tenía ninguna intención de enfrentarse cara a cara con aquellos ladrones armados. Lo que le preocupaba era la integridad de Ann.

Mientras la borrosa silueta de la motora se difuminaba a lo lejos, pensó en la valerosa agente del NCIS y se preguntó qué demontres tendría planeado.

La misma pregunta se hacía Ann, aferrada a la borda del yate con la ropa empapada. Pretendía hacerse con el mando del barco y llevarlo hasta San Diego, pero con cuatro hombres armados en contra era mucho esperar. Se palpó la cintura por detrás para asegurarse de que la funda que contenía una SIG Sauer P239 había sobrevivido a la zambullida en el mar.

Su decisión de subir furtivamente al barco mexicano había sido más fruto de la adrenalina que de la estrategia. Justo cuando salía de uno de los laboratorios del barco en busca de un lugar seguro donde guardar la caja de Heiland, había visto a Pablo en la cubierta, apuntando a Gunn con una pistola. Entonces se metió por un pasillo y bajó a su camarote en busca de su arma. Aprovechando el momento en que uno de los asaltantes captaba la atención general con sus disparos al bote salvavidas del *Drake*, Ann subió con sigilo al puente, pero se encontró la radio del barco destrozada. A diferencia de la tripulación, ella sabía que los ladrones querían la caja. Era la caja, y no el cadáver de Eberson, la auténtica razón de que Ann estuviese a bordo.

Rápidos en actuar, los maleantes descargaron antes de que ella pudiera idear un contraataque. Una sola idea le vino a la cabeza: si no se podía salvar la caja, había que destruirla.

Llegó a la entrada del puente con el corazón desbocado y miró a popa. Pablo estaba cerca del submarino, ocupado con Gunn, mientras sus hombres cargaban la caja en la motora. Ann respiró hondo, subió al ala del puente y se lanzó por la borda.

En ese punto intervinieron sus años como saltadora de trampolín. Tensó el cuerpo al saltar y buscó el mar con las manos extendidas sobre la cabeza. Chocó con el agua en un ángulo vertical, sin hacer apenas ruido al culminar la entrada deseada. El frío del Pacífico la hizo tiritar mientras se zambullía a gran profundidad hasta dar media vuelta y nadar hacia el barco mexicano.

Salió a la superficie junto al flanco opuesto, del que no se despegó para no ser vista. Tras oír que alguien saltaba a bordo, se dio cuenta de que la embarcación se alejaba del *Drake* y, agitando los pies con rapidez, llegó al casco y se aferró a un montante de la cubierta. Después subió a pulso y rodó por la estrecha cubierta que circundaba la cabina de mando.

Se quedó pacientemente donde estaba, recuperando la respiración y haciendo acopio de fuerzas mientras el yate navegaba raudo hacia la orilla. Sería media hora de camino. Esperó a que el cielo se oscureciera, para tener la noche como aliada. Salpicada de sal, daba brincos como en un rodeo, intentando mantener su posición mientras rezaba por que nadie mirase en aquella dirección.

Pablo y sus hombres estuvieron observando el *Drake* varios minutos desde la borda de estribor. La barcaza, situada frente a ellos, les impidió ver a la pequeña

zódiac bajar al agua desde popa. Al cabo de unos cuantos minutos, el grupo entró en la cabina. Pablo llamó por teléfono y se sentó a beber una botella de Dos Equis.

Cuando el cielo se tiñó de gris oscuro, Ann retrocedió sin despegarse de la borda para observar la cubierta. A un lado, en un banco, había un hombre moreno y corpulento que miraba hacia popa con una pistola en el regazo. Su barba larga y poblada le recordaron a Fidel Castro en su juventud. Delante de él estaba la caja de Heiland, que le servía de apoyo para los pies.

Las posibilidades de salir airoso en un tiroteo con toda la tripulación eran escasas. En cambio, a aquel hombre sí podía dominarlo, sobre todo con el factor sorpresa de su lado. El objetivo de Ann era simple: tirar la caja por la borda por cualquier medio. Tal vez más tarde pudieran encontrarla Pitt y el barco de la NUMA. Al menos no estaría en manos de ningún extranjero.

Retrocedió muy lentamente por la borda, hasta dejarse caer sin hacer ruido en la cubierta. En la cabina principal, situada varios escalones más abajo, y que desde donde estaba no se veía, se oían voces. Justo encima de ella estaba la cabina de mando del yate, donde distinguió a pocos metros las piernas del piloto. Teniendo en cuenta que se aproximaban a la costa, era de esperar que éste no desviase la vista de su trayectoria.

Desenfundó su SIG Sauer compacta, la cogió por el cañón y se lanzó sobre Fidel, que no tuvo tiempo de oírla. Ann había querido darle en la sien, pero se le fue el golpe por arriba, y la pistola rebotó en la coronilla. El hombre se desplomó gruñendo hacia un lado y soltó la pistola, que cayó en la cubierta.

Ann la apartó de un puntapié y se arrodilló para soltar la caja, que estaba atada al banco.

El hombre, a quien el golpe había aturcido, se puso una mano en la cabeza ensangrentada mientras buscaba el arma a tientas con la otra, pero lo que encontró fue un tobillo de Ann. Cerró la mano con firmeza y tiró con las fuerzas que le quedaban.

Ann, inclinada hacia la caja, perdió el equilibrio y se cayó de bruces, pero no tardó mucho en ponerse de pie con una gran rapidez de reflejos. El hombre de la pistola seguía sujetando su tobillo izquierdo, así que Ann usó el derecho para asestarle un duro golpe en un lado de la cabeza.

Él gruñó, pero tiró más fuerte. La siguiente patada de Ann le alcanzó en la mandíbula. Entonces sí se le aflojaron los dedos, y cayó en la cubierta con los ojos vidriosos.

Ann corrió de nuevo hacia la caja y desató las dos correas hasta soltarla del todo. Entonces la arrastró hacia la popa y subió un lado a la borda. Justo cuando se agachaba para levantar el otro, se quedó de piedra. Sintió en su nuca un frío anillo de acero.

—Esto se queda aquí, guapa —tronó la voz profunda de Pablo, que la encañonaba

con su Glock.

La costa era una alfombra de luces titilantes, una ola de brillos ambarinos, pero la serenidad de aquella imagen solo sirvió para exasperar a Pitt. Ya hacía tiempo que había desaparecido la silueta completa del barco mexicano. Solo sus luces de situación permitían localizarlo. El resplandor del yate se hizo más pequeño y se fundió a lo lejos con las luces de la orilla, hasta que se perdió de vista.

Bien sujeto a la barra del timón, Pitt siguió la última posición visible del yate con la esperanza de que no cambiara bruscamente de rumbo. Lo que no sabía era que, a partir de la frontera, la costa mexicana no ofrecía ningún puerto natural en más de cincuenta kilómetros. Después de navegar varios minutos a ciegas se acercaron a la orilla y a las luces que brillaban con fuerza en la ladera. Al no ver nada en el mar, puso la zódiac rumbo al sur. Dos minutos después lo vieron.

—¡Allí! —exclamó Giordino señalando a proa.

A una milla se divisaba con dificultad un pequeño espigón de rocas que se adentraba en el Pacífico. Los primeros quince metros de piedra estaban ocupados por un rudimentario embarcadero, donde un barco iluminado esperaba en punto muerto. Al acercarse, Pitt y Giordino distinguieron a varias personas que caminaban por el muelle hacia una camioneta de cuatro puertas. Dos figuras regresaron al barco, trasladaron a la camioneta una caja alargada y la depositaron en la plataforma.

—Es nuestra caja —dijo Giordino—. ¿Ves a Ann?

—No, pero podría ser una de las personas de la camioneta. Intentaré llegar por el otro lado del espigón.

Se acercaron, manteniendo las distancias con la orilla, a la vez que disminuían la velocidad del motor a fin de que hiciera menos ruido. Cuando ya estaban cerca, el barco mexicano se alejó bruscamente del embarcadero y, al rodear el espigón, se lanzó con tal fuerza por la costa que estuvo a punto de aplastar a la zódiac sin verla.

El vaivén de la estela tumbó el único bidón de gasolina de la zódiac. Giordino lo sacudió y lo enderezó.

—No tenemos bastante combustible para perseguir al yate hasta muy lejos.

Pitt vio que las luces traseras de la camioneta se iluminaban al arrancar.

—Pues lo mejor será ir a la orilla.

Aceleró al máximo y recorrió el espigón con el bote hinchable, descartando cualquier tentativa de sigilo. Las luces de algunas casas y oficinas de los alrededores le permitieron ver que el espigón nacía en una playa estrecha. Cortando las olas, fondeó en la arena justo en el momento en que la camioneta empezaba a alejarse.

Giordino saltó de la zódiac y empezó a arrastrarla lejos de las olas antes de que Pitt hubiera tenido tiempo de apagar el motor. Corrieron por el camino de tierra. La camioneta solo estaba a unos metros. A falta de otra alternativa, salieron corriendo

tras ella.

Era una pista con muchos baches, que la camioneta recorrió lentamente hasta llegar a un cruce asfaltado lleno de luz y otros vehículos. La calle transversal estaba bordeada de edificios de estuco en mal estado, con pequeños comercios que ya habían bajado sus persianas, aunque algunas cantinas y pequeños restaurantes mantenían cierto tráfico peatonal en las aceras. La camioneta giró a la izquierda, aceleró un momento y se encontró con una lenta hilera de coches. Poco después fueron Pitt y Giordino los que llegaron al cruce.

—No es que me apetezca mucho una maratón nocturna sin mis shorts fosforitos de correr —bromeó Giordino sin aliento, mientras veían a la camioneta acelerar.

—Pues yo me he olvidado mi cinta favorita para el pelo —dijo Pitt entre una respiración y la siguiente.

Buscaron algo parecido a un taxi, pero no lo vieron. Pitt señaló la siguiente esquina.

—Creo que eso nos podría servir.

Dos electricistas con monos grises trabajaban en el cuadro eléctrico de un edificio industrial de dos plantas. Eran trabajadores de la compañía eléctrica nacional mexicana que se sacaban un sobresueldo en sus horas libres, y de paso usaban la pequeña camioneta de la empresa, aparcada a algunos metros de donde estaban, en la acera, con las dos puertas abiertas de par en par y la radio a todo volumen.

Pitt y Giordino corrieron directamente hacia el vehículo y saltaron a los dos asientos delanteros. La llave de contacto estaba en su sitio. Pitt puso el motor en marcha y pegó un acelerón antes de que los electricistas se hubieran dado cuenta de nada.

—¡Alto! ¡Alto! —vociferó uno de los dos en español, dejando caer el destornillador para salir tras ellos.

Su compañero se los quedó mirando, antes de sacar su teléfono móvil y ponerse a llamar como loco.

Aprovechando que el tráfico era más fluido, Pitt puso rápidamente distancia de por medio. Al principio se cayeron algunas herramientas y cables de la parte trasera, pero solo hasta que Pitt pasó volando sobre una banda rugosa y las puertas traseras se cerraron de golpe.

—Por la mañana tendrán que dar explicaciones —dijo Giordino.

—¿No ves muy claro que su jefe se crea que la camioneta se la robaron dos gringos locos?

—No lo sé, pero de todos modos creo que nos convendría ir con un poco de cuidado —dijo dando una palmada en el salpicadero.

Dicho y hecho: Pitt pasó sobre un bache descomunal que les despegó de sus asientos.

Habían perdido de vista la camioneta que perseguían, por lo que la conducción de Pitt fue muy brusca. Pisando el acelerador a fondo, adelantó como una exhalación a varios coches por la angosta carretera. En un momento dado, frenó de golpe para no atropellar a una mujer que cruzaba corriendo la calle con dos gallinas enjauladas. También se salvó de milagro de arrollar a una manada de perros asilvestrados en los arrabales.

La avenida serpenteaba por una colina, dejando atrás el tráfico y los comercios. También las luces. Pitt adelantó a un Volkswagen Escarabajo oxidado y reconoció la camioneta a menos de un kilómetro. El modesto motor de la furgoneta de los electricistas protestaba contra la aceleración constante, mientras los pequeños neumáticos devoraban el asfalto. Pitt tomó ruidosamente una curva muy cerrada, levantando una nube de polvo que cayó sobre un Dodge Charger azul aparcado en el arcén. Los faros del Charger se encendieron enseguida, y el coche salió a la carretera.

—¿Aún te compadeces de los electricistas? —dijo Pitt.

—Un poquito. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que han avisado a los federales.

—¿Cómo lo sabes?

Al mirar por el retrovisor, Pitt vio un destello en el techo del Charger.

—Porque los tenemos justo detrás.

La barra de luces del techo del Charger bañaba las laderas resacas con una alternancia de rayos rojos y azules. El conductor de la camioneta, que no estaba muy lejos, se aferró al volante al ver las luces de la policía.

—¡Pablo, es la policía! Estaban esperando en la última curva.

Pablo, que iba en el asiento trasero de la camioneta, giró la cabeza para echar un vistazo. Después miró el indicador de velocidad.

—¿No conducías demasiado deprisa?

—Como máximo uno o dos kilómetros más de lo permitido, te lo juro.

El rostro de Pablo no reflejó ninguna preocupación.

—Despístales antes de que nos acerquemos al aeropuerto —dijo inexpresivamente—. Si hace falta tiraremos las armas. Y a la chica.

Ann, rígida, se preguntó si antes la matarían. Estaba sentada entre Pablo y el de la barba, que se llamaba Juan, y no sabía a cuál de los dos temer más. Se encogió, apartándose de Pablo, y se volvió hacia el otro vigilante. Juan, con un ojo morado y sangre seca en la mejilla, le clavaba una pistola en las costillas, sin que se le borrara ni un momento una expresión feroz.

Después de que Pablo la hubiese descubierto en el barco la habían tenido maniatada, a punta de pistola y amedrentada, aunque ahora surgía un rayo de esperanza gracias a la policía mexicana. Tal vez Pitt se las hubiera ingeniado para informarles. Rezó en silencio por que no la pillase el fuego cruzado de ningún tiroteo.

El conductor aceleró de golpe, haciendo que la camioneta de cuatro puertas se bamboleara por los baches. Tras salvar a gran velocidad varias curvas en U llegó a lo más alto de una sierra costera. A partir de aquel punto la pista bajaba, sinuosa, hacia el ancho valle donde se encontraba la ciudad fronteriza de Tijuana.

A través del denso manto de contaminación que cubría la ciudad brillaban miles de luces. El panorama desapareció tan pronto como la camioneta bajó por la ladera a gran velocidad y penetró en los arrabales de la urbe. Al mirar hacia atrás, el conductor vio que se había distanciado de las luces del coche patrulla.

La camioneta se acercó a una concurrida autovía de cuatro carriles que circunvalaba Tijuana por el sur. Pablo se dio cuenta de que el conductor se disponía a entrar en ella.

—¡No, en la autovía no te metas! Cruza la ciudad, que así será más fácil despistarlos.

El conductor siguió adelante, hacia la congestionada trama urbana de Tijuana. Echó un nuevo vistazo por el retrovisor. Otro vehículo obstaculizaba la persecución.

Era la camioneta de los electricistas. Pese a llevar detrás un coche de la policía, Pitt estaba haciendo todo lo posible por no quedarse rezagado. Casi había derretido el

pequeño motor al hacerlo subir al máximo de sus revoluciones por la cuesta. El Charger, más potente, le dio alcance sin problemas y se pegó con autoridad a su parachoques trasero.

En la bajada, Pitt se dio una pequeña ventaja yendo justo por el borde de la carretera. Tomaba las curvas sin frenar, haciendo saltar la gravilla, más atento a no perder la camioneta que a eludir el coche de la policía. Como el conductor del Charger era más precavido, Pitt pudo crear cierta separación mientras iban lanzados como bólidos en dirección a la ciudad.

—Tendremos que hacer algo con nuestra compañía —dijo al penetrar en la ciudad, de casi dos millones de habitantes.

Giordino echó un vistazo a la parte trasera de la camioneta, rebosante de herramientas y de material eléctrico que no había dejado de hacer ruido en todo el trayecto.

—Voy a ver si aquí detrás hay algún aparato para eliminar federales.

Salió con cuidado de su asiento, mientras seguían dando tumbos por la carretera.

Las paredes de la camioneta estaban cubiertas por rollos de cable y conexiones eléctricas metidas en cubetas, además de herramientas diversas; no era exactamente un arsenal defensivo, pensó Giordino. De pronto vio protegibles: finos tubos de algo más de un metro, hechos de acero galvanizado, que servían para resguardar los cables y tenían las puntas de rosca. Levantó las cejas al encontrar una cubeta de empalmes.

—Creo que tengo algo —le dijo a Pitt.

Un minuto después la camioneta dejó atrás el acceso a la autovía y siguió hasta la ciudad. Dos manzanas más adelante, el furgón de los electricistas giró a la derecha, saltándose un semáforo en rojo.

—¡Ya vienen! —le dijo Pitt a Giordino.

Levantó el pie del acelerador y esperó a que se acercase el coche de policía.

—¡Ahora! —bramó, a pocos coches de distancia del semáforo.

Giordino abrió las puertas traseras con los pies y sacó un palo de dos metros y medio que había fabricado con la unión de dos tubos. Una punta se apoyaba en un trozo de madera encajado entre los huecos de las ruedas. Para reducir el movimiento lateral, Giordino usó cables que enroscó en las bisagras de la puerta. Pitt le concedió un segundo para que se apartase antes de pisar el freno a fondo.

El policía, mientras tanto, ya había frenado al ver salir el tubo como una especie de lanza medieval. Al encenderse las luces traseras de la camioneta, dio un frenazo. Pitt tenía la ventaja de ir al volante del más ligero de los dos vehículos, como subrayó dando marcha atrás en el mismo momento en que la camioneta perdía impulso.

El coche patrulla se estampó en el parachoques trasero justo después de empalarse en el arma improvisada por Giordino. El tubo penetró en la rejilla de

ventilación y el radiador del Charger, llegó al motor y se dobló como un acordeón. El compartimento del motor escupió humo, aunque lo único que pudieron ver los policías fueron sus airbags recién hinchados.

Pitt puso primera y pisó el acelerador. Se oyó un chirrido en la parte trasera del vehículo, que intentaba avanzar. Al final el parachoques se desprendió del Charger y la camioneta dio un tumbo hacia delante. Al mirar hacia atrás, Giordino vio el tubo clavado en la rejilla del coche patrulla como el pico de un colibrí, sobre un fondo de nubes de vapor.

Volvió al asiento delantero.

—Ahora sí que les vas a salir caro a los de la compañía eléctrica.

—Definitivamente eran dos gringos locos.

Pitt aferró sus manos al volante y escrutó la calle con más prisa que nunca. Pronto hasta el último poli de Tijuana estaría buscando la maltrecha camioneta de los electricistas. Giró en una esquina y pisó el acelerador a fondo. Tendrían que ir derechos a buscar a Ann. No había tiempo que perder.

—Ya no veo las luces de la policía. —El conductor de la camioneta miró a Pablo con una sonrisa sucia. Los años de consumo de drogas habían convertido su boca en una cueva de encías marrones y dientes podridos—. Creo que los hemos despistado.

—No llares la atención por tu manera de conducir —dijo Pablo—, pero llévanos al aeropuerto y no te distraigas.

El conductor miró el itinerario en la pantalla del GPS: cruzaba la ciudad hacia el nordeste, que era donde estaba el aeropuerto. De tan atento como estaba a si veía las luces de la policía en el retrovisor, apenas se fijó en la pequeña camioneta que los seguía de cerca.

A medida que se aproximaban al centro cada vez había más tráfico. Giraron hacia el este por la calle del Toreo, en cuyas sucias aceras circulaba una marea humana. Al esquivar a unos peatones que cruzaban de cualquier manera, pasó por un gran bache que hizo saltar la caja.

Pitt y Giordino, que los seguían de cerca, vieron que estaba suelta encima de la plataforma.

Giordino se acarició la barbilla.

—¿Tú qué crees que habrá dentro, para que estén todos tan nerviosos?

—Ya me gustaría saberlo.

Pitt tuvo que contener la rabia por haber llevado a la tripulación del *Drake* a una situación inesperada de peligro.

Giordino volvió a señalar la camioneta.

—Si te acercas a la plataforma quizá consiga cogerla.

Pitt sopesó la idea. Yendo en un vehículo buscado por la policía y desprovisto de armas, parecía difícil someter por la fuerza a los ocupantes de la camioneta. Sus opciones eran limitadas, por no decir suicidas.

—Tal vez podamos negociar un intercambio por Ann —insinuó—. Suponiendo que no nos maten de buenas a primeras.

Tenían la ventaja de estar en una ciudad muy populosa y de dudosa reputación. Giordino estuvo de acuerdo en que valía la pena correr el riesgo.

Pitt se mantuvo cerca del parachoques trasero de la camioneta en espera de que el tráfico se despejase un poco en sentido contrario y le permitiese colocarse al lado. Los coches frenaron en un stop, que él se saltó. Lo frustrante fue que al levantar la vista vio llegar en sentido contrario un coche de la policía.

Esperó a que pasara sin girarse y lo siguió por el retrovisor. El coche patrulla viró rápidamente ciento ochenta grados y estuvo a punto de tirar a un chico de una moto.

—Creo que estamos acabados —dijo Pitt.

Giordino bajó la ventanilla.

—Pues al menos que nos sirvan de algo los problemas.

Pitt se acercó un poco más a la camioneta, mientras la policía encendía las luces detrás de él.

El coche patrulla intentó abrirse paso por el cruce, pero tenía delante un tráiler que tardaba mucho en hacer un giro cerrado. Pitt esperó a que pasara un Isuzu destartado en el otro carril para aprovechar el hueco en el tráfico. Entonces pisó a fondo el acelerador y se lanzó por el carril contrario hasta situarse junto a la camioneta. Giordino se asomó por la ventanilla lateral y tendió los brazos hacia la plataforma para coger la caja.

Alertado por las luces de la policía en el retrovisor, el conductor de la camioneta vio salir a Giordino y frenó inmediatamente. Giordino tuvo el tiempo justo para volver a meterse por la ventanilla y no chocar con la cabina de la camioneta. Por un momento circularon a la misma altura.

—Casi la pillo —le dijo a Pitt—. Déjame probar una vez más.

Estaba justo al lado de Juan, que hacía esfuerzos denodados por bajar la ventanilla. Pitt respondió con otro frenazo, y al mirar hacia delante vio una hormigonera que se les echaba encima.

—¡Date prisa!

Pisó el freno más a fondo. La camioneta aceleró. A Pitt no le fue fácil mantenerse a su altura sin arriesgarse a un choque frontal.

Cuando la camioneta volvió a quedar junto a la plataforma del otro vehículo, Giordino cumplió su palabra: asomado a la ventanilla, pudo hacerse con una de las asas de la caja y le propinó un fuerte estirón que la dejó colgando por un lado de la camioneta.

—¡Ya la tengo!

A falta de espacio para acelerar y adelantar, Pitt frenó bruscamente, pero también lo hizo el otro vehículo. El resultado fue que Pitt quedó aprisionado en el carril contrario con la hormigonera a pocos metros. A su izquierda apareció un callejón. Aceleró y dio un golpe de volante.

Finalmente Juan bajó su ventanilla, sacó medio cuerpo y apuntó a la otra camioneta con su Glock del 22.

—¡Cuidado! —exclamó el conductor después de una ráfaga a ciegas.

Juan se volvió, pero ya era demasiado tarde. Vio el guardabarros delantero de la hormigonera justo antes de que le pillase por debajo del cuello. Su ropa se quedó encajada en el guardabarros, y Juan acabó fuera, con las piernas machacadas.

Pitt giró a la izquierda y evitó el choque *in extremis*. En el momento en que la camioneta cruzaba chirriando por delante de la hormigonera (salvándose por poco de chocar con el parachoques frontal), una ráfaga de balas agujereó el lateral y subió por la puerta derecha. La única que hizo algún daño fue la última, que astilló la caja y

rozó la mano de Giordino. El reflejo nervioso le hizo soltar el asa, con el resultado de que la caja se cayó a la calle.

El conductor de la hormigonera frenó de puro pánico. Juan se aferró un momento al guardabarros antes de resbalar y que lo aplastara la rueda delantera izquierda, mientras la derecha topaba con la caja. La hormigonera saltó por encima de ambos. Después, el pesado vehículo derrapó y frenó, pero no antes de apisonar los restos de Juan y la caja con sus dos ruedas dobles traseras.

Estupefacto por lo que veía en el retrovisor, el conductor de la camioneta perdió el control, giró sin querer a la derecha y se estrelló contra un Chevrolet Cobalt aparcado en la acera. Antes de detenerse, la camioneta de cuatro puertas se subió al maletero del pequeño coche. Una explosión hizo temblar el aire: el neumático delantero de la camioneta se había reventado al cortarse con la carrocería destrozada del coche.

Al otro lado de la calle, la furgoneta de los electricistas pasó disparada junto a la hormigonera y estuvo a punto de chocar con la parte trasera de un todoterreno. El callejón estaba embotellado. Pitt dio un frenazo que hizo derrapar el coche. Las aceras y la calzada se llenaron de gente que obstruyó del todo el tráfico. Pitt vio un reflejo de luces intermitentes en los escaparates: era el coche patrulla, que se estaba acercando.

—Me parece —dijo— que sería un buen momento para despedirnos de nuestra furgoneta.

Giordino movió la cabeza.

—Y yo que me estaba encariñando...

Encontró un rollo de cinta eléctrica y se empezó a vendar la mano ensangrentada.

—¿Estás bien? —preguntó Pitt, que hasta entonces no se había dado cuenta de que su amigo estaba herido.

—Puede que tenga que renunciar durante una temporada a beber de dos vasos a la vez, pero sobreviviré.

Saltaron de la camioneta y se fundieron con la multitud que empezaba a rodear la hormigonera. Ignorando el cuerpo aplastado de Juan, se acercaron a la caja destrozada para examinarla.

Había poco que ver: un amasijo de cables, circuitos impresos y cajas de metal dispersos por debajo de la camioneta como un robot destripado. El contenido de la caja, fuera cual fuese, ya no podía resucitarse.

Se apartaron sigilosamente de la hormigonera al ver llegar a dos agentes con armas en la mano, y aprovechando la masa de curiosos volvieron a la camioneta. Donde más gente había era en las aceras, así que se unieron a la muchedumbre que pasaba junto al coche destrozado y la camioneta. Pitt se acercó con aprensión y miró el interior de la segunda.

Las dos puertas de la derecha estaban abiertas de par en par, pero no había rastro ni de Ann ni de los otros ocupantes.

Pablo había presenciado con incredulidad la destrucción de la caja. Se había tomado la muerte de su compañero como poco más que una molestia, pero perder la caja le puso rojo de rabia, que desahogó en Ann.

—¿Tú qué sabes del aparato?

Le clavó la pistola. Ann apretó los dientes y no dijo ni una palabra.

—Pablo... Que viene la policía.

El conductor estaba pálido. Sus dedos temblaban encima del volante.

Pablo fulminó a Ann con la mirada.

—Ya hablarás más tarde. Ahora haz lo que te digo o te mato aquí mismo. Sal del coche.

Ann bajó con él por la puerta derecha, mientras el conductor cogía una fina chaqueta con la que le tapó las manos esposadas. Al volver la vista hacia la furgoneta de la compañía eléctrica, Ann no vio a Pitt ni a Giordino. La aparición de ambos la había sorprendido tanto como a Pablo. No entendía que hubieran podido seguirle la pista.

Cuando ya estaban en la acera se acercó un hombre joven con una camisa de seda negra.

—Es mi coche —le dijo al conductor señalando el Chevrolet destrozado—. Mira qué le habéis hecho.

Pablo se puso a su lado y le apretó discretamente la pistola en la barriga.

—O te callas o te mato —dijo en voz baja.

El joven se tambaleó hacia atrás, asintiendo con la cabeza sin parar. Después, con los ojos como platos, dio media vuelta y salió huyendo por la calle.

Pablo retrocedió, cogió del brazo a Ann y, al mirar por encima del hombro, vio salir del coche a los policías. Luego escudriñó la multitud y divisó enseguida a dos americanos con ropa de trabajo que miraban bajo las ruedas traseras derechas de la hormigonera. Ya los había reconocido antes, cuando se habían colocado al lado de la camioneta: eran los hombres que pilotaban el sumergible del *Drake*.

Se giró y empujó a Ann.

—Muévete.

—¿Y Juan?

El conductor miró la hormigonera, impresionado.

Sin abrir la boca, ignorando el cadáver de su compañero muerto, Pablo llevó a Ann al centro de la concurrida acera.

Un minuto después, Pitt y Giordino llegaron a la camioneta y buscaron a Ann entre la multitud. Una niña sentada en la acera vendía flores frescas que guardaba en una caja de cartón. Cuando su mirada coincidió con la de Pitt, le tendió un puñado de

margaritas. Pitt se las pagó y se las devolvió con una sonrisa. Ella las olió, ruborizada. Luego levantó la mano y señaló por la calle.

Pitt le guiñó un ojo y salió en la dirección indicada.

—Por aquí, Al.

Encontraban cada vez más gente al avanzar. Pitt trataba de reconocer los rizos rubios de Ann entre la masa en movimiento. Siguieron al rebaño hasta el final de la calle, que desembocaba en un gran aparcamiento lleno de coches. Por fin Pitt y Giordino vieron adónde iba tanta gente.

Al fondo del aparcamiento se erguía un edificio recién reconstruido. Era de una circularidad perfecta, pero mucho más pequeño que los típicos campos de béisbol o de fútbol americano de Estados Unidos. A cada lado había una rampa por la que entraba un río de gente. Pitt alzó la vista y vio unas luces de neón en lo más alto: PLAZA EL TOREO.

—¿Fútbol? —preguntó Giordino.

—No, toros.

—¡Vaya! Pues me he olvidado de vestir de rojo.

No se había dado cuenta de que la sangre de su mano había teñido justo de ese color la pernera de sus pantalones.

Se apresuraron a subir por la rampa más próxima, disputándose la entrada con otros rezagados. Las palomitas de maíz de un puesto callejero perfumaban el aire de la noche. Giordino se llenó los pulmones en un intento de evitar la peste a basura quemada que salía de una zona de barracas, agravada por el sudor y los efluvios etílicos de los espectadores que entraban en el coso.

Pitt, que no apartaba la vista de la rampa, vio entrar en la plaza a un hombre corpulento con una mujer rubia.

—Me parece que la veo.

Giordino se abrió paso como un bulldozer, seguido de cerca por su compañero.

—¿Llevas dinero? —le preguntó Pitt mientras se abrían camino hacia los tornos.

Giordino hurgó en sus bolsillos con su mano ilesa y sacó un puñado de billetes.

—Me ha ido bien jugar al póquer a altas horas de la noche en el *Drake*.

—Suerte que a bordo de ese barco no hay nadie con talento.

Pitt cogió uno de veinte y se lo dio al taquillero.

Se abalanzaron por el torno sin esperar el cambio y corrieron hacia el interior del ruedo.

Las estridentes notas de trompeta de una banda de música anunciaron a los matadores y sus mozos. La cuadrilla se paseó ufana por la arena del coso. Un público enardecido aplaudía de pie a la pintoresca procesión. A quienes no se veía por ningún sitio era a Ann y sus secuestradores, perdidos en la masa humana.

—Puede que estén yendo hacia la otra salida —dijo Pitt.

Giordino asintió con la cabeza.

—Pues entonces más vale que nos separemos.

Un pasillo empinado les condujo a la parte baja del ruedo. Al llegar, Giordino giró a la derecha y Pitt, a la izquierda. Pitt recorrió las primeras filas, muy atento, pero no vio nada. De pronto los aficionados jalearon a alguien. Pitt miró hacia el coso y vio entrar a un solo matador dispuesto a enfrentarse al primer toro que soltaron, un morlaco bravo de media tonelada, Donatello, que al principio se quedó rascando la arena con la pata y escuchando la ovación del público sin prestar atención al torero.

Pitt se internó por el siguiente grupo de espectadores, esquivando a los vendedores ambulantes de algodón de azúcar y refrescos. De pronto vislumbró a una mujer rubia sentada al lado del pasillo, un bloque más allá. Era Ann. Apretado contra ella con su cuerpo fornido, Pablo observaba a la gente. No tardó en reconocer a Pitt y mirarle a los ojos. Después de unas palabras rápidas al conductor, que estaba a su lado, se puso en pie e hizo levantarse a Ann, que miró un momento a Pitt con una expresión de miedo y súplica. Mientras el conductor se alzaba y seguía a Pitt, Pablo se llevó a Ann y la arrastró por los escalones del pasillo hacia una estrecha pasarela que circundaba el albero.

Separado de ellos por todo un bloque de espectadores enfervorizados, Pitt bajó corriendo por los escalones más próximos. En el siguiente pasillo el conductor se apresuró a no quedarse rezagado. Al llegar al murito que rodeaba la arena, Pitt cambió de dirección y se lanzó en persecución de Ann y Pablo, que huían en sentido contrario, a pocos metros. De repente el conductor bajó saltando el tramo siguiente de escalones y se interpuso en su camino.

Era cuatro o cinco centímetros más bajo que Pitt, pero tenía los hombros anchos y el cuerpo musculoso. Al mover la cabeza en señal de que se detuviera levantó un momento la camisa, dejando a la vista una pistola enfundada en el cinto.

Pitt continuó sin vacilar y le asestó un derechazo en el pómulo. El conductor se tambaleó hasta chocar con la pared. Sin darle tiempo de recuperarse, Pitt remató el ataque con una combinación en la cabeza.

En vez de coger la pistola, el conductor se protegió instintivamente con las manos. Acto seguido se rehízo y se lanzó al ataque con ambos puños. Pitt esquivó el primer golpe, pero no el segundo, un puñetazo en las costillas que le cortó el aliento.

Contraatacó con nuevos golpes en la cabeza cuando su contrincante se le echó encima. Ambos chocaron con el muro de seguridad. Mientras el conductor usaba el brazo izquierdo para sujetar a Pitt, buscó la pistola con la mano derecha, pero se enredó en los pies de su rival y los dos perdieron el equilibrio.

Al desplomarse contra el muro, el conductor logró desprender la pistola, pero se vio obligado a usar la misma mano para no caerse al suelo. Justo cuando iba a apoyarla en el muro, Pitt le dio un golpe en el brazo con el codo. La pistola cayó al

suelo y ellos dos, al otro lado de la tapia.

Fue una caída de dos metros al albero que alarmó a los espectadores más cercanos. En el centro del ruedo, el matador, de espaldas a ellos, siguió jugando con el toro sin percatarse de la intromisión.

El más afectado por el impacto fue Pitt, que cayó sobre un hombro. Chocaron con la arena al mismo tiempo, pero después rodaron en sentidos opuestos. El conductor se puso en pie en primer lugar y buscó la pistola por el suelo. Al ir hacia el muro se encontró con un soporte de madera lleno de banderillas, largos y afilados dardos envueltos en cintas de colores que usaban los banderilleros en su labor de asistencia al matador: arracimar las banderillas en el lomo del toro para ponerlo nervioso y debilitar los músculos del cuello, todo ello con el objetivo de que bajase la cabeza al embestir.

Justo cuando Pitt se levantaba, el conductor cogió uno de los dardos y se lo arrojó, pero el tiro le salió muy alto y Pitt no tuvo problemas en esquivar el proyectil. Mientras se echaba atrás, hacia el murito, el conductor cogió tres banderillas más. En ese momento Pitt vio colgado a su lado un capote, que cogió y dobló hasta convertirlo en un escudo improvisado.

Al otro lado del ruedo, dos banderilleros a pie se dieron cuenta de lo que ocurría y empezaron a acercarse por el muro. El matador seguía ajeno a todo excepto al toro. Mediante un movimiento orquestado del capote, una verónica, provocó una embestida. El animal pasó a pocos centímetros del cuerpo del torero y, tras quitarse el capote de encima, dio unos pasos al trote... y se detuvo al ver moverse contra la pared a Pitt y el conductor.

Hay toros que en el ruedo son tranquilos, y hay que provocarlos y herirlos mucho para que embistan. Otros, dotados de una agresividad natural, se arrojan contra cualquier objeto que se mueva. El astado colorado que llevaba por nombre Donatello se encontraba en lo más alto de la escala de beligerancia. Los banderilleros aún no le habían aguijado, y era un morlaco en pleno uso de sus fuerzas, que se aproximó a los dos hombres, sus nuevos objetivos, observándolos con atención.

Pitt vio llegar al toro, pero le preocupaba más esquivar las banderillas de su atacante, que al estar situado frente a él no percibía al animal.

El conductor dio un paso e inició su descarga, arrojando los dardos como un lancero. Pitt no apartaba la vista de los proyectiles. Desvió el primero con la capa doblada, sin dejar ni un momento de retroceder. El segundo lanzamiento solo erró por un centímetro, gracias a que Pitt saltó hacia un lado. El conductor echó el brazo hacia atrás con la última banderilla y avanzó un poco para apuntar mejor. El lanzamiento coincidió con la embestida del toro.

Fue un tiro perfecto. La afilada punta iba directa hacia Pitt y le habría dado en el pecho de no ser por la capa. El dardo hendió la tela y perdió el impulso justo de modo

que no hizo más que clavarse en la mano. Pitt soltó el capote, enrollado en la banderilla, como si acabara de tocar un cazo de agua hirviendo y se echó de bruces en el suelo.

El toro, a la carrera, vio despejada cualquier duda sobre a cuál de las dos figuras embestir: siguiendo el vuelo del capote se lanzó hacia el conductor, que tendió las manos para recoger el paquete.

El toro bajó la cabeza y aceleró.

Al principio el conductor se sorprendió al ver que Pitt se echaba al suelo. Después detectó un movimiento a sus espaldas, y al volverse se quedó de piedra al avistar a pocos metros la embestida de un toro.

Donatello se lanzó contra él sin vacilar. El público gritó cuando los cuernos del morlaco le perforaron la barriga y estuvieron a punto de salirse por su espalda. Después el toro sacudió la cabeza y levantó por los aires a su víctima empalada, con la que desfiló un momento antes de depositar en la arena su cuerpo flácido y ensangrentado.

Pitt se volvió al oír un grito aislado. Era Ann, que intentaba quitarse a Pablo de encima al otro lado del ruedo. El corpulento malhechor la levantó en volandas con un gesto rápido y la arrojó al albero. Ann, que aún tenía las manos atadas, cayó en mala postura, y al tratar de levantarse sintió un dolor agudo en el tobillo. Solo podía sostenerse sobre un pie.

El toro, en pleno frenesí asesino, la estudió un momento y resopló. Después bajó la cabeza, se volvió hacia ella y embistió.

Los dos banderilleros y el matador corrieron gritando por el ruedo, pero el toro no les hizo caso. Estaban demasiado lejos para despertar sus iras. No así Pitt.

Levantándose de un salto, recogió el capote hecho jirones y se lanzó hacia el animal, que se encontraba a menos de siete metros de Ann, en plena y veloz embestida.

Ann trató de llegar al murito, pero el dolor del tobillo casi no le permitía moverse. Con el pulso desbocado hizo frente al envite y se quedó paralizada, igual que el conductor. De pronto un grito la sacó de su horrorizado trance.

—¡Toro! ¡Toro!

Se volvió y vio a Pitt, que corría hacia ella agitando los jirones del capote. El toro miró a aquel hombre alto que daba saltos con una capa de intenso color morado... y picó.

Ann sintió el aliento de la bestia, que en el último segundo se apartó de ella y salió corriendo hacia Pitt.

Justo cuando el toro le daba alcance, Pitt se deslizó por la arena, extendió el capote a un lado y lo sacudió como una alfombra polvorienta para llamar la atención de Donatello, que siguió el movimiento y perforó la capa con sus pitones afilados, a

pocos milímetros del cuerpo de Pitt.

En el momento mismo en que el toro horadaba el capote, Pitt lo levantó y dio media vuelta para quedar de frente al animal. Estaba demasiado absorto en su supervivencia para oír los aplausos y olés surgidos de la multitud. Sacudió el capote, y a la siguiente embestida se apartó.

—Con permiso, señor —dijo el torero, que se había aproximado con cara de vergüenza.

Con la ayuda de un banderillero, llevó al toro al centro de la arena, mientras otros dos hombres acarreaban el cuerpo del conductor.

Cuando Pitt se volvió hacia Ann, vio que Giordino ya se la había llevado a los asientos. Se acercó, cogió la mano izquierda que le tendía su amigo y trepó por el murito, entre los aplausos ensordecedores del público. Ann, pálida y muy afectada, se cogió de su brazo.

—Si no llega a ser por ti el toro me habría destrozado. Ha sido una locura, pero gracias.

Pitt le sonrió, cansado.

—Olvidas que trabajo en Washington. Peores cornadas que las que dan allí...

Se puso serio y miró a su alrededor.

—¿Y el que te había raptado? ¿Pablo?

Ann negó con la cabeza. Giordino ya había mirado por todas partes sin suerte.

El robusto secuestrador se había confundido entre la multitud.

—Francamente, no creo que nos interese mucho quedarnos a pegar la hebra con las fuerzas vivas —dijo Giordino señalando con la cabeza a una autoridad de la plaza de toros que se acercaba con dos guardias de seguridad.

—Tú primero —indicó Pitt rodeando con fuerza la cintura de Ann, que, tras un paso vacilante con la pierna herida, se aferró a su hombro para no caerse a la vez que sentía un pinchazo en el tobillo.

—Pon todo el peso en la otra pierna y llegaremos —dijo Pitt, para quien sus cincuenta kilos no fueron ningún problema.

Giordino les abría paso, apartando al público como un quitanieves. Al llegar a la rampa trasera de salida, abandonaron la plaza de toros en medio de una ovación. Las autoridades de la plaza, que no habían logrado acercarse a los tres americanos, se vieron limitadas a observar con perplejidad cómo subían a un taxi y se alejaban en la noche.

Ann rogó que la llevaran al consulado de Estados Unidos, pero pesaron más los votos de los hombres de la NUMA, que ya habían negociado con el taxista un suplemento por la gasolina. Mientras cruzaban Tijuana a gran velocidad, empezaron a notarse los efectos de la persecución y el cansancio hizo languidecer la conversación. Pitt tenía un montón de preguntas para Ann, pero no era el momento.

Desde su salida del barco, Ann había contenido sus emociones y se había resistido a dejarse vencer por el miedo; pero ahora, libre de las amenazas de muerte de Pablo y sana y salva en compañía de Pitt y de Giordino, empezó a acusar lo mucho que se había asustado. Hacía calor, pero ella temblaba, reprimiendo sus emociones. Pitt le pasó suavemente un brazo por los hombros y le dio un pequeño apretón que pareció aliviar la tensión. Pocos minutos después, Ann dormía.

Tardaron más de una hora en llegar a la costa sin rebasar el límite de velocidad, con el resultado de que al volver a la pequeña playa de arena ya eran casi las diez. Para Pitt fue un alivio ver el bote hinchable de la barcaza en el mismo lugar donde lo habían dejado. Tras llevarlo al agua, ayudó a Ann a subir. Giordino fue en busca del bidón de gasolina del bote y se lo dio al taxista, que usó una vieja manguera guardada en el maletero para sacar unos litros del depósito del taxi.

—Gracias, amigo —se despidió Giordino renunciando a sus beneficios del póquer.

Se llevó el bidón a la playa.

—¡Buen viaje! —exclamó el taxista con una gran sonrisa, tras hacer el recuento de su ganancia imprevista.

Pitt conectó la entrada de combustible del motor al bidón de gasolina, y con la ayuda de Giordino empujó el bote más allá del rompiente y subió a bordo. El motor

se puso en marcha sin dificultad. En poco tiempo dejaron atrás el rompeolas.

—¿Estás seguro de poder encontrar el *Drake*? —preguntó Ann mirando el oscuro horizonte.

Volvía a tener la mirada alerta, aunque teñida de aprensión. Pitt asintió con la cabeza.

—Yo creo que Rudi nos habrá dejado las luces encendidas.

Después de alejarse del espigón viró hacia el norte, siguiendo la costa. Tras aproximadamente una milla se adentró en el mar para volver sobre su rumbo original. Al mirar por encima del hombro encontró una referencia: las luces de una casa, sola en lo alto de una loma, que se alineaban en sentido vertical con la luz vaga y amarilla de una farola, cerca de la costa. Manteniendo las dos luces paralelas, condujo el bote inflable hasta que desaparecieron. Durante unos minutos navegaron en la más completa oscuridad, mientras Ann luchaba contra el miedo de perderse en el mar. Justo cuando más negras estaban las aguas a su alrededor, apareció un ligero resplandor en algunos puntos por la proa. La luz blanca que emergía en la distancia se fue multiplicando en varios focos. Al aproximarse, vieron que correspondían a un grupo de tres embarcaciones.

El *Drake* y la gabarra estaban muy juntos. Cerca esperaba un barco de mayor tamaño. Pitt reparó en los colores del casco: blanco y naranja, señal de que era un barco de la Guardia Costera. Desde su cubierta, dos vigías siguieron la trayectoria del bote, que Pitt llevó junto al *Drake* antes de apagar el motor.

Rudi Gunn, visiblemente aliviado al reconocer a Ann, se asomó por la borda.

—¡Menos mal que estáis bien!

—Cuidado, Ann va un poco coja —apuntó Giordino.

La levantó hasta la borda, y Gunn la ayudó a subir al barco.

—Pediré que venga el médico del *Edisto* —dijo Gunn.

Ann negó con la cabeza.

—Lo único que necesito es un poco de hielo.

—Estoy de acuerdo —añadió Giordino al levantarse a pulso y subir a la cubierta—. Dentro de un vaso, con un chorro de Jack Daniel's.

Pitt permaneció en el bote y le hizo de taxista al médico de la Guardia Costera. Tardaron muy poco en acomodar a Ann en su camarote, con hielo en el tobillo y una dosis de analgésicos en el estómago. Después Pitt acompañó al médico a su barco, amarró el bote y subió al *Drake*.

Para cuando se reunió con Gunn y Giordino en el puente, Al ya había explicado la persecución por Tijuana.

—Conque torero, ¿eh? —dijo Gunn sonriendo.

—Debo de tener sangre española.

Pitt suspiró y miró el *Edisto* por la ventana del puente.

—Está muy bien que hayáis hecho venir a los guardacostas, pero ¿por qué no persiguen al barco mexicano?

—Al no tratarse de una emergencia a vida o muerte no han querido entrar sin autorización en aguas mexicanas. Han avisado a la marina mexicana, que será la que tome el relevo. —Gunn se quitó las gafas y limpió los cristales—. Por desgracia no parece que tengan ningún barco en la zona, o sea, que no promete mucho. Me ha parecido que lo mejor era que el *Edisto* se quedase hasta que supiéramos algo de vosotros.

—Prudente decisión.

—Por lo visto los ladrones estaban esperando a que reflatásemos el *Cuttlefish* —dijo Gunn—. ¿Qué había dentro de la caja para que fuera tan valiosa?

Pitt entrecerró los ojos.

—Qué más quisiera yo que saber la respuesta a esa pregunta...

—Fuera lo que fuese —apuntó Giordino—, nadie se alegrará mucho de que se haya perdido. Ahora es un simple amasijo de cables aplastados sin valor.

—Por cierto —comentó Gunn—, hemos sustituido la radio del puente por una de recambio que había en la bodega. Supongo que convendría informar al *Edisto* de que ya podemos volver todos a San Diego.

—Rudi, ¿no se te olvida algo? —dijo Giordino señalando el mar.

Gunn le apuntó con su afilada nariz.

—¿Qué te crees, que nos hemos estado rascando la barriga en vuestra ausencia?

Fue a la parte trasera del puente y señaló la barcaza a través de la ventana. La luz débil de una lámpara iluminaba el *Cuttlefish*, apoyado en dos cuñas de madera.

—¡Lo habéis subido a bordo sin nosotros! —Giordino se volvió hacia Pitt—. ¿Cómo es posible que no lo hayamos visto?

—Supongo que estábamos demasiado concentrados en la patrullera de la Guardia Costera. Muy bien, Rudi. ¿Os ha dado algún problema al reflatarlo?

—No, ninguno; solo hemos pasado las eslingas desde el sumergible a la grúa de la barcaza y lo hemos levantado. Ha ido como la seda, aunque creo que no estará de más que le echéis un vistazo al casco.

—No perdamos más tiempo —dijo Pitt.

Gunn fue en busca de linternas. Se acercaron en el bote hinchable a la proa de la barcaza, en la que reinaba un silencio sepulcral. El piloto dormía en su litera, con el perro salchicha hecho un ovillo a sus pies.

El *Cuttlefish* se hallaba suspendido sobre ellos. Los lados del casco estaban limpios y secos, y el cromo de la embarcación reflejaba la luz de las linternas como si no hubiera permanecido en el fondo del mar durante casi una semana.

Giordino silbó entre dientes al ver un gran boquete en la base del casco.

—Debió de hundirse en un pispás.

—Está claro que los de la DARPA tenían motivos para sospechar —dijo Gunn—. No parece que fuera un accidente.

—Lo más probable es que nuestros amigos del yate pusieran explosivos en el casco —añadió Giordino—. Debió de explotar antes de tiempo sin que pudieran apoderarse de la caja.

—En realidad los explosivos los pusieron dentro del barco. —Pitt estudió los destrozos con su linterna—. Las marcas parecen indicar una detonación interna.

Gunn apoyó la mano cerca del boquete, en una parte recortada que sobresalía.

—Tienes razón, debieron de colocar los explosivos dentro de la cabina.

Pitt se arrodilló frente al agujero y enfocó la linterna en la oscuridad del interior. Se veían los restos de la cocina del barco, con mamparos manchados de negro y un reventón del tamaño de un cráter en el techo. Con todo, los daños internos eran de menor gravedad que el boquete del casco.

Al examinar los destrozos reparó en dos cables pelados de color naranja que salían por el agujero. Los siguió con la mirada a través de la cocina hasta un mamparo esquinero de popa, donde cruzaban un orificio hecho con un taladro. Se metió por el boquete, entró en la cocina y, dejando atrás el pequeño comedor, llegó a unos escalones. En el puente de mando se detuvo a examinar el timón. Después abrió una compuerta situada frente al asiento del piloto y encontró un laberinto de cables de colores que alimentaban la parte electrónica del barco. No tardó en localizar los de color naranja. Uno estaba empalmado a un cable de tensión, y el otro subía por la carcasa del regulador. Un minuto después vio hasta dónde llegaba: a un interruptor oculto bajo el panel del timón.

Giordino y Gunn habían rodeado el *Cuttlefish* para subir a la popa. Al encontrarse a Pitt frente al timón, ensimismado, Gunn le preguntó qué había descubierto.

—Un pequeño matiz en mi teoría —dijo Pitt—. El *Cuttlefish* no lo volaron los mexicanos, sino el propio Heiland.

Cuando Pitt entró en el comedor del *Drake*, justo después del alba, le sorprendió encontrar sentados frente a frente a Gunn y Ann, que se estaba acabando el desayuno. Cogió una taza de café y fue a su mesa.

—Buenos días. ¿Os importa si me siento?

Gunn le invitó a hacerlo al lado de Ann.

—Tú siempre interrumpiéndome cuando me divierto.

Pitt miró a Ann.

—¿Has dormido bien?

—He dormido de maravilla —aclaró ella bajando un poco la vista.

Su repentina timidez le hizo sonreír. Por la noche, al volver de la barcaza, Pitt había ido directamente a acostarse. En un momento dado había oído golpes en la puerta del camarote, y al abrirla se había encontrado con la mirada expectante de Ann. Llevaba un albornoz del barco bastante suelto, que dejaba a la vista las tiras de su ropa interior. Iba descalza y se apoyaba sobre la pierna izquierda para aliviar la presión en el otro tobillo, vendado e hinchado.

—Esperaba que pasases a darme las buenas noches —había susurrado.

Pitt había mirado sus ojos anhelantes, refrenando un deseo incómodo.

—Ha sido un descuido por mi parte —había dicho sonriendo.

Después se había agachado para levantarla en brazos, mientras ella hundía la cabeza en su cuello, y la había llevado hasta su camarote por el pasillo estrecho. Tras depositarla suavemente en su litera, se había inclinado y le había dado un beso en la frente.

—Buenas noches, querida —había dicho en voz baja; y sin darle tiempo a reaccionar había salido de espaldas del camarote y había cerrado la puerta.

—Vuestro cocinero es muy bueno —le dijo Ann a Gunn al apartar el plato vacío, en un intento de cambiar de tema.

—La comida es un elemento clave para la moral de a bordo, sobre todo en viajes largos. Nosotros damos mucha importancia a que todos nuestros barcos cuenten con chefs muy bien formados. —Gunn dio un mordisco a su tostada y se volvió hacia Pitt—. Ann me estaba contando que ayer por la noche aprovechó su experiencia como saltadora universitaria de trampolín para lanzarse desde el ala del puente.

—Yo le pondría un 9. —Pitt guiñó un ojo—. Aunque podría subirle la nota si saltase un poco más y nos contase el auténtico objetivo de la expedición.

Ann tosió nerviosamente en su servilleta.

—¿Qué quieres decir?

—Estábamos buscando mucho más que un simple barco hundido, ¿no?

—Era importante que encontrásemos el barco y cualquier aparato que aún

estuviera a bordo.

—Pues hemos conseguido las dos cosas —dijo Pitt—. ¿Y si nos explicas algo sobre el aparato en cuestión?

—Eso no puedo revelarlo.

La mirada de Pitt se hizo más penetrante.

—Aparte de que estuvieran a punto de matarte, has puesto en peligro el barco y a su tripulación. Creo que nos merecemos unas cuantas respuestas.

Hasta entonces Ann no le había mirado a los ojos. Al hacerlo se dio cuenta de que no podía soslayar el tema. Echó un vistazo general a la sala para verificar que no los escuchase nadie.

—La empresa del doctor Heiland colaboraba en un proyecto de investigación y desarrollo de alto nivel para la DARPA. Estaba implicada en un programa secreto sobre submarinos de las fuerzas navales, el *Flecha de los mares*. Más en concreto, Heiland era uno de los responsables de perfeccionar un sistema de propulsión avanzado. No puedo decir más, de verdad, solo que cuando su barco se perdió en el mar estaba haciendo las últimas pruebas con el prototipo de una novedad muy importante.

—¿Era lo que había dentro de la caja?

—Un modelo a escala —dijo Ann—. Nosotros ya sospechábamos que la desaparición del *Cuttlefish* podía no haber sido fortuita, pero lo que nadie se esperaba era un asalto durante las operaciones de búsqueda y rescate. Siento mucho el peligro que ha corrido vuestra tripulación, de verdad. Se consideró que cuanto menos gente conociera las investigaciones de Heiland, mejor sería para todos. Me consta que para el vicepresidente fue un disgusto no decirte nada, pero tuvo que prestarse al juego a instancias de Tom Cerny.

—Bueno, y ¿quiénes son los que han intentado robarlo? —preguntó Gunn.

Ann se encogió de hombros.

—De momento es un misterio. A juzgar por su aspecto dudo que sean mexicanos; más bien de Centroamérica o Sudamérica. Ya he hablado con Washington y me han dado garantías de que las autoridades mexicanas nos ayudarán a examinar los dos cadáveres y a seguir la pista de la camioneta.

—Hemos facilitado una descripción bastante ajustada de su barco a la marina mexicana —dijo Gunn.

—No parecen los típicos sospechosos de un robo relacionado con defensa —observó Pitt—. ¿Qué pensabais, que ya habían huido con la caja mágica de Heiland?

—Sí —confirmó Ann—. Cuando aparecieron los cadáveres de Heiland y su ayudante dimos por supuesto que les habían secuestrado en el mar y habían robado el prototipo. Por eso me impactó tanto ver que la caja seguía en el *Cuttlefish*.

—Yo diría que eso tenéis que agradecerse a Heiland —dijo Pitt. Describió su

hallazgo de los cables naranjas y el interruptor oculto—. Mi teoría es que se dio cuenta de que los estaban atacando y voló su propio barco.

—Ambos cadáveres presentaban traumatismos que casarían con un incendio o una explosión —añadió Ann—. No nos habíamos planteado que pudieran haberlo hecho ellos mismos, pero es posible que haya que tenerlo en cuenta.

—Yo creo que Heiland se les adelantó —sugirió Pitt—, y por si los ladrones no lo tenían bastante mal resulta que el *Cuttlefish* se hundió en aguas demasiado profundas para los buzos convencionales. Lo más probable es que en el momento de nuestra aparición estuvieran intentando localizar su propio barco de rescate, así que nos dejaron hacerlo por ellos.

Gunn se volvió hacia Ann.

—Menos mal que saltaste y lo arreglaste todo.

—No, los que recuperaron la caja fueron Dirk y Al. Su destrucción ha evitado que cayera en malas manos, aunque la pérdida del modelo ha magnificado otros problemas.

—¿Como cuáles? —preguntó Pitt.

—Me han dicho que ni la DARPA ni la marina tienen planos detallados o especificaciones técnicas del trabajo de Heiland. Carl Heiland era un ingeniero muy respetado, un verdadero genio, y por eso le dieron carta blanca. En los últimos años introdujo modificaciones muy brillantes al diseño de submarinos y la construcción de torpedos. A consecuencia de ello no se le pidió que presentase la montaña habitual de papeles que se exigen en la mayoría de las contrataciones de defensa.

—O sea ¿que no hay nadie más que sepa completar el *Flecha de los mares*? —preguntó Pitt.

—Exacto —contestó Ann apretando los labios y haciendo una mueca.

—Ahora que Heiland está muerto y la maqueta destruida —dijo Gunn—, serían planos de un valor enorme.

—Fowler me ha dicho que ahora es nuestra principal prioridad. —Ann consultó su reloj y miró a Pitt—. La oficina del vicepresidente nos tiene preparado un avión de regreso a Washington. Sale de San Diego a la una. A mí me gustaría pasar antes por la sede central de Heiland en Del Mar. ¿Podrías llevarme en coche de camino al aeropuerto?

Pitt se levantó de la mesa y le tendió sus muletas.

—Nunca me niego a las peticiones de los niños, las ancianas y las chicas guapas con el tobillo torcido. —Hizo una pequeña reverencia—. Basta con que me indiques el camino.

Una hora más tarde aparcaron junto a Heiland Research and Associates, que compartía su sede con otras empresas en un edificio con vistas a la localidad costera de Del Mar, justo al norte de San Diego, en un promontorio desde donde se veían

muy bien el mar, al oeste, y el valle donde se extendía el célebre circuito de carreras de Del Mar. Ann enseñó sus credenciales en el mostrador de entrada y se registró en nombre de todos.

—Bienvenida, señorita Bennett —dijo la recepcionista—. La señora Marsdale la está esperando.

Un minuto después entró en la recepción una mujer muy elegante, de pelo corto y oscuro, que se presentó como la directora de operaciones de Carl Heiland. Ann se esforzó en seguirla con sus muletas a una sala de reuniones.

—No le robaremos mucho tiempo, señora Marsdale —dijo—. Formo parte del equipo que investiga la muerte del señor Heiland. Mi cometido es poner a buen recaudo sus papeles de trabajo sobre el proyecto *Flecha de los mares*.

—Aún no me creo que haya muerto. —La impresión del fallecimiento de Heiland seguía grabada en el rostro de la directora—. Supongo que no fue una muerte accidental.

—¿Por qué lo dice?

—Carl y Manfred eran demasiado competentes para morir en un accidente de navegación. Carl era un hombre cauteloso. Sé que siempre mantuvo en secreto sus actividades.

—Nosotros tampoco creemos que fuera un accidente —dijo Ann—, pero la investigación aún no está cerrada. De lo que estamos convencidos es de que alguien pretendía apoderarse de su maqueta.

Marsdale asintió.

—Hace unos días vino el FBI y les dimos todo lo que pudimos, pero ya les expliqué que esto era la sede comercial del doctor Heiland. Aquí nos ocupamos de las contrataciones con el Gobierno y otras tareas administrativas de respaldo, y poco más. En total la empresa solo tiene doce trabajadores.

—Y ¿dónde está la sede de investigación? —preguntó Pitt.

—Bueno, la verdad es que no la hay. Aquí al fondo hay un pequeño taller donde damos trabajo a unos cuantos becarios que colaboran en algunas investigaciones en curso, pero Carl y Manfred casi nunca lo usaban. Viajaban mucho, aunque la mayoría de sus investigaciones las hacían en Idaho.

—¿Idaho? —preguntó Ann.

—Sí, en Bayview hay un complejo de investigación de la marina, y el doctor Heiland tiene una cabaña por la zona adonde solían escaparse Manfred y él para resolver problemas.

—¿Se refiere a Manfred Ortega, el ayudante del doctor Heiland?

—Sí. Carl le llamaba Manny. Era un ingeniero muy brillante por derecho propio. Juntos hacían verdadera magia. Eran el cerebro de toda la empresa. Ahora no sé qué haremos.

Se hizo un largo silencio durante el cual todos los presentes comprendieron que las muertes de Carl y Manny probablemente supusieran el final de Heiland Research and Associates.

—¿El FBI se llevó todo el material de aquí? —preguntó Ann.

—Sí, todos nuestros archivos de administración, y hasta nuestros ordenadores, de forma provisional. Menos mal que habíamos mandado los archivos técnicos a la sede de la DARPA. Al ver cómo actuaban los agentes del FBI, como toros en una tienda de porcelana, no les dejé entrar en el despacho de Carl, pero por lo demás hicieron lo que les dio la gana.

—¿Le importa que eche un vistazo a su despacho? —dijo Ann—. Estoy segura de que comprenderá las repercusiones a nivel nacional de que se salvaguarden sus investigaciones.

—Por supuesto. Aquí no solía dejar gran cosa, pero su despacho está en este pasillo.

Marsdale cogió unas llaves de su mesa y los condujo a un despacho de la esquina. Era un espacio de dimensiones modestas que no delataba un uso muy frecuente; tan frugal en su decoración como su propio ocupante, estaba adornado con algunas maquetas de submarinos y un cuadro de un velero de caoba de los que hacían contrabando de aguardiente. La única incongruencia era una cabeza de alce disecada en la pared, encima de la mesa, de cuya cornamenta colgaban varias gorras de pescador.

Marsdale puso cara de extrañeza al ver abiertos varios cajones del escritorio.

—Qué raro... —Se crispó de golpe—. Ha entrado alguien y ha registrado la mesa. Recuerdo haber dejado un contrato en la bandeja de entrada para que lo firmase, y ya no está.

Se volvió hacia Ann con cara de preocupación.

—Soy la única que tiene las llaves en todo el edificio.

—¿Había algún otro documento importante en el despacho?

—No se lo puedo asegurar, pero lo dudo. Ya le digo que Carl no solía quedarse mucho tiempo.

Miró el escritorio, y luego el alce.

—Sobre la mesa había una foto de su barco y su cabaña que tampoco está. Y cuando Carl estaba aquí tenía la costumbre de colgar en un cuerno del alce las llaves de la cabaña, que tampoco están.

—¿El edificio tiene cámaras de vigilancia? —preguntó Pitt.

—Sí. Me pondré en contacto inmediatamente con nuestra empresa de seguridad. —La angustia le quebró la voz—. Lo siento mucho.

—Si no le importa —dijo Ann—, me gustaría llamar al FBI para que vuelva y registre el edificio. Con eso y las grabaciones de las cámaras deberíamos poder

encontrar algún tipo de pista.

—No faltaría más. Lo que haga falta para averiguar quién está detrás de todo esto. Al regresar con Pitt al coche, Ann se paró a mirar el mar.

—Han estado aquí, ¿verdad?

—Me apostaría lo que quieras.

—Tengo que pedirte un favor. —Se volvió y le miró a los ojos—. ¿Te importaría retrasar un día nuestra vuelta a Washington? Me gustaría redirigir el vuelo a Idaho. Si Marsdale tiene razón, es posible que todos los planos de Heiland estén bien guardados en Bayview sin que lo sepamos.

—Cuenta conmigo —dijo Pitt—. La verdad es que siempre he tenido curiosidad por ver de dónde vienen esas patatas tan buenas de Idaho.

El Gulfstream del Gobierno bajó de un cielo de color zafiro y tocó tierra en la pista principal del campo Pappy Boyington del aeropuerto de Coeur d'Alene. Natural de tan pintoresca población, Gregory «Pappy» Boyington había sido piloto de F4U Corsairs en el Pacífico y le habían concedido la Medalla de Honor por su tarea al frente del mítico escuadrón Black Sheep. Ahora el aeropuerto que llevaba su nombre acogía aburridos Piper Cubs y jets privados de turistas ricos. Pitt cogió las muletas de Ann y la ayudó a bajar del avión en la terminal de jets privados, donde negociaron el alquiler de un coche. Con Pitt al volante, fueron hacia el norte por la carretera 95.

Iban por la franja septentrional de Idaho, una región de colinas, densos bosques y lagos de un azul inmaculado, lejos de los patatales de las planicies del sur. El tráfico era escaso, así que Pitt superó el límite de ciento cinco kilómetros por hora. Al cabo de veinte minutos, llegaron a la población de Athol, donde Pitt giró por otra carretera y puso rumbo al este. Un gran cartel les dio la bienvenida al parque estatal Farragut.

—¿Un parque estatal con el nombre de un almirante de la Guerra Civil, en Idaho? —dijo Pitt.

—Pues la verdad es que sí. —Ann leyó por encima un folleto turístico que había cogido en el aeropuerto—. Al principio de la Segunda Guerra Mundial la marina estableció aquí una base de tierra, por miedo a que los japoneses bombardeasen la costa Oeste, y es verdad que la Farragut Naval Training Station fue nombrada en honor a David Farragut, héroe de la batalla de la bahía de Mobile y primer almirante de pleno derecho de la marina estadounidense. Aquí llegó a haber cincuenta mil hombres destinados. Después de la guerra cerraron la base y entregaron las tierras al estado de Idaho, que las convirtió en un parque natural.

—Ya tienes algo que contar en el siguiente cóctel del Pentágono —dijo Pitt.

La carretera abandonaba el parque y bajaba hacia Bayview dibujando una espiral por una loma. El pueblecito estaba en la punta de una pequeña ensenada del gran lago glacial de Pend Oreille. Pitt tuvo que pasar de refilón entre máquinas de construcción antes de llegar a la calle principal que daba al lago. En la mitad norte de la bahía había varios puertos deportivos llenos de lanchas de pesca, yates pequeños y un gran número de barcos vivienda. La costa sur la controlaba el Destacamento de Investigaciones Acústicas de la marina.

—La entrada del laboratorio está allí —dijo Ann señalando una verja.

Pitt entró en el aparcamiento de visitantes y estacionó cerca de la garita del guardián. Después de firmar en el registro fueron conducidos al complejo en un turismo gris por un acompañante uniformado. Al circular por la orilla, Pitt se fijó en un submarino de forma peculiar, el *Sea Jet*, amarrado en un embarcadero.

El conductor frenó ante un gran edificio de metal beis y verde azulado construido

sobre el agua y acompañó a Ann y Pitt hasta la puerta. Fueron recibidos por un hombre pelirrojo con unos ojos azules que no dejaban de moverse.

—Chuck Nichols, director adjunto del laboratorio —dijo como una ametralladora—. Síganme, por favor.

Despidió al conductor por señas y llevó a Ann y Pitt a un pequeño despacho lleno de papeles y revistas técnicas. Retiró las montañas de carpetas que ocupaban dos sillas para que pudieran sentarse.

—La noticia del accidente de Carl y Manny nos ha impactado a todos —dijo—. ¿Ya han averiguado qué ocurrió?

—No del todo —respondió Ann—, pero dudamos que fuera un accidente. Tenemos motivos para considerar que los mató un grupo que intentaba apoderarse del prototipo con el que estaban haciendo pruebas, aunque no lo consiguió.

Nichols apretó los labios.

—Ah, sí, el *Slippery Mumm*. Sobre eso no soltaba prenda. Me extraña que llegara a enterarse alguien.

—¿*Slippery Mumm*?

—Siempre les ponía algún nombre a sus modelos. Al último del casco lo llamó *Pig Ghost*. Se puso negro al enterarse de que el barco de prueba lo habíamos bautizado *Sea Jet*.

—¿El nombre tenía algún sentido especial? —preguntó Pitt.

—Seguramente, pero me imagino que solo para Carl y Manny. Carl decía que lo de *Mumm* era por un champán que le gustaba mucho. Teniendo en cuenta que siempre hablaba de velocidad y burbujas al abordar el tema de la supercavitación, debe de ser el vínculo.

—Explíquenos algo sobre estas instalaciones —dijo Ann.

—Las construyó prácticamente Heiland. Estaba enamorado de la zona porque su familia tenía una cabaña aquí, en el lago Pend Oreille.

Pitt se fijó en que pronunciaba el nombre a la francesa.

—Cuando era director de acústica en el Centro de Armamento de Superficie de la Marina —prosiguió Nichols— convenció a los jefazos de Washington de que abriesen un laboratorio de investigación aquí, una filial que usara algunos de los restos de la antigua base naval Farragut. En gran medida la construyó él desde cero. Hace diez o doce años se cansó de la gestión diaria y decidió jubilarse. Fue cuando creó su empresa de consultoría. Carl siempre fue ingeniero antes que nada.

—El mar queda muy lejos —dijo Pitt.

—Sí, pero el lago es ideal para hacer pruebas. Es grande, está poco poblado y tiene profundidades de más de treinta metros. Nuestro trabajo se centra en la investigación de lo último en diseños de cascos y propulsión que permitan a los submarinos funcionar con el menor rastro acústico posible. El lago es un entorno

controlado casi perfecto para poner a prueba diseños y tecnologías novedosos.

—¿El *Sea Jet* es la plataforma de las pruebas? —preguntó Pitt.

—Exacto. Es lo que llamamos un Demostrador Eléctrico de Barcos Avanzado. Parece un submarino, pero en realidad es un modelo a escala 1:4 del nuevo destructor clase DD(X). Lo hemos usado para experimentar con nuevos diseños innovadores de cascos y sistemas propulsores. Al principio llevaba propulsión de chorro de agua, pero se la cambiamos por otros sistemas de los que probablemente no estaría bien que hablase. En principio teníamos programada una prueba con los últimos inventos de Carl para el proyecto *Flecha de los mares*, pero ahora mismo no sabemos muy bien qué hacer.

—¿La tecnología del *Slippery Mumm*? —preguntó Ann.

—Sí. Vino aquí hace pocas semanas para probarlo en el lago, y me acuerdo de que les dijo a los chavales que menudo susto iba a pegarles a los peces. Según algunos que estaban justo entonces por el lago, consiguió velocidades de locura.

—¿Y aquí no trabajaba, en el complejo?

—No mucho. Venía y usaba nuestros ordenadores, pero siempre iba tres pasos por delante del resto. Cuando estaba en el pueblo casi siempre se pasaba el día en su cabaña, trapisando con Manny.

—Es importante que encontremos y pongamos a salvo todas sus investigaciones relacionadas con el *Slippery Mumm* —dijo Ann.

—Sí, los de la DARPA me han pedido lo mismo. Estoy recogiendo todo lo que tenemos —indicó Nichols—. El caso es que el noventa por ciento de los datos los tenía Carl. Lo que no estuviera en su cabeza probablemente siga en la cabaña. Voy a darles la dirección.

Consultó su Rolodex y le apuntó la dirección a Ann, al mismo tiempo que le daba indicaciones.

—En la mesa del patio trasero hay una campana oxidada. En principio, las llaves de repuesto de la casa y del barco están debajo.

Ann le miró como diciendo «¿Y usted cómo lo sabe?».

—Me he tomado más de una cerveza con Carl en su porche y en su barco —dijo Nichols guiñando un ojo.

Ann le agradeció mucho su atención. Volvieron a ser acompañados a la puerta principal. Por primera vez Ann se sentía optimista.

—Pues mira, creo que habrá valido la pena la excursión. Vamos a la cabaña de Heiland. Luego llamaré al FBI para que la precinte.

—¿Alguna objeción a que cenemos antes? —dijo Pitt—. Pronto se hará de noche.

—Solo si dejas que te invite.

Al ser una localidad pequeña, las posibilidades eran limitadas. Pitt eligió un restaurante a la vuelta de la esquina, el Captain's Wheel, a la orilla del lago. Ann

probó una ensalada griega mientras Pitt se zampaba una hamburguesa con queso y una cerveza, viendo encenderse las luces del puerto deportivo.

Ann se fijó en la serenidad con que miraba las aguas plácidas del lago. Aquel hombre tenía algo enigmático, aunque a su lado se sintiera totalmente segura. Se conocían desde hacía pocos días y casi no sabía nada de él (aparte de la decepción de enterarse de que estaba casado).

—No estoy segura de haberte dado las gracias por salvarme la vida en Tijuana.

Pitt la miró y sonrió.

—Por mi parte no estoy muy seguro de que saltar a bordo de un barco lleno de matones armados fuera lo más sensato que he visto hacer a las fuerzas del orden, aunque me alegro de que saliera bien.

—De vez en cuando tiendo a precipitarme. —Ann pensó en su visita no anunciada al camarote de Pitt, la noche anterior—. Espero que una vez resuelto el caso podamos ser amigos en Washington.

—Por mí encantado. —Pitt le acercó la cuenta con una sonrisa burlona—. De momento, ¿qué te parece si vamos a buscar la cabaña de Heiland antes de que se haga totalmente de noche?

Nichols les había dicho que no tenía pérdida, y era verdad. Siguiendo sus indicaciones fueron por una carretera de un solo carril que bordeaba el Centro de Investigaciones Acústicas y seguía por la orilla sur de la ensenada. Pasaron junto a varios grupos de cabañas que se iban espaciando a medida que se alejaban de las luces del pueblo. La carretera iba hacia la entrada de la bahía y giraba hacia el sur, siguiendo el trazado irregular del lago. Después de unos kilómetros se encontraron con que moría en un frondoso pinar. Desde ahí, un camino estrecho de grava llevaba a una casa roja de madera situada al borde del agua.

—Parece que es esto —dijo Ann confirmando la dirección en el buzón.

Pitt se metió por el camino de entrada y aparcó el coche de alquiler al lado de un garaje adjunto a la cabaña, con capacidad para una docena de vehículos, si su aspecto no mentía.

Ann se fijó en que empezaban a verse las primeras estrellas, y sintió una leve brisa que soplaba desde el lago.

—Ojalá tuviéramos una linterna —dijo hincando las muletas en el terreno irregular que bajaba hacia el lago.

—Pues quédate en la puerta principal, ya voy yo a buscar las llaves en la parte trasera —señaló Pitt.

Dio la vuelta por el lado del garaje y siguió un camino que llevaba a la parte trasera de la casa. La única separación entre el jardín y el agua era una fina hilera de pinos altos. Se dio cuenta de que la casa ocupaba una finca de primera, con vistas fabulosas al lago. Mató un mosquito que zumbaba en su oído, al tiempo que subía a

un amplio porche que ocupaba toda la anchura de la casa. No tardó mucho en ver la vieja campana en medio de una mesita de café rodeada por sillas Adirondack. Ahí estaban las llaves, en efecto, atadas a una cadena flotante de las que se usaban en los barcos de recreo. Rehízo el camino, y al mirar el lago vio que en el límite de la propiedad había un embarcadero privado con un navío de color oscuro.

Ann ya había llegado a la puerta de la casa y le esperaba apoyada en las muletas.

—¿Ha habido suerte?

Pitt le puso las llaves en la mano.

—Todo como en el anuncio.

Ann abrió la puerta y entró, buscando a tientas un interruptor. Después accedió Pitt, mientras Ann encendía una hilera de focos en el techo. Era una cabaña antigua reformada con gusto. La cocina, reluciente, contenía electrodomésticos de acero inoxidable y encimeras de granito; la sala de estar, un gran televisor de pantalla plana. Sobre la chimenea de piedra había una caña antigua para pesca con mosca, y al lado dos truchas disecadas, oda a una de las pasiones de toda la vida del dueño.

Ann, a quien incomodaba registrar el refugio de un muerto, cojeó rápidamente por la casa en busca de algún despacho o taller, pero solo encontró cuatro dormitorios grandes.

—Esperemos que haya algo en el garaje.

Al fondo del pasillo había una puerta. La abrió y encendió las luces, seguida por Pitt. Lo que vieron los sorprendió a los dos.

Esperaban algún tipo de taller, pero no se habían imaginado que pudiera haber todo un laboratorio de investigación de última tecnología escondido en los bosques de Idaho. El garaje parecía transportado desde el centro mismo de Silicon Valley. Las potentes luces cenitales iluminaban una sala de un blanco inmaculado llena de mesas de trabajo de acero inoxidable. Una pared estaba totalmente recubierta de equipos electrónicos dispuestos en batería. En otro rincón se había montado una zona de fabricación. Un tanque alargado y estrecho, lleno de agua, que servía para pruebas de casco y propulsión, se extendía por casi toda la anchura del edificio. No todo el espacio, sin embargo, estaba consagrado al trabajo, según observó Pitt: en un rincón había un *pinball* de los años cincuenta, al lado de una máquina de café muy sofisticada.

—Bingo —dijo.

Ann se acercó con sus muletas al centro de la sala, ocupado por una gran mesa de ejecutivo y dos sillones. Vio dos portátiles abiertos, al lado de varias revistas encuadernadas y varios fajos de esquemas. Cogió un diario y leyó algunos renglones manuscritos.

—Esto está fechado hace solo unos días —dijo—. Describe una serie de pruebas llevadas a cabo con éxito en el lago con el «SM», y sus planes para una prueba final

en agua salada por la zona de San Diego.

—SM. Debe de ser el *Slippery Mumm*.

—¡Menos mal! Parece que están todas sus notas y sus datos. Los planos no se han perdido.

Justo entonces se apagaron las luces de la casa, y quedaron sumidos en un mar de oscuridad.

Los dos hombres frenaron antes de llegar a la cabaña. Habían visto un coche en el camino de entrada. El que conducía abrió el maletero, y cada uno cogió una pistola Glock semiautomática y unas gafas de visión nocturna. A esas horas ya había anochecido sobre el lago, y no había luna que pudiera aliviar la oscuridad.

Con sigilo de expertos reconocieron el perímetro de la cabaña hasta localizar el cuadro eléctrico. Después de hacer saltar la tapa, uno de los dos encontró el diferencial y lo apagó.

El laboratorio, que no tenía ventanas, quedó tan oscuro como el túnel de una mina a medianoche. Ann aguantó un poco la respiración.

—Menudo sitio para que se vaya la luz —comentó con una nota de nerviosismo.

—Quizá solo haya sido una subida de tensión —dijo Pitt—. Quédate un momento quieta para no tropezar.

Durante la espera se infiltró en los pensamientos de Pitt una aprensión incómoda.

—Prueba a encender el portátil, así habrá luz —añadió—. Debería tener un poco de batería.

—Buena idea.

Ann dejó el diario y tanteó por la mesa en busca de uno de los ordenadores. Al encontrarlo fue pulsando teclas y botones con la esperanza de localizar el de encendido.

Pitt oyó crujir los tablones del suelo dentro de la casa. No estaban solos. Tendió la mano hacia la mesa más cercana y buscó a tientas un arma por la superficie. Tras ignorar algunos cables sueltos, encontró una herramienta, unas tenazas muy pequeñas que se guardó en la mano.

—Creo que ya lo tengo —dijo Ann.

El ordenador se inició. Al orientar la pantalla hacia Pitt, Ann bañó la sala en una vaga luz turquesa que llegó hasta la puerta de la casa justo en el momento en que se abría. Los dos intrusos que irrumpieron en la cabaña se quedaron muy quietos, observando el interior.

Pitt vio que ambos eran bajos pero musculosos, con ropa negra y gafas de visión nocturna. Armados con Glocks, hicieron un barrido de la sala hasta centrar las miras en Ann y Pitt.

—¡No os mováis! —exclamó el jefe con un acento hispano muy marcado.

Sacó una linterna y la enfocó hacia ellos dos. Con la luz en la cara, Ann no tuvo más remedio que entornar los ojos.

El intruso se acercó y apuntó a Pitt.

—La espalda contra la pared —dijo iluminando el camino con su linterna.

Ann se irguió en sus muletas y renqueó hacia Pitt, que se arrimó con ella a la

pared. Había una puerta que llevaba al patio. Pitt empujó suavemente a Ann en esa dirección, mientras el agresor llamaba a su compañero. El segundo hombre se acercó y se dispuso a montar vigilancia, apuntándolos con su pistola. Su compañero enfundó la suya, se levantó las gafas y usó la linterna para empezar a registrar el laboratorio.

Pitt observó lo minucioso que era: sabía qué buscar. Empezó examinando los portátiles y los diarios de la mesa, los que había encontrado Ann. Después registró metódicamente el resto del laboratorio. Tardó casi diez minutos en volver a la mesa y organizar los artículos que deseaba. Encontró un cubo de plástico vacío y lo llenó con las notas y diarios de Heiland.

Acurrucada contra Pitt, Ann no salía de su asombro al pensar que era la segunda vez que veía el cañón de una pistola en dos días. Poco a poco, viendo robar en sus narices el trabajo de Heiland, pasó del miedo a la rabia. Tras vaciar los cajones del escritorio el ladrón metió su contenido en el cubo y remató la faena con los dos portátiles.

—¿Ya has acabado? —preguntó el que montaba guardia.

—Casi. —El otro miró a Ann y Pitt con fastidio—. Quédate con ellos hasta que vuelva.

Cargó el cubo en el hombro y cruzó el laboratorio, orientándose con la linterna.

Pocos segundos después de su salida de la sala le llamó el vigilante, pero no obtuvo respuesta.

Pitt oyó en la casa las pisadas del intruso, que salió por la puerta principal, y no le hicieron falta poderes telepáticos para saber que su regreso no traería nada bueno.

Sin la luz de la linterna ni la del ordenador, el garaje había vuelto a la más absoluta negrura; demasiada, advirtió Pitt con una brizna repentina de esperanza. Las gafas de visión nocturna del vigilante necesitaban algún tipo de luz ambiente para funcionar, aunque solo fuera la de las estrellas, mientras que en el garaje la única luz ambiente era la del portátil, que ya no estaba. Por eso el vigilante había llamado a su colega, porque ya no veía nada.

El ruido de una cremallera, la de la chaqueta del ladrón, le confirmó su teoría: el vigilante buscaba su linterna. Pitt no le dio tiempo de cogerla.

Quitó a Ann una de las muletas y la convirtió en un ariete con el que se lanzó a la carga. Su esperanza era que el vigilante siguiera donde lo había dejado el otro hombre, justo delante de él, aproximadamente a un metro y medio.

El vigilante había bajado la pistola para buscar la linterna, de manera que el taco de goma de la muleta le pilló totalmente desprevenido al clavarse en su esternón. El golpe invisible le arrojó de espaldas contra el escritorio de Heiland. Realizó varios disparos a ciegas con la pistola, moviéndola de un lado al otro sin darse cuenta de que apuntaba un metro por encima de la cabeza de Pitt.

—¡Ann, sal ahora mismo por la puerta trasera!

Pitt se agachó, volvió a girar la muleta y empezó a moverla hacia los lados, tratando de tocar al vigilante agazapado. Se orientaba por los chispazos del cañón. La muleta de aluminio golpeó la muñeca del ladrón con un crujido de huesos y mandó la pistola por los aires.

Ann se había echado al suelo con el primer disparo. Palpó la pared hasta encontrar la puerta y luego el tirador. Giró el pestillo y estiró con fuerza. Acto seguido cogió la muleta que le quedaba, salió a rastras y se alejó del edificio dando saltitos.

Antes de que se cerrase la puerta, oyó el grito de dolor del vigilante al fracturarse la muñeca. El intruso se apartó de la mesa para huir del ataque de Pitt, que le oyó levantarse. Ahora ya no le tenía a su alcance, ni tampoco le veía. Consciente de que Ann, con su tobillo, no podía ir muy deprisa, persistió en el ataque para darle tiempo: soltando la muleta, se lanzó sobre la mesa y se deslizó por el lugar del que segundos antes se había retirado el vigilante.

Giró a la vez que resbalaba, aterrizó de pie y dio un paso, trazando un arco a ciegas con el puño, pero sus nudillos no hicieron más que rozar la chaqueta del vigilante, que se había desplazado hacia su izquierda.

El vigilante contraatacó con su mano ilesa y le propinó un buen puñetazo en un hombro.

Pitt se echó hacia atrás para recuperarse del golpe. Ahora sabía dónde estaba su enemigo. Simultaneó su avance con dos veloces golpes que alcanzaron al vigilante en ambos lados del pecho, arrancándole un gruñido y haciendo que al tambalearse hacia atrás tropezara con una silla y se cayera al suelo.

Pitt no tuvo tiempo de acabar el ataque. En ese momento se abrió de par en par la puerta del pasillo y entró corriendo el otro intruso, alertado por los disparos. Tras barrer la sala con su linterna y detenerse un poco en el cuerpo caído del vigilante, enfocó la luz hacia Pitt, a quien tenía a pocos pasos.

Pitt, muy rápido en su reacción, volvió a lanzarse al otro lado de la mesa. El hombre de la pistola trató de seguir sus movimientos con la luz al mismo tiempo que le disparaba, pero la bala pasó demasiado alta.

Pitt bajó de la mesa y se dejó caer al suelo para quedar fuera del campo visual del tirador, pero no perdió tiempo quedándose quieto, sino que se acercó a gatas a la puerta trasera hasta chocar con la muleta y recogerla.

El hombre de la pistola salió como un rayo en su persecución. El haz de su linterna saltaba por el suelo al compás de sus pies, cada vez más centrado en su presa.

La luz, sin embargo, también iluminaba la puerta trasera. Pitt, que la tenía a pocos metros, se lanzó hacia ella sin incorporarse y buscó el pomo con la mano un segundo antes de que su tronco impactase contra la parte inferior. Cerró los dedos en el pomo y lo giró. Su peso abrió la puerta de golpe.

El hombre de la pistola, que ya había cruzado medio laboratorio, levantó el brazo y disparó tres veces muy seguidas sin dejar de correr. Pitt sintió un pinchazo en la pierna mientras estiraba la muleta y daba un sonoro portazo.

Nuevamente en pie, encajó el apoyabrazos de la muleta por debajo del pomo, a guisa de cerrojo improvisado. Quizá así ganase diez o veinte segundos, aunque seguirían siendo insuficientes. Ann cojeaba en algún punto de la oscuridad. Tenía que encontrarla cuanto antes. Fuera del laboratorio serían blanco fácil para los ladrones, que tenían gafas de visión nocturna.

Corrió hacia su coche, pero en ese momento oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha. No procedía de la carretera, sino del lago. Giró en redondo y corrió hacia el agua, pensando que, a fin de cuentas, quizá sí tuvieran una oportunidad.

El motor no arrancó con el zumbido estridente de un pequeño coche de alquiler, sino con el borboteo gutural de una lancha motora. Pitt se dirigió al embarcadero, admirado por el plan de Ann de huir en el barco de Heiland. Para ella era tan simple como que a su tobillo maltrecho le resultaba más fácil ir cuesta abajo que cuesta arriba, y el barco le quedaba más cerca. Las llaves ya las tenía en el bolsillo. No le quedaba otra cosa que rezar por ser capaz de poner en marcha la motora.

Dentro del laboratorio el hombre de la pistola se encontró con el obstáculo de la puerta trasera, atrancada, de momento, por la muleta de aluminio. Le asestó con rabia una serie de brutales empujones hasta que la muleta se dobló y se cayó al suelo, resbalando bajo el pomo. Entonces el ladrón salió corriendo de la casa y, al volverse hacia el barco, divisó la vaga silueta de Pitt, que corría entre los árboles de la orilla. Se lanzó a perseguirlo.

Casi sin aliento y con la pierna izquierda dolorida, Pitt llegó a un camino de grava que bajaba al lago. Vislumbraba a duras penas la figura de Ann, vuelta hacia él en la cabina de la embarcación. Al haber oído la violenta apertura de la puerta del laboratorio, no tuvo que mirar atrás para saber que su adversario no tenía la menor intención de dejar que se fueran.

—¡Suelta amarras, Ann! —gritó—. No esperes.

Ann bajó al embarcadero, desató la amarra de popa, volvió al barco cojeando y la soltó. Justo cuando volvía a deslizarse en el asiento del copiloto, Pitt llegó al muelle a gran velocidad.

Al acercarse se llevó la sorpresa de ver que se trataba de una vieja lancha de doble cabina, hecha de caoba. Con luz suficiente la habría reconocido como una Chris-Craft de los años cuarenta.

Cruzó el muelle sin detenerse ni una sola vez y se metió de un salto en la cabina trasera. Después rebotó en el cojín y aterrizó en el asiento delantero del piloto, desde donde apretó a fondo el acelerador. Mientras Pitt se apoyaba en el respaldo, la vieja lancha se alejó del muelle con un bramido de su motor de época, un Chrysler de seis cilindros.

—Esto es lo que se llama pensar deprisa —le dijo a Ann, al tiempo que apartaba la embarcación de la costa.

—Empezaba a temer que no salieras.

Al volverse hacia el embarcadero, Pitt vio la silueta oscura del jefe de los ladrones, que corría hacia la plataforma.

—¡Más vale que nos agachemos! —exclamó girando el volante.

El suelo de la cabina era bastante espacioso para ambos. Se encogieron debajo del salpicadero, mientras la lancha viraba hacia la izquierda. Pitt levantó una mano y

echó el volante hacia atrás, dejando que la lancha mantuviera el rumbo a ciegas.

La maniobra hizo que el barco navegase por el lago en paralelo a la costa, sin que sus ocupantes fueran visibles. El hombre de la pistola llegó corriendo hasta el final del muelle, apuntó a la embarcación sin piloto y disparó hasta vaciar el cargador.

El ruido del motor ahogó los disparos. Pitt, sin embargo, detectó unos cuantos golpes sordos, debidos al impacto de las balas en el casco. Después de un minuto de espera, asomó la cabeza para echar una rápida ojeada. Los árboles tapaban el embarcadero, y la lancha iba acercándose a la orilla. Pitt se deslizó en el asiento y dio un giro al volante para mantenerse en aguas profundas. Una vez corregido el rumbo, ayudó a Ann a levantarse y sentarse a su lado. Lo había concentrado todo en la huida, sin prestar atención al dolor de su pierna. Al sentirla mojada y pegajosa se dio cuenta de que sufría una hemorragia.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ann asintió con la cabeza.

—Demasiado justo.

—Y más justo nos habría ido sin tu muleta. Perdona que te haya dejado desequilibrada.

—Tenía tanto miedo que ni siquiera he pensado en el tobillo. Solo he visto que el muelle quedaba cuesta abajo, y me he acordado de que tenía las llaves de la casa en el bolsillo. Por suerte también estaban las del barco.

Se frotó el tobillo sin pensar. Ahora sí notaba el dolor.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

En la cabeza de Pitt ya habían estado girando los engranajes de la justicia.

—Muy sencillo —dijo—: A adelantarnos a ellos.

De la cabaña de Heiland solo se podía salir por una carretera. Pitt sabía que los ladrones estarían obligados a pasar por Bayview para huir con los documentos robados. Era posible detenerlos, pero solo si él y Ann llegaban antes; una carrera cuyo desenlace dependía de una lancha de setenta años de antigüedad.

Aunque añejo, el Chris-Craft de Heiland no era ninguna tortuga; al estar personalizado llevaba el motor modelo M de la compañía, de ciento treinta caballos. Y además de rapidez tenía clase, con acabados de caoba barnizada, doble cabina y una popa de perfil redondeado que le daba un toque canalla. En 1942, al salir de la fábrica de Algonac, Michigan, era un barco deseable, convertido ahora en una pieza de coleccionista, muy preciada por los amantes de las embarcaciones clásicas.

El elegante barco cortaba las olas sin dificultad, mientras Pitt seguía acelerando al límite para obtener la máxima velocidad de su motor intraborda. Aunque hubieran salido con bastante ventaja, era consciente de que los ladrones estarían desesperados por huir, y de que por carretera podrían ir casi al doble de velocidad que la lancha.

Las estrellas le proporcionaban luz más que suficiente. Se acercó a la costa para

recortar distancias. Después de unos minutos navegando sin descanso, apareció a su izquierda una ancha ensenada por la que se metió. Aparecieron a proa las luces de Bayview, que parpadeaban al fondo de la bahía Scenic. Pitt miró la carretera de la orilla, pero no vio ningún faro.

—Y ¿cómo los paramos? —gritó Ann.

Era la pregunta que llevaba rumiando Pitt desde que habían salido del embarcadero. Ir sin armas en una lancha de setenta años y en compañía de una mujer que a duras penas podía caminar no dejaba demasiadas opciones. El plan más obvio era pedir ayuda en las instalaciones de la marina, pero irrumpir en ellas de ese modo les exponía a recibir, más que ayuda inmediata, un disparo o un arresto. Al mirar hacia delante vislumbró un puerto deportivo próximo a la verja de seguridad del laboratorio. No estaba lejos de donde la carretera procedente de la cabaña de Heiland se cruzaba con la calle principal del pueblo. Le señaló el puerto a Ann.

—Iremos allí —dijo—, a ver si consigo llegar a la garita del vigilante y convencerle de que avise a los de seguridad para que bloqueen la carretera. Buscaré alguna manera de frenarlos.

—Vale, pero ten cuidado.

Ann recogió la única muleta que le quedaba del asiento trasero y se apoyó, dispuesta a abandonar el barco.

La vieja lancha cruzó ruidosamente una zona donde estaba prohibido hacer olas y dejó atrás el puerto deportivo. Los habitantes de los barcos se asomaron con enfado a las ventanas para averiguar el origen ruidoso del vaivén de sus casas. El muelle de la costa estaba lleno de pequeñas barcas de pesca. Por suerte, Pitt encontró un amarre libre y se lanzó hacia él. Apagó el motor en el último segundo y se metió en la plaza sin que el barco recibiera nada más que un pequeño golpe en un costado. Después abandonó su asiento y saltó a tierra para ayudar a Ann.

—Estoy bien —dijo ella con la muleta bajo el brazo, cojeando por el muelle.

Pitt se le adelantó. Corría hacia la carretera principal, dejando un rastro de pisadas ensangrentadas. Ann se estremeció al comprender que no se debían al agua del lago.

No había nadie en las calles de Baywater. En el pueblo reinaba un silencio casi absoluto. Pitt reconoció a lo lejos el ruido de un coche a gran velocidad. Miró por la ensenada. Efectivamente, entre los árboles brillaban unos faros. Era la carretera por donde se llegaba de la cabaña de Heiland.

Examinó el punto en que la carretera entraba en el pueblo, buscando algo que pudiera servir de barricada. A un lado estaba la alta valla de seguridad del Laboratorio de Acústica, y al otro una ladera. No se veían rocas ni troncos que pudieran usarse de bloqueo. Ni siquiera otros coches. Los únicos vehículos visibles eran de construcción y estaban aparcados más arriba, en la ladera: un camión de grava y una excavadora amarilla.

Volvió a mirar los faros. Llegarían en menos de un minuto.

—Pues nada, a la obra —murmuró antes de subir lo más deprisa que pudo por la cuesta.

Ann irrumpió en la garita de vigilancia del Laboratorio de Acústica con la sutileza de un tornado en Kansas.

—¡Alguien ha entrado a robar en el laboratorio! —exclamó—. ¡Necesito ayuda ahora mismo!

El vigilante de turno, que leía tranquilamente la sección deportiva al otro lado de un cristal blindado, saltó de su asiento como si le hubieran pinchado con una aguijada.

—No puedo salir de la garita, señora —balbuceó—. Cállese, dígame quién es y explíqueme qué pasa.

Ann ya había apoyado su identificación en el cristal.

—Pida refuerzos. Necesito que corten ahora mismo todas las carreteras de salida del pueblo.

Percibiendo una vaga semejanza entre la mujer que le gritaba con los ojos desorbitados y la de la foto de la insignia del NCIS, perfectamente acicalada, el vigilante asintió con la cabeza y cogió el teléfono. Antes de que acabara de marcar se oyó un chirrido.

Al volverse vieron un turismo oscuro que zigzagueaba a gran velocidad por la carretera de la orilla. De repente apareció la excavadora amarilla en la colina y empezó a deslizarse cuesta abajo, como si estuviese fuera de control. Ann se dio cuenta de que chocaría con el coche, algo que el conductor de este último advirtió demasiado tarde. La luz de una farola le permitió ver que en la cabina de la excavadora había un hombre de pelo negro: Pitt.

Al subir dando tumbos por la cuesta, con intensos dolores en la pierna izquierda, Pitt no había visto ninguna otra alternativa. El camión de grava estaba aparcado demasiado cerca de la excavadora amarilla para maniobrar, así que la única opción era esta última. Al ser un pueblo tan tranquilo, los obreros de la construcción no se habían molestado en cerrar con llave ninguno de los dos vehículos. Se sentó ante el tablero de mandos, miró hacia abajo y vio que los faros del coche ya bordeaban el centro naval. En cuestión de segundos pasarían justo debajo de él.

Soltó el embrague y puso el cambio de marchas en punto muerto, a la vez que quitaba el freno de mano. La gran máquina empezó a tambalearse y a bajar por la cuesta, obligándole a accionar los frenos no asistidos. Tomó con fuerza entre sus manos el volante revestido de caucho, para ver si daba juego. Era una excavadora muy usada, sin dispositivo de bloqueo, así que Pitt gozaba de cierta maniobrabilidad, siempre que sus fuerzas alcanzaran a mover el volante.

Al echar otro vistazo al pie de la colina, vio salir el coche entre los árboles. Estaba cerca. No había tiempo que perder.

Levantó el pie del freno y dejó que la excavadora bajara algunos metros para darle impulso. Después imprimió un fuerte giro de volante a la derecha. Las dos ruedas delanteras giraron sin problemas, cortando la tierra al pie de la colina. La gran pala de acero chocó con el arcén, lo que provocó un frenazo transitorio.

La pesada máquina estuvo a punto de doblarse sobre sí misma al bajar del arcén, pero logró enderezarse con un fuerte rebote. Era una cuesta abrupta, con más de quince metros de desnivel, por lo que la excavadora aceleró enseguida. Pitt enderezó las ruedas, esperando mantenerla recta. El retrovisor derecho se llenó del resplandor de los faros que se aproximaban.

Si el conductor del coche no hubiera ido tan deprisa, quizá hubiera podido frenar antes de chocar con la excavadora, pero la velocidad, sumada al susto de ver semejante armatoste brincando por la cuesta, extremaron su reacción y, así, en vez de pisar primero el freno, hizo el gesto instintivo de girar el volante para esquivarla. Solo entonces intentó frenar.

Fue la peor decisión posible. El coche derrapó seis metros antes de que su guardabarros derecho se estampase en un poste de teléfono. El hombre que había montado guardia en la cabaña de Heiland atravesó el parabrisas por no llevar puesto el cinturón y murió al instante con el cuello roto.

Al conductor solo se le aplastó una pierna, pero fue un indulto temporal. Cuando miró por encima del airbag, que se estaba deshinchando, vio a pocos centímetros la embestida del monstruo amarillo.

La parte delantera de la excavadora golpeó de lleno la puerta del conductor, apartando el coche del poste de teléfono. Pitt bajó la pala de acero para desacelerar, levantando una lluvia de chispas del asfalto. Fue suficiente, aunque por poco, para detener el impulso de ambos vehículos. Después el coche chocó por la izquierda con la valla del laboratorio naval, y tanto él como la excavadora se quedaron quietos.

Ann ya se acercaba cojeando, seguida por un coche de seguridad que cruzaba a toda prisa la verja principal con la sirena al máximo. Llegó a la excavadora justo cuando Pitt salía de la cabina con la pierna ensangrentada y el semblante pálido.

—Tu pierna —dijo Ann—. ¿Estás bien?

—No es grave —respondió él moviéndose con precaución.

Se acercaron al coche destrozado para ver el interior. El cuerpo del conductor estaba inclinado hacia delante, con la mirada inerte en sus ojos inmóviles; también su acompañante estaba muerto, cubierto de sangre y despatarrado en el lado derecho del salpicadero.

—Pues sí, sí que les has frenado —susurró Ann. Al prestar más atención a las facciones de ambos reparó en detalles que se le habían pasado por alto en la oscuridad del laboratorio de Heiland—. ¿Colegas de nuestros amigos de Tijuana?

—Es posible que hayan entrado en el despacho de Heiland en Del Mar y hayan

localizado su cabaña —dijo Pitt. Volvió a mirar el truculento panorama del coche, mientras llegaba el vehículo de seguridad naval—. Espero que haya valido la pena.

Ann renqueó hasta la parte trasera y abrió el maletero, abollado por el choque. El cubo con los documentos de Heiland estaba dentro. Miró a Pitt con lúgubre satisfacción.

—Sí, ha merecido la pena.

II.

TIERRAS RARAS

Las ruedas del Gulfstream tocaron tierra con una sacudida que despertó de golpe a Ann. Vencida finalmente por el ajetreo de los últimos días, llevaba durmiendo desde que habían despegado en Idaho. Bostezó y miró a Pitt, que estaba al otro lado del pasillo, absorto en una novela de Jeff Edwards.

—Por fin en casa —dijo.

Pitt levantó la vista, sonrió y miró la penumbra gris del crepúsculo en el aeropuerto Reagan.

—Empezaba a dudar que lográramos volver.

Casi toda la mañana se había consumido en interrogatorios de la marina, el FBI y las fuerzas del orden de Idaho sobre el accidente mortal de la noche anterior. Ann había redirigido lo mejor posible las preguntas hasta lograr que dejaran a Pitt en libertad, y con él los planos de Heiland rescatados de los restos del coche.

El Gulfstream salió de la pista de aterrizaje y dejó atrás las terminales comerciales con destino a un hangar privado reservado a aviones del gobierno. Un Ford Taurus azul corría por la pista y frenó junto al avión en el mismo momento en el que lo hacía el tren de aterrizaje de este último; Dan Fowler, apeado del coche, empezó a dar golpes en el suelo con el pie y a mirar su reloj hasta que se abrió la puerta del Gulfstream. Entonces corrió hacia Ann y la cogió de la mano para ayudarla a bajar por la escalerilla.

—¿Estás bien, Ann?

—Dan, no esperaba verte aquí. Estamos los dos un poco cansados, pero vamos tirando.

—He pensado que te iría bien que alguien te llevase a casa.

El siguiente en bajar del avión fue Pitt, que entregó a Ann un nuevo par de muletas. Fowler le tendió la mano.

—Me alegro de verle, Dirk.

—Después de los últimos dos días no estoy seguro de poder decir lo mismo —contestó Pitt al estrechársela.

Fowler se fijó en que también cojeaba.

—¿A usted también le han herido?

—Una rozadura de bala en la pantorrilla. He salido mejor parado que Ann.

—No sabe cuánto lo siento —dijo Fowler—. Es evidente que no teníamos ni idea del peligro al que se estaban exponiendo. Lo único que suponíamos era que la desaparición de Heiland podía tener algo que ver con que alguien quisiera apoderarse de sus investigaciones. Obviamente, no conocíamos la gravedad de la amenaza.

—Amenazas, dirás —terció Ann—. Al menos no se han cumplido.

Fowler la miró con inquietud.

—¿Tenéis los planos de Heiland?

Pitt se metió en el Gulfstream y salió con el cubo que contenía los portátiles y los diarios de investigación de Heiland.

—Está todo aquí —dijo.

Fowler puso cara de alivio. Después fue a la parte trasera de su coche y abrió el maletero. Pitt, que le seguía, le lanzó una mirada cortante al ver que guardaba el cubo.

—No sé si lo sabe —añadió Fowler—, pero esto en términos de tecnología naval tiene un valor incalculable.

—Pues entonces ¿por qué no organizaron vigilancia armada para que no estuviera en peligro? Hay gente dispuesta a matar por estos datos.

—Tranquilo, en cuanto haya dejado a Ann en su casa me lo llevaré a lo más profundo del edificio de la sede de la DARPA, a una sala vigilada.

Pitt fue a buscar la bolsa de Ann al Gulfstream y la dejó en el maletero, al lado del cubo.

—¿Le llevo a usted también? —preguntó Fowler.

—No, gracias —dijo Pitt—; da la casualidad de que de aquí a mi casa se puede ir caminando, y me irá bien estirar las piernas después de tantas horas encerrado.

Se volvió para despedirse de Ann.

—Suerte con la investigación.

Ann le echó los brazos al cuello, le abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró.

—Cuídate la pierna.

Pitt la ayudó a subir al coche y se despidió con la mano, mientras desaparecían en la penumbra.

Le dolía la herida de bala de la pierna izquierda, y su espinilla derecha seguía resintiéndose del choque de barcos en Chile. Se detuvo a respirar el aire de la noche, que la lluvia había limpiado y refrescado. Después se echó el petate al hombro y caminó tranquilamente por la pista, desentumeciéndose los brazos y las piernas.

Mientras rugían los motores fue a una zona poco usada del aeródromo y cruzó un solar vacío, dejando atrás una hilera de hangares privados. El hangar solitario al que se dirigía parecía llevar cincuenta años en desuso, con malas hierbas sin cortar y tanta herrumbre como polvo. Debajo del alero había una hilera de ventanas, todas agrietadas. En el suelo, junto a un viejo cubo de basura, se acumulaban esquirlas de cristal. Solo una mirada experta que examinase muy de cerca el edificio se habría dado cuenta de que aquella dejadez era una simple fachada para distraer la atención.

Fue a una puerta lateral iluminada por la luz amarillenta de una bombilla de poca potencia y acercó la mano a un cuadro industrial de interruptores que, al bascular en

sus bisagras, reveló un teclado oculto. Introdujo un código que desactivaba la alarma y abría la cerradura.

Entró, encendió las luces... y fue acogido por toda una flota de coches antiguos que, distribuidos en filas relucientes por la superficie del hangar, reflejaban las lámparas del techo en sus cromos bruñidos. Apasionado desde siempre por la velocidad y la belleza en el diseño de automóviles, Pitt había reunido una colección heterogénea que iba desde los albores del siglo xx hasta la década de 1950. Los aires de museo se veían potenciados por una avioneta trimotor Ford estacionada junto a un vagón de tren Pullman muy bien restaurado que los hijos adultos de Pitt usaban de vez en cuando como apartamento temporal.

Se paseó por el hangar, acariciando el guardabarros de un Packard Speedster 8 Runabout de 1930 aparcado al lado de un banco de trabajo, con el lado derecho del capó levantado. Finalmente llegó a la escalera de caracol de hierro colado por donde se subía al piso superior, que Loren y él usaban como vivienda.

Tras dejar su petate en una silla, cogió una cerveza Shiner Bock y leyó una nota pegada con cinta adhesiva a la puerta de la nevera.

Dirk:

Mientras tú estés fuera me quedaré en mi apartamento de Georgetown. ¡Por aquí hay demasiados automóviles fantasma! Lo más seguro es que se alarguen las sesiones del comité y trabaje hasta tarde en el Capitolio. Te he echado de menos.

Besos,

LOREN

Se acabó la cerveza y volvió a la planta baja del hangar. Había algo en el asunto de Heiland que le reconcomía, pero que no acababa de identificar. Como recordar la secuencia de los acontecimientos era inútil, se puso un mono gastado de mecánico y se acercó al viejo Packard. Empezó a desmontar su carburador vertical con gran esmero y devoción. Una hora después aproximadamente, ya con el mecanismo en buen estado, sabía con exactitud qué le inquietaba.

—Supongo que fue buena idea alistar a Pitt en la investigación —dijo Fowler mientras salían del aeropuerto montados en su coche.

—Es un hombre de recursos. —Ann miraba fijamente por la ventanilla, reflexionando sobre sus impresiones acerca de Pitt—. Me ha salvado la vida dos veces.

—Experiencia en evitar desastres está claro que tiene... —dijo Fowler—. No dudo de que sea de fiar, pero dime una cosa, solo por saberla: ¿le consta en qué trabajaba Heiland, y de qué puede servir?

—Sabe la idea básica, pero no ha insistido en que le explicara nada más. Me ha dado la impresión de estar más preocupado por la integridad de su barco y su tripulación. —Ann se agachó para frotarse el tobillo—. La verdad es que deberíamos haberle dado todos los datos al principio.

—Imposible. Tom Cerny se opuso con firmeza a comentar cualquier aspecto tecnológico. Yo creo que la tenacidad de los que intentan apoderarse del sistema nos ha sorprendido a todos.

Fowler cruzó la entrada del aeropuerto y se paró en un semáforo en rojo.

—Vives en Alexandria, ¿no?

—Sí, cerca del casco viejo, justo al lado de King Street. Solo tienes que entrar en la ciudad por la autopista Jefferson Davis.

Asintió con la cabeza y giró hacia el sur.

—¿Alguna novedad por parte del FBI mientras estábamos en el avión? —preguntó Ann.

—De momento no. Lo más probable es que tardemos varios días en saber algo de las autoridades mexicanas. Sobre los dos de Idaho, los que iban vestidos de negro, seguro que sabes tú más que yo.

—Por su aspecto eran latinos. Si es cierto que tenían alguna relación con los hombres de Tijuana, sospecho que podrían ser agentes de Centroamérica o Sudamérica.

—¿Mercenarios venezolanos?

—Es posible. Lo que está claro es que es una tecnología que querrían usar muchas potencias, con China o Rusia en lo alto de la lista, probablemente. Tal vez alguien trabaje para ellos por encargo.

—No olvides a los iraníes.

Fowler aceleró en un semáforo en ámbar y torció por King Street, una de las calles principales que dividía Alexandria en dos mitades.

—Los atacantes eran bastante atrevidos —dijo Ann— y estaban bien informados.

—Sí, por lo que dices no tenían miedo a nada.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Ann.

—¿Es decir? —contestó Fowler al meterse por una calle más pequeña.

—Un topo. Debe de haber alguna filtración, quizá de alto nivel.

—Es posible, pero ya sabes la cantidad de información secreta que acaba publicándose en la prensa. Quizá tampoco fuera tan difícil averiguar que Heiland trabajaba en algo importante, y el no trabajar en condiciones seguras le convertía en blanco fácil.

—Puede que tengas razón. —Ann señaló la calle—. Vivo aquí a la derecha, justo después del roble grande.

Fowler vio una plaza libre y se colocó detrás de un coche en punto muerto, con las luces apagadas. Ann vio que era un turismo Chrysler 300.

—¿Y si mañana te tomaras el día libre? —dijo Fowler—. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido agotadoras. Seguro que te vendría bien descansar.

—Gracias, pero me volvería loca sin hacer nada. Tengo que averiguar quiénes son.

Fowler apagó el motor del coche. Ann bajó. Al volverse para coger las muletas alguien la agarró por la espalda. Entrevió a su agresor, un hombre alto y negro que la sujetó con ambos brazos y la arrojó a un trocito de césped. El desconocido, un hombre corpulento, se le echó encima al instante, y mientras le clavaba una rodilla en la base de la espalda le hundió la cara en la hierba con una mano del tamaño de una bandeja. Ann intentó soltarse, pero cejó en sus esfuerzos al sentir en la sien la presión del cañón de una pistola.

—Ni respire —dijo su atacante.

Ann oyó una exclamación de Fowler, seguida por los golpes sordos de una paliza. Pocos segundos después percibió las llaves de un coche, y alguien abrió el maletero del Ford. Ann vio de reojo que otro hombre transportaba algo a la parte trasera del Chrysler y se subía al asiento de la derecha. El matón que la retenía a ella se inclinó y le susurró algo en la cara, echándole un aliento apestoso.

—Ahora estate cinco minutos quietecita, o tendrá que volver el viejo Clarence y hacerte daño.

Se quitó de encima, dio alcance al Chrysler con un par de zancadas y subió al asiento izquierdo como si tal cosa. El coche salió disparado por la calle, con un chirrido de sus ruedas traseras. Ann levantó la vista para ver su matrícula, pero la habían tapado provisionalmente con algunas tiras de cinta americana. Profesionales, pensó. En la siguiente manzana arrancarían la cinta, se confundirían con el tráfico y se irían de rositas, sin exceder el límite de velocidad.

Se levantó de un salto y cojeó hacia el otro lado del Taurus, donde encontró a Fowler tendido boca abajo junto a la rueda delantera.

—¡Dan! —exclamó arrodillándose a su lado.

Fowler abrió los ojos y se incorporó.

—Estoy bien. —Se frotó la mandíbula—. No me lo esperaba para nada. —Enfocó gradualmente la vista en Ann—. ¿Te han hecho algo?

—No, estoy bien, pero no ha sido un atraco cualquiera.

Ladeó la cabeza en referencia al maletero abierto.

—¡No, los documentos no! —espetó Fowler.

Apoyados el uno en el otro se acercaron a la parte trasera del coche y miraron el maletero.

Dentro estaba la bolsa de viaje de Ann. Nada más.

Las honras fúnebres de Joe Eberson fueron muy concurridas, sobre todo por otros científicos de la DARPA; muchos de ellos subieron al estrado de la iglesia de Annandale para expresar cuánto aprecio le tenían. Ann, sentada en uno de los bancos del medio, se encontraba un poco incómoda, ya que su incorporación al organismo había sido posterior a la muerte de Eberson. En todo caso, se notaba que había sido un hombre muy respetado, y eso confirmó su decisión de capturar a toda costa al asesino.

Al lado de Ann estaba Fowler, con un pequeño vendaje en la barbilla, recordatorio del ataque de la noche anterior. El personal sanitario de Alexandria y sus fuerzas del orden habían acudido con presteza al domicilio de Ann, y no habían encontrado heridas graves en ninguno de los dos. Sin embargo, tampoco habían hallado pista alguna que pudiera llevarlos hasta los atracadores. Ann avisó del robo a las autoridades federales y se emitió una orden de búsqueda del Chrysler de los agresores en toda el área metropolitana de Washington. Por la mañana lo encontraron en el aparcamiento de una tienda de alimentación. Constaba como robado el día anterior, y no quedaba ningún rastro de huellas dactilares, ni tampoco de los documentos de Heiland. Había un equipo especial del FBI asignado al robo, pero no tenían gran cosa por donde empezar.

—Quiero darle el pésame a la familia de Joe —dijo Fowler al final de la ceremonia—. ¿Quedamos en el coche?

Ann asintió con la cabeza, agradecida por que se hubiera ofrecido a llevarla. Poco después, cuando subieron al coche, hizo un comentario sobre la popularidad de Eberson.

—Llevaba muchos años en este mundillo —dijo él—. Había hecho muchas amistades. Y algunos enemigos.

—¿Enemigos? ¿De qué tipo? —preguntó Ann.

—Del profesional. Los proyectos de investigación de la DARPA suelen distribuirse entre varias empresas y universidades. Después nosotros lo combinamos... y nos llevamos todo el mérito. Es frecuente que los pequeños responsables de los grandes avances pasen desapercibidos. —Fowler se volvió hacia Ann—. No creo que a Eberson y Heiland se los cargase ningún investigador científico, si lo dices por eso.

—Solo elimino posibilidades —dijo Ann—. Ya sé que es un tema del que ya hemos hablado, pero te lo quiero volver a preguntar: ¿qué perspectivas hay de una posible filtración dentro de la DARPA?

Fowler frunció el ceño.

—Todo es posible, pero en este caso lo dudo. En el programa *Flecha de los mares*

solo trabaja un equipo relativamente pequeño. La mayoría del trabajo está externalizado, que es donde creo que está el auténtico riesgo: en las contratas. Claro que en los astilleros hay quien sabe mucho. Sería un posible foco, evidentemente.

—Sí, por eso ya hemos asignado a Groton un equipo especial del NCIS.

—Quizá no tenga importancia —dijo Fowler—, pero me llama la atención que a Heiland y Ebersson los mataran poco después de la visita del presidente al astillero. Yo no estaba, pero me encargué de la lista de seguridad.

—¿Insinúas que podría ser alguien de la Casa Blanca?

—Directamente no, pero ya sabes que la Casa Blanca es un coladero; y aunque esta administración sea de las mejores, no me extrañaría que se hubieran facilitado datos del *Flecha de los mares* a quien no tenía que recibirlos.

—¿Podrías facilitarme la lista de seguridad? —dijo Ann.

—Sí, claro, está en mi despacho. Si con lo que tienes aún no vas sobrada...

—Es el momento de pescar en todas las aguas. Me gustaría consultar si en los últimos tiempos ha habido algún robo de tecnología parecido a éste. ¿Tú has trabajado en algún caso de espionaje extranjero?

—Desde que estoy en la DARPA, no —dijo Fowler—. Los problemas que tenemos son más bien de pérdida de discos de ordenador y cosas así. Claro que solo llevo un año. Cuando estaba en el Laboratorio de Investigación del Ejército tuvimos unos cuantos casos de espionaje; sospechábamos de China e Israel, pero no llegamos a tener una base suficiente para llevarlo a la justicia.

—En este caso los intermediarios no cuadran demasiado con el típico perfil de espía —comentó Ann.

—Es verdad, pero nunca se sabe quién paga.

—Supongo —dijo Ann—. ¿Tienes idea del impacto en el programa *Flecha de los mares*?

—Mis conocimientos técnicos son demasiado escasos para saberlo, pero parece que el programa giraba en torno al modelo de supercavitación de Heiland, que transformaría por completo las capacidades del *Flecha de los mares*. Ahora que se han perdido las investigaciones originales, podría haber un retraso de varios años. Nadie cree que se pueda duplicar tan fácilmente la labor de Heiland sin sus diseños.

—Me parece increíble que nos los robaran en Alexandria. ¿Cómo se pudieron enterar?

—Vete a saber. Tal vez te había seguido alguien después del incidente en Tijuana. Yo diría que en Idaho había un tercer miembro del grupo que lo vigilaba todo. No sé cómo, pero se las arreglaron para asaltarnos casi sin previo aviso. —Fowler la miró con cara de preocupación—. Podrías pasar unas cuantas noches en un hotel, más que nada para prevenir.

—No, qué va, si estoy bien —dijo ella, que no temía por su propia seguridad.

—De todos modos, estaré en contacto con la policía de Alexandria para asegurarme de que patrullen a menudo delante de tu casa. —Fowler se frotó la barbilla por debajo del vendaje—. Tengo ganas de que esos tíos lo paguen.

Se metió en el aparcamiento de la sede de la DARPA, un edificio del centro de Arlington. Ann prefería las oficinas de la DARPA a su despacho del NCIS, situado en la otra orilla del río, en Anacostia. Desde el pequeño despacho sin ventanas que tenía a su disposición, cerca del de Fowler, podía acceder con su portátil prácticamente a los mismos recursos penales que en el NCIS, a la vez que entablaba relaciones con el equipo de la DARPA implicado en el *Flecha de los mares*.

Curiosamente, volvió a su mesa con nuevas energías. Más allá de su importancia para la seguridad nacional, el caso se había vuelto algo personal. Se sacudió el agotamiento físico y emocional de los últimos días, deseosa de ahondar en las pruebas y descubrir quién estaba tras los robos y los asesinatos.

Su primera llamada fue a la delegación del FBI en San Diego. El agente a cargo de la investigación local se llamaba Wyatt.

—¿Ha recibido alguna noticia de México? —preguntó Ann.

—Algunas —dijo Wyatt—. Los dos muertos, ambos de treinta y pocos años, no tenían nacionalidad mexicana. Se encontraron pasaportes colombianos en ambos cadáveres. Puedo darle los nombres, aunque lo más probable es que sean falsos. Hemos consultado al departamento de estado en Bogotá y los dos nombres han dado negativo con el gobierno colombiano.

—¿Los pasaportes eran falsos?

—Sí, falsificaciones de calidad. Al analizar las huellas dactilares de los fallecidos no hemos encontrado ninguna coincidencia ni en la base de datos del FBI ni en la de la Interpol. La hipótesis más probable es que se tratara de sicarios de bajo nivel. A inmigración le consta que entraron en Estados Unidos hace tres semanas con tres hombres más. Cruzaron la frontera en Tijuana, con visados temporales de turistas.

—¿Había alguno que se llamara Pablo?

—No, ni nada parecido.

—¿Y la camioneta? ¿Y el barco?

—La camioneta la compraron hace poco en un concesionario de segunda mano de Tijuana. Pagaron en efectivo y la pusieron a nombre de uno de los colombianos, con una dirección de pacotilla en Rosarito Beach. En cuanto al barco, siento decirle que los mexicanos no han encontrado nada.

—¿Alguna constancia de su actividad en suelo estadounidense?

—Aún lo estamos investigando. Lo interesante es que según los registros fueron cinco las personas que cruzaron la frontera en la camioneta, pero que solo volvieron tres. Hemos seguido la pista que nos dio usted sobre un posible asalto en el despacho de Heiland en la empresa. En las grabaciones de seguridad aparece un conserje que

entra a deshoras en el despacho de Heiland, y parece que coincide con la foto del pasaporte de uno de los colombianos.

—Wyatt, le sugiero que después de hablar conmigo llame a la delegación de Spokane. Hace poco mataron a dos hombres en Bayview, Idaho, después de que se produjera un robo en la cabaña que tenía Heiland junto al lago. Me apuesto el sueldo de un mes a que son los dos hombres que faltan.

—¿Qué tal un plus si uno de los dos es el conserje? —preguntó Wyatt—. Parecen persistentes, está claro.

—Trato hecho. ¿Algo más?

—Le pedimos a un experto en explosivos que inspeccionara el barco de Heiland, y ha confirmado que en el interior había una carga de explosivos plásticos de baja potencia que fue detonada mecánicamente. Parece que los cables llevaban cierto tiempo instalados.

—O sea, que la explosión la provocó Heiland —dijo Ann. Al final Pitt tenía razón—. ¿Alguna idea de por qué?

—Tal vez fuera consciente del peligro, o del tipo de trabajo que hacía. ¿Era algo por lo que valiera la pena matar?

—Eso parece.

—Todavía hay un misterio más.

—¿Cuál?

—El informe de la autopsia de Ebersson. Basándonos en los datos físicos y en la posición de su cuerpo en la parte trasera del barco, no creemos que muriera a causa de la explosión.

—Tenía hilo de pescar enredado en los pies —dijo Ann—. Supongo que le pudo el pánico al no poder apartarse del barco, y al final se ahogó.

—En realidad el forense dice que estaba muerto antes de caer al agua.

—¿Le pegaron un tiro?

—No... —A Wyatt le costó encontrar la descripción correcta—. Su piel presentaba señales de quemaduras graves. Su muerte fue atribuida al traumatismo ligado a las quemaduras.

Ann había visto sus brazos y piernas, ennegrecidos de forma atroz, pero había supuesto que era por la sumersión del cadáver a esas profundidades.

—Y ¿por qué el forense no cree que muriera a raíz de la explosión?

—Porque sus quemaduras superficiales no eran las que suele provocar el fuego. Además, se extendían por debajo de la piel. Dicho de otra manera, se coció tanto por dentro como por fuera.

Ann movió la cabeza.

—¿Por dentro?

—Los daños encajan con una exposición aguda a irradiaciones por microondas.

Ann se quedó en silencio, tratando de encontrar algún sentido al dato.

—¿Podría tener algo que ver con el nuevo equipo que estaba probando Heiland?
—preguntó Wyatt.

—Lo veo difícil. Aún estaba en la caja.

—Comprendo. Aquí están todos igual de perplejos. Ya le enviaré el informe. Así podremos volver a hablar.

—Gracias, Wyatt. Y avíseme si tiene novedades de México.

La muerte de Eberson era un giro imprevisto, sin sentido. Si los hombres de Pablo querían matarle, ¿por qué no lo habían hecho con un simple disparo? ¿Y cuál podía ser la causa de la irradiación por microondas?

Llamó antes que Wyatt a la delegación del FBI en Spokane y vio confirmadas sus suposiciones: los muertos de Bayview también llevaban pasaportes colombianos falsos. Habían llegado a Idaho en un vuelo privado, lo cual explicaba que hubieran podido llevar armas. En esos momentos se estaba investigando al operador del vuelo, pero no parecía que tuviera ninguna relación con los colombianos.

Abrió su portátil y empezó a consultar bases de datos nacionales de las fuerzas del orden en busca de actos delictivos cometidos en Estados Unidos por ciudadanos colombianos. En el sistema del National Crime Information Center compiló una lista restringida a los últimos cinco años. Aparte de algún que otro asesinato y de un atraco a un banco, los delitos graves estaban relacionados casi todos con droga y se concentraban en Miami y Nueva York. Tampoco encontró ningún vínculo evidente al buscar en el Guardian Threat Tracking System del FBI.

De todos modos, mientras el FBI no terminara los análisis de ADN de los cadáveres de Idaho, todo eran puras especulaciones, así que recondujo su atención a las posibles filtraciones internas.

Fowler le había dado perfiles detallados de quince científicos y gestores de la DARPA asignados al proyecto *Flecha de los mares*. Ann se pasó una hora cribando los informes, siempre en busca de las tres D de la subversión no ideológica: deudas, drogas y divorcios. Tomó nota de que Fowler tendría que investigar a una física que estaba en un duro proceso de divorcio, así como a un ingeniero de baja graduación que se acababa de comprar un Corvette nuevo; pero, a primera vista, ninguno de los empleados encajaba en un perfil de riesgo para la seguridad.

—¿Tienes un segundo?

Era Fowler, que entró y depositó en su mesa una gruesa carpeta.

—Aquí tienes los informes de personal de los contratistas que trabajan en el *Flecha de los mares* por encargo de la DARPA. Los astilleros de Groton, como es obvio, están revisando sus submarinos, y también el Office of Naval Research.

—¿Cuáles son los daños locales?

—Ocho contratistas privados de defensa, sin contar a Heiland, más tres

programas universitarios de investigación.

—Bastante para tenernos ocupados un buen rato. Gracias, Dan. ¿Podrías hacerme un favor más?

—Claro que sí. Tú pide.

—¿Podrías conseguir el historial de viajes del equipo de la DARPA asignado al *Flecha de los mares*? Quiero buscar desplazamientos a los puntos más conflictivos: Lejano Oriente, Rusia y Oriente Próximo.

—Hecho. Por cierto, aquí tienes la lista de seguridad de la visita del presidente a Groton de hace unas semanas.

Le dio un papel a Ann, que lo puso en un lado de la mesa.

—¿Te apetece ir a comer?

—No, ahora no —dijo ella zambulléndose en la información de las contratas—. Gracias por los informes.

Al profundizar en ellos no tardó en darse cuenta de que entre Heiland y el resto de los contratistas solo había una relación periférica. La mayoría de las contratas se centraban en diseño de cascos y en sistemas electrónicos, con poca o nula interacción con el sistema de supercavitación de Heiland. La principal correa de transmisión de todos los sistemas que estaba desarrollando Heiland había sido Ebersson.

Se levantó y, tras desperezarse, cogió la lista de seguridad de la visita del presidente a Groton. Solo había siete nombres: tres de la Casa Blanca y cuatro del Pentágono. Le llamó inmediatamente la atención el nombre de Tom Cerny. Sin otro punto de partida que el comentario hecho al vuelo por Fowler, llamó a un colega del NCIS, le dio los nombres y le pidió que investigara sus trayectorias en internet. Mientras esperaba el correo electrónico con los resultados, pensó en lo que tenía de insólito un asesinato como el de Heiland.

El robo de secretos industriales o de defensa no cruzaba casi nunca la frontera del homicidio. En cambio, a Heiland, Ebersson y Manny los habían asesinado por trabajar en el *Flecha de los mares*, y Ann y Pitt habían estado a punto de engrosar la lista de víctimas. Unas medidas tan provocadoras solo estaban dispuestos a tomarlas unos cuantos estados delincuentes, aunque el recurso a intermediarios podía ampliar la lista. Si algo estaba claro era que el gobierno colombiano no hacía la competencia al de Estados Unidos en cuestiones de armamento. No cabía duda, por lo tanto, de que los ladrones trabajaban para alguien más. Pero ¿quién?

Empezó a examinar otros casos nacionales de espionaje en busca de elementos en común. Descartando el terrorismo y los delitos informáticos, llegó a la conclusión de que la mayoría de los casos de espionaje estaban vinculados a secretos diplomáticos y políticos, y corrían a cargo de individuos o grupos al servicio de viejos enemigos: Moscú, Pekín y La Habana. Mayor interés revestía un puñado de casos relativos a robos de tecnología militar y comercial por parte de agentes chinos. Aunque ninguno

presentase las características del de Heiland, quedaba claro que China era el país que más agresivamente andaba en busca de tecnología militar allende sus fronteras.

Ann constató el largo historial de China en robos e imitaciones de tecnología de potencias extranjeras, sobre todo Rusia. Hacía tiempo que la cúpula militar del Kremlin se veía importunada por sistemas de artillería, misiles tierra-aire y hasta destructores de imitación. Los rusos, sin embargo, no eran las únicas víctimas: varios artículos del arsenal chino presentaban grandes similitudes con armas americanas. Los expertos en aviación encontraban semejanzas sospechosas entre el caza invisible chino J-20 y el Raptor F-22A americano. Hacía poco tiempo que el país había anunciado el despliegue de un sistema antidisturbios de aspecto idéntico al de un dispositivo desarrollado por las fuerzas armadas estadounidenses. También se preveía en cualquier momento la aparición de un helicóptero chino que imitaba el Apache americano.

Estaba tan absorta en su trabajo que solo se dio cuenta de que eran casi las seis cuando sonó el teléfono. Había consultado mucha información, pero no podía alardear de grandes frutos. Tras responder con voz cansada, reconoció una voz que la sacó de su sopor.

—Hola, Ann, soy Dirk. ¿Qué, aún estás dando el callo?

—Ya ves, no paro. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien. Oye, estaba pensando que podríamos quedar mañana para cenar. Tengo que comentarte algo.

—¿Mañana? Vale, por mí perfecto. ¿Es algo importante?

—Podría ser —dijo Pitt, vacilante—. Quiero preguntarte si te apuntas a un crucero.

Ann sorprendió a varios hombres mirándola al entrar en el comedor del Bombay Club casi sin rastro de cojera. Con un vestido de lino de color azafrán muy ceñido a sus curvas, parecía una modelo de pasarela, más que una investigadora criminal. Ignorando las miradas, cruzó el local hasta un elegante patio con vistas al parque Lafayette y no tardó mucho en localizar a Pitt, sentado en un rincón.

Compartía mesa con una mujer alta y atractiva que a Ann le sonó de algo. Incómoda, se acercó con una sonrisa forzada.

Pitt se levantó y la saludó afectuosamente.

—¿Ya no llevas muletas?

—No, me alegro de poder decir que mi tobillo ha mejorado mucho.

—Ann, te presento a mi mujer, Loren.

Loren se levantó como un resorte y le dio un abrazo lleno de cordialidad.

—Ya me ha contado Dirk tus desventuras por México y Idaho. Aunque parece que se le ha olvidado comentar lo guapa que eres —añadió sin mala intención.

El piropo imprevisto derritió cualquier rencor que el instinto de Ann pudiera haber albergado hacia Loren.

—Me sabe mal decirlo, pero todos nuestros desvelos fueron inútiles.

Tras una mirada culpable a Pitt, Ann pasó a describir cómo les habían robado las investigaciones de Heiland a ella y a Fowler.

—No parece ninguna coincidencia —comentó Pitt con cara de preocupación.

—No, más bien un espionaje descarado —dijo Loren—. Tendremos que implicar a alguna instancia con mucho poder.

—Ya hay al menos tres equipos del FBI asignados al caso —explicó Ann—, además de la seguridad de la DARPA y varios investigadores del NCIS, sin contarme a mí. —Sus ojos brillaron al mirar a Loren y reconocerla—. Eres la congresista por Colorado.

—Cuidado, que la vas a dejar sin tapadera —bromeó Pitt riéndose.

—Ya me parecía a mí que me sonabas de algo... —dijo Ann—. Recuerdo tus esfuerzos por que se aprobase un paquete de leyes para mejorar las prestaciones sociales y los permisos de los militares con hijos. Eres una heroína para las mujeres de las fuerzas armadas.

Loren movió la cabeza.

—Solo eran cambios secundarios que debían haberse implantado hace tiempo. No, lo digo en serio: si hay algún hilo que pueda mover en el departamento de Seguridad Interna para contribuir a vuestra causa, solo tienes que decirlo.

—Gracias. De recursos yo creo que vamos bien, porque contamos con el respaldo del vicepresidente y de la Casa Blanca; solo necesitamos uno o dos golpes de suerte

para averiguar quiénes eran.

Llegó un camarero. Pidieron un plato a base de curry, y Pitt optó por una botella de Saint Clair Sauvignon Blanc de Nueva Zelanda.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —preguntó Ann.

—Pocos años —dijo Loren—. Con tantos viajes, a menudo parecemos dos barcos que se cruzan, pero vamos consiguiendo que funcione.

—El truco —dijo Pitt— es cerciorarse de que los barcos choquen cada cierto tiempo.

Loren se volvió hacia Ann.

—¿Tú tienes a alguien especial en tu vida?

—No, ahora mismo no tengo ataduras, ni las quiero.

Les trajeron los primeros, todos bastante especiados como para pedir otra botella de vino.

—Estas gambas al curry me están destrozando la lengua, pero no puedo parar —dijo Ann—. La verdad es que están deliciosas.

En un momento dado se fue al baño. Cuando Ann ya no podía oírlos, Loren se inclinó hacia Pitt.

—Tú a esta chica le gustas.

—¿Y qué quieres que haga yo si tiene buen gusto con los hombres? —dijo él con una sonrisa burlona.

—Nada, pero como se te ocurra algo raro te saco el bazo con un cuchillo de mantequilla oxidado.

Pitt se rió y le dio un largo beso.

—Tranquila, que le tengo bastante apego a mi bazo y prefiero que siga en su sitio.

Después de que volviera Ann y del postre —un sorbete—, Pitt se sacó del bolsillo una piedra plateada y la dejó sobre la mesa.

—¿Solo un terrón? ¿No dos? —dijo Loren.

—Es un recuerdo de Chile —explicó Pitt—. Creo que puede tener algo que ver con el caso Heiland.

—¿Qué es, exactamente? —preguntó Ann.

—Uno de nuestros geólogos de la NUMA lo ha identificado como un mineral llamado monacita. Lo encontré a bordo de un carguero abandonado que iba directo hacia Valparaíso.

—Sí, ya me enteré —dijo Ann—. Desviaste el carguero e impediste que chocara con un crucero lleno de gente.

—Más o menos —siguió Pitt—. El misterio es qué le pasó a la tripulación, y por qué apareció el barco a miles de millas de su itinerario.

—¿Lo secuestraron?

—Era un mercante que, en principio, transportaba bauxita de una mina

australiana. Todo apunta a que su cargamento tenía un valor limitado. Descubrimos que tres de las cinco bodegas del barco contenían bauxita, pero que las dos de popa estaban vacías. —Pitt cogió la piedra—. Este trozo de monacita lo encontré en una de las vacías.

—¿Y crees que robaron la monacita del barco? —preguntó Ann.

—Sí.

—¿Para qué iban a robar eso, y no la bauxita? —preguntó Loren.

—He mandado analizar la piedra y los resultados son muy interesantes. Este tipo específico de monacita contiene una alta concentración de neodimio y lantano.

Loren sonrió.

—Suenan a enfermedades.

—Pues son dos de los diecisiete elementos que reciben el nombre de metales de tierras raras. Hay varios con mucha demanda en la industria.

—Ah, sí —señaló Loren—. En el Congreso tuvimos una sesión especial sobre las provisiones limitadas de elementos de tierras raras. Se usan en muchos productos de alta tecnología, como los coches híbridos y las turbinas eólicas.

—Y en un par de tecnologías de defensa claves —dijo Pitt.

—Si no recuerdo mal —comentó Loren—, el principal productor de elementos de tierras raras es China. De hecho, en el resto del mundo hay muy pocas minas en activo.

—La producción mundial la completan básicamente Rusia, India, Australia y nuestra mina de California —enumeró Pitt.

Ann negó con la cabeza.

—No veo qué tiene que ver esta piedra con el caso Heiland.

—Es posible que nada en absoluto —dijo Pitt—, pero hay dos coincidencias interesantes. La primera es el trozo de monacita que tienes en las manos. Da la casualidad de que el neodimio que contiene es uno de los materiales esenciales de los motores de propulsión del *Flecha de los mares*.

—Y ¿cómo puedes saber tú eso? —preguntó Ann.

—Mi director de sistemas informáticos de la NUMA ha averiguado que en el sistema de propulsión de la nueva clase Zumwalt de destructores de la marina había varios elementos de tierras raras que eran determinantes. Indagando un poco más, y usando la lógica, hemos llegado a la conclusión de que aún serían más importantes para los motores eléctricos del *Flecha de los mares*.

—Tendría que verificarlo, pero no dudo de que sea verdad —dijo Ann—. De todos modos sigo sin ver ninguna conexión importante.

—Tal vez no —admitió Pitt—, pero hay otro vínculo curioso: el científico de la DARPA a quien mataron en el *Cuttlefish*, Joe Ebersson. Te apuesto lo que quieras a que no murió ahogado, sino a causa de una dosis muy elevada de radiación

electromagnética.

Ann soltó la piedra. Lo siguiente en caer fue su mandíbula.

—¿Cómo puedes haberte enterado de eso? Acabo de recibir una copia del informe forense que confirma exactamente lo que dices.

—Por el estado de Eberson. Tenía las extremidades hinchadas y la piel negra, llena de ampollas. La hinchazón no es nada rara en los ahogados, pero sí la piel negra. En Chile, en el carguero, encontramos a un marino muerto que presentaba las mismas características, aún más pronunciadas. Las autoridades chilenas dicen que murió por daños térmicos, que se consideran causados por una irradiación de microondas.

—La misma causa —dijo Ann—. El forense de Eberson no supo identificar una posible fuente de la irradiación. ¿Cómo pudieron morir de esa manera?

—A saber. Como no se quedaron dormidos sobre una antena de microondas... Yo se lo he preguntado a varios de mis científicos, y hemos elaborado una teoría débil pero posible.

—Me gustaría oírla.

—En los últimos años han surgido varios aparatos antidisturbios que usan rayos de microondas para quemar ligeramente la piel de las personas que se interponen en su camino. Nuestro ejército ha desplegado una a la que llaman Sistema Activo de Negación, o SAN, llamado a menudo «el rayo del dolor». No son sistemas pensados para ser mortales, pero hemos averiguado que con modificaciones sencillas podrían serlo.

—¿Se podrían utilizar en el mar? —preguntó Loren.

—Ahora mismo los montan en camiones, así que sería fácil instalarlos en la cubierta de un barco. El sistema SAN tiene un radio de alcance de hasta setecientos metros. Quienes estuvieran dentro de un barco serían inmunes; pero en cubierta, o a tiro a través de una ventana, cualquier persona podría ser un blanco. Con un diseño bastante potente hasta se podrían dañar los sistemas de comunicaciones. También es posible que lo usen simplemente contra una embarcación más grande, para cubrir a un grupo de abordaje armado.

—¿Tú crees que se utilizó algo así en los dos barcos? —preguntó Ann.

—Podrían haberlo usado para aturdir a la tripulación del *Tasmanian Star* y robar la monacita —respondió Pitt—, y contra el *Cuttlefish* para matar a Heiland, Manny y Eberson, a fin de robar el modelo de pruebas del *Flecha de los mares*.

—El modelo lo habrían obtenido directamente del *Cuttlefish* si Heiland no hubiera volado el barco —dijo Ann—. ¿Tenéis alguna pista sobre la nave atacante?

—Estamos buscando, pero aún no hemos encontrado nada.

—Pues entonces no parece que estemos más cerca que antes de saber quiénes son. Pitt la miró, astuto.

—Al contrario. Mi intención es saberlo en menos de una semana.

—Pero... si has dicho que no tienes ni idea de dónde encontrarlos —dijo Loren.

—En realidad —explicó Pitt—, mi intención es dejar que me encuentren ellos a mí; será como poner queso en una trampa de ratones, con la diferencia de que nuestro queso es un mineral y se llama monacita.

Se sacó del bolsillo de la americana un mapamundi que abrió sobre la mesa.

—Como a Hiram Yaeger y a mí nos intrigaba el secuestro del *Tasmanian Star*, hemos investigado los naufragios y desapariciones de barcos de los que se tiene constancia en los últimos tres años. Según los archivos de las compañías de seguros, más de una docena de barcos comerciales se hundieron con toda su tripulación o no dejaron rastro, y hasta diez de ellos transportaban elementos de tierras raras o minerales relacionados. —Señaló el mapa—. De esos barcos, siete se perdieron cerca de Sudáfrica, y el resto desapareció al este del Pacífico.

Ann vio que el mapa tenía marcados pequeños símbolos de naufragios, y que unos cuantos estaban cerca de un pequeño atolón identificado como la isla de Clipperton.

—¿Por qué no lo han investigado las compañías de seguros?

—Muchos de los barcos eran cargueros de cierta antigüedad que no pertenecían a ningún gran grupo y que posiblemente estuvieran asegurados por debajo de su valor. Lo más probable, moviéndonos en el terreno de la hipótesis, es que ninguna compañía de seguros se haya visto afectada hasta el extremo de detectar la pauta.

—¿Qué sentido tiene molestarse en hundir o secuestrar los barcos —dijo Loren—, si pueden comprar los minerales en el mercado libre?

Pitt se encogió de hombros.

—Las reservas mundiales son muy limitadas. Quizá alguien intente controlarlas y manipular el mercado.

—Y ¿qué plan tienes para identificar a las personas en cuestión? —preguntó Ann.

Pitt señaló el trozo de monacita.

—Este mineral procedía de Mount Weld, una mina del oeste de Australia que han cerrado provisionalmente para incrementar la producción. Hemos descubierto que el último envío programado para la exportación lo cargaron la semana pasada en un barco con destino a Long Beach.

—Y ¿crees que lo secuestrarán? —preguntó Loren.

—Seguirá la misma ruta en la que desaparecieron otros dos barcos y fue atacado el *Tasmanian Star*. Es la última remesa de tierras raras australianas prevista para los próximos seis meses, como mínimo. Yo estoy dispuesto a jugármela y calificarlo como un objetivo bastante bueno.

—¿Es el crucero al que me habías invitado? —dijo Ann con los ojos brillantes.

Pitt asintió con la cabeza.

—Da la casualidad de que el consejero delegado de la naviera dueña del carguero es amigo del vicepresidente Sandecker, y nos ha organizado un encuentro con el barco al sur de Hawái, acompañados por un equipo de élite de la Guardia Costera.

—¿Será suficiente protección?

En los ojos violetas de Loren se notaba que estaba preocupada por su marido.

—No vamos a enfrentarnos con ningún barco de guerra. Además, estaré en comunicación constante con Rudi y el cuartel general, por si necesitamos refuerzos.

—Pitt se volvió hacia Ann—. Tendremos que salir de Hawái dentro de dos días. ¿Te apuntas?

Ann cogió la piedra y la giró en su mano.

—Por mí encantada, pero estoy en medio de una investigación y ahora mismo no me gustaría interrumpirla. Además, tampoco podría ayudar mucho a bordo. —Miró a Pitt a los ojos—. ¿Sabes qué te digo? Que, si tienes razón, Loren y yo te estaremos esperando en el muelle de Long Beach.

Pitt sonrió a las dos guapas mujeres y levantó su copa de vino.

—Eso es un regalo para los ojos de cualquier marinero solitario.

Vista desde arriba, la frondosa selva se extendía por el horizonte como una alfombra verde abultada. Solo alguna que otra cinta de humo, o una choza entrevista en un claro, revelaba la existencia de vida humana por debajo del follaje.

Hacía pocos minutos que el helicóptero había despegado del aeropuerto internacional Tocumen de Ciudad de Panamá, pero el ruido de la turbina ya ponía a Pablo de los nervios. Al mirar hacia delante vio la lámina verde del lago Gatún, una gran masa de agua formada durante la construcción del canal de Panamá. Ya estaban cerca de su destino.

El piloto giró y siguió la orilla este del lago, dejando atrás varias islas de gran tamaño conocidas por su variada fauna de primates. Frente a ellos se erguía una estrecha península. Volvió a pilotar el helicóptero sobre la selva y empezó a reducir la velocidad. Al llegar al centro de la franja de tierra estabilizó el aparato en el aire.

Pablo miró las copas de los árboles... y vio que se movían. No era el balanceo que imprimían los rotores, no: se estaban separando. En el follaje apareció una grieta que acabó por convertirse en un gran hueco cuadrado, con un helipuerto señalizado con luces y un círculo blanco reflectante.

El piloto centró el helicóptero y bajó suavemente hacia la pista. En cuanto apagó el motor, Pablo se quitó los auriculares y bajó.

Una vez fuera del alcance de las palas levantó la vista para ver cerrarse el techo de árboles artificiales. Era una cubierta accionada por un sistema hidráulico, una estructura autónoma sobre pilares construida en un claro de la selva. Los controles, situados en un panel lateral, los manejaban dos hombres con armas y ropa militar.

Al desaparecer el cielo, surgió de entre los árboles un carrito de golf que frenó ante Pablo.

—Te espera el jefe —le dijo el conductor con cierto acento sueco.

Era un rubio grandullón, de piel pálida y ojos gélidos, azules, que desentonaba con la selva panameña. Llevaba un uniforme genérico de oficial del ejército y una Beretta en el cinto.

Se miraron fijamente con una mezcla de respeto y desdén. Mercenarios ambos, observaban una tregua fría y formal.

—Buenos días, Johansson —dijo Pablo—. Ah, y sí que he tenido muy buen vuelo, gracias.

Johansson pisó a fondo el acelerador en cuanto Pablo se metió en el carrito, sin esperar a que estuviera bien sentado.

Circularon en silencio por la selva, siguiendo un camino asfaltado que los llevó a un claro protegido por los árboles, con más hombres armados y uniformados. Tenían a la derecha un montón de rocas grises en forma de pirámide. Un grupo de hombres

con la ropa sucia y manchada de sudor cargaba las piedras con palas en unas carretillas y las empujaban por un sendero.

El carrito de golf fue dando tumbos por otro trecho de selva tupida. Finalmente se detuvo ante un gran edificio de cemento sin ventanas, cuyo techo plano reforzado, cubierto de vegetación, lo camuflaba desde el aire con más realismo aún que el helipuerto. Lo único que prestaba cierto aire de calidez a la edificación era una fila de palmeras a cada lado de la entrada.

Pablo bajó del carrito.

—Gracias por traerme. No te molestes en dejar el motor encendido.

—Yo de ti no haría planes para una visita larga —dijo Johansson antes de irse.

Mientras Pablo subía los pocos escalones que llevaban a la puerta, llegó del lago una brisa que ayudó a remover un poco el aire sofocante. En la entrada, un vigilante abrió la puerta y acompañó a Pablo al interior.

Por dentro el edificio, en marcado contraste con la sencillez de los muros exteriores, era una oda a la opulencia. Construido como residencia personal, estaba decorado en colores vivos, tropicales, e iluminado por un derroche de luces cenitales. Mientras le acompañaban por un pasillo de mármol blanco, Pablo pasó junto a una sala de estar situada a un nivel inferior y decorada en un lado con obras de arte moderno y en el otro con una piscina de entrenamiento y paredes de cristal. La parte trasera de la casa se adaptaba al borde de un altozano desde el que se dominaba el lago Gatún. Las ventanas, que iban del suelo al techo, ofrecían magníficas vistas de una gran parte de este último.

Pablo fue conducido a un enorme despacho sin compartimentar que daba a la orilla pedregosa. A lo lejos se veía un carguero que iba hacia el sur por el canal, rumbo al Pacífico.

Se quedó un momento en la entrada, hasta llamar la atención del ocupante de un antiguo escritorio de caoba. Edward Bolcke miró por encima de unas gafas de lectura y movió la cabeza como invitación a entrar.

Todos los detalles del aspecto de Bolcke, empezando por lo conservador de su traje y corbata, daban fe de su carácter riguroso. Su cabello plateado estaba perfectamente peinado, sus uñas, cortadas a la perfección y sus zapatos, pulidos en extremo. La decoración de su despacho era casi espartana, sin el menor asomo de desorden en el escritorio. Se quitó las gafas, se apoyó en el respaldo del sillón y, cruzándose de brazos, se quedó mirando a Pablo con sus ojos marrones, como de halcón.

Pablo tomó asiento al otro lado de la mesa y esperó a que su jefe hablara.

—Bueno, a ver, ¿qué salió mal en Tijuana? —fue la pregunta de Bolcke, teñida de un acento alemán.

—Ya sabe usted que Heiland destruyó su propio barco durante nuestra operación

inicial —dijo Pablo—, cosa que, como comprenderá, trastocó nuestros planes de extracción. Antes de que pudiéramos enviar un barco de rescate como Dios manda, llegaron los americanos y consiguieron la maqueta de pruebas. No obstante, eran de la NUMA, que es una organización civil, y por eso pudimos quitarles el aparato sin mayores problemas en el mar. Sin embargo, dos de sus hombres lograron seguirnos hasta la costa mexicana. También había una investigadora.

—Sí, ya me lo han dicho.

Pablo carraspeó, sorprendido por el comentario de Bolcke.

—De camino al aeropuerto tuvimos un incidente de tráfico en las calles de Tijuana. El aparato quedó destruido, y Juan murió en el choque. Yo perdí a Eduardo, mi ayudante, mientras nos alejábamos del lugar de los hechos.

—Es lo que se dice una ocasión perdida —dijo Bolcke aguzando la mirada—. Al menos no parece que haya habido consecuencias.

—Todos mis colaboradores son mercenarios colombianos bien formados, con identidades falsas y sin antecedentes penales. Nadie les seguirá la pista hasta usted.

—Me alegro, y más teniendo en cuenta que al grupo que mandaste a Idaho también lo mataron.

Pablo se irguió en la silla.

—¿Alteban y Rivera están muertos?

—Sí. Murieron en un «incidente de tráfico» después de abandonar la cabaña de Heiland —dijo Bolcke, muy serio—. Los responsables fueron la investigadora, una tal Ann Bennett, y el director de la NUMA, a quienes por lo visto conociste en Tijuana. Por suerte he podido concertar la recuperación de los planos de trabajo en Washington.

Bolcke metió la mano en un cajón y sacó un grueso sobre que deslizó por la mesa.

—Te has ganado un buen sueldo, amigo mío: el tuyo más el de tus cuatro camaradas muertos.

—No puedo aceptarlo —dijo Pablo mientras acercaba la mano al sobre y lo cogía.

—Yo pago por trabajo, no por resultados, aunque en vista de lo sucedido he decidido rescindir el plus que pensaba pagarte por lo bien que lo hiciste en la mina de Mountain Pass.

Pablo asintió con la cabeza, agradecido por poder quedarse el sobre.

—Siempre ha sido un hombre generoso.

—Pues no lo seré tanto si hay más fallos. Supongo que estarás preparado para la siguiente misión.

Bolcke juntó las manos sobre el escritorio y clavó su mirada en Pablo, que bajó la suya hacia las manos de su jefe. Era lo que le delataba, las manos: gruesas, nudosas y manchadas por el sol. No eran manos propias de quien se ha pasado la vida en salas de juntas, como daba a entender la apariencia de Bolcke, sino sacando rocas de la

tierra.

Nacido y criado en Austria, Edward Bolcke había pasado su juventud buscando oro y minerales raros en los Alpes. Fue su vía de escape después de que su madre se fugase con un soldado americano, dejándole al cuidado de un padre alcohólico y propenso a la violencia. Las excursiones del joven Bolcke por las montañas alimentaron su amor a la geología, que le llevó a licenciarse en ingeniería de minas en la Universidad de Leoben, en Austria.

Encontró trabajo en una mina de cobre polaca, y no tardó mucho tiempo en recorrer mundo: trabajó en minas de estaño de Malasia, en minas de oro de Indonesia y en minas de plata de Sudamérica. Allá por donde iba hacía subir los índices de extracción y los beneficios, gracias a su increíble don para encontrar las mayores concentraciones de vetas.

En Colombia, sin embargo, la vida le hizo un regalo envenenado. Bolcke adquirió una participación en una pequeña mina de plata del distrito de Tolima. Su sagaz análisis reveló la existencia de algo más valioso, un yacimiento de platino, junto a su propiedad. Adquirió los derechos y, al encontrar un importante yacimiento, se hizo rico en cuestión de meses. Mientras celebraba su buena suerte en Bogotá, conoció a la pizpireta hija de un industrial brasileño, y poco después se casó con ella.

Durante varios años su vida fue un cuento de hadas. Gracias a la mina pudo ir aumentando su riqueza, hasta que un día, al volver a su casa de Bogotá, se encontró a su mujer en la cama con un empleado del consulado de Estados Unidos. Con una furia que ignoraba llevar dentro le destrozó a él la cabeza con un martillo de minero, y a continuación aplastó el cuello a su mujer con sus manos grandes y musculosas.

Un jurado colombiano, debidamente sobornado por sus abogados, le absolvió por enajenación transitoria, y Bolcke quedó libre.

Lo era física, pero no psicológicamente. Aquel episodio reabrió sus cicatrices infantiles de abandono, a la vez que creaba heridas nuevas. Su alma se llenó de una rabia, de una sed de sangre, que no remitían. Buscando venganza recurrió a las víctimas más fáciles que podía encontrar: mujeres jóvenes e indefensas. De noche iba por los barrios bajos de Bogotá para contratar los servicios de prostitutas jóvenes a quienes golpeaba después sin compasión para desahogar su ira. Una noche, un chulo atento estuvo a punto de matarle a tiros. Desde entonces, Bolcke renunció a desfogarse por aquellas vías y se fue de Colombia tras vender la participación que aún tenía en la mina.

Se instaló en una mina de oro panameña que rendía por debajo de sus posibilidades y en la que había hecho inversiones. Sabía, por haber estudiado años atrás su explotación, que no la habían gestionado bien. Era propiedad de una empresa privada de Estados Unidos, dueña de otras tierras. Para hacerse con el control de la mina, Bolcke no tuvo más remedio que comprar la empresa en bloque, aunque para

ello tuvo que ceder una participación al corrupto gobierno panameño, encabezado por aquel entonces por Manuel Noriega. Después de que el ejército estadounidense derrocara a este último, el siguiente gobierno reclamó la mina y sometió a Bolcke a un acoso que le obligó a acumular toda una montaña de facturas de abogados antes de recuperar su titularidad a un precio nada desdeñable. Echó la culpa de sus pérdidas a los americanos, atizando así un odio ya muy arraigado previamente a ese país.

Se dio la ironía de que, como parte integrante del conglomerado minero, Bolcke era dueño de varias pequeñas empresas en Estados Unidos: una compañía de transportes por carretera, varios cargueros comerciales y una pequeña compañía de seguridad. Lo que empezó como una pequeña molestia derivó en una oportunidad de primer orden para vengarse.

Cada noche tenía pesadillas sobre su mujer y el funcionario americano, repetición del abandono sufrido de niño, y todas las mañanas se despertaba furioso. Pese a llevar muertos mucho tiempo, los culpables seguían siendo objeto de su ira, y por asociación lo era también su país de origen. Era una rabia que llevaba siempre dentro, pero en vez de desfogarse con violencia gratuita trazó una nueva senda de venganza. Recurriendo a las habilidades y conocimientos de toda una vida dedicada a la mina, emprendió su propia guerra económica de represalia.

Los ojos oscuros y sombríos de Bolcke, inscritos en un rostro enjuto y curtido, escrutaron a su visitante, mientras sus palmas se posaban en la mesa.

La respuesta de Pablo fue incómoda.

—Ahora mismo no es que me apetezca demasiado volver a Estados Unidos. Tenía entendido que me quedaría varias semanas en Ciudad de Panamá antes de la siguiente fase.

—Al no haberse cumplido las fechas de entrega se han movido los plazos. El envío se hará dentro de cuatro días. Tienes que volver de inmediato.

Pablo no protestó. Antiguo miembro de las fuerzas especiales colombianas, jamás decía que no a una orden. Llevaba más de doce años trabajando para el viejo austríaco, desde que le habían contratado para sofocar el descontento de los mineros, y el paso de los años había recompensado generosamente su lealtad a prueba de bombas, sobre todo a medida que su jefe se iba alejando de la legalidad.

—Tendré que formar un nuevo grupo de apoyo —dijo.

—No hay tiempo. Te ayudarán dos contratistas americanos.

—La ayuda externa no es de fiar.

—Tendremos que arriesgarnos —replicó Bolcke—. Te has quedado sin nadie de tu equipo. Puedo asignarte a algunos hombres de Johansson, pero no están formados en el tipo de cosas que haces tú. Mi representante en Washington me ha asegurado que es gente de fiar. Además —dijo mirando a Pablo a los ojos—, han conseguido lo que no consiguieron los tuyos: recuperar los datos de la supercavitación.

Bolcke acercó a Pablo un sobre más pequeño.

—El número de teléfono de nuestro hombre en Washington. Cuando llegues, ponte en contacto con él y organizará una reunión con los contratistas. Lo demás ya está todo arreglado, así que solo tendrás que ocuparte de la adquisición y de la entrega.

—Delo por hecho.

—Mañana te estará esperando el avión de la empresa para llevarte a Estados Unidos. ¿Alguna pregunta?

—La investigadora, y los de la NUMA... ¿son un problema?

—Por ella no hay que preocuparse. —Bolcke se apoyó en el respaldo, pensando en la pregunta—. Los de la NUMA... pues no sé. Puede que valga la pena tenerlos vigilados. —Volvió a mirar a Pablo—. Ya me encargo yo. Tú sigue adelante con el plan. Estaré en Pekín esperando tu confirmación.

Se le oscureció la mirada al inclinarse.

—Hace muchos años que preparo este momento. Ya está todo en su sitio. No me falles, Pablo.

Pablo sacó pecho.

—No se preocupe, jefe, que será como quitarle caramelos a un bebé.

Ann llegó a las siete a la oficina, deseosa de ponerse manos a la obra e investigar la hipótesis de Pitt sobre un posible vínculo con el secuestro del barco. Empezó por el sustituto de Joe Ebersson como director de Tecnología de Plataformas Marinas de la DARPA, el doctor Roald Oswald. Se habían conocido algunos días antes, y no le sorprendió ver que el científico ya estaba en su mesa, trabajando en un informe.

Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Me permite interrumpir su silencio matinal?

—Cómo no, señorita Bennett. No me irá mal distraerme un poco del deprimente estado en que se encuentra el calendario de entregas de nuestro nuevo submarino.

—Llámeme Ann, por favor. ¿Lo botarán sin el dispositivo de supercavitación?

—Es el dilema al que nos enfrentamos. La pérdida conjunta de Ebersson y Heiland nos ha hecho retroceder varios meses, por no decir años. Sin el dispositivo, las capacidades de la embarcación se ven seriamente mermadas. Supongo que, aun así, seguirá siendo interesante poner a prueba el sistema de propulsión, siempre que podamos completar el montaje final.

—¿Qué se lo impide?

—Por lo que me han dicho, retrasos graves en la entrega de materiales.

—¿Por casualidad figuran entre ellos elementos de tierras raras?

Oswald bebió un poco de café y escrutó a Ann con sus ojos de color azul claro.

—Para contestar necesitaría información que no tengo aquí, pero sí es cierto que en el diseño del *Flecha de los mares* desempeñan un papel importante algunos elementos de tierras raras, sobre todo en el sistema de propulsión y en algunos sistemas de sónar y electrónica. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que estoy investigando una posible relación entre la muerte del doctor Heiland y el secuestro de un cargamento de monacita que contenía altas concentraciones de neodimio y lantano. ¿Hasta qué punto son importantes esos elementos para el *Flecha de los mares*?

—Mucho. Nuestro sistema de propulsión se basa en dos motores eléctricos de última tecnología que, a su vez, alimentan dos bombas externas a chorro, así como el resto de los sistemas operativos de la nave. Ambos componentes contienen elementos de tierras raras, pero sobre todo los motores. —Oswald bebió un poco más de café—. Usan imanes permanentes de alta intensidad para conseguir un salto multigeneracional en eficacia y potencia. Los imanes los fabrica con el máximo rigor el Ames National Laboratory, y contienen una mezcla de varias tierras raras, la mayoría de las cuales incluye neodimio, qué duda cabe. —Vaciló un momento—. Estamos convencidos de que el sistema de supercavitación de Heiland también recurre a una serie de elementos de tierras raras. Sospecho que la pista que sigue

podría dar sus frutos.

—¿Por qué lo dice?

—Los motores del *Flecha de los mares* aún están pendientes de instalar. El primero acaban de terminarlo en el laboratorio de investigación naval de la bahía de Chesapeake, y está listo para su envío a Groton. El segundo ha sufrido un retraso debido a una interrupción en la cadena de suministro de los materiales. Aún no estoy al corriente de todo, pero tengo entendido que lo que nos retiene es la escasez de elementos de tierras raras.

—¿Podría averiguar usted de qué materiales concretos se trata?

—Haré unas cuantas llamadas por teléfono y se lo haré saber. —Oswald se apoyó en el respaldo, pensativo—. Joe Ebersson era amigo mío. Solíamos ir de pesca todos los veranos a Canadá. Era un buen hombre. Asegúrese de encontrar a los que le mataron.

Ann asintió solemnemente.

—Es mi intención.

Solo llevaba unos minutos en su mesa cuando recibió una llamada de Oswald, que le facilitó una sopa de letras con los elementos cuya escasez estaba provocando una demora en el *Flecha de los mares*: gadolinio, praseodimio, samario y disprosio. El primer lugar de la lista lo ocupaba el neodimio, justamente el elemento contenido en la muestra de monacita de Pitt, la de Chile.

Una búsqueda rápida por internet la informó de que los precios de mercado de dichos elementos habían subido hacía poco. Los analistas lo explicaban por dos factores: por un lado, un incendio que había arrasado las instalaciones de Mountain Pass, única mina activa de tierras raras de todo Estados Unidos, y por el otro algo que Ann ya sabía, el anuncio por parte de los dueños de la mina australiana de Mount Weld de que se disponían a interrumpir temporalmente la producción para modernizar y ampliar la mina.

Mientras digería la información cogió la hoja que le había dejado Fowler en la mesa. Era el informe biográfico de todo el personal no militar que había realizado la visita al *Flecha de los mares*. Se saltó a los empleados de la DARPA y el ONR y estudió el resto de los nombres. Sus ojos se abrieron mucho al leer la biografía de Tom Cerny, el asistente de la Casa Blanca. La sometió a una relectura en la que tomó unas cuantas notas, e imprimió todo el informe.

Fowler apareció en la puerta y entró en el despacho con un donut y un café.

—¡Sí que empiezas temprano a mover papeles! ¿Por dónde te está llevando hoy la caza?

—Por el sur del Pacífico. Increíble, ¿no?

Ann le contó las sospechas de Pitt sobre el carguero de mena en Chile y sus planes de proteger el barco que estaba a punto de llegar de Australia.

—¿Lleva elementos de tierras raras?

—Sí. Creo que dijo que se llamaba *Adelaide* y zarpaba de Perth.

—No pensarás ir con él, ¿verdad?

—Lo consideraré, pero sale mañana. Lo más probable es que sea una pérdida de tiempo y, si quieres que te diga la verdad, tengo la impresión de que aquí avanzo.

Le acercó por la mesa la biografía de Tom Cerny.

—No me atrevería a asegurar que haya filtraciones en la Casa Blanca, pero fíjate en el historial de Cerny.

Fowler leyó en voz alta algunas entradas del currículum.

—Ex oficial de los Boinas Verdes. Fue asesor militar en Taiwan, y luego en Panamá y Colombia. Se fue del ejército para trabajar durante una temporada en Raytheon como director de programas de armas de energía dirigida. Más tarde entró en el Capitolio como especialista en defensa y formó parte del consejo directivo de tres empresas contratistas de defensa antes de ingresar en la Casa Blanca. Está casado con Jun Lu Yi, ciudadana taiwanesa, y gestiona una ONG de educación infantil en Bogotá. —Dejó el papel en la mesa—. Interesante abanico de experiencias.

—Parece que ha estado vinculado a unos cuantos sistemas defensivos copiados por los chinos —dijo Ann—. Y te puedo decir que lo de Colombia me ha llamado la atención.

—Valdría la pena investigarlo. Intuyo que podrías hacer algunas indagaciones discretas sin hacer saltar ninguna alarma.

—Estoy de acuerdo. Prefiero no arremeter contra la Casa Blanca y quedarme sin trabajo, pero presionaré a algunos subalternos. Y tú ¿qué tal? ¿Cómo van tus consultas internas?

Fowler negó con la cabeza.

—He hecho comprobaciones sobre todos los empleados de la DARPA que trabajan en el programa y, si quieres que te diga la verdad, no he encontrado un solo indicio de conducta sospechosa. Te pasaré los informes cuando acabe con las entrevistas.

—Gracias, ya me fío de tu criterio. ¿Qué harás después?

—Pensaba ir a ver *in situ* a nuestros tres principales contratistas. ¿Quieres venir? Así acabaríamos antes.

—Quería echarles un vistazo a un par de los más pequeños. Me han llamado la atención estos tres.

—Demasiado abajo en la cadena alimenticia —concluyó Fowler—. Lo más seguro es que solo tengan acceso limitado a cualquier tipo de información secreta.

—Pero por probar no pasa nada —dijo Ann—. Ya sabes lo que dicen de que hasta un cerdo ciego encuentra alguna bellota.

Fowler sonrió.

—Tú misma. Si encuentras bellotas y quieres enseñármelas, estaré aquí el resto del día.

El siguiente hallazgo se produjo al cabo de unas horas. Después de seguir algunos cabos más con el FBI, Ann volvió a su lista de empresas externas. Las dos primeras cotizaban en bolsa, así que no tuvo problemas en conseguir información sobre sus actividades. En cambio la tercera estaba en manos privadas, y fue necesario investigarla más a fondo. Al encontrar un artículo sobre ella en una revista de ingeniería, corrió al despacho de Fowler.

—Mira esto, Dan: una de las contrataas la tiene una empresa que se llama SecureTek y ofrece redes seguras de transmisión de datos a ingenieros que trabajan en lugares aislados. Podrían acceder a datos técnicos privados sin autorización expresa.

—Probablemente sea más difícil de lo que crees.

—Esto es más interesante: SecureTek pertenece a un pequeño conglomerado con sede en Panamá del que también forman parte una compañía de transportes estadounidense y una mina de oro panameña.

—Está bien, pero no veo adónde vas.

—La empresa tiene una pequeña participación en Hobart Mining, que a su vez es dueña de la mina australiana de Mount Weld.

—Vaya, que han ampliado su actividad minera.

—Mount Weld es uno de los mayores productores no chinos de elementos de tierras raras. Esta mañana el doctor Oswald me ha explicado lo esenciales que son los elementos de tierras raras en el desarrollo del *Flecha de los mares*, y que el programa se ha visto retrasado por problemas en el suministro. Podría haber alguna relación.

—Parece un poco cogido por los pelos —dijo Fowler moviendo la cabeza—. ¿Cuál sería el móvil? El dueño de la mina debería estar contento de que le compremos lo que produce, y no cortarle el suministro a uno de sus mejores clientes. Yo creo que estás dejando que Dirk Pitt te lleve por el mal camino.

—Quizá tengas razón —reconoció Ann—. Parece que nos aferramos a un clavo ardiendo.

—Suele pasar. Quizá por la mañana se vean las cosas de otra manera. Yo he notado que el ejercicio físico me ayuda a resolver problemas. Salgo a correr todas las mañanas por la orilla del Potomac, y he comprobado que es una muy buena manera de relajar la mente. Deberías probarlo.

—No te digo no, pero hazme un favor, solo uno, ¿vale? —dijo Ann—. Añade SecureTek a la lista de empresas con contrata que vas a visitar.

—Con mucho gusto.

De camino a casa, siguiendo el consejo de Fowler, Ann paró en un gimnasio y corrió unos cuantos kilómetros en una cinta. Luego entró en un bar y pidió una

ensaladilla de pollo para llevar. De regreso pensó en Pitt, y le llamó nada más entrar en casa. Como no se ponía nadie dejó un largo mensaje sobre sus averiguaciones y le deseó buena suerte en su viaje.

Al colgar oyó una voz grave y ronca en el pasillo.

—Espero que te hayas acordado de despedirte.

Se llevó un susto tremendo. Al volverse vio salir de la oscuridad de su dormitorio a dos robustos individuos de raza negra. Reconoció al primero y empezó a temblar.

Clarence sonrió con frialdad al entrar en la sala y apuntarle a la cabeza con una pistola del 45.

La cara de Zhou Xing era de campesino. Tenía los ojos muy juntos, una barbilla casi inexistente y una nariz escorada a estribor a causa de una vieja fractura. Sus orejas de soplillo y su pelo, cortado a lo pobre, completaban el aspecto de simplón rural. Era una fachada perfecta para un agente de los servicios secretos. Además, gracias a ella, Zhou podía encajar en casi cualquier situación y solía hacer que sus superiores del Ministerio de Seguridad Estatal chino subestimaran su astucia y su habilidad.

En esos momentos confiaba en provocar el mismo efecto en un público menos refinado. Con ropa raída y polvorienta, propia de un trabajador sin cualificación, se asemejaba a la mayoría de los habitantes de Bayan Obo, colonia industrial de Mongolia Interior no menos raída y polvorienta. Tras cruzar una calle asfaltada llena de camiones y autobuses dirigió sus pasos a una pequeña taberna. Las voces se oían desde fuera. Respiró profundamente y abrió una puerta de madera que lucía el gastado relieve de un jabalí rojo.

En el momento de cruzar la puerta y observar el local con ojos avezados, su nariz se llenó de un olor a tabaco barato y restos de cerveza. Era una sala estrecha, con una docena de mesas ocupadas por rudos mineros que hacían una pausa en su trabajo en la mina a cielo abierto de la colonia. El encargado, un hombre gordo y tuerto, llenaba vasos de licor tras una plataforma en la que se alineaban codo con codo los más bebedores. La única decoración del bar correspondía a su nombre: un jabalí disecado al que le faltaban varios mechones de pelo.

Zhou pidió un *baijiu*, el alcohol de grano preferido en la región, y se sentó en un rincón para estudiar a la clientela. En grupos cerrados de dos o tres personas, la mayoría estaban ya muy cerca del aturdimiento que les haría olvidar la jornada de trabajo. Fue escrutando los rostros curtidos en busca de una víctima adecuada. La encontró a pocas mesas de distancia: un joven lanzado y gritón que le estaba poniendo la cabeza como un bombo a su acompañante, más alto y silencioso que él.

Esperó a que tuviera el chupito casi vacío para acercarse a su mesa y, fingiendo un tropiezo, proyectar el codo hacia el vaso, que salió volando.

—¡Eh, mi bebida!

—Mil perdones, amigo —dijo Zhou con voz de borracho—. Ven conmigo a la barra, por favor, te pediré otro.

Al darse cuenta de que acababan de regalarle una ronda gratis, el joven minero se puso en pie con rapidez, aunque no con equilibrio.

—Eso, eso, otro vaso.

El regreso de Zhou a la mesa con toda una botella de cerámica de *baijiu* fue muy celebrado.

—Yo me llamo Wen —dijo el hablador—, y este amigo mío tan callado, Yao.

—Yo soy Tsen —contestó Zhou—. ¿Trabajáis los dos en la mina?

—Pues claro. —Wen flexionó los bíceps—. No nos hemos vuelto tan fuertes desplumando gallinas.

—Y ¿a qué os dedicáis?

—Hombre, pues a machacar —dijo Wen riéndose—. Metemos la mena en las primeras trituradoras. Son grandes como una casa y pueden triturar una roca del tamaño de un perro en trocitos así.

Cerró el puño ante la cara de Zhou.

—Yo soy de Baotou —dijo este último— y necesito trabajo. ¿Buscan a alguien en la mina?

Wen tendió la mano para apretujarle el brazo.

—¿Un hombre como tú? Eres demasiado enclenque para ser minero. —Al reírse roció la mesa de saliva. Después reparó en la cara de tristeza de Zhou y se compadeció—. Bueno, a veces hay algún herido y traen refuerzos, pero lo más seguro es que haya una lista de espera muy larga.

—Comprendo —declaró Zhou—. ¿Más *baijiu*?

Rellenó los vasos sin esperar respuesta. El minero silencioso, Yao, le miró impasible y asintió. Wen levantó el vaso y se pulió un chupito.

—Otra cosa —añadió Zhou entre sorbo y sorbo—: He oído que en Bayan Obo hay una mina que trabaja el mercado negro.

Yao se puso tenso y le miró con recelo.

—No, sale todo del mismo sitio.

Wen se limpió la boca con la manga.

—Es peligroso hablar del tema —precisó Yao rompiendo su silencio con un eructo de lo más terrenal.

Wen se encogió de hombros.

—No está en nuestra mano.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zhou.

—Poner cargas, excavar en la roca, triturarla... Todo eso lo hace el organismo público que nos paga a Yao y a mí —dijo—. Cuando empiezan a meterse otras manos es cuando ya está la roca triturada.

—¿Y de quién son esas manos?

Yao estampó el vaso en la mesa.

—Haces muchas preguntas, Tsen.

Zhou le hizo una pequeña reverencia.

—Solo intento encontrar trabajo.

—Es que Yao está un poco susceptible porque su primo lleva un camión para los otros.

—¿Cómo funcionan?

—Supongo que sobornarán a alguno de los camioneros de la mina —dijo Wen—. De noche algunos de los camiones que llevan el mineral en bruto a la trituradora recogen un cargamento de mena triturada y lo depositan en una parte aislada. Entonces llegan Jiang y su flota privada de camiones para llevárselo. ¡Hombre, mírale!

Wen hizo señas a un hombre bajo, recio y de facciones duras que acababa de entrar en el bar. Sus movimientos reflejaban determinación y chulería.

—Jiang, le estaba contando a este amigo mío que te llevas rocas recién excavadas de la mina.

Jiang le dio tal palmada en un lado de la cabeza que estuvo a punto de tirarle de la silla.

—Como sigas hablando por los codos, Wen, te quedarás sin lengua. Eres peor que una vieja.

Tras evaluar a Zhou con la mirada observó a su primo, el gigantón de Yao, que movió un poco la cabeza.

Jiang rodeó la mesa y se quedó en pie cerca de Zhou. De repente bajó una mano, le cogió por el cuello de la camisa y se lo estiró hasta levantarlo.

Zhou se quedó caído de brazos, con una sonrisa inofensiva.

—¿Quién eres? —dijo Jiang, con la cara a pocos milímetros de la de Zhou.

—Me llamo Tsen y soy granjero, de Baotou. ¿Ahora me dices tú cómo te llamas?

El atrevimiento de Tsen hizo que los ojos de Jiang se encendieran.

—Escúchame, granjero. —Le cogió con fuerza la camisa—. Si quieres volver a poner el pie en Bayan Obo, te aconsejo que hagas como si nunca hubieras venido aquí. No has visto a nadie ni has hablado con nadie. ¿Me entiendes?

Su aliento olía a humo y ajo, pero Zhou no se inmutó, sino que sonrió apaciblemente mientras asentía.

—Claro que sí, pero si nunca he estado tampoco me he gastado ochenta yuans en beber con tus amigos.

Abrió la palma de la mano, como si esperara un reembolso. La cara de Jiang se puso roja.

—No vuelvas a entrar en este bar. Sal ahora mismo.

Le soltó el cuello de la camisa para poder recalcar la amenaza con el puño, pero estaba demasiado cerca para dar un puñetazo, así que se apartó.

Adelantándose a su movimiento, Zhou trabó un pie en el de Jiang, exactamente detrás del tobillo. El camionero tropezó, lo cual no le impidió lanzar un rotundo rechazo durante el traspie. Al moverse hacia la izquierda, Zhou recibió el golpe en un hombro. Después contraatacó empujando el tronco de Jiang, que perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás sin poder remediarlo.

Zhou le empujó hacia la mesa sin soltarle y le estampó la cabeza en el borde.

Jiang quedó inconsciente, desplomado en el suelo como una secuoya talada.

Al asistir a la derrota de su primo, Yao se puso en pie e intentó apresar a Zhou en un abrazo de oso. Zhou, más menudo y más sobrio, no tuvo dificultades en esquivarle, ni en asestar después un certero puntapié en la rodilla del grandullón, que al doblarse le permitió una serie de golpes fulminantes en la cabeza. El último golpe de Zhou alcanzó a Yao en el cuello, que se giró y cayó de rodillas con las manos en el cuello, asaltado por una falsa sensación de ahogo.

La clientela enmudeció. Zhou era el centro de todas las miradas. Era una imprudencia llamar la atención, pero a veces no podía remediarlo.

—¡Nada de peleas! —vociferó el encargado, pero estaba demasiado ocupado en servir para tomarse la molestia de echar a ninguno de los culpables.

Zhou, mirándole, asintió con la cabeza, cogió tranquilamente su vaso de *baijiu* y bebió un trago. Los demás clientes siguieron bebiendo y bromeando sin hacer el menor caso a los dos hombres tirados en el suelo.

Wen había presenciado la breve pelea con estupefacción y sin moverse de la silla.

—Tienes las manos muy rápidas para ser granjero —tartamudeó.

—Mucha azada. —Zhou movió las manos de arriba abajo—. ¿Qué te parece si nuestro amigo Jiang nos invita a una ronda? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Wen con voz gangosa.

Zhou metió la mano en el bolsillo del camionero inconsciente y sacó su cartera. Al encontrar su identificación de residente memorizó su nombre completo y dirección. Después dejó la cartera en su sitio, no sin antes sacar un billete de veinte yuans que entregó a Wen.

—Bebe tú por mí —indicó—. Tengo que irme, que es tarde.

—Vale, amigo Tsen, si tú lo dices...

Wen tuvo ciertas dificultades para levantarse de la silla.

—Nos vemos en la mina —dijo Zhou.

—¿La mina? —preguntó Wen.

Levantó la cabeza, perplejo, pero el pequeño granjero de Baotou ya se había marchado.

Jiang Xianto, el camionero, salió de su bloque de pisos a las siete y media de la mañana siguiente. Tenía la frente vendada y alargaba el paso con rigidez para intentar minimizar los espasmos que le infligía cada zancada en el cráneo. De no haber estado tan absorto en su persona, podría haber reconocido a su atacante del Jabalí Rojo, que leía el *Diario del Pueblo* a bordo de un Toyota de fabricación china aparcado en la otra acera.

Zhou sonrió al verle cojear por la calle. No le había gustado mucho tumbar a Yao la noche anterior, pero por Jiang no sentía simpatía alguna. Se había dado cuenta enseguida del tipo de persona que era: un fracasado, un descerebrado que torturaba a los más débiles para sentirse mejor.

El camionero llegó a una parada de autobús llena de gente y, fiel a su forma de ser, se abrió paso a la fuerza hasta el principio de la cola. Cuando llegó el autobús, Jiang ocupó uno de los pocos asientos que quedaban. Zhou puso su coche en marcha y se mezcló con el tráfico, manteniendo algunos coches de distancia respecto al autobús.

Cuando este último frenó ante un bloque de pisos destartado de los arrabales del sur de la ciudad, la mayoría de los pasajeros ya habían bajado. Zhou dobló una esquina, aparcó junto a un puesto callejero y vio bajar a Jiang del autobús. Entonces se caló un sombrero de ala, cerró el coche con llave y siguió a pie.

Jiang recorrió cierta distancia por una calle secundaria hasta meterse en un callejón sembrado de basura. Soplaba una brisa matinal que refrescaba el aire. Jiang se subió la cremallera de su chaqueta al llegar a un gran solar con una alambrada oxidada encima de la tapia. Se metió por un resquicio y caminó por el polvo entre altos montones de palés vacíos. Al fondo del solar, debajo de un toldo de chapa ondulada, había cinco camiones grandes tapados con lonas y una furgoneta destartada. Alrededor de los camiones, varios hombres de aspecto rudo bebían té caliente en vasos de cartón.

—¿Qué pasa, Jiang —dijo uno de ellos—, que esta mañana tu mujer te ha cepillado el pelo con un wok?

—Ya te lo cepillaré yo a ti con una llave en cruz —respondió Jiang—. ¿Dónde está Xiao?

De entre dos camiones salió un hombre alto con un chaquetón negro.

—Ah, Jiang, estás aquí. Veo que has vuelto a llegar tarde. Como sigas así volverás a cavar zanjas. —Se volvió hacia los demás—. Bueno, venga, ya podemos irnos.

Los hombres se reunieron a su alrededor, mientras se sacaba del bolsillo un papel doblado.

—Hoy descargaremos en la plataforma 27 —dijo—. Yo iré en el primer camión. Entraremos por un acceso auxiliar, así que seguidme. No quiero retrasos, porque nos esperan a las ocho.

—¿Dónde pararemos a echar gasolina? —preguntó un hombre con un gorro de lana muy gastado.

—Donde siempre, en el área de Changping. —Xao esperó por si había más preguntas. Después señaló los camiones con la cabeza—. Venga, a moverse.

Xao, Jiang y otros tres hombres se repartieron por los camiones. El resto se amontonó en la furgoneta. El camión de Jiang era el último de la fila. Subió y arrancó el motor, que escupió una nube de humo negro al ponerse en marcha. Después encendió la calefacción y esperó a que los otros camiones salieran del solar delante de él. Cuando se puso en marcha el penúltimo, quitó el embrague y dio el primer tumbo. En ese momento vio una mancha oscura por el retrovisor lateral.

Los camiones cruzaron una verja abierta, vigilada por un calvo corpulento que llevaba una pistola rusa Makarov debajo de la chaqueta. Al llegar a la verja, Jiang pisó el freno del camión.

—¡Echa un vistazo por detrás! —dijo asomado a la ventana, dando un golpe en la puerta para llamar la atención del vigilante.

Éste asintió con la cabeza y rodeó el camión. Al asomarse al porticón trasero recibió la bota de Zhou en plena mandíbula, pero durante la caída sacó la Makarov y la levantó, apuntando al camión. Zhou, sin embargo, ya se le echaba encima. El agente dio una patada a la pistola, se arrojó contra su contrincante y le dio un codazo en la mandíbula. Se oyó la fractura en sordina de un hueso al ser golpeado por otro. El vigilante se quedó desmadejado.

Zhou se levantó de un salto y giró sobre sus pies. Jiang ya se lanzaba contra él con el cuchillo que llevaba en la cintura. Zhou vio el brillo de la hoja. Era una estocada al pecho que intentó esquivar, aunque la punta se enredó en su manga. Sintió un corte en el bíceps derecho.

Ignorándolo, asestó un cruzado de izquierda a la sien del camionero, que soltó una palabrota al darse cuenta de que su contrincante era el mismo que le había machacado la cabeza la noche anterior.

Zhou no le dio tiempo de pensarlo. Como la Makarov estaba demasiado lejos para cogerla, hizo algo inesperado: lanzarse al ataque. Lo siguiente después del puñetazo fue una patada circular que alcanzó a Jiang en el muslo. Más que castigarle, la intención era la de hacer reaccionar al adversario, que picó: Jiang, cuchillo en mano, se lanzó imprudentemente hacia la barriga de Zhou.

Le encontró preparado. Con un movimiento de su mano izquierda, Zhou asió el brazo de Jiang y no tuvo problemas en parar el golpe, a la vez que aprovechaba el impulso para retorcerle la muñeca y arrojarle hacia delante. Después siguió girando y

se dejó caer con todo su peso contra el brazo de Jiang, en el que clavó el hombro contrario.

Jiang se tambaleó entre dolores atroces, como si tuviera el brazo dislocado. Al caerse al suelo soltó el cuchillo, que en un abrir y cerrar de ojos pasó a la mano de Zhou y se acercó a la cabeza de Jiang. Zhou tenía ganas de matarle, y le habría sido fácil, pero resistió el impulso. Jiang sufriría más pudriéndose en una celda. Giró el cuchillo y le golpeó con el mango por debajo de la oreja. El impacto en la carótida interrumpió la irrigación sanguínea del cerebro, lo que le provocó un desmayo. Zhou jadeó con su adversario a sus pies. Una llamada telefónica a la Policía Armada de la República aseguraría un ingrato despertar para el matón. Antes, sin embargo, tenía que dar alcance a la comitiva.

Los camiones se habían perdido de vista por la calle. Zhou encontró la Makarov y, tras guardarla en el bolsillo, cortó una tira de la camisa de Jiang para usarla como venda. Tenía el brazo derecho pegajoso. La hemorragia, sin embargo, ya había cesado. Tendría que hacerse las curas al vuelo.

Saltó a bordo del camión y aceleró de golpe, levantando una nube de polvo que se posó como una manta en sus dos víctimas. El camión rugió rumbo a la carretera principal de Bayan Obo. La mina estaba al norte de la ciudad, así que giró en esa dirección y pisó a fondo el acelerador.

Esquivó el tráfico, adelantando a diestro y siniestro y despertando una sinfonía de bocinas y gritos de enfado. Cerca ya del límite norte de la ciudad el tráfico se hizo menos denso y la carretera empezó a subir por una serie de colinas cubiertas de matojos. Al llegar a una cresta, Zhou vio la comitiva a algo más de un kilómetro. Pronto se puso tras el último camión.

Con Zhou pegado a la atestada furgoneta, la fila de camiones dejó atrás la entrada principal de la mina de Bayan Obo y tres kilómetros más adelante se metió en una pista de tierra llena de baches por la que volvió hacia el sur y cruzó una valla derribada por el suelo, penetrando así en el complejo minero. Aparecieron dos grandes pozos a cielo abierto. Los camiones los rodearon para aproximarse a la zona principal de operaciones. Llegados a ese punto, la furgoneta se desvió y condujo a los camiones hasta un almacén medio quemado, aparentemente abandonado. Se detuvieron detrás del edificio, donde se erguía una gran montaña de mena triturada.

El robo seguía un mecanismo muy sencillo: en determinados turnos de noche, uno de cada tres volquetes que transportaban mena triturada a la planta de extracción se extraviaba durante el recorrido y depositaba su cargamento detrás del viejo almacén. Unos cuantos sobornos sustanciosos a conductores y administradores escogidos, que manipulaban los registros de producción de la mina, bastaban para poder llevarse la mena, que la comitiva transportaba cada pocos días para su venta.

Los hombres de la furgoneta abrieron una puerta trasera del almacén, donde se

guardaba una cinta transportadora portátil. La acercaron a la montaña de mena y la conectaron a un generador portátil. Zhou vio que el camión que iba en cabeza se acercaba marcha atrás hasta situar el extremo de la cinta por encima de su plataforma. La brigada empezó a cargar la mena a paletadas en la cinta, la cual a su vez lo subía al camión. En menos de un cuarto de hora se llenó la plataforma y llegó el turno del siguiente vehículo.

Zhou se limpió el brazo y se ajustó la venda improvisada sobre el tajo del cuchillo. Mareado por la pérdida de sangre, recuperó sus fuerzas con unas bolas de arroz que encontró en una bolsa de papel sobre el asiento. Después se cambió la chaqueta por la que le había quitado a Jiang y levantó el cuello. Por último, empañó con vaho la ventanilla para que no le vieran los demás mientras esperaba su turno.

Cuando se fue el cuarto camión, Xao hizo señas a Zhou y le guió hacia la cinta. Zhou mantuvo las manos encima del volante para taparse la cara mientras Xao pasaba por delante del capó y le indicaba por señas que retrocediese.

La mena se derramó en la plataforma con el estrépito de una avalancha. Los minutos transcurrían lentos, mientras Zhou aguantaba la respiración por miedo a que alguien intentase hablar con él. Al final el ruido se acabó, y la cinta se detuvo. Al mirar por el retrovisor lateral, Zhou vio que la brigada se la llevaba una vez más al almacén. Xao dio unos golpes en el guardabarros con los nudillos y se alejó hacia su vehículo. El líder de la comitiva subió al primer camión, sacó el brazo por la ventanilla y señaló hacia delante. El resto de los camiones arrancó y le siguió.

Iban despacio por los baches, muy cargados, rumbo a la carretera principal. A continuación se dirigieron hacia el sur, atravesando la población construida por la empresa minera, y una vez que dejaron atrás aquel pequeño y polvoriento baluarte de la civilización se internaron por las áridas estepas de Mongolia Interior que Gengis Khan había conquistado ocho siglos antes. Zhou suponía que dejarían el cargamento en los almacenes ferroviarios más cercanos. Varias horas después, cuando llegaron a la populosa ciudad de Baotou, ya no pensaba lo mismo.

La comitiva circuló por la muy transitada autopista de Jingzhang, que llevaba a Pekín. Al llegar a las afueras de la capital pararon en un área de descanso para camioneros del suburbio de Changping, mientras anochecía. Se había levantado algo de viento, que traía remolinos de arena del desierto de Gobi. Zhou se envolvió la cabeza con una bufanda que encontró en el bolsillo de la chaqueta de Jiang, y mientras los camiones repostaban se alejó de los demás con el pretexto de estirar las piernas.

Los camiones se pusieron en marcha lentamente y se abrieron camino con dificultad por el tráfico urbano, cada vez más denso. Rodearon Pekín por el oeste, para evitar los peores atascos, y siguieron hacia el sudeste. Tardaron sus buenas dos horas en llegar a la ciudad portuaria de Tianjin. Xao condujo a los camiones por un

laberinto de calles que desembocaba en el centro del gran puerto comercial.

Llegados a un antiguo depósito portuario, se metieron por una callejuela lateral. Aparecieron dos hombres en la oscuridad y tomaron un saco lleno de yuans que Xao les entregó por la ventanilla. Después se abrió una puerta al fondo del callejón y los camiones la cruzaron ruidosamente. Al otro lado había un almacén enorme, con un muelle al fondo. Los camiones lo recorrieron hasta detenerse junto a un carguero de dimensiones medias cuyas luces iluminaban el embarcadero.

Entre el muelle y la bodega abierta de la nave se extendía un gran sistema de cintas transportadoras, a cuyo extremo arrimó Xao el culo de su camión. Apareció una brigada con palas que empezó a vaciar el cargamento de mena. Al observar la operación desde el final de la cola, Zhou comprendió que ya había visto todo lo que necesitaba, así que bajó disimuladamente por la puerta derecha y se acercó con sigilo a la parte trasera del camión.

Un oficial del barco, que estaba comprobando las amarras desde el muelle, le miró. Interpretando el papel de conductor cansado, Zhou estiró los brazos, bostezó y se aproximó.

—Buenas noches —dijo inclinándose un poco—. Bonito barco.

—El *Graz* ya está viejo y gastado, pero sigue surcando el mar con la fuerza de un buey.

—¿Adónde se dirigen?

—Primero cambiamos de carga en Shangai, y después vamos a Singapur.

Al observar atentamente a Zhou bajo las luces, el oficial vio que tenía una mancha roja en la manga de la chaqueta.

—¿Está bien?

Zhou miró la sangre y sonrió, burlón.

—Es líquido de transmisión. Se me ha derramado cuando se lo echaba al camión.

Vio que el camión de Xao ya estaba descargado, y que el siguiente de la fila se movía para ocupar su sitio. Entonces saludó al oficial con la cabeza y sonrió.

—Que tengan ustedes buen viaje —dijo al dar la espalda a la zona de descarga y alejarse.

El oficial le miró de forma extraña.

—¿Y su camión?

Zhou se marchó del muelle tan tranquilo, ignorando la pregunta, y se perdió en la noche.

El motor de propulsión del *Flecha de los mares* parecía una limusina atravesada en un neumático gigante. En realidad, la parte de la limusina era una carcasa de inducción rectangular que aspiraba el agua y la expulsaba por detrás, a través de tres tubos en cardán. Justo delante, hacia la parte central del motor, había una góndola en forma de donut que contenía la sofisticada bomba de chorro capaz de imprimir grandes velocidades al submarino. El conjunto del motor estaba impregnado de una sustancia negra y resbaladiza que desviaba el agua y dotaba al aparato de un aspecto frío y futurista.

Bajo la luz cruda de los focos del techo, una grúa levantó el prototipo del motor de propulsión de sus bloques de apoyo y lo depositó sobre un gran camión de plataforma descubierta. Una hueste de trabajadores lo fijó entonces mediante cables de acero y lo tapó con lonas. Después se acercó marcha atrás un tráiler operado por una compañía especializada en el transporte de mercancías secretas, y lo unieron al primer camión.

A las seis y media de la mañana, el camión salió de las instalaciones del Laboratorio de Investigación Naval de la bahía de Chesapeake, en Maryland, y se adentró por tierra firme entre bosques y campos mojados de rocío, mientras un cielo plomizo ensombrecía el alba.

—¿A qué hora está previsto que lleguemos a Groton? —preguntó el copiloto aguantándose un bostezo.

El conductor del camión echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Según el GPS, dentro de siete horas; probablemente más, si no nos adelantamos a la hora punta del tráfico en la Beltway.

En el sur de Maryland, región poco poblada, el tráfico de entrada a Washington era casi inexistente. En una larga curva, los dos hombres se fijaron en que tenían delante una columna de humo negro. Al comprobar que nacía en la carretera, el conductor redujo la marcha.

—¿Eso es un coche que se quema? —preguntó su compañero.

—Creo que sí. Parece una tartana.

En realidad era un Toyota Camry de hacía veinte años que, en algún momento de su existencia, había sufrido graves daños, y que ahora estaba en medio de la carretera sin neumáticos, echando llamas por debajo del capó abollado.

El conductor del camión frenó a unos metros y miró la carretera en busca de víctimas. Algo más adelante, en el arcén, había una camioneta blanca, pero ni en ella ni en el coche en llamas se veían señales de vida.

—Más vale que avisemos —dijo el conductor mientras su compañero se volvía hacia el asiento de atrás para coger un extintor.

Un fuerte golpe les hizo saltar en sus asientos: era un mazo que había reventado la ventanilla derecha. Una mano enguantada se introdujo por el cristal roto y dejó caer en la cabina una lata abierta de gas lacrimógeno.

El interior del camión se llenó inmediatamente de un humo blanco y acre que se les atragantó. Les ardían los ojos como si les hubiesen echado lava ardiente bajo las pestañas. Buscaron a tientas los tiradores de las puertas para huir de aquel horror.

El primero en salir fue el conductor, que saltó a la carretera. Un hombre con gafas de esquiador le aturdió con un arma y le dejó sufriendo convulsiones en el suelo. Al otro lado del camión, el copiloto había conseguido sacar su pistola al bajar de la cabina, pero al tener los ojos muy cerrados a causa del gas no pudo ver a un segundo agresor que le aturdió con el mismo tipo de arma.

Otro hombre, éste con máscara antigás, trepó a la cabina y arrojó al campo de al lado la lata, de la que aún salía humo. Después se sentó al volante y clavó un cuchillo en la placa frontal de la cabina. Al retirar la tela vio un cable que seccionó con gran destreza, con lo que desactivó el transmisor GPS empotrado en el techo que permitía a la empresa de transportes tener localizado el vehículo. Acto seguido quitó el embrague y avanzó hasta que el ancho parachoques cromado del camión tocó el coche en llamas. Entonces pisó a fondo el acelerador, a la vez que giraba el volante a la derecha. El potente camión apartó el Toyota como un insecto, tirándolo a una zanja.

El nuevo conductor enderezó otra vez el rumbo por la estrecha carretera, cambió de marcha y bajó su ventanilla. Los últimos restos de gas tardaron segundos en salir. Pablo se quitó la incómoda máscara antigás y la arrojó al asiento de al lado.

Sonrió al mirar su reloj de pulsera. En solo dos minutos se había apoderado de uno de los sistemas tecnológicos más secretos de Estados Unidos. Sacó un teléfono móvil, marcó una larga serie de números y sonrió al pensar en la recompensa.

Después de casi dos kilómetros Pablo abandonó la carretera principal para encaminar el largo tráiler por una pista de tierra. Era un camino estrecho, irregular, que cruzaba un gran prado salpicado de vacas de ojos soñolientos. Tras un kilómetro pasaba junto a un gran estanque. Justo después, la pista terminaba en una granja abandonada.

Aún se veían los restos chamuscados de la explotación, incendiada hacía décadas. Cerca de ella, un granero amplio y vetusto se inclinaba hacia un lado como si el próximo viento del nordeste fuera a echarlo por tierra. Pablo se acercó y maniobró para introducir el camión por uno de sus extremos.

Dentro encontró una alta pila de pacas de heno recién cortado y una carretilla elevadora que le hacía compañía. Al fondo del granero había otro camión. Arrimó el tráiler a los fardos, aparcó y bajó para examinar el objeto cubierto por las lonas.

Pocos minutos después llegó la camioneta blanca, de la que salieron dos hombres altos de raza negra.

—¿Os habéis encargado de los camioneros? —preguntó Pablo.

El primer hombre asintió con la cabeza.

—Clarence les ha esposado a un roble grande, al lado de la carretera. Dentro de uno o dos días los encontrará algún granjero.

—Muy bien. Bueno, a trabajar, que voy justo de tiempo.

Los dos matones a sueldo retiraron las lonas que cubrían el motor del *Flecha de los mares*, se enfundaron guantes gruesos y empezaron a trabajar con las pacas de heno. Clarence encendió la carretilla elevadora, y mediante un artilugio conectado a ella, una empacadora, empezó a cargar bloques de varios fardos en el tráiler. El segundo hombre se había subido a la plataforma para distribuir las pacas alrededor del motor.

Pablo, mientras tanto, desenganchó los dos camiones, aparcó en un lado el que había conducido él y volvió con el otro, un Kenworth azul. En diez minutos lo tuvo enganchado al tráiler. Lo escudriñó un segundo en busca de un localizador GPS, y al no encontrarlo intercambió las matrículas traseras.

Los otros dos hombres casi habían acabado de erigir una pared de heno en torno al generador del *Flecha de los mares*. Pablo los ayudó a extender una lona encima de las pacas y atarla a ambos lados del camión, como último retoque al disfraz de transporte de heno.

Clarence, el más alto de los dos hombres, se quitó los guantes y se acercó a Pablo.

—Con esto se acaba nuestra parte del trabajo —dijo con voz ronca—. ¿Has traído nuestra paga?

—Sí —respondió Pablo—. ¿Vosotros tenéis los planos?

—Están en la parte trasera de la camioneta. También hay un regalo para ti —

indicó Clarence con una sonrisa burlona.

—Traed los documentos al camión, yo iré a buscar vuestro dinero.

Clarence abrió la puerta trasera de la camioneta y sacó el cubo de plástico que contenía los planos de supercavitación de Heiland. Después siguió a Pablo hasta el Kenworth y dejó el cubo en el asiento derecho. Pablo metió la mano detrás del asiento y le entregó al matón a sueldo un grueso sobre, que el grandullón desgarró por un lado dejando a la vista varios fajos de billetes de cien dólares.

—Pero qué buena pinta tiene esto... —Volvió a cerrar el sobre—. Bueno, si tienes la amabilidad de recoger tu regalo nosotros nos marchamos.

Pablo le miró perplejo. Clarence señaló la camioneta con el pulgar y le llevó a la parte trasera, donde le esperaba el otro hombre, sonriente.

Al mirar al interior, los ojos de Pablo brillaron de furia. En el suelo de la camioneta estaba Ann Bennett, encogida, atada y amordazada.

Su expresión era pura rabia. Cuando vio a Pablo, sin embargo, se quedó impactada al reconocerle. Si a alguien no esperaba ver en aquel sitio era al terrorista colombiano. Perdiendo de golpe todo su descaro, se acurrucó en el fondo de la camioneta.

Pablo se giró hacia Clarence.

—¿Qué hace aquí?

—Nos llamaron para que la recogiéramos —dijo Clarence—. Pero sin hacerle nada. Aquí la tienes.

Pablo metió la mano por debajo de la chaqueta, sacó una pistola Glock y apuntó hacia el interior de la camioneta.

—¡Oye, hermano, no te la cargues en la camioneta —dijo Clarence—, que es alquilada!

—Vale.

Pablo dio media vuelta y disparó a bocajarro en la cara de Clarence, muerto ya antes de caer de espaldas. El otro hombre se lanzó sobre él, pero el colombiano fue más rápido y, volviéndose, le disparó tres veces en el pecho. En su agonía, lo único que pudo hacer el matón fue aferrarse al cuello de la camisa de Pablo y hacerle caer de rodillas.

Ann chilló, pero una tira de cinta americana sofocó su grito. Después de mirarla unos momentos, Pablo se enfundó tranquilamente la Glock, introdujo los brazos en la camioneta, sacó a Ann y la arrojó a una paca sobrante de heno.

—Tampoco es plan de matarte aquí mismo.

Bajo la mirada aterrada de Ann subió los dos cadáveres en la parte trasera de la camioneta y cerró las puertas. Luego le lanzó a Ann el sobre de dinero, manchado de sangre.

—No te muevas —dijo.

Poco después sacó la camioneta del granero en una nube de polvo y heno, se detuvo a poca distancia y colocó con cuidado el vehículo en la posición deseada. A continuación bajó las ventanillas, sacó todas las llaves salvo la de contacto y buscó por las inmediaciones una piedra grande y plana. Al encontrar una la puso sobre el pedal del acelerador y apretó a fondo. Una vez fuera del vehículo, metió una mano por la ventanilla abierta y puso en marcha el motor. Antes de que pudieran subir mucho las revoluciones, metió la marcha y se apartó de un salto.

Las ruedas traseras giraron en el polvo. Después la camioneta salió lanzada por la carretera y al cabo de no más de quince metros se salió de ella y se metió por una pequeña zanja. El impulso la llevó al lado contrario, y a un pequeño terraplén desde el que se desplomó en el estanque.

Una oca solitaria se apartó con un graznido, enfadada por el muro de agua verde que había levantado la camioneta, que tras unos segundos se llenó de agua y desapareció en las profundidades sin dejar nada más que burbujas que se fueron disolviendo.

Pablo corrió hacia el granero sin esperar a que se hundiese. Al llegar recogió el sobre, lo arrojó a la cabina del camión y fue en busca de Ann, a quien cogió en brazos sin mediar palabra y depositó en un compartimento plano detrás de los asientos delanteros.

—Más vale que te pongas cómoda —dijo al arrancar y quitar el embrague—, tenemos por delante un largo viaje.

El helicóptero volaba a gran velocidad, a la altura de las copas de los árboles, y estuvo tan cerca de rozar los hangares que causó gran sorpresa entre los dignatarios sentados al borde de la pista. Era un aparato militar con un diseño de fuselaje en ángulos rectos y un revestimiento de material absorbente que lo volvía casi invisible para los radares. Un rotor primario especial de cinco palas, con dispositivo de cola a juego, reducía aún más la visibilidad aminorando de manera drástica el ruido que hacía el helicóptero. A un experto en aviación del *Jane's Defence Weekly* le habría bastado un simple vistazo para identificarlo como un Stealth Hawk, uno de los Black Hawks UH-80 muy modificados del ejército estadounidense, como el que habían usado en la operación de captura de Osama bin Laden. Sin embargo, aquel helicóptero era de fabricación enteramente china.

El aparato sobrevoló la base aérea de Yangcun, al sur de Pekín, e hizo varias pasadas antes de aterrizar. La multitud de generales y altos cargos de Defensa aplaudió en pie la demostración de la última proeza tecnológica de su país. La ovación enmudeció en el momento en que un alto cargo del partido subió a un podio y se embarcó en una cansina perorata sobre las grandezas chinas.

Edward Bolcke se inclinó hacia un hombre de ojos negros y redondos y uniforme plagado de medallas.

—Magnífico aparato, general Jintai.

—Sí que lo es, sí —dijo Jintai—. Y ni siquiera hemos necesitado su ayuda para construirlo.

Bolcke se tomó la pulla con una sonrisa. Después de la llamada de Pablo desde Maryland rebosaba confianza.

El público aguantó varios largos discursos antes de que lo condujeran en manada a un hangar abierto con bufet. Bolcke no se despegó del general, vicepresidente del Comité Militar Central chino, que se unió a otros mandamases del Ejército de Liberación Popular. Tras preguntarle a otro general por su nuevo apartamento de Hong Kong, Jintai volvió con Bolcke.

—Ya he cumplido con mis obligaciones de hospitalidad —le dijo al austríaco—. ¿Tenemos que hablar de negocios?

—Si no hay inconveniente... —repuso Bolcke.

—Muy bien, pues voy a buscar a nuestro jefe de espionaje y hablaremos en privado.

Jintai encontró entre el público a un hombre menudo y con gafas que se estaba bebiendo una cerveza Heineken. Tao Liang encabezaba una de las direcciones del Ministerio de Seguridad del Estado, el organismo que se ocupaba de los servicios de inteligencia y las actividades de contrainteligencia chinos. Estaba hablando con Zhou

Xing, el agente de Bayan Obo con rostro de campesino, que estudiaba con calma la reunión de dignatarios y que le advirtió con sutileza de que Jintai lo estaba buscando cuando este aún no había cruzado más de la mitad de la sala.

—Ah, Tao, estás aquí —dijo el general—. Ven, tenemos que valorar una propuesta de negocios de nuestro viejo amigo Edward Bolcke.

—Nuestro viejo amigo Edward Bolcke —repitió Tao con sorna—. Tengo curiosidad por conocer sus últimas propuestas.

Seguidos por Zhou, cruzaron el hangar hacia un pequeño despacho privado donde les habían preparado un mueble bar portátil y una fuente de *dim sum*. Jintai se sirvió un *whisky* y se sentó con los demás en una mesa de teca para reuniones.

—Señores, permítanme felicitarles por su último despliegue —dijo Bolcke—. Es un día admirable para los guardianes de China. A pequeña escala.

Esperó en silencio a que calara el insulto.

—Yo, no obstante, propondría que el día de mañana fuera toda una revolución en la defensa del país.

—¿Qué va a hacer, castrar para nosotros al ejército ruso y al americano? —dijo Jintai, y se rió entre dientes mientras se acababa el *whisky*.

—En cierto modo, sí.

—Usted es minero y ladrón de poca monta, Bolcke. ¿De qué está hablando?

Bolcke lanzó al general una mirada penetrante.

—Soy minero, sí; sé lo que valen minerales importantes como el oro, la plata... y las tierras raras.

—Nosotros somos muy conscientes del valor de los elementos de tierras raras —aseguró Tao—. Por eso manipulamos los precios usándole a usted de intermediario para hacer adquisiciones en el mercado libre.

—A nadie se le escapa que China tiene el cuasi monopolio de la producción de elementos de tierras raras —dijo Bolcke—, pero es un monopolio que ha sido puesto en peligro por la explotación de dos grandes minas fuera de este país. Hace poco los americanos reabrieron su mina de Mountain Pass, y la australiana de Mount Weld está en proceso de expansión.

Jintai sacó pecho.

—Siempre seremos dominantes.

—Puede ser, pero ya no controlarán el mercado.

Bolcke sacó entonces una foto grande de su maletín. Era una vista aérea de varios edificios incendiados en medio de un desierto, junto a una mina a cielo abierto.

—Esto de aquí es lo que queda del complejo americano de Mountain Pass —dijo—. La semana pasada sus instalaciones de procesamiento fueron destruidas por un incendio, y en los próximos dos años no podrán producir un solo gramo de elementos de tierras raras.

—¿Y usted sabe algo del incendio? —preguntó Tao.

Bolcke le miró en silencio, con una sonrisa de suficiencia dibujada en sus labios. Después colocó sobre la mesa una nueva fotografía de otra mina a cielo abierto en un entorno desértico.

—Esto es la mina de Mount Weld, en el oeste de Australia. Pertenece a la Hobart Mining Company, de la que hace poco me he convertido en accionista minoritario.

—Tengo entendido que los australianos han interrumpido temporalmente la producción para modernizar las instalaciones —dijo Tao.

—Está usted en lo cierto.

—Todo esto es muy interesante —atajó Jintai—, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

Bolcke respiró hondo y miró al general, apuntándole con la nariz.

—Tiene que ver con dos acciones que están ustedes a punto de emprender. En primer lugar, aportarán quinientos millones de dólares que me permitirán adquirir íntegramente la mina australiana de Mount Weld; y en segundo lugar, prohibirán de inmediato las exportaciones chinas de tierras raras.

Se hizo un silencio en la sala, que rompió Jintai con una risa.

—¿Desea algo más? —dijo levantándose para ir a buscar otro *whisky*—. ¿El puesto de jefe ejecutivo de Hong Kong, por ejemplo?

Tao se quedó mirando a Bolcke, intrigado.

—Explíquenos por qué haremos ambas cosas.

—Por economía y por seguridad —dijo Bolcke—. Juntos podemos controlar todo el mercado de elementos de tierras raras. Ya conoce usted mi papel de intermediario en gran parte de la producción mundial restante, salida de países como India, Brasil y Sudáfrica, y que yo les vendo a ustedes, inflando así los precios. Me sería muy fácil contratar la entrega a largo plazo de todas esas fuentes antes de que anuncien ustedes el freno a las exportaciones. Así se paralizaría el suministro. En cuanto a Mount Weld, si me costean ustedes la compra se lo devolveré en minerales que podrán revender sin que se note a una serie de socios comerciales escogidos, con lo que obtendrán, si así lo desean, unos beneficios astronómicos. Con los americanos fuera de juego, China controlará prácticamente toda la producción mundial de tierras raras.

—Ya controlamos el grueso del mercado —dijo Jintai.

—Es verdad, pero pueden controlarlo todo. El incendio de Mountain Pass no fue ningún accidente. Tampoco Mount Weld ha suspendido de golpe sus actividades por voluntad propia. Todo es debido a mi influencia.

—Se le ha tenido a usted en gran estima como socio comercial, tanto en lo que se refiere a minerales como a tecnología de defensa americana —comentó Tao—. Bueno... Entonces se trata de subir los precios y de que a la larga nos beneficiemos de la venta de los minerales...

—No —dijo Bolcke—, pueden hacer algo mejor. Controlando todo el mercado pueden obligar a todas las empresas del mundo que usan elementos de tierras raras a dejar en manos chinas la fabricación y la tecnología. Tendrán ustedes hasta el último teléfono inteligente, o portátil, o turbina eólica, o satélite espacial. Y la clave es la tecnología. Hoy en día, prácticamente todos los últimos avances recurren a los elementos de tierras raras, lo que les situará en posición dominante en lo que respecta a los futuros adelantos en productos de consumo, pero sobre todo en armamento.

Miró fijamente a Jintai.

—¿No preferiría que creasen ustedes mismos el helicóptero de ataque más avanzado, en vez de copiar el de otros?

El general se limitó a asentir.

—En vez de ir siempre a la zaga de la tecnología occidental, será China la que marque el camino. Controlando por completo el suministro de tierras raras paralizarán ustedes de inmediato un altísimo número de avances militares occidentales. Las nuevas generaciones de misiles, láseres, radares y hasta sistemas de propulsión naval de Estados Unidos emplean elementos de tierras raras. Al cortar el suministro podrán eliminar ustedes la brecha tecnológica. Ya no será China la que copie las tecnologías defensivas de Occidente, sino Occidente el que les copie a ustedes. —Bolcke recogió las fotos sin inmutarse y se las guardó en el maletín—. Repito que es cuestión de economía y de seguridad. Ambas cosas van unidas, y ustedes pueden dominar el mundo en uno y otro ámbito.

Los comentarios tocaron la fibra sensible de Jintai, que siempre se lamentaba de la inferioridad de las armas desarrolladas por el Ejército de Liberación Popular.

—Quizá sea el momento de actuar —le dijo a Tao.

—Quizá —respondió éste—, pero ¿no nos metería en líos con nuestros socios comerciales occidentales?

—No digo que no —contestó Bolcke—, pero en el fondo ¿qué podrían hacer? Si quieren mantener sus maltrechas economías no tendrán más remedio que colaborar con ustedes y compartir sus descubrimientos.

El jefe de espionaje encendió tranquilamente un cigarrillo con un mechero caro.

—¿Y usted en qué se beneficiaría, señor Bolcke?

—Sus medidas incrementarán el rendimiento de mis negocios de mediación minera. También confío en que me permitan vender una parte de la producción de Mount Weld a socios comerciales amistosos, con buenos beneficios.

No dijo nada sobre su intención de usar la mina para abastecer al mercado negro de elementos de tierras raras, ni de que podía adquirir la propiedad por doscientos millones de dólares menos de lo que pedía.

Tao asintió con la cabeza.

—Se lo plantaremos al politburó como prioridad urgente —prometió.

—Gracias. Como albergo la esperanza de llegar a un desenlace beneficioso para todos, tengo algo más que ofrecerles. Previamente ya he tenido la ocasión de facilitarles una serie de tecnologías militares a través de mi empresa de seguridad en Estados Unidos, cosa que ustedes me han recompensado generosamente.

—Sí —dijo Jintai—. El dispositivo antidisturbios ya lo hemos usado para contener diversos tumultos en las provincias occidentales.

—Yo mismo he instalado unidades en dos de mis barcos, modificadas para adquirir niveles espectaculares de letalidad. Si les interesa estaré encantado de darles a conocer dichas modificaciones, aunque es una tecnología irrelevante en comparación con lo que puedo ofrecerles ahora.

Puso otras dos fotos en la mesa.

—Esto es un dibujo del *Flecha de los mares*. —Señaló la primera—. El *Flecha de los mares* será el submarino invisible más avanzado del mundo.

Jintao puso cara de curiosidad. Tao asintió en señal de reconocimiento.

—El *Flecha de los mares* alcanzará velocidades elevadísimas gracias a una compleja unidad de propulsión unida a un sistema de supercavitación. —Bolcke señaló la segunda imagen—. Con él, la flota subacuática de las fuerzas navales estadounidenses se adelantará varias generaciones a la suya.

Jintai se sonrojó.

—Siempre vamos tres pasos por detrás.

—Esta vez no —dijo Bolcke con una sonrisa de tiburón—. Hace menos de una hora que ha llegado a mi poder el generador inicial que debía instalarse la semana que viene en el *Flecha de los mares*. En estos momentos, además, dispongo de la única copia existente de los planos y dibujos del sistema de supercavitación del submarino. —Bolcke se inclinó sobre la mesa, ufano—. Los americanos solo podrían duplicar el generador con elementos de tierras raras. Y sin los planos de la supercavitación, su submarino no sirve de nada.

Los mandatarios chinos se esforzaron por disimular su entusiasmo.

—¿Está usted dispuesto a compartir con nosotros ambas cosas? —preguntó Tao fingiendo indiferencia.

—Por lo que me han dicho mis fuentes, los americanos se han gastado en secreto más de mil millones de dólares en los preparativos del *Flecha de los mares*. Si llegamos a un acuerdo sobre los otros puntos que he expuesto, tendré sumo gusto en venderles el motor y los planos por cincuenta millones de dólares más.

Tao no pestañeó.

—¿Cuándo podría entregarlos?

—El motor y los planos llegarán en barco a Panamá dentro de cinco días. No tendría ningún reparo en que la transacción se efectuase allí mismo.

—Es una propuesta atractiva —dijo Tao—. La estudiaremos como se merece.

—Estupendo. —Bolcke recogió las fotos y echó un vistazo a su reloj—. Lo siento, pero debo tomar un vuelo a Sidney; he entablado conversaciones preliminares para la adquisición de Mount Weld, de modo que estaré esperando ansiosamente su respuesta.

—Actuaremos lo más deprisa que podamos —dijo Jintai.

El general llamó a un ayudante, que acompañó a Bolcke a la salida tras los apretones de manos de rigor. Después Jintai se sirvió un *whisky* y le ofreció otro a Tao.

—Bueno, Tao, nuestro amigo austríaco ha estado de lo más convincente. La fuerza actual de nuestra economía nos permite dominar el mercado. Y ¿por qué no intentar el salto tecnológico que garantizaría nuestra seguridad durante todo el siglo que viene?

—Podría haber repercusiones económicas que no fueran del agrado del secretario general —dijo Tao—, pero estoy de acuerdo en que vale la pena arriesgarse.

—¿Le harán dudar el préstamo y los pagos en efectivo?

—Cuando le explique el valor de la tecnología del *Flecha de los mares*, no. Nuestros agentes han estado intentando hacer averiguaciones sobre el programa, pero siempre han vuelto con las manos vacías. Lo que no pongo en duda es la valoración del gasto que ha hecho Bolcke. Es más, quizá subestime los costes. —Se quedó mirando su vaso de *whisky*—. Tenemos que hacer todo lo necesario para conseguirlo.

Jintai sonrió.

—Hecho, pues. Apoyaremos juntos la propuesta ante el secretario general.

—De todos modos, tenemos un problema con nuestro amigo austríaco. —Tao se giró hacia Zhou, que no había dicho nada en toda la reunión—. Por favor, cuéntale al general lo que has averiguado.

Zhou carraspeó.

—General, me asignaron la misión de investigar robos de elementos de tierras raras en nuestra principal instalación minera de Bayan Obo. Lo que he encontrado ha sido un círculo de delincuencia organizada que trituraba mena de forma sistemática y la transportaba a Tianjin. He seguido una de esas remesas ilegales, que se cargó en un barco cuyo nombre era *Graz*.

Hizo una pausa y miró a Tao, buscando su permiso para continuar.

—¿Debería decirme algo ese nombre? —preguntó Jintai.

—El *Graz* —dijo Tao— pertenece a la naviera de Bolcke.

—¿Bolcke está orquestando el robo de nuestras propias tierras raras?

—Sí —respondió Tao—. Hace unos años vino a la mina como asesor, lo cual le permitió poner los robos en marcha. Pero aún hay algo peor.

Hizo una señal con la cabeza a Zhou.

—He examinado varios registros portuarios para seguir la ruta del carguero —

explicó este último—. Desde Tianjin zarpó para Shangai, y después a Hong Kong, donde descargó treinta toneladas métricas de bastnasita compradas en el mercado libre por el Ministerio de Comercio. El mediador de la compra fue la empresa de Bolcke, Habsburg Industries.

—¿Bolcke nos está vendiendo nuestras propias tierras raras?

Jintai estuvo a punto de saltar de la silla.

Zhou asintió con la cabeza.

—¡Cerdo avaricioso! —Jintai recuperó el aliento y se volvió hacia Tao—. Y ahora ¿qué hacemos?

Tao apagó con cuidado el cigarrillo en un cenicero y le miró a los ojos.

—Hay que conseguir la tecnología americana a toda costa. Mandaremos a Zhou a Panamá para su adquisición.

—¿Y las tierras raras? ¿Procedemos a prohibir las exportaciones y a costear la adquisición de la mina?

—El decreto contra las exportaciones lo promoveremos. En cuanto a la aportación para la mina... —Su rostro curtido se tiñó de malicia—. Lo arreglaremos todo para que el señor Bolcke reciba una contraprestación que produzca los mismos efectos.

En un aire en el que se mezclaban flores de plumería con un vago aroma a combustible de aviación, Pitt y Giordino salieron de la terminal del aeropuerto internacional de Honolulu. El sol y la brisa tropical se llevaron como por ensalmo el cansancio acumulado en veinticuatro horas de vuelo desde Washington. Giordino paró un taxi, al que subieron para el corto trayecto hasta Pearl Harbor.

Las calles bordeadas de palmeras despertaron un sinfín de recuerdos en Pitt, que en sus primeros años en la NUMA había pasado bastante tiempo en las islas hawaianas. Allí se había enamorado de una mujer esplendorosa llamada Summer Moran; y aunque hubieran pasado varias décadas desde la última vez que la había visto con vida, su rostro fino y sus ojos luminosos se mantenían tan nítidos en su memoria como el propio cielo. La difunta madre de sus dos hijos adultos estaba enterrada al otro lado de la isla, en un bonito cementerio con vistas al mar.

Despejó su mente de recuerdos al llegar a la entrada de la base naval. En la recepción de visitantes los esperaba un joven alférez que tuvo la amabilidad de cargar su equipaje en un jeep y que, después de conducir por los muelles, frenó al lado de un barco de flancos altos y rectos, dotado de una superestructura fina y redondeada que parecía cortada con un cuchillo muy afilado.

—¿Qué es? —preguntó Giordino—. ¿Algún tipo de ferry para coches con esteroides?

—Casi aciertas —respondió Pitt—. El diseño del *Fortitude* se basa en un ferry para coches ultrarrápido que construyó una compañía australiana.

—¿Casco de catamarán? —dijo Giordino al fijarse en que la proa redondeada del barco se aguantaba en dos cascos verticales.

—Sí, de aluminio. El *Fortitude* se propulsa por chorro de agua. Forma parte del Comando Militar de Rescate y está diseñado para el transporte rápido de tropas y de material. La marina está construyendo una pequeña flota de barcos como éste.

Mientras sacaban su equipaje del jeep, se les acercó un hombre de cara chupada, en uniforme de faena.

—¿El señor Pitt?

—Sí, soy yo.

—Teniente Aaron Plugrad, de Seguridad Marítima de la Guarda Costera. —Tendió la mano y dio un férreo apretón a la de Pitt—. Mis hombres ya están a bordo del *Fortitude*. Me han dicho que podemos zarpar cuando queramos.

—¿De cuántos hombres se compone su equipo, teniente?

—Dirijo un escuadrón de ocho hombres formados para la lucha contra operaciones piratas. Si se produce algún intento de secuestro lo detendremos.

Plugrad y sus hombres pertenecían a un comando poco conocido, el Grupo de

Operaciones Desplegable de la Guardia Costera. Se trataba básicamente de un grupo de operaciones especiales en el mar, formado en contraterrorismo, abordajes de alto riesgo y detección de explosivos.

—Una pregunta, señor —dijo Plugrad—. Hemos recibido una caja de la NUMA que contiene una docena de trajes Hazmat de alta gama. La hemos subido directamente al barco.

—Son para sus hombres —explicó Pitt—. Cerciórese de que haya uno por cabeza cuando subamos al *Adelaide*. Tenemos la teoría de que en el posible asalto podría usarse un sistema potenciado de microondas similar a los que ha desarrollado el ejército como dispositivo antidisturbios.

—Sí, conozco el sistema —dijo Plugrad—. Tomaremos las precauciones necesarias.

Pitt y Giordino subieron a la elegante embarcación, donde les recibió el capitán del *Fortitude*, un comandante de la marina con canas prematuras que se llamaba Jarrett y que condujo a los hombres de la NUMA hasta el puente, donde les mostró el itinerario propuesto en un monitor de navegación.

—Prevemos el encuentro con el *Adelaide* aquí —dijo poniendo el dedo en una zona vacía del mar, al sudeste del archipiélago hawaiano—. Queda a unas mil cien millas de la isla de Oahu. Nos centraremos en el rumbo del *Adelaide* cuando estemos más cerca, pero en principio deberíamos darle alcance en menos de veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —Giordino movió la cabeza—. ¿Qué pasa, que en esto hay motores a reacción?

—No, solo cuatro diésel turbocargados. Si tenemos un buen día podemos acercarnos a los cuarenta y cinco nudos. Teniendo en cuenta que no vamos muy cargados, deberíamos poder navegar en torno a esa velocidad.

—¿Para qué volar si te pierdes el encanto de la brisa marina? —sentenció Giordino.

—El *Fortitude* está diseñado para eso. Podemos trasladar un batallón de un lado al otro del Atlántico en dos días. —Jarrett miró un cronógrafo que tenía cerca—. Si no tienen inconveniente, señores, zarparemos ya.

Los motores diésel del *Fortitude* retumbaron al ponerse en marcha. Se lanzaron las amarras, y el barco, de ciento tres metros, cruzó la estrecha entrada de Pearl Harbor y puso rumbo hacia el sudeste. No tomó velocidad hasta haber dejado atrás Waikiki y las escarpadas laderas de Diamond Head. La embarcación cuadrada aceleró deprisa sobre sus afilados cascos de catamarán. Como el mar estaba en calma, Jarrett pudo forzar los motores casi al máximo. Pitt quedó admirado al observar el monitor de navegación y ver que el barco superaba sin problemas los cuarenta nudos.

En pocas horas desaparecieron en el horizonte de popa las últimas islas de Hawái.

Ya surcaban una zona vacía del Pacífico. Pitt y Giordino se unieron a Plugrad y sus hombres en cubierta e intercambiaron ideas sobre lo que podrían encontrar, a la vez que repasaban las medidas defensivas de abordaje. Después de cenar en el enorme comedor, se fueron a acostar.

Por la mañana, mientras exploraba la bodega con Giordino, Pitt detectó que los motores del *Fortitude* perdían velocidad. Subieron al puente y desde allí vieron el *Adelaide*, aproximadamente a una milla de la proa.

Era un granelero de ciento ochenta metros de eslora, con el casco verde bosque y la superestructura dorada. Aparte de tener manchas negras en la chimenea y el escobén oxidado (señales ambas de que no era precisamente un barco nuevo), se veía cuidado. Surcaba las aguas muy hundido, con las cinco bodegas llenas hasta las escotillas superiores.

—El capitán ha acusado recibo de nuestra llegada y está preparado para que suban ustedes a bordo —informó Jarrett.

—Gracias por traernos tan deprisa, capitán —dijo Pitt—. Tiene usted un barco que es una joya.

—¿Seguro que no se pueden quedar? —le preguntó Giordino a Jarrett—. Si el *Adelaide* lleva carga seca, quizá les necesite para la cerveza.

—Lo siento, pero dentro de treinta y seis horas tenemos que haber vuelto. —Jarrett les estrechó la mano a los dos—. He mandado que les preparen nuestra lancha. Suerte, y buen viaje.

Cuando Pitt y Giordino llegaron a cubierta, Plugrad ya había reunido a su contingente de la Guardia Costera. Subieron a una lancha con techo cuyo piloto los llevó al carguero. Por el lado del *Adelaide* habían bajado una escalerilla. Los hombres de Plugrad saltaron a la plataforma y subieron corriendo, como si no acusaran el peso de sus armas ni de sus mochilas de casi treinta kilos. Pitt se despidió del piloto con la mano y siguió a Giordino escaleras arriba.

En cubierta los recibieron dos tripulantes de gesto serio, vestidos con monos que no eran de su talla y botas negras.

—Los camarotes los tienen allí —dijo uno de los dos haciendo gestos hacia la superestructura de popa—. El capitán se reunirá con ustedes en el comedor dentro de veinte minutos.

Los dos marineros los llevaron a popa, mientras los motores del *Adelaide* aumentaban con estruendo sus revoluciones y el gran buque recuperaba su velocidad. De camino a sus camarotes, situados en el segundo nivel de la superestructura, Giordino se volvió hacia el *Fortitude*, que se alejaba hacia el nordeste, y de repente tuvo sed de cerveza.

El capitán del *Adelaide* no respondió en nada a las expectativas de Pitt: lejos del severo veterano que solía gobernar los grandes navíos comerciales, era un joven escuálido y de ojos inquietos que, al llegar al comedor, observó con cierta frialdad a Pitt, Giordino y Plugrad antes de darles la mano y sentarse con ellos.

—Me llamo Gómez. Me han dicho que prevén ustedes una tentativa de secuestro. No parecía muy preocupado por la noticia.

—Hemos descubierto patrones comunes entre varios ataques en el Pacífico —explicó Pitt—. Todos los barcos llevaban elementos de tierras raras, como su carguero.

—Debe de estar usted mal informado —dijo Gómez—. Este barco lleva mena de manganeso.

—¿Manganeso? —preguntó Giordino—. ¿No cargaron toda una remesa de monacita en Perth?

—Zarpamos de Perth, sí, pero nuestro cargamento es manganeso.

—No es lo que nos han dicho en la sede de su compañía —dijo Pitt.

Gómez negó con la cabeza.

—Pues se han equivocado. Habrán confundido el manifiesto electrónico con el de algún otro barco de la empresa. Son cosas que pasan. Voy a llamar al barco que los ha traído para que los recoja.

—No será posible —dijo Pitt—. El *Fortitude* tiene un programa que cumplir.

—Además —añadió Giordino—, podríamos no ser los únicos mal informados.

—Exacto —convino Plugrad—. No me gustaría sacar de aquí a mis hombres y enterarme más tarde de que ha habido problemas. Se nos ha pedido que nos quedemos a bordo hasta que lleguen a Long Beach, así que nos ajustaremos al plan.

—Muy bien —dijo Gómez con irritación—. Por favor, quédense en la cubierta principal y en los camarotes del segundo nivel.

—Al y yo nos turnaremos en el puente y haremos de enlace con el teniente si nos encontramos con algún otro barco.

Gómez asintió al advertir la determinación con la que hablaba Pitt.

—Como quiera, pero no se permitirá la presencia de hombres armados en cubierta. —Se levantó de la mesa—. Tengo que seguir con mis obligaciones. Bienvenidos al barco. Confío en que disfruten de un viaje tranquilo y de rutina.

Cuando se quedaron solos, Giordino miró a Pitt y Plugrad y movió la cabeza.

—Chúpate esa. No hay tierras raras y nos pasaremos el resto del viaje con un capitán que es un criajo cascarrabias.

—Ahora ya no hay remedio —dijo Pitt—. Y si nos hemos equivocado, tampoco puede decirse que la tranquilidad y la rutina sean los peores desenlaces posibles.

En realidad, el radar de Pitt estaba en alerta máxima desde que había puesto el pie en el *Adelaide*. Algo no cuadraba en la tripulación, ni en el capitán. Había estado en bastantes barcos mercantes para saber que las tripulaciones, y sus actitudes, podían ser muy variopintas, y que en sí no tenía nada de raro ser acogido con mordacidad, pero aquellas circunstancias convertían el caso en peculiar. Ante un peligro que podía ser mortal, los hombres del barco tendrían que haberse alegrado de que se les protegiera o, como mínimo, sentir curiosidad, pero no: al instalarse en el barco, Pitt y sus hombres estaban siendo tratados como un simple engorro. Parecía que los marineros vigilasen todos sus movimientos y se negaban a entablar hasta la conversación más banal.

Cuando Pitt y Giordino estaban en el puente se les ignoraba por completo, y sus peticiones de información caían en oídos sordos. Gómez apenas reaccionaba a su presencia; se negaba incluso a cenar con Pitt, y cuando no estaba de guardia se quedaba recluido en su camarote.

Era la segunda noche a bordo. Pitt se paseaba por el puente sin que le hicieran caso, como siempre. Poco después de medianoche, la hora del cambio de turno, llegó un marinero que se aproximó al capitán y le dijo algo en voz baja, entre miradas a Pitt.

Éste se fijó en la pantalla del radar y vio a proa la imagen de un barco con un rumbo similar al de ellos. Se acercó a la pantalla para ver su número de AIS. El Automatic Identification System, un programa basado en información por satélite que debían cumplir todos los buques comerciales de más de trescientas toneladas, facilitaba datos sobre la velocidad, el rumbo y la identidad de cualquier barco de esas características que estuviera navegando en alta mar. Pues bien, el AIS del barco del radar brillaba por su ausencia.

—No tiene conectado el AIS —le dijo a Gómez—. Yendo por donde vamos, parece un poco sospechoso.

—A veces se pierde la señal —replicó Gómez—. También podría ser un barco militar. No significa nada.

El capitán se acercó al timonel, le susurró unas palabras al oído y se fue al otro lado del puente. Pitt siguió la velocidad y el rumbo del *Adelaide* sin hacerle caso. No le sorprendió que el barco misterioso aminorase uno o dos nudos su velocidad hasta desaparecer de la pantalla del radar.

Transcurrieron cuarenta minutos de tenso silencio hasta que Giordino llegó al puente para relevarle.

—¿Qué, cómo de plácido está el mar esta noche?

—Con olas de histeria.

Antes de irse, Pitt le contó en voz baja el encuentro con el barco. Llegó otro timonel que relevó al de guardia, aunque Gómez se quedó. Justo cuando se disponía a

abandonar el puente, Pitt miró otra vez la pantalla del radar y algo le llamó la atención. Vaciló al examinar los números. Era el rumbo: el barco había cambiado bruscamente de una trayectoria este-nordeste a otra este-sudeste.

—¿Por qué vamos hacia el sudeste? —preguntó.

—En esta latitud hay mucha corriente de proa —dijo Gómez—. Nos situaremos por debajo uno o dos días para no perder velocidad, y luego ajustaremos otra vez el rumbo hacia Long Beach.

Que Pitt recordase, la corriente ecuatorial del norte circulaba bastante más al sur de donde estaban. Aun así, no discutió. Se volvió y miró a Giordino con escepticismo.

—Bueno, pues nada, me voy a dormir. Nos vemos en el siguiente turno.

Al final bajó del puente por la escalerilla, pero, en vez de detenerse en el segundo nivel, el de su camarote, siguió hasta la cubierta principal para respirar aire fresco. Al llegar se topó con Plugrad, que subía corriendo por la escalerilla. El teniente de la Guardia Costera parecía agitado.

—Se levanta muy temprano —dijo Pitt.

—Estoy buscando a dos de mis hombres que no se han presentado al turno que les tocaba. ¿No los ha visto en el puente?

—No. Le aconsejo que mire en el comedor. Lo más probable es que hayan ido a tomar café para no dormirse.

Plugrad se lo agradeció entre dientes y se fue al comedor, pisando fuerte.

Al salir a la cubierta Pitt se encontró con una noche fresca y un relente que rizaba el agua en la banda de babor. Después de varias horas en el clima hostil del puente, el aire le calmó. Desperezó las piernas con una caminata por la larga cubierta sin techar y, al llegar a la proa, se paró a echar un vistazo por la borda. En el horizonte brilló una luz fugaz que reapareció en el momento en que las olas elevaron el *Adelaide*. Ahí seguía el barco misterioso, justo enfrente, donde casi no alcanzaban la vista ni el radar.

Varios minutos de observación reafirmaron a Pitt en la idea de que el otro barco no se movía de su sitio. Reanudó su paseo y fue hacia la caseta de cubierta. Al pasar al lado de la bodega de proa, vio escombros en el suelo y se paró. Cerca de la escotilla se había derramado manganeso durante la carga. Cogió un trozo del tamaño de un puño y lo expuso a la luz más cercana. Era un mineral plateado, de aspecto idéntico a la monacita encontrada en Chile a bordo del *Tasmanian Star*.

Gómez mentía sobre el manganeso. Pero ¿por qué? Y ¿por qué era tan extraña la actitud de sus hombres? ¿Y qué decir del barco que les precedía? De pronto tuvo una punzada de inquietud.

Plugrad. Tenía que avisar a Plugrad.

Fue hacia la popa, pero se detuvo al ver siluetas que salían de la caseta de

cubierta. Agazapado tras la tapa de escotilla más cercana, vio a dos hombres que arrastraban a otro. Al cruzar la cubierta en sentido lateral, pasaron por debajo de una luz muy potente, y por espacio de un segundo Pitt vio que los dos en pie eran tripulantes armados del barco. El cuerpo inerte que arrastraban era el de Plugrad, en cuya frente brillaba una mancha de sangre.

Le llevaron al lado de babor de la caseta y le metieron por una puerta cerrada con llave. Al perderlos de vista, Pitt cruzó la cubierta y corrió hacia la popa hasta llegar al lado opuesto de la superestructura. Después subió corriendo por la escalerilla hasta el segundo nivel y se apresuró a llegar a los cuatro camarotes que hospedaban al destacamento de la Guardia Costera.

Llamó a la primera puerta y la abrió de golpe, pero no encontró a nadie. Al hallar vacío el segundo camarote empezó a temerse lo peor. También el tercero y cuarto estaban vacíos. Todo el destacamento de la Guardia Costera había sido neutralizado con sigilo. Justo cuando salía del cuarto camarote, oyó susurros en el pasadizo que le hicieron esconderse detrás de la puerta, sin cerrarla.

A través del resquicio vio deslizarse a dos hombres armados por el corredor y detenerse ante su puerta, la de Pitt. Prepararon sus armas. Después uno giró el pomo, e irrumpieron en el camarote. Al encontrárselo vacío volvieron al pasillo, mientras hablaban en voz baja en español. Uno de los dos salió corriendo hacia la escalerilla. Su compañero se acercó más despacio a la otra punta del pasillo y entró con cautela en el camarote de Giordino. Tampoco allí había nadie, así que volvió sobre sus pasos, asomándose a los otros camarotes.

Al ver que se acercaba a su escondite, Pitt contuvo la respiración. El hombre asomó el cañón de un rifle de asalto por la puerta y dio un paso en el camarote. Pitt esperó un segundo antes de salir de donde se escondía y empujar la puerta con todas sus fuerzas, aplastándole contra el mamparo. Después le golpeó un lado de la cabeza con el mineral que aún tenía en la mano. El marinero se quedó inconsciente, sin haber tenido tiempo de encontrar el gatillo de su arma.

Pitt le arrastró al interior del camarote y permaneció a la escucha por si oía a su compañero, pero al no percibir nada cogió el AK-47 y salió al pasillo, cerrando la puerta. Justo cuando había llegado a la escalera y se disponía a bajar y liberar a Plugrad, oyó un disparo.

Parecía venir de arriba. Si habían disparado en el puente solo podía querer decir una cosa: Giordino.

Dio marcha atrás y corrió por la escalera haciendo el menor ruido posible. Se detuvo en el puente y se asomó a la puerta. Las luces para la navegación nocturna se habían atenuado, y solo se veían brillar algunos monitores. Aunque le obstruyera la vista una consola, todo parecía en calma. Quizá el disparo había tenido alguna otra procedencia. Solo vio al timonel, así que entró en silencio.

—Señor Pitt —le interpeló la voz de Gómez—, ya me imaginaba que vendría a buscar a su amigo.

El capitán, que había estado en cuclillas, se levantó con el brazo extendido y una pistola firmemente sujeta en la mano; una pistola, sin embargo, que no apuntaba a Pitt, sino hacia el suelo. Al dar un paso más, Pitt vio que Gómez tenía encañonado a Giordino, que estaba en el suelo, cogiéndose una pierna.

—Deje su arma en el suelo o morirán los dos —dijo Gómez.

Pitt vio moverse algo con el rabillo del ojo. El primer hombre armado había aparecido detrás de otra consola y le apuntaba por la espalda con su AK-47.

Los ojos de Pitt brillaron de furia al mirar a su amigo herido, y luego a Gómez. Dejó caer el arma a la cubierta sin articular ni una palabra.

El presidente hizo rodar entre el pulgar y el índice un puro apagado.

—¿Por qué? —preguntó con tono de irritación—. ¿Qué sentido tiene que los chinos interrumpan de golpe todas las exportaciones de elementos de tierras raras?

Un silencio incómodo llenó el Despacho Oval.

—Lo único que se me ocurre es que lo hagan para presionar —dijo el secretario de Estado—, para usarlo como moneda de cambio y neutralizar nuestras presiones contra su apoyo al comercio con Irán, o contra su negativa a flotar el yuan.

—¿Te lo han dicho ellos?

—No, el Ministerio de Asuntos Exteriores solo ha indicado que es por «necesidad estratégica».

—Sí, claro —intervino el vicepresidente Sandecker—, la necesidad de torpedear nuestra economía.

Aficionado como era también a los puros, miró con envidia el del presidente.

—Es un movimiento muy atrevido —dijo el secretario de Estado—. Lo previsible, a mi entender, hubiera sido que insinuasen algún tipo de negociación sobre el tema, pero los chinos no sueltan prenda.

El presidente se giró hacia su asesora de Seguridad Nacional, una tal Dietrich, de cabello muy oscuro.

—¿Cuánto nos perjudicará?

—Casi todas nuestras importaciones de tierras raras vienen de China —dijo ella—. Comercialmente arrasará más de un sector, en especial la electrónica y las energías alternativas. Afectará prácticamente a todos los sectores de alta tecnología del país.

—¿Solo subirán los precios o pasará algo más? —preguntó Tom Cerny.

—Que se disparen los precios será solo el primer impacto. Mientras no se puedan encontrar alternativas habrá escasez en los productos, o simplemente no podrán conseguirse. Pase lo que pase, desaparecerá la demanda, y con ella muchos trabajos. No es impensable que provoque una grave recesión.

—¿Alguna otra fuente de tierras raras? —preguntó el presidente—. Sé que tenemos una mina en California. Decidme que no lo copan todo los chinos.

—La mina de Mountain Pass llevaba pocos años en funcionamiento, y estaba empezando a intensificar su producción —dijo Dietrich—, pero hace poco un incendio destruyó el complejo de extracción, y ahora la mina está cerrada a todos los efectos por un período indeterminado que probablemente sea de dos años. Era nuestra única fuente interna.

—¿Alguien ha investigado la causa del incendio? —preguntó Sandecker.

—Se consideraba accidental, pero ahora los dueños han llamado al FBI para

averiguar si pudo ser intencionado.

—¿Y otras fuentes extranjeras de tierras raras? —preguntó el presidente.

—Bueno, la verdad es que hay una pequeña parte de nuestras importaciones que no procede de China —dijo Dietrich—. El principal refuerzo venía siendo Australia, con otras cantidades más pequeñas de Rusia, India y Malasia, pero siento decirle que también en este caso hay un problema: el principal productor australiano ha anunciado el cierre temporal de la mina para someterla a un programa de expansión.

El presidente aplastó el puro en un cenicero.

—¿O sea, que no nos queda otra que poner al mal tiempo buena cara mientras se frena nuestra economía?

Dietrich asintió, cariacontecida.

—Me temo que controlamos poco o nada la situación del suministro.

—Y eso solo es la mitad —añadió Sandecker—. La escasez supone un golpe bastante duro a varias de nuestras tecnologías claves de defensa.

—El vicepresidente tiene razón —afirmó Dietrich.

—¿En qué nos afecta? —preguntó el presidente.

—La marina sale francamente mal parada —dijo ella—. El sistema de propulsión del destructor de clase Zumwalt y del nuevo crucero furtivo depende mucho de los elementos de tierras raras; esos programas, por lo tanto, se pararán de golpe. Estoy esperando un informe de las fuerzas aéreas, pero me han dicho que el impacto en los programas del nuevo caza internacional y de varios satélites será considerable.

—Estamos hablando de programas con presupuestos de miles de millones de dólares —precisó Cerny.

—A mí me da que los chinos se podrían estar aprovechando de su monopolio para ponerse al día en el aspecto militar —dijo el presidente.

Todas las cabezas de la sala asintieron.

—¿Y si les decimos que su prohibición de las exportaciones es inaceptable?

El secretario de Estado se movió inquieto en su silla.

—Dudo que piquen el anzuelo, señor. Probablemente la cúpula china no se tomará nada bien las amenazas. Si entramos en una guerra comercial seremos los que más pierdan; y si dejan de comprarnos nuestra deuda, los problemas aún serían peores.

—O sea, que nos enfrentamos a un bajón económico cuando menos podemos permitirnoslo —concluyó el presidente—. Encima sacrificamos nuestra capacidad militar retrasando la siguiente clase de destructores, cazas y satélites espía.

—Aún hay otra víctima —dijo Sandecker. Se acercó al presidente y susurró—: El *Flecha de los mares*.

El presidente asintió con la cabeza.

—Claro.

Fue a su mesa y estuvo varios minutos mirando por los ventanales. Cuando regresó con los demás su voz sonó débil, derrotada.

—Enteraos de qué quieren los chinos —dijo— y dádselo.

El robo del motor del *Flecha de los mares* provocó la puesta en marcha inmediata de una operación de búsqueda por todo el país. Rápidamente se organizaron controles de carretera en todas las vías principales de salida de Washington, tanto hacia el norte como hacia el sur. El FBI envió brigadas a todos los aeropuertos de la zona y todos los puertos de la costa Este, desde donde los analistas suponían que el motor saldría de contrabando. Hasta se pidieron refuerzos en los pasos fronterizos del nordeste a Canadá.

El motor robado, sin embargo, no apareció en ninguno de esos sitios. Se lo habían llevado por carretera hacia el oeste, lejos de los grandes puertos y aeropuertos. Y así fue como, después de cruzar las extensiones rurales de los Apalaches, con el motor oculto en la parte trasera de un camión lleno de paja, Pablo entró en Lexington, Kentucky, donde redujo la velocidad y no bajó la guardia, por si pasaba algún coche de policía.

Ann estaba al fondo de la cabina, con una muñeca esposada al armazón del asiento. Era un banco estrecho en el que podía recostarse un poco, pero que la obligaba a adoptar una torsión incómoda para asomarse por la ventanilla. Viajaban en silencio. Al ver que Pablo se hacía el sordo a su alud inicial de preguntas incisivas, Ann había decidido no malgastar sus fuerzas. Un esfuerzo de deducción le permitió vincular finalmente el robo de los planos del *Flecha de los mares* por parte de Pablo con el gran aparato escondido en el camión. Tenía que ser el nuevo motor de propulsión del submarino.

Pablo estaba contento con su marca: seiscientos cuarenta kilómetros en siete horas. Entraron en Lexington poco después de hacer un alto en una carretera secundaria poco transitada para que Ann estirase las piernas. Pablo encontró un área de servicio para camioneros y frenó junto a uno de los surtidores más apartados. Después de llenar el depósito, abrió la puerta de la cabina y echó un vistazo a Ann.

—¿Quieres comer algo?

—Sí, por favor —dijo ella—. Tengo mucha hambre.

—Ahora mismo vuelvo.

Pablo dio un portazo y cerró con llave. Ann le vio pasar al lado de varios surtidores y entrar en la caseta del área de servicio. Miró el aparcamiento en busca de una posible ayuda. Era tarde. Solo vio a una persona, un camionero barbudo que estaba lavando el parabrisas de su vehículo en punto muerto, a unos diez metros de distancia.

Agitó los brazos y se desgañitó, pero las ventanillas tintadas de la cabina, herméticamente cerrada, la hacían casi invisible. El motor en marcha ahogó sus gritos. Tendió la mano hacia la bocina del camión, pero no llegó ni a rozarla con las

puntas de los dedos. El barbudo subió al tráiler y se fue sin saber nada de las tribulaciones de Ann.

Buscó algo que pudiera servir como arma, pero dentro del camión no había nada, ni siquiera en la guantera: solo un mapa y un portátil en el asiento de delante. Se lanzó sobre el portátil.

Lo cogió con su mano libre, abrió el monitor y lo encendió. Mientras se iniciaba el sistema miró por la ventanilla. Pablo estaba en la caja, comprando algunas cosas. Ann dispondría de muy poco tiempo para mandar una llamada de socorro, siempre y cuando el camión tuviera *wifi*.

Aguantó la respiración mientras se iluminaba lentamente la pantalla. Al cabo de una eternidad, una burbuja le preguntó si quería conectarse con la red del área de servicio de Lexington.

—¡Sí!

Hizo clic en el icono. Pocos segundos después se abrió un buscador de internet.

La alegría le duró poco: al mirar por la ventanilla vio salir a Pablo de la caseta. Con el pulso acelerado pensó qué hacer. No tendría tiempo de entrar en su cuenta de correo electrónico, ni de mandar un mensaje por la web del NCIS. De repente tuvo una idea desesperada. Tecléo rápidamente cuatro letras y esperó la respuesta. Cuando se abrió una nueva ventana, bajó hasta el final y encontró una casilla de consultas. La seleccionó, escribió un mensaje a toda prisa y levantó la vista. Pablo estaba solo a tres metros.

Sus dedos volaron por el teclado y se detuvieron para hacer clic en «Enviar» justo cuando se oía otro clic, el del cierre de la puerta. Bajó de golpe la pantalla y arrojó el portátil al asiento delantero en el momento mismo en el que Pablo abría la puerta.

El corazón de Ann latía a lo loco. Sintió que se ruborizaba cuando Pablo se sentó al volante. Él se volvió y la miró extrañado, echando los brazos hacia atrás.

—¿Jamón y queso o atún?

Le estaba enseñando dos bocadillos envueltos.

—Atún, por favor.

Ann exhaló y cogió uno de los dos.

Pablo volvió a la carretera, comiendo a la vez que conducía. La pausa le había relajado. Finalmente, volvió un poco la cabeza y habló con Ann.

—Tú estás enamorada de mí —dijo el hombre con una sonrisa burlona.

—¿Qué?

—Que sí, que tienes que estar enamorada. Si no ¿por qué te encuentro en todas partes?

—Yo no he pedido hacer este viaje —replicó ella—. Deja que me vaya, por favor. Pablo soltó una risa ronca.

—Eres demasiado lista para que te suelte... y demasiado guapa para que te mate.

Pese a sentir una inmediata repugnancia, Ann siguió con la conversación.

—¿Lo que llevamos es el motor del *Flecha de los mares*?

—Podría ser.

—¿Por qué has matado a los que te habían ayudado a robarlo?

—Ya habían cumplido con su parte y sabían más de lo necesario. Creo que de momento basta de preguntas.

Pablo puso la radio y subió el volumen al encontrar una emisora local de bluegrass.

Cruzaron las montañas del oeste de Kentucky al son de los acordes vivarachos de Flatt & Scruggs. Cuatro horas después llegaron a Paducah. Pablo aparcó en una gasolinera de los alrededores y llamó por teléfono. En cuestión de minutos apareció una camioneta oxidada. El conductor era un hombre cubierto de tatuajes que acompañó al camión hasta el río. En el embarcadero de madera gastada había un remolcador y una gabarra llena de contenedores. Pablo arrimó el camión a la gabarra y frenó.

Era bastante más de medianoche. Reinaba un silencio fantasmal. Pablo desenganchó el remolque y llevó el camión al aparcamiento de al lado. Cuando volvió, el hombre de los tatuajes ya había echado unos cabos alrededor del remolque y lo estaba subiendo a la barcaza con una grúa. Pablo subió a la barcaza y ayudó a fijar el remolque a la cubierta antes de volver al camión en busca de Ann.

Ella se hizo la dormida mientras Pablo la soltaba del asiento y volvía a esposarle las manos por delante. Hasta entonces no se había fijado en que las esposas llevaban un sensor incorporado. Pablo la sacó del camión y la guió hasta el embarcadero.

A su derecha, tras las aguas del Ohio, que fluían como melaza oscura, parpadeaban las luces de Paducah. Pablo la llevó hacia el remolcador, firmemente sujeta por el brazo. La vieja embarcación estaba fijada al centro de la popa de la gabarra, lista para conducirla por el río. Al remolcador se llegaba por una estrecha pasarela tendida sobre el agua. Ann vaciló en cruzar, hasta que Pablo la empujó con suavidad.

Lo que temía Ann, en realidad, no era cruzar la angosta pasarela, sino lo que la esperaba al otro lado. Primero la encadenaban a un camión, luego a un remolcador... ¿Y después? A saber. La llevaran a donde la llevaran, lo que más miedo debía darle era el momento en el que le quitasen las esposas; y fue ese miedo el que la impulsó a la acción.

Tras sacar mentalmente fuerzas de flaqueza, respiró hondo mientras Pablo le daba otro empujón. Fingiendo tropezar, dio dos pasos por la pasarela y tensó las rodillas. Después saltó como un resorte. La flexión de la pasarela le dio un impulso suplementario, por lo que no tuvo dificultad en saltar por encima de la baranda.

Pablo intentó cogerla, pero lo único que consiguió fue rozarle un tobillo. Con los

brazos extendidos, Ann se zambulló en el río y se perdió de vista en el agua oscura y turbia, sin formar casi espuma.

La bodega auxiliar del *Adelaide* era un horno oscuro y sofocante, digno del mismísimo diablo. Cuando abrieron el cerrojo e hicieron entrar a punta de pistola a Pitt y Giordino, el primero olió una mezcla de carne en descomposición y sudor. Le había costado un gran esfuerzo arrastrar a su amigo herido hasta la cubierta principal sin caer bajo su peso. Vio que dentro había una lona. Depositó con suavidad a Giordino encima de ella, a la vez que se oía un portazo y el ruido de un cerrojo.

—¿Alguno de ustedes es médico? —preguntó Pitt mirando al equipo de la Guardia Costera, apiñado cerca de él.

Un joven se levantó y se acercó lentamente.

—Simpson, ¿no? —dijo Pitt.

—Sí, señor. Yo puedo ayudarle. —Se arrodilló junto a Giordino y vio enseguida el charco de sangre que empezaba a formarse debajo de su pierna derecha—. ¿Le han disparado?

—Sí. —Pitt arrancó un jirón de los pantalones de Giordino—. Ha perdido mucha sangre.

Simpson localizó la herida ensangrentada en la parte externa del muslo y le aplicó presión con la palma de la mano.

—Necesito algo que sirva de venda.

Pitt se quitó la camisa, arrancó las mangas y formó tiras largas. Alguien les pasó una botella de agua que el médico usó para lavar la herida. Después cogió una de las tiras y la dobló varias veces antes de aplicarla a la herida y atar el resto de las tiras por encima.

Giordino abrió los ojos y miró hacia arriba.

—¿Adónde vamos?

—A por cerveza —dijo Pitt—. Échate una siesta, que ya te despertaré cuando esté helada.

Giordino sonrió de medio lado. Segundos después, se había quedado dormido.

Simpson le tapó con una parte de la lona e hizo señas a Pitt de que se apartase.

—Ha tenido suerte. Hay dos orificios, señal de que la bala ha pasado limpiamente. Lo más seguro es que ni haya rozado el hueso. Lo que sí habrá tocado es la arteria femoral, de ahí la hemorragia. Habrá que vigilarle, porque al haber perdido tanta sangre podría sufrir un *shock*.

—Es fuerte como un toro —dijo Pitt.

—De momento no creo que le pase nada. El mayor problema será evitar una infección en este cuchitril.

Pitt vio en la penumbra que Simpson tenía un moratón en uno de sus pómulos.

—¿Y a usted qué le ha pasado?

—Me han asaltado cuando iba a hacer el relevo. Me ha zurrado un tío con una cadena. He tenido más suerte que otros.

Pitt miró la bodega, iluminada por una sola luz que parpadeaba en el techo. El destacamento de la Guardia Costera estaba cerca. Otro grupo, formado por miembros de la auténtica tripulación del *Adelaide*, se repartía por el fondo. La culpa del terrible hedor la tenían dos formas alargadas envueltas en lonas y apartadas contra la pared.

—El capitán y otro hombre —informó Simpson—. Muertos durante el ataque, antes de nuestra llegada.

Pitt asintió con la cabeza y se fijó en los hombres de la Guardia Costera. Todos presentaban heridas y cardenales. Plugrad, sentado entre sus hombres y con la espalda apoyada en un mamparo, tenía la mirada ausente.

—¿Cómo está Plugrad?

—Al teniente le han dado un buen golpe en la parte superior de la cabeza —explicó Simpson—. Aparte de la conmoción no parece que haya sufrido más secuelas.

Pitt se acercó al otro grupo, exhausto pero ileso, al parecer. Un hombre de hombros anchos y gran mostacho gris se levantó y se presentó.

—Frank Livingston, segundo comandante —dijo con un fuerte acento australiano—. ¿Cómo está su compañero?

—Le han disparado en la pierna y ha perdido algo de sangre, pero el médico cree que se pondrá bien.

—Siento no haber podido ayudar. El médico del barco era nuestro contramaestre, que está allí, con el capitán.

Señaló los cuerpos tapados con lonas.

—¿Cómo se apoderaron del barco?

—Hace tres noches, durante la ronda nocturna, se acercó un carguero muy rápido que se arrimó a nosotros y le pegó un susto de muerte al timonel. Como no contestaban por radio, el capitán subió a bordo con el contramaestre. Entonces el barco disparó una especie de radar que los mató a los dos. —Apretó los labios haciendo una mueca—. Nunca he visto nada igual. Casi fue como si se cocieran vivos. Luego el carguero mandó un grupo armado de abordaje, y no pudimos hacer gran cosa. Desde entonces hemos estado aquí metidos.

—Siento haber llegado tarde —dijo Pitt—. Debieron de recibir un chivatazo y adelantar el abordaje.

El ansia de venganza hizo brillar los ojos cansados de Livingston.

—¿Quiénes son?

Pitt movió la cabeza.

—Forman parte de un grupo que creemos que ha secuestrado varios cargueros que transportaban elementos de tierras raras.

—Nosotros llevamos algo que se llama monacita —dijo Livingston—. Supongo que es lo que buscaban. ¿Tiene alguna idea de adónde vamos?

Pitt miró a su alrededor para cerciorarse de que no le escuchaba nadie más.

—Creemos que suelen transferir el cargamento en alta mar y hundir los barcos. Al menos los otros dos cargueros se fueron a pique en estas aguas.

Livingston asintió con la cabeza, pero su expresión no era la de un hombre condenado a morir en un barco hundido.

—Una cosa, señor Pitt: ¿qué tamaño tenían los otros cargueros secuestrados?

—No muy grandes. Eran graneleros más antiguos, yo diría que de unas diez mil toneladas. ¿Por qué me lo pregunta?

—El *Adelaide* tiene la calificación de cuatro mil toneladas. Antes de que nos metiesen aquí dentro, me fijé bien en el carguero que nos atacó, y en comparación con nosotros es una tartana que no puede llevar más de la mitad de nuestro cargamento.

—¿Todo el cargamento es monacita?

—Hasta el último gramo. No, yo no creo que vayan a echar a pique el *Adelaide*, al menos de momento. Lo que llevamos es demasiado valioso.

Pitt echó un vistazo a los maltrechos y demacrados ocupantes de la fétida prisión.

—Espero que tenga razón, señor Livingston.

Ann solo tardó unos segundos en sentir pánico.

Después de chocar limpiamente con el agua, empezó a mover las piernas con gran fuerza y a sumergirse en el Ohio con las manos por delante. El agua estaba más templada de lo que esperaba, bastante por encima de los veinte grados. Al llegar a un punto de culminación cómodo, arqueó el torso e intentó dar brazadas, pero se lo impidieron las esposas.

Tuvo un chispazo de miedo, diciéndose que se ahogaría.

«Relájate, relájate, relájate», repetía una voz en su cabeza.

Con el pulso acelerado, hizo el esfuerzo de quedarse quieta y dejarse llevar por la corriente durante unos segundos. Gracias a ello se le calmaron los nervios. Empezó a mover las manos esposadas a lo perrito para llegar hasta la superficie, pero en aquella agua tan negra, que era como tinta, ya no se orientaba.

La solución llegó rápido. Su hombro rozó la parte inferior corroída de la barcaza. Se apartó de un empujón y aguantó unos segundos más antes de ascender despacio hacia el aire fresco de la noche.

La corriente era veloz. Ann descubrió que se alejaba por sí sola de la gabarra y el remolcador. Al mirar hacia atrás vio a Pablo, que corría por el embarcadero observando el agua. Cuando vio en la superficie la cabeza de Ann, desenfundó su Glock.

Ann respiró profundamente y enseguida volvió a sumergirse. No sabía si Pablo le estaba disparando, pero no tenía sentido ofrecerle un blanco.

Esta vez le costó menos deslizarse por el agua. Aguantó la respiración casi un minuto a la vez que movía las piernas y seguía la corriente. Cuando regresó a la superficie estaba a más de cien metros de la barcaza. Desde el embarcadero era poco menos que imposible verla. Pablo, sin embargo, ya no estaba.

Centró su atención río abajo, en busca de un lugar donde poner pie en tierra y buscar ayuda, pero el muelle quedaba lejos del centro y, en aquella zona, la orilla estaba oscura y vacía. No muy lejos, en el otro lado, brillaban luces dispersas, las de la pequeña población de Metropolis, en Illinois.

Atraída por su seguridad, empezó a impulsarse hacia ellas con los pies. Tras unos minutos de lucha contra la corriente, comprendió que sus esfuerzos por llegar al pueblo eran inútiles: el río tenía más de un kilómetro de anchura, y antes de poder llegar a la otra orilla la corriente la arrastraría muy lejos de las luces.

La gran incomodidad de nadar con las muñecas esposadas aumentaba su cansancio, así que se giró y descansó flotando boca arriba. Al mirar el cielo vio a lo lejos dos luces rojas que parpadeaban. Se volvió y las observó: luces de advertencia para los aviones. Gracias a sus destellos vio que estaban adheridas a dos altas

chimeneas de cemento. Solo podían formar parte de una central eléctrica a la orilla del río.

Al dejar atrás las luces de Metropolis, volvió a la orilla que tenía más cerca. Durante una milla no apareció una sola luz en las lindes del río. Ann empezó a sentir frío y soledad. Aun así continuó ubicando las luces rojas que parpadeaban, y que al final se aproximaron. Una bruma luminosa en la base de las chimeneas cristalizó en una profusión de puntos brillantes que rodeaban la central eléctrica. Estaban bastante apartados de la orilla, pero al pasar por un trecho de ribera poblado de matorros vio una pequeña ensenada artificial que llevaba desde el río a la central.

Cuando estuvo cerca de la embocadura, empezó a mover las piernas vigorosamente. La corriente del Ohio intentaba alejarla, pero al final Ann se deshizo de ella y penetró en las aguas tranquilas de la ensenada. A unos quinientos metros, el agua alimentaba las calderas de carbón de la central.

Exhausta por su última lucha contra la corriente, se dirigió a la orilla más cercana. Tras descansar varios minutos en el barro, se levantó y escaló el terraplén, aplanado en lo alto para que pudieran acceder vehículos.

Mojada y tiritando, se acercó a la central envuelta en un intenso olor a carbón quemado. Al acercarse contó varios vehículos aparcados en torno a las instalaciones. Por lo visto, el turno de noche era nutrido, afortunadamente. Vio parpadear unos faros a su izquierda. Era una camioneta blanca que salía despacio del aparcamiento con una luz naranja encima del capó. Apretó el paso y empezó a agitar los brazos esposados en cuanto le pareció que el conductor podía verla.

La camioneta aceleró y se metió en el terraplén. Después de unos bandazos por el estrecho camino, levantó una nube de polvo al frenar delante de Ann, que levantó las manos esposadas y se acercó a la ventanilla abierta del conductor.

—¿Puede ayudarme, por favor?

Se le quebró la voz al ver que la cabeza que salía por la ventanilla era la de Pablo. Tenía en una mano un GPS conectado a las esposas de Ann, y en la otra la Glock.

—No, amor mío —dijo él con crueldad—, la que puede ayudarme eres tú.

III.

PANAMÁ

Summer Pitt levantó la vista del portapapeles apoyado en sus piernas para mirar por la burbuja acrílica del sumergible. Se veía todo negro. Era como estar encerrada en un armario.

—¿Qué tal un poco de iluminación externa? —preguntó.

Su hermano mellizo, sentado frente a los controles del piloto, accionó una hilera de interruptores. Una batería de intensas luces led difundió un resplandor en el negro absoluto de las aguas, pero seguía sin haber nada que ver más allá de las partículas que pasaban a gran velocidad al otro lado de la burbuja. De todos modos, al menos así Summer se hacía una idea visual de la velocidad de descenso.

—¿Aún te da miedo la oscuridad? —le preguntó su hermano.

A diferencia de Summer, que había heredado la tez nacarada y el cabello pelirrojo de su madre, Dirk Pitt Jr. se parecía a su padre. Tenía la misma constitución alta y delgada, el mismo pelo oscuro y hasta la misma sonrisa fácil.

—Aquí abajo no es verdad lo de ojos que no ven, corazón que no siente —dijo Summer. Consultó el indicador de profundidad que había sobre una pantalla—. Faltan cincuenta metros para el fondo.

Dirk ajustó los tanques de lastre para ralentizar el descenso y puso la nave en flotación neutral una vez que apareció el lecho marino. A aquella profundidad, casi cien metros, el fondo del mar era un desierto de color avellanado, sin otros pobladores que unos cuantos peces y crustáceos pequeños.

—La falla debería de estar a una demora de cero-seis-cinco grados —dijo Summer.

Dirk puso en marcha los propulsores electrónicos del sumergible, que los impulsaron hacia el nordeste. Sentía en el volante una poderosa corriente de fondo que los empujaba lateralmente.

—Hoy la corriente de Agulhas va que chuta. A ver si nos lleva hasta Australia.

La impetuosa corriente de Agulhas discurría por la costa oriental de África. Cerca de la punta sur de Madagascar, donde Dirk y Summer estaban realizando su inmersión, convergía con la corriente del este de Madagascar y otros flujos del Índico, creando un torbellino imprevisible.

—Seguramente nos hayamos desviado mucho durante el descenso —observó Summer—, pero si mantenemos el rumbo seguiremos cruzando la línea de falla. —Pegó la nariz a la burbuja y escrutó el lecho marino que ondulaba levemente al pasar bajo ellos. Al cabo de varios minutos divisó una cresta pequeña pero nítida—. Ya veo la protuberancia.

Dirk subió un poco y dejó el sumergible estacionario a tres metros por encima de esta última.

—Listos para el vídeo.

Summer puso en marcha dos cámaras externas montadas en los patines del sumergible y verificó la imagen en un monitor.

—Las cámaras ya están encendidas. Empiezo —dijo—. Baja hacia la línea.

Dirk hizo avanzar el sumergible, guiándose por la elevación del suelo marino. Estaban trabajando conjuntamente con un barco de investigación de la NUMA que había realizado un sondeo previo de la zona mediante un sistema de sónar multihaz, a fin de recabar información sobre una falla activa situada frente a las costas de Madagascar. Tenían la esperanza de poder predecir mejor la creación de tsunamis por los terremotos. El vídeo del sumergible daría a los geólogos del barco una referencia básica sobre la zona. Después el sumergible haría otra inmersión para enterrar una serie de pequeños sensores que registrarían la actividad sísmica con precisión.

Para aquel proyecto se necesitaba una mezcla interdisciplinaria de talentos que era del gusto de ambos mellizos. Tanto Dirk, formado en ingeniería naval, como Summer, especializada en oceanografía, habían heredado el amor al mar de su padre. Hacía pocos años que se habían incorporado a la NUMA, de la que ya formaba parte Pitt, pero la posibilidad de viajar por todo el mundo para resolver los misterios del mar los había seducido de inmediato. Cuando más disfrutaban era trabajando los tres juntos. Últimamente lo habían hecho en Chipre, donde habían descubierto un tesoro arqueológico de objetos relacionados con la vida de Jesús.

—Kilómetro ocho de esta elevación de subsuperficie que no se acaba nunca —dijo Dirk cuando llevaban dos horas de reconocimiento.

Empezaba a resentirse de la lucha constante contra la corriente, que le tensaba los músculos del brazo.

—No me digas que ya te aburres —contestó Summer.

Dirk miró fijamente el fondo marrón que discurría sin cambios bajo ellos.

—Si alguien importara alguna ballena blanca a estos andurriales, o algún calamar gigante, no me molestaría.

Después de otra hora de seguimiento de la falla empezó a preocuparse por sus reservas de batería.

—Al ir contra la corriente hemos forzado más los motores. Propongo que nos planteemos parar pronto.

Summer consultó la distancia recorrida.

—¿Qué te parecen seiscientos metros más? Así lo dejaremos en mil doscientos.

—Trato hecho.

Tras completar el tramo restante, Dirk detuvo el submarino mientras Summer apagaba las cámaras de vídeo. En el momento en que Dirk empezaba a purgar los tanques de lastre como preparación para la subida, Summer señaló algo por la burbuja frontal.

—¿Aquello es un barco hundido?

Dirk atisbó un objeto más allá del alcance real de las luces externas.

—Podría ser.

Soltó la bomba de lastre e impulsó el sumergible. Poco a poco fue perfilándose un gran bulto que adquirió la forma inconfundible del casco de un barco. Cuando se acercaron tomó forma el resto del navío, que, apoyado en vertical, llamaba la atención por su aparente falta de daños. Maniobrando a pocos metros del lecho marino, se acercaron a la parte central hasta detenerse a escasos centímetros del misterioso buque. La pintura roja del casco reflejaba intensamente las luces del sumergible, permitiendo ver hasta el último remache y la última junta.

—Parece que se acabe de hundir —dijo Dirk.

Llevó el sumergible a un lado del casco y por encima de la borda, donde vieron tres grandes escotillas abiertas en la cubierta de proa. Dirk pilotó el sumergible hacia la proa, deslizándose sobre compartimentos de carga que solo contenían agua del mar. Al asomarse a la afilada proa no percibieron ningún daño. Entonces dieron media vuelta y examinaron la borda de estribor hasta llegar a la superestructura trasera, donde subieron varios niveles hasta el puente. Las ventanas estaban intactas. Al mirar por ellas desde una distancia de pocos metros vieron que el puesto de mando estaba vacío.

—Parece que se han llevado la mayoría de los aparatos del timón —indicó Dirk, confuso—. Es como para sospechar que lo hundieron.

—Que alguien llame a Lloyd's de Londres —dijo Summer—. Nunca había visto un barco hundido con tanta pulcritud. Debió de irse a pique hace poco.

—Como máximo unos meses, a juzgar por lo poco infestado de algas que está.

—¿Qué sentido tiene hundir un carguero en perfecto estado de revista?

—A saber. Puede que lo estuvieran remolcando para darle un repaso y se hundiera en una tormenta. —Consultó el estado de la batería—. Bueno, va siendo hora de que subamos, pero a ver si antes vemos algún nombre.

Rodeó la superestructura hacia la popa y se situó por debajo de la borda. Sobre ella pendía un desolado mástil cuyos colores se habían diluido hacía tiempo. Cuando llegaron a seis metros del barco, Dirk giró el sumergible para ponerse de cara al espejo de popa del carguero, y ajustó la altura para que las luces enfocasen el nombre del barco.

—Mira tú por dónde —dijo en voz baja—. Pues sí que lo han hundido, sí.

Tenían delante una superficie lisa de color rojo recorrida por una gruesa franja horizontal de herrumbre, que era donde habían estado indicados el nombre y el puerto de origen del barco. Alguien había raspado intencionadamente el nombre y el revestimiento de pintura para mandar el carguero hacia la soledad del fondo de los mares en total anonimato.

Cuando el sumergible salió a la superficie, el *Alexandria*, el barco de investigación de la NUMA, estaba posicionado a unas cuatro millas, y Summer pidió por radio que fueran a buscarlos. Mientras el sumergible se dejaba llevar por la corriente, Dirk y ella se entretuvieron estudiando las costas áridas y pardas de Madagascar, que parecían subir y bajar con el oleaje.

El *Alexandria* acudió con prontitud, reflejando la luz del cielo azul en su casco turquesa, color que compartía con toda la flota de la NUMA. Un hombre musculoso de bigote pronunciado, aunque no tanto como su acento de Texas, fue quien dirigió el regreso del sumergible a la cubierta de popa del barco. Jack Dahlgren abrió la escotilla de la embarcación, que estaba en la parte trasera, y dio la bienvenida al aire fresco a Dirk y Summer.

—¿Qué, os habéis dado un buen chapuzón?

—¡Y tanto! —dijo Summer enseñando un disco duro portátil—. Hemos conseguido muy buenas imágenes de la protuberancia. Deberíamos poder localizar algunos puntos de inserción excelentes para los sensores de tierra.

Salió y, pasando junto a Dahlgren, se apresuró en buscar al geólogo marino del barco para poder examinar con él las imágenes del fondo.

—Eso quiere decir que habrá que prepararse enseguida para otra inmersión, ¿no? —preguntó Dahlgren con cara larga.

Dirk le dio una palmada en el hombro.

—Eso me temo, amigo mío.

Ayudó a Dahlgren a sacar del submarino varios juegos de pesadas baterías y sustituirlos por otros de recambio. Mientras trabajaban en la cubierta de popa, apareció una gran patrullera llegada de la costa que rodeó el *Alexandria* desde lejos, al tiempo que, en su puente, dos ocupantes con ropa informal examinaban el barco de investigación con aparente desagrado. En el momento en que el *Alexandria* abandonó su posición, la patrullera volvió rápidamente a la costa.

—Me gustaría saber qué están haciendo —dijo Dahlgren.

—No tenían mucha pinta de ser del gobierno. —Dirk vio alejarse el barco y examinó la orilla—. Creía que en esta zona la costa era prácticamente un desierto.

—Mientras estabais abajo ha pasado un carguero pequeño. Parecía que fuera hacia la costa, o sea que algún tipo de puerto debe de haber.

Tras cambiar las baterías realizaron pruebas completas de seguridad de cara a la inmersión. Después buscaron a Summer y la encontraron en uno de los laboratorios del barco. Había reunido una caja de pequeños sensores de tierra alimentados con baterías, que detectarían los temblores y los movimientos de la línea de falla. Cada sensor estaba dentro de un bote con una banderilla de color naranja intenso.

—Hemos hecho el reconocimiento en el lugar perfecto —dijo Summer—. Ahora lo que tenemos que hacer es volver y enterrar diez sensores a intervalos de quinientos metros por el mismo recorrido. —Miró a Dahlgren—. ¿Puedes dejarnos en el mismo sitio que al principio?

—¿Puede un gorgojo encontrar un campo de algodón en el Mississippi? Vosotros poneos cómodos en vuestro sumergible, no sea que me decida a echaros por la borda sin él.

Dahlgren salió en tromba del laboratorio en dirección al puente para hablar con el capitán.

—¿Por qué está tan picajoso? —preguntó Summer.

—Es que he cometido el error de informarle sobre el barco hundido que hemos descubierto —dijo Dirk—. Le da rabia que lo hayamos encontrado con su sumergible sin que estuviera él.

Summer movió la cabeza.

—Los hombres sois como niños con los aparatos.

Cogió los sensores y se los llevó a una cesta de alambre conectada a la parte delantera del sumergible. Tras fijarlos subió a bordo y ayudó a Dirk a revisar la lista de preparativos para la inmersión.

Pocos minutos después apareció Dahlgren, que asomó la cabeza por la escotilla.

—Si estáis listos, yo también.

—Ya podemos bajar —dijo Dirk—. Pon al fresco unas botellas para cuando volvamos.

—Te aviso de que quizá os las encontréis vacías. ¿Algo más?

—Sí. Mira qué pone en los registros sobre barcos hundidos en el sur de Madagascar durante los últimos cinco años.

—Dalo por hecho. Que vaya bien la siembra.

Dahlgren cerró herméticamente la escotilla y levantó el sumergible por encima de la popa del *Alexandria*. Antes de hacerlo descender, esperó una llamada desde el puente que confirmase que estaban en el lugar indicado. Una vez abierto el garfio, Dirk recibió luz verde para llenar los tanques de lastre, y el sumergible amarillo se deslizó bajo las olas.

Pocos minutos después apareció el fondo del mar. Dirk guió el sumergible con el mismo rumbo de antes, nordeste. Esta vez recorrieron menos de cincuenta metros antes de pasar por encima de la elevación que ya conocían.

—Hay que felicitar a Jack —dijo Summer—. Ha jugado casi a la perfección con las corrientes.

—¿Soltamos el primer sensor? —preguntó Dirk.

Summer consultó su posición, calculada mediante un programa estimativo puesto en marcha en el momento del despliegue.

—En realidad deberíamos ir unos treinta metros más al este para coincidir con la ruta de antes.

Hecho el ajuste, Dirk desplazó el sumergible hacia una parte plana del lecho marino adyacente a la cresta y apagó los propulsores para despejar las nubes de sedimentos que habían levantado. Era el turno de Summer, que activó un par de brazos robóticos articulados. Con uno de ellos practicó un agujero vertical en el fondo, y después usó el otro para coger un sensor de la cesta, introducirlo en el agujero y cubrirlo todo salvo la banderilla anaranjada, que sobresalía del suelo.

—Lo has hecho muy bien —dijo Dirk.

Puso en marcha los propulsores y se lanzó a la máxima velocidad por la falla.

—¿Tienes prisa por llegar a algún sitio? —preguntó Summer.

—He pensado que, al terminar, podríamos echarle otro vistazo al barco hundido.

Summer sonrió. Había tenido la misma idea que su hermano, y se había cerciorado de llevar a bordo un disco duro de seguridad para filmar el pecio.

Recorrieron la falla plantando los nueve sensores restantes por las siete millas de recorrido. Una vez que colocaron en su sitio el último sensor, Dirk consultó su posición relativa al barco hundido e hizo avanzar un poco el sumergible hasta que el bulto apareció ante ellos.

—Exactamente donde lo habíamos dejado.

—Esta vez lo grabaré —dijo Summer activando las cámaras delanteras.

Dirk elevó el sumergible a medida que se aproximaban al casco y se dirigió a la cubierta principal. Después cruzó al otro lado, lo que permitió a las cámaras de Summer grabar el barco en toda su anchura, incluyendo las bodegas abiertas, a las que les faltaban las tapas de las escotillas. Lo que le impulsaba a orientar el submarino y sus cámaras hacia la superestructura trasera era una misión de identificación. El diseño les daría una pista más sobre la antigüedad del barco y su armador.

Se deslizó lentamente por la parte frontal de la superestructura. Al cruzar el puente aceleró y se quedó suspendido cerca de la chimenea, que se erguía en el lado de popa. A menudo era en ella donde llevaban los colores o el logotipo de la compañía los barcos comerciales, pero en aquel caso estaba pintada de negro.

—Qué raro que no haya marcas de hollín —dijo Summer—. Parece recién pintada.

—Otro intento de esconder su identidad.

—Vamos a acercarnos un poco más.

Summer se inclinó, muy atenta a la superficie de la chimenea.

Mientras Dirk efectuaba la maniobra de aproximación, su hermana activó uno de los brazos robóticos y lo flexionó hacia la chimenea. Al establecer contacto, arrastró el garfio por la superficie, dejando una marca de un palmo de longitud.

—No grabes tus iniciales, por favor —dijo Dirk—. No quiero que a las dos de la mañana llame a mi puerta un agente de Lloyd's.

—Solo quiero ver qué hay debajo.

Cuando la corriente se llevó las escamas de pintura vieron claramente una línea ocre debajo de la raspadura.

—El color original de la chimenea era dorado, o tenía una franja dorada —dijo Summer.

—Ese dato es importante.

Filmaron el barco hundido durante media hora más, grabando su eslora, la configuración de su cubierta y cualquier otro detalle que pudiera ayudar a identificarlo.

—Las baterías se están acercando a la reserva —dijo Summer.

—Creo que ya hemos averiguado todo lo que podíamos —añadió Dirk—. Además, Jack no se pondría muy contento si regresáramos de noche.

Purgó los tanques de lastre e inició un ascenso controlado. Varios minutos después salieron a la superficie en una mar rizada por ráfagas de viento del oeste. El sol ya se estaba poniendo tras las nubes, en el horizonte, lanzando al cielo del crepúsculo relámpagos rosas y naranjas. Mientras el agua chapoteaba en la cubierta acrílica del sumergible, Dirk vio que se acercaba un barco. Era la misma patrullera que Dahlgren y él habían visto antes.

—Parece que nos esperaba alguien. —El barco aceleró para acercarse a ellos—. Podría ser un buen momento para avisar al *Alexandria* de que venga a buscarnos.

—Creo que lo he visto en el horizonte. —Summer torció mucho el cuello para mirar por encima de las olas—. Parece que aún está a unas cuantas millas.

Acercó la mano al botón de transmisión de su radio. De repente se quedó de piedra.

—¿Qué hacen, Dirk?

Su hermano estaba vigilando a la patrullera, que se acercaba a una velocidad inquietante. El barco, con su casco de acero, estaba a solo treinta metros. Debería haber empezado a frenar o desviarse, pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

—¡Quieren embestirnos! —gritó Summer.

Dirk encendió los propulsores, pero con una velocidad máxima de solo treinta nudos el sumergible no podía ir más deprisa que una tortuga marina. Ante la imposibilidad de esquivar a la patrullera y la falta de tiempo para sumergirse, reaccionó de la única manera que podía: girando el sumergible directamente hacia el barco que se aproximaba.

Summer le miró como si estuviera loco y se preparó para el impacto. Dirk no apartaba la vista de la patrullera mientras maniobraba hacia su afilada proa como si quisiera suicidarse. Esperó a que la otra embarcación estuviera casi encima de ellos

para girar con fuerza el mando a la vez que invertía los propulsores de estribor.

El sumergible respondió como si estuviera en arenas movedizas. Dirk tuvo miedo de haber reaccionado demasiado tarde, pero después de un breve titubeo el sumergible viró a estribor y se salvó por los pelos de chocar con la proa de la patrullera.

Tal como esperaba Dirk, el timonel de esta última había bloqueado el rumbo y reaccionó demasiado tarde a la maniobra *in extremis* del submarino. Al final, el barco solo les golpeó de refilón.

Dirk y Summer oyeron un golpe y sintieron temblar su embarcación en el momento en que el impacto aplastaba uno de los propulsores traseros. El choque provocó un corte eléctrico que apagó todos los sistemas del sumergible que usaban aquel tipo de alimentación. Mientras Dirk, como un poseso, ponía nuevamente en marcha los propulsores, miró por la ventana esférica y vio pasar la patrullera a gran velocidad. En la borda había un hombre con uniforme verde de faena que apuntaba al submarino con un fusil de asalto, pero en vez de disparar se limitó a sonreír amenazadoramente.

Summer se aguantó las ganas de hacerle un gesto obsceno.

—Nos hemos librado por poco. —Volvió a centrarse en la radio—. ¿Puedes hacer una inmersión?

—Es lo que intento.

Dirk ya había empezado a llenar los tanques de lastre antes de la colisión, pero tuvo que reactivar las bombas después del corte eléctrico. Disponían de segundos antes de que la patrullera diese media vuelta para otra tentativa.

—La radio sigue sin funcionar —dijo Summer accionando los diferenciales detrás de su asiento, pero al ver que no servía de nada miró por la burbuja: los tanques de lastre volvían a llenarse y casi habían hecho descender el submarino por debajo de las olas.

—Ya ha dado media vuelta. La tenemos casi encima —indicó como si tal cosa.

Volvió a su asiento y se apretó con fuerza el cinturón.

—Venga, baja.

Dirk empujó el volante a fondo, pero con la mitad de los propulsores inutilizados apenas sirvió para acelerar el descenso.

Se oían los motores de la patrullera acercándose hacia ellos. De pronto la tuvieron justo encima. El sumergible había bajado un par de metros, pero el piloto de la patrullera había apuntado con cuidado: la afilada proa se deslizó sobre el sumergible, pero la parte baja del casco dio en el blanco.

El arrollador impacto produjo un estallido de burbujas al resquebrajarse la ventana acrílica y desprenderse los tanques de lastre. El sumergible rebotó por debajo del casco y recibió una dura serie de golpes hasta ser barrido a un lado.

La cápsula maltrecha vaciló unos instantes antes de bajar en una lenta y mortífera espiral que la llevaba hacia el fondo del mar.

El sumergible se hundió en la presión de las profundidades con el lamento airado de un alma en pena. Al chocar con el lecho, su morro levantó una densa nube de sedimentos de color marrón. La corriente del fondo no tardó en dispersar la columna, dejando visible nuevamente el casco.

Dirk tenía la impresión de haber estado en una lavadora. Con los tanques de lastre aplastados, el sumergible había dado tantas vueltas que no se podían ni contar. Durante la caída se había desprendido un monitor que había golpeado a Dirk en la cabeza. Se palpó con suavidad la parte alta de la frente, donde sus dedos recorrieron un buen corte. Aparte de esa herida y de algunos moratones, estaba ileso y daba gracias por seguir con vida.

Lo peor del impacto con la patrullera se lo había llevado la parte de atrás del sumergible, con destrozos en los propulsores, los compartimentos de las baterías y los tanques de oxígeno. En cuanto a la burbuja acrílica de la cabina, permanecía intacta a pesar de un gran número de grietas. Era lo que había salvado a sus ocupantes de una asfixia inmediata. La cabina tenía una docena de pequeñas fugas que la estaban llenando de agua gélida, pero el aparato había sobrevivido al hundimiento sin dejar de estar lleno de aire.

—¿Estás bien? —preguntó Dirk en la oscuridad del interior.

Buscó la linterna prendida a la consola, pero se había soltado.

—Sí —dijo Summer con voz trémula—, creo que sí.

Dirk se quitó el arnés y cayó de bruces en un palmo de agua fría. Al hundirse con el morro por delante, el aparato había provocado una extraña desorientación. Se oían silbidos en varios puntos del sumergible. Dirk no supo si eran pequeños chorros de agua que entraban por minúsculas fisuras o bien los restos de uno de los tanques de oxígeno. Trepó por el respaldo de su asiento y buscó a tientas un panel lateral de almacenaje donde guardaban otra linterna.

A la mayoría de la gente le habría dado pánico recorrer un submarino frío, oscuro y cada vez más lleno de agua, pero Dirk sentía una calma extraña. Uno de los motivos de su compostura era haberse formado para aquellas emergencias, pero también existía un componente personal.

El año anterior había perdido a la mujer de la que estaba enamorado durante un ataque terrorista en Jerusalén, y la experiencia le había cambiado. Desde entonces le costaba más vivir con alegría, y su visión del mundo se había vuelto más fría y cínica. Más aún: la muerte se había convertido en una compañera a la que ya no temía.

—Tendremos que esperar a que se llene la cabina para poder abrir la escotilla —dijo con serenidad—. Las botellas de emergencia deberían permitirnos llegar hasta la superficie.

Encontró el compartimento de almacenaje, sacó una pequeña linterna y la enfocó hacia su hermana.

Solo viéndole la cara ya supo que pasaba algo grave. Summer tenía los ojos salidos, con una mirada de dolor y miedo, y sus labios dibujaban una mueca. Soltó el arnés e intentó levantarse, pero solo consiguió quedarse encorvada en un ángulo extraño.

Dirk enfocó la linterna hacia su pierna derecha, clavada al asiento. En la pernera, justo encima del tobillo, había una pequeña mancha de sangre.

—No es el momento de apegarse a este sitio —dijo.

Summer intentó moverse y estiró la pierna con los ojos muy cerrados, pero no servía de nada.

—Tengo el pie atascado —explicó—, muy atascado.

Dirk se acercó a gatas para verlo mejor. La colisión había desplazado uno de los tanques de oxígeno, que a su vez había aplastado el suelo, levantando una plancha de acero reforzado que, al torcerse hacia arriba, había capturado el tobillo de Summer contra la carcasa del asiento.

Cuando Dirk se agachó para examinar la plancha doblada, el agua ya llegaba por encima de la pantorrilla de su hermana.

—¿Puedes echarte hacia delante?

Summer lo intentó y negó con la cabeza.

—No sirve de nada.

Dirk pasó a su lado.

—Voy a intentar mover la carcasa.

Con la espalda apoyada en la burbuja acrílica, puso los pies en la carcasa y empujó con las dos piernas. La incomodidad del ángulo solo le permitía aplicar una pequeña parte de su fuerza. La carcasa se balanceó un poco, pero no lo suficiente para liberar la pierna de Summer, ni mucho menos. Dirk probó a mover la carcasa desde otros ángulos, pero no lo consiguió.

—No puedo hacer suficiente palanca —dijo.

—Tranquilo. —Summer lo dijo con calma, en un intento de disimular su miedo y no presionar a su hermano más de lo debido—. Está subiendo el agua. Será mejor coger las bombonas de inmersión.

Dirk vio que a su hermana el agua le llegaba ya a la cintura. Las filtraciones empeoraban. La cabina se estaba llenando más deprisa. Metiendo las piernas en el agua, cuyo frío gélido mordió su piel, trepó por los asientos y llegó a la parte trasera del sumergible, donde tendió las manos hacia un soporte con equipos de evacuación para casos de emergencia: dos bombonas de inmersión con sus reguladores y sus gafas.

Tras darle a Summer una de las bombonas, se pasó la otra por el hombro. Acto

seguido, hurgó en una caja de herramientas compacta y se desesperó al ver que las llaves y los alicates estaban diseñados para pequeñas reparaciones eléctricas. La herramienta más grande era un martillo de bola. Lo cogió junto con una sierra de arco corta. Esta última le hizo pensar en Aron Ralston, un valiente ciclista de montaña que se había cortado él mismo un brazo al quedarse atrapado bajo una roca cerca de Moab. Quizá no tuviera más remedio que amputarle el pie a Summer con la sierra, como último y truculento recurso...

—¿Alguna idea, Dirk? —preguntó ella al verle observar las herramientas.

—Voy a intentar hacer cuña en el asiento para que puedas salir.

Dirk le pasó la linterna con la esperanza de que no se fijase en la sierra.

—Vale —contestó ella tiritando por el frío del agua que se arremolinaba en su pecho.

Dirk se puso las gafas y el regulador y se zambulló en el agua. Al introducir el martillo en el hueco que había al lado del tobillo de Summer, se dio cuenta enseguida de que no daba bastante de sí. Aun así, se apretó en horizontal y presionó todo su peso contra el mango. La carcasa se movió, pero sin doblarse. Las siguientes tentativas dieron el mismo resultado. Necesitaba más fuerza para separar unas placas tan macizas. Sin embargo, no tenía nada a su disposición. Frustrado, giró el martillo y empezó a dar golpes en la carcasa, mellándola un poco.

Al volver a la superficie, vio que el agua ya lamía la barbilla de Summer, quien, con las gafas puestas, le entregó la linterna con una mirada de desilusión. Dirk iluminó la escotilla de entrada. Se inundaría en cualquier momento. Al mover el haz de la linterna resaltó un objeto al otro lado del casco. En ese momento sintió en su brazo la presión de la mano de Summer, que movió la cabeza fuera del agua para decir algo.

—Ve tú sin mí.

Su tono no era de rabia ni de pánico, sino solo de resignación. Sabía que Dirk lo había intentado todo. Mellizos como eran, los unía un vínculo desconocido para la mayoría de los hermanos. Confiaban tácitamente el uno en el otro. Summer sabía que si la situación lo requiriera Dirk no dudaría en dar la vida por ella, y estaba contenta de que al menos él sobreviviese.

Dirk la miró a los ojos, negando con la cabeza.

—Pues entonces ¡corta! —exclamó ella—. ¡Ya!

Había visto la sierra desde el primer momento. Dirk no tuvo más remedio que admirar su coraje, sobre todo al comprobar que se sacaba un gran pañuelo del bolsillo del mono, formaba un torniquete y se lo ataba en la parte baja de la pantorrilla.

Tuvo que esperar a que sacase de nuevo la cabeza para responder.

—Ahora mismo no estoy preparado para hacer de doctor Kildare —dijo con una sonrisa forzada—. Espérame aquí.

Summer casi no tuvo tiempo de verle abrir la escotilla y salir del sumergible a nado, dejándola atrapada y a solas en la oscuridad.

Summer no recordaba haber tenido nunca tanto miedo. Atrapada a solas en la oscuridad de las profundidades, sentía el corazón enloquecido. Una vez lleno de agua el interior del submarino, Dirk había abierto la escotilla y se había marchado con la linterna sumergible. Summer temblaba incontrolablemente, por el miedo y por el agua fría, mientras se le entumecían los dedos y las orejas.

Lo peor, sin embargo, era el silencio, casi total. Encogida en el asiento volcado, solo oía los latidos de su corazón y el gorgoteo esporádico de su respiración por el regulador. Cuando su cerebro empezó a hacer el inventario de sus miedos, el acto de respirar quedó en primer lugar de la lista. A esa profundidad, el consumo de aire era mucho más elevado que cerca de la superficie. Tal vez el cilindro le procurase algunos minutos de aire, no muchos, pero ¿y si no lo habían llenado hasta el máximo de su capacidad? Una voz diabólica preguntaba en su cabeza si la siguiente vez que respirase aire del tanque sería la última.

Apretó los párpados e intentó relajarse, alargando el tiempo entre las inhalaciones y obligándose a imprimir un ritmo constante a su respiración. Al notar que su corazón latía más despacio, abrió los ojos, pero seguía inmersa en la negrura, y aunque nunca hubiera sido propensa a la claustrofobia no pudo evitar sentirse encerrada en un armario muy pequeño y oscuro.

Empezó a preguntarse si su hermano habría cambiado de opinión y estaría nadando hacia la superficie, pero de pronto vio un vago resplandor detrás de la cubierta. La luz fue aumentando hasta que reconoció el haz de la linterna. Parecía que Dirk hubiera estado varias horas fuera, aunque en realidad solo hubieran sido unos minutos.

Un segundo después, cuando Dirk se metió por la escotilla, Summer vio que llevaba una barra de acero de un metro y medio con una bola de latón en una punta: era el mástil del barco hundido. El sumergible se debía de haber estrellado contra el fondo del mar justo al lado del pecio y Dirk lo había reconocido a través de la burbuja.

Dirk se acercó y encajó la barra entre la carcasa del asiento y la parte que inmovilizaba el pie de Summer. Después cogió la otra punta y empujó como un remero olímpico. El soporte metálico del asiento se dobló enseguida, y Summer pudo sacar el pie. Abrazó a Dirk y levantó un pulgar, señal de que podían subir.

Dirk iluminó con la linterna la escotilla abierta y empujó a su hermana. La cantidad de tiempo que habían pasado a una profundidad de casi cien metros era peligrosa. Sabían que no podían entretenerse más.

Summer esperó a su hermano fuera del sumergible. Emprendieron juntos el ascenso, cogidos del brazo y moviendo las piernas de manera lenta y rítmica,

mientras las burbujas que salían de los tubos les servían como indicadores de velocidad. Subir demasiado deprisa era una receta segura para sufrir la enfermedad del buzo. Dirk se aseguró de ir más despacio que las burbujas.

Se les hizo eterno. Summer agradeció el esfuerzo, que hizo entrar levemente en calor sus huesos ateridos. Su cerebro, no obstante, empeñado como estaba aún en engañarla, le dijo que en realidad no estaban subiendo, o que lo que hacían era volver a las profundidades. Era, se dijo, el frío, que no adormecía solo sus extremidades, sino también sus sentidos. Se aferró a Dirk, que se movía como un robot, como si no le afectasen ni el frío ni la oscuridad.

A cincuenta metros de profundidad, el agua se aclaraba perceptiblemente debido a la penetración de la luz exterior. A cuarenta, cruzaron una termoclina y entraron en aguas más calientes. A veinticinco metros, a Dirk se le acabó el aire.

No le sorprendió. Ya sabía que se le agotaría el aire antes que a Summer a causa del esfuerzo de nadar hasta el barco y regresar. Se lo indicó a su hermana pasándose la mano por el cuello, y después se desprendió de la bombona y el regulador. Ella le dio el suyo y empezaron a alternar respiraciones, mientras aumentaban inconscientemente la velocidad de sus piernas.

Al mirar hacia arriba, Dirk atisbó ondas plateadas muy por encima de sus cabezas. Ya estaban bastante cerca para llegar a la superficie si fallaba el aire de Summer, pero ahora tenían otro problema.

Cuando un ser humano se somete a la presión de las profundidades marinas, se le forman pequeñas burbujas de nitrógeno en los tejidos, y si esas burbujas no se disipan mediante una reducción progresiva de la presión, el gas puede alojarse en el organismo y provocar la enfermedad del buzo, muy dolorosa y a veces mortal.

Dirk calculaba que habían estado casi cincuenta minutos en el fondo del mar. Las tablas de inmersión de la marina establecían como requisito indispensable hacer varias paradas de descompresión. Ellos, no obstante, carecían de ese lujo. Tras ascender hasta lo que, según las estimaciones de Dirk, eran unos seis metros de profundidad, mantuvieron su posición. La flotabilidad natural de sus cuerpos y la fuerza de la corriente se lo dificultaron, pero Dirk, que no apartaba la mirada de la superficie, pugnó por evitar que se moviesen.

Exprimieron durante otros diez minutos la bombona, hasta que Summer escupió el regulador y señaló hacia arriba. Entonces se lanzaron hacia la superficie, exhalando a la vez que nadaban.

Sus cabezas salieron a un mar picado, con olas de cresta blanca. Ya había desaparecido el sol, y el cielo, cada vez más oscuro, tenía un color como de peltre. Todos esos efectos combinados harían que Summer y Dirk fueran casi invisibles para los barcos que pasasen, incluido el que los buscaba. No era en eso, sin embargo, en lo que más pensaba Summer.

Respiró hondo y se giró hacia su hermano.

—¿Un mástil de bandera?

—En esas circunstancias ha sido lo mejor que podía hacer. ¿Qué tal el pie?

—El pie bien, pero me duele el tobillo por el calambre. —Le miró con cara de preocupación—. No creo que hayamos cumplido ni de lejos el tiempo de descompresión.

Dirk negó con la cabeza.

—No, nos ha faltado bastante. ¿Tú notas algún hormigueo?

—Estoy demasiado aturdida para notar algo.

—Quizá esta noche la pasemos en la cámara de descompresión del *Alexandria*. — Dirk escrutó el horizonte—. Siguiendo problema.

Finalmente avistaron el barco de la NUMA, lejos, al oeste. Un poco más cerca, al norte, se veía la franja oscura de la costa de Madagascar.

—El *Alexandria* está corriente arriba —señaló Dirk—. No podemos llegar a nado.

—Lo más seguro es que ya hayan hecho una pasada y estén rehaciendo el camino para localizar el sumergible con el sónar. Cuando vuelvan por aquí quizá la corriente ya nos haya llevado a Australia.

—Pues nada, a la costa se ha dicho —dijo Dirk—. ¿Te ves capaz de nadar?

—¿Tengo alternativa?

Summer miró la costa, hundió la cara en el agua y empezó a nadar. Ambos eran excelentes nadadores, en buen estado físico. En circunstancias normales, nadar en aguas abiertas hasta la costa habría sido poco más que un reto agotador, pero la tensión mental de haberse escapado del sumergible, sumada a la exposición al aire frío, lo convertía en una tarea a vida o muerte. Los dos acusaron casi enseguida el cansancio. Summer se sorprendió de la rapidez con que se sentía los brazos y las piernas como de plomo.

Aquel mar tan turbulento no los ayudaba. Las olas los zarandeaban con frecuencia, llenándoles la boca de agua salada. Para nadar hacia la costa tenían que ir a contracorriente. Cada brazada en aquella dirección los desplazaba prácticamente la misma distancia hacia el este, lo que los separaba aún más del *Alexandria*.

Nadaban el uno al lado del otro. Cada diez minutos hacían un descanso. Mientras se mantenía a flote con las piernas, Dirk sacaba la linterna del bolsillo y la agitaba hacia el barco de investigación. Durante el tercer descanso, se le escapó de los dedos insensibles y se hundió como una vela en un pozo. Para entonces, el barco de la NUMA aún parecía estar más lejos, reducido a una luz que oscilaba de vez en cuando en el horizonte.

Dirk se volvió hacia Summer.

—Venga, que falta menos de una milla.

Summer obligó a sus brazos y sus piernas a seguir, pero tenían vida propia.

Comenzó a dolerle mucho la pierna izquierda. Después se le fue pasando el dolor, pero también la sensibilidad. Empezó a descansar a intervalos cada vez más cortos, y Dirk se dio cuenta de que se estaba quedando sin fuerzas.

—Haz como si estuviéramos en Hawái —dijo—. Te echo una carrera hasta Waikiki.

—Vale —fue lo único que pudo decir ella; y aunque estuviera anocheciendo muy deprisa, Dirk vio que sus ojos perdían viveza.

La cogió por el mono y nadó con un solo brazo, aunque también a él empezaban a fallarle las fuerzas. Era como si el frío le calara hasta los huesos. Sus dientes empezaron a castañetear constantemente, como los de Summer.

Al sentir que el cuerpo de su hermana flaqueaba, se dio cuenta de que Summer ya no podía seguir avanzando, y aunque estuviera exhausto mentalmente, comprendió que eran los efectos de la hipotermia. Tenían que salir del agua lo antes posible.

No le quedaba casi aliento, pero siguió hablando con Summer, animándola y haciéndole un sinfín de preguntas que quedaban sin respuesta. En el momento en que Summer empezó a hundirse, Dirk la puso de espaldas y tiró de ella por el cuello del mono. Para él se habían acabado los descansos.

Cada brazada era una agonía, pero persistió. Se le había vaciado la bombona, y sus músculos imploraban un respiro; de algún modo, sin embargo, se distanció del dolor y siguió arañando el agua. Fue dibujándose el rompiente de las olas, y empezó a oírse el choque del agua con la tierra. Inspirado por aquel sonido, hizo un esfuerzo final que consumió sus últimas reservas.

Una ola les pasó por encima. Dirk salió de ella escupiendo agua. Summer, que había tragado bastante, tosió, pero ya los estaba empujando la siguiente. Dirk mantuvo a Summer bien sujeta mientras el agua los zarandeaba y lanzaba a la arena. Por fin estaban en la costa.

Con la fuerza de las sucesivas olas ya a su espalda, dio tumbos por la playa, arrastrando a Summer. Una vez superada la línea de marea se dejó caer en la arena.

—¿Cómo te encuentras? —dijo sin aliento.

—Te-te-tengo frío —susurró ella.

Que aún pudiera hablar era buena señal. Ahora había que secarla. Para ello sería decisivo el calor que conservaba el aire de la noche.

Cuando Dirk tuvo fuerzas para levantarse, aunque fuera renqueando, miró a su alrededor. Habían tocado tierra en una parte desolada del sur de la costa de Madagascar, dentro de las reservas naturales inhabitadas de Cape Sainte Marie. Todo estaba oscuro, tanto en la playa como tierra adentro. No tenía la menor idea de lo lejos que podía estar la ayuda más cercana. De todos modos daba igual: le faltaban las fuerzas necesarias para buscarla.

Miró el agua, pero solo encontró un mar negro y vacío. La costa se curvaba hacia

el oeste, obstruyendo las luces del *Alexandria*. Se volvió de nuevo hacia tierra firme y caminó por la playa en busca de un refugio. Bajo sus pies, la arena dejó paso al suelo duro, que anunciaba una serie de colinas y montículos rocosos. No había nada parecido a un refugio en ningún sitio.

Al volver junto a Summer tropezó con una protuberancia al borde de la playa. Tenía unos cuatro metros de anchura y había creado una guarida en el lado donde no soplaba el viento. Aquella hendidura los protegería un poco de la brisa marina. Parecía difícil encontrar algo mejor. Vio unos hierbajos y arrancó todos los que pudo para distribuirlos por la guarida a modo de aislante. Después volvió con Summer, la llevó por la playa y la depositó en la cama improvisada.

Las hierbas ayudaron a secar su piel. Dirk bajó por la playa en busca de alguna más. Había pocas, pero recogió las que pudo y regresó al refugio. Sentado en el montículo, usó la hierba para secar la piel de Summer antes de añadirla a la capa que servía de lecho. Al levantarse arrancó un trozo de arena del borde del montículo, dejando a la vista una cinta de tela descolorida.

Sin prestarle atención, se quitó el mono y se expuso tiritando a la brisa del mar hasta que se le secó la piel. Después se acostó al lado de Summer para aumentar la barrera contra el viento. Summer murmuraba más que antes, y su cuerpo ya no parecía tan helado. Ante la perspectiva de una noche cálida, Dirk confió en que se pusiera bien.

El cansancio empezaba a hacer mella. Se le estaban cerrando los ojos. Detrás de una nube apareció una luna en cuarto creciente que bañó la playa con su resplandor plateado. Vio más claramente el objeto enterrado que sobresalía del montículo sobre su cabeza. De color amarillo desvaído, llevaba los restos de varias letras negras. Su mente cansada formó un nombre que sonó como una nota extraña mientras se dormía.

Barbarigo.

Al despertarse, Summer oyó un ruido cerca de su oreja. Abrió los ojos y vio moverse un objeto abultado a apenas un metro de su cabeza.

—¡Dirk! —exclamó dándole con el codo a su hermano, que estaba a su lado.

Dirk se despertó sobresaltado, y al incorporarse y ver la causa del miedo de Summer sonrió. Era una tortuga estrellada, tostada por el sol.

—¿Estás pensando en desayunar sopa de tortuga?

El vetusto reptil volvió hacia Dirk su morro de pico granulado y le miró como si quisiera decir que no le hacía gracia. Después bajó de nuevo la cabeza, clavó las uñas en la arena y prosiguió su letárgico viaje por la playa.

Summer sonrió al mirarla, burlándose de sus temores.

—¿Cómo se puede dañar a un animal tan majestuoso?

—Depende del hambre que se tenga.

Dirk se levantó y observó el entorno a la luz del día. Era una playa de arena lisa rodeada por colinas rocosas de piedra caliza que se elevaban hacia el interior. Tratándose de una región que pocas veces recibía más de algunos centímetros de lluvia anuales, la vegetación era escasa.

Summer se incorporó.

—¿Ves el *Alexandria*?

Al volverse hacia el agua, Dirk solo vio un mar azul y vacío, veteado por la espuma de las olas. No había ningún rastro del barco de la NUMA, ni de ninguna otra embarcación.

—Debimos de irnos más al este de lo que se esperaban. Si subimos por la costa quizá podamos avisarles con señales.

No sabían que Jack Dahlgren y otros dos marineros se habían pasado toda la noche buscando por la costa a bordo de una zódiac con un foco. De hecho, la partida de búsqueda había pasado dos veces por delante de la playa, pero sin despertar a Dirk y Summer, ocultos detrás del montículo, ya que el ruido de las olas engullía el del motor de la lancha.

—Dirk...

Por el tono de Summer supo que ocurría algo malo.

—¿Qué pasa?

—No puedo mover la pierna izquierda.

Dirk palideció, adivinando el motivo: después de todo, Summer sí tenía la enfermedad del buzo. Era una dolencia que solía declararse con dolor en las articulaciones o las extremidades, pero que a veces lo hacía en forma de parálisis. Y la de las piernas solía ser indicio de que una burbuja de gas se había alojado en la columna vertebral.

Corrió hacia Summer y se arrodilló a su lado.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

—No siento nada de nada en la pierna izquierda. En cambio la derecha parece que la tengo bien.

Miró a Dirk con aprensión.

—¿Qué tipo de dolor es?

—Bastante leve, la verdad, pero necesitaré ayuda para volver al barco.

Ambos sabían que para ponerse bien era imprescindible recibir tratamiento inmediato en una cámara hiperbárica. Summer tenía la suerte de que en el *Alexandria* hubiera una, probablemente la única en cientos de millas a la redonda. Aun así, Dirk pensó que si no lograban llegar al barco sería como si la cámara estuviera en la luna.

Echó un vistazo a un promontorio rocoso que se erguía por encima de la playa.

—Voy a subir rápidamente a esa montaña. Quiero ver dónde está el barco y calcular nuestras opciones.

—Te espero aquí —dijo Summer con una sonrisa forzada.

Dirk cruzó la playa en un santiamén y se lanzó corriendo por la árida cuesta. El suelo pedregoso se le clavaba en los calcetines. Lamentó haberse quitado los zapatos al salir del sumergible a nado. La ladera era abrupta. Pronto obtuvo un amplio panorama de la costa circundante.

Lo primero que miró fue el mar, donde no tardó casi nada en localizar el *Alexandria*. Era un pequeño punto en la distancia, atracado, supuso, sobre el lugar donde se había hundido el sumergible. Calculó que tendría que recorrer ocho kilómetros de costa para alcanzar una posición desde donde pudiera verle la tripulación. Al volverse hacia el interior, se fijó en una pequeña cordillera de colinas baldías que formaba parte de la Reserva Especial de Cape Sainte Marie. Este gran parque nacional, creado como santuario animal, ofrecía pocos servicios más allá de unos cuantos caminos y lugares de acampada.

Al volver la mirada hacia el este, le sorprendió bastante avistar a dos o tres millas un barco que salía de una pequeña ensenada. Junto a la nave había unos cuantos edificios, y cerca un dragador anclado. Pensó en la patrullera que había embestido el sumergible, pero al escrutar la ensenada no vio ningún indicio de ella.

Al no ver más señales de civilización, volvió corriendo a la playa.

—¿Qué noticia quieres, la buena o la mala? —le preguntó a Summer, a quien encontró sentada, escarbando en el montículo de arena con un trozo plano de madera.

—Soy optimista por naturaleza. Dime la buena.

—El *Alexandria* no nos ha abandonado. Por desgracia creen que aún estamos a bordo del submarino. Me parece que han echado el ancla encima de donde nos hundimos. El plan B consistiría en que yo caminase por la playa ocho o diez

kilómetros e intentase llamar su atención desde la orilla.

—No he pillado el plan A.

—A menos de cinco kilómetros de aquí hay una ensenada que tiene hasta instalaciones portuarias y un carguero.

—¿Y una patrullera con el morro torcido?

—No, ninguna patrullera. Puedo llegar en una hora y llamar al *Alexandria*. Dentro de nada estarías echándote una siestecita en la cámara de descompresión del barco.

—Pues venga, el plan A.

Dirk le puso una mano en el hombro.

—¿Seguro que aquí estarás bien?

—Sí, mientras no se le ocurra compartir la madriguera.

Summer señalaba a la vieja tortuga. Desde que estaban despiertos, el gran reptil se había desplazado menos de veinte metros y estaba echado en la arena, esparciéndola con las aletas.

—Imposible, no llegaría a tiempo.

Dirk se volvió y se fue por la playa. El sol de la mañana ya requemaba el suelo arenoso, así que siguió la línea de costa, donde la brisa marina refrescaba un poco. Estaba cada vez más acalorado y con la garganta seca, y sentía verdaderas ansias de beber. Sabía que estaba deshidratado, lo cual no hacía más que empeorar su letargia, pero lo apartó de sus pensamientos y se concentró en caminar lo más deprisa que le permitían sus piernas débiles y sus pies descalzos.

La playa, que era estrecha, terminaba de golpe en un risco de caliza proyectado sobre el mar. Dirk tuvo que meterse tierra adentro hasta que la pared de roca se hizo más pequeña y le permitió trepar por una breve cuesta. La parte superior del risco era plana y se fundía con una serie de lomas que continuaba unos tres kilómetros hasta llegar a la ensenada. La superestructura blanca del carguero atracado se asomaba como un espejismo sobre un lejano caballón de arena.

Caminó más deprisa al recordar el estado de Summer. Hacía menos de doce horas que se habían escapado del sumergible, por lo que sus posibilidades de recuperarse del todo seguían siendo buenas, siempre a condición de que pudiera llegar pronto a la cámara. La preocupación de Dirk le hizo seguir hasta que cuarenta minutos más tarde llegó a una pequeña elevación. Justo debajo estaba la laguna rodeada de colinas que escondían el barco y las instalaciones portuarias.

Al bajar por la colina situada más al oeste, vio que era un complejo muy básico, con solo dos estructuras permanentes. Cerca del lado de tierra había un edificio pequeño que parecía tener usos residenciales, y al otro lado del muelle, un almacén. Entre uno y otro se extendía un gran toldo de metal que Dirk había confundido con otra edificación. El toldo recorría el muelle en toda su extensión, dando sombra a

varias montañas de sedimentos granulares. Al principio pensó que era sal de alguna marisma de la zona, pero luego se fijó en su color gris.

El carguero, de dimensiones medianas, ocupaba todo el muelle, justo enfrente. Dirk no pudo leer el nombre, pero observó que su chimenea amarilla llevaba la imagen de una flor blanca. Unos cuantos hombres subían al barco una de las montañas de mena con cargadores frontales y una cinta transportadora.

La maquinaria pesada, a la que se sumaba el ruido de un generador, creaba un gran estruendo que hacía vibrar el aire. Por eso nadie reparó en que Dirk bajaba de la colina y se acercaba al almacén, que estaba abierto. Vio que dentro había un mecánico ocupado en revisar un pequeño motor. Dio unos pasos por el interior y se paró de golpe.

Había visto con el rabillo del ojo otra embarcación en la laguna. Dado que el carguero ocupaba toda la extensión del muelle, la segunda nave se había visto obligada a atar sus amarras al otro lado del mercante. Por eso Dirk no la había visto al bajar de la colina, pero los remolinos de la laguna la habían desplazado hasta dejar visible su proa, incluida una muesca reciente en el casco, con restos de pintura amarilla. La patrullera.

Dentro del almacén el mecánico levantó la cabeza y, al ver a Dirk, le miró de modo extraño y gritó algo. Poco después llegó corriendo desde el fondo un joven con uniforme verde de faena y un AK-47 con la que apuntó a Dirk en el pecho. Su boca profirió un torrente de palabras en un dialecto que Dirk no entendió. La intención, sin embargo, estaba clara.

Dirk contempló con incredulidad al hombre armado. Después abrió las manos y levantó los brazos lentamente.

Para no obsesionarse con su pierna inmóvil, Summer pensó en otra cosa. Tras mirar fijamente a la tortuga estrellada, que proseguía su pesado avance por la playa, contempló con tristeza el mar vacío y, finalmente, centró sus reflexiones en el objeto enterrado en el montículo contra el que había dormido.

La tela que había destapado Dirk era gruesa y engomada. A la luz del día, Summer vio que el montículo tenía una forma claramente alargada, formada por el objeto enterrado en su interior. Examinó el material y pasó una mano por las letras, negras y descoloridas.

Barbarigo. Las resonancias italianas de aquella palabra picaron su curiosidad. Usando como pala el trozo de madera, apartó la arena encima del nombre y destapó un apretado rollo de caucho. Se notaba que en algún momento había estado inflado. Al excavar un poco más vio que era una balsa de goma, vieja pero bien conservada gracias a las capas de arena acumuladas sobre ella.

Empezó a excavar al otro lado del caucho, hasta que en poco tiempo encontró un objeto duro y plano. Al quitar la arena vio que era un banco de madera noble, sin duda uno de los de la balsa: otro indicio acerca de su antigüedad. En la arena asomaba una pequeña cinta azul que llamó su atención. Apartó cuidadosamente la arena con las manos y destapó algo más hecho de tela. Era un objeto redondo. Vio que se trataba de una gorra de marino. Al estirla suavemente la liberó de la arena, pero de pronto la dejó caer, aguantándose un grito.

Debajo de la gorra le enseñaba los dientes la calavera del dueño.

El almacén contenía un pequeño taller y varias mesas de trabajo con pertrechos de carpintería. En una pared se sucedían varias hileras de aceite de engrasar y combustible diésel, cerca de un gran generador en marcha. También había una pequeña carretilla y dos quads aparcados al lado de la entrada, junto a una caja de herramientas abierta. Era un espacio poco iluminado, pero al que prestaban calidez las notas de un grupo africano de percusión que sonaban a todo volumen en un reproductor de CD.

Dirk no perdió detalle cuando lo obligaron a entrar y ponerse contra una pared de chapa ondulada. El mecánico y el hombre del fusil conversaron un poco en un idioma que supuso que sería malgache. Luego el mecánico salió corriendo para informar de la presencia del intruso.

El del fusil se apostó junto a la mesa del motor desmontado y se balanceó sobre sus pies sin apartar el arma de Dirk. Era joven, diecisiete años a lo sumo. Llevaba el pelo largo y su postura era encorvada, arisca. Se veía rápidamente que no tenía

formación militar. Su uniforme de faena estaba manchado de grasa, al igual que sus dedos. Dirk supuso que su principal trabajo era el de ayudante de mecánico, y que lo complementaba con labores de vigilancia.

Con gesto relajado, Dirk se acercó una mano abierta a la boca y la movió como si bebiese.

—¿Agua? —preguntó con voz ronca—. *L'eau?*

El vigilante le observó con atención. El ingeniero naval de la NUMA no llevaba ningún arma visible. Tenía el pelo lleno de arena, el mono polvoriento y los pies descalzos, solo con unos calcetines sucios y rotos. Salido en tal estado del desierto, parecía cualquier cosa menos un peligro.

Algo más relajado, el vigilante se volvió hacia la mesa de trabajo, donde había un taburete con una mochila caqui. Sacó una cantimplora del bolsillo lateral y se la arrojó a Dirk.

Éste desenroscó el tapón y engulló varios tragos de agua. Estaba caliente y no sabía muy bien, pero con mucho gusto habría ingerido varios litros. Sonrió al vigilante y saboreó unos cuantos tragos más.

—Gracias —dijo al enroscar la tapa.

Avanzó con cautela y tendió su largo brazo para devolver la cantimplora. Primero el vigilante vaciló, pero después se acercó con la mano en alto, la que no sujetaba el fusil. Dirk esperó a que los dedos del joven estuvieran a punto de tocar los suyos. Entonces soltó la cantimplora.

El chico se abalanzó hacia ella, pero se le escapó y cayó al suelo. Luego, pensándolo mejor, se incorporó, pero en ese momento recibió un gancho izquierdo en la mejilla. Se tambaleó hasta chocar con la mesa. Aun así levantó rápidamente el arma.

Sin darle la oportunidad de disparar, Dirk se arrojó sobre él y encajó el arma entre ambos cuerpos. El vigilante quiso dar media vuelta y asestarle un puñetazo, pero no era lo bastante fuerte.

Ignorando el arma con que le apuntaban a la cara desde cerca —unos centímetros—, Dirk agarró al muchacho por el uniforme y se pegó a él para desviar el cañón, mientras su otra mano palpaba el tablero de la mesa hasta que tocó un objeto duro y metálico que levantó y descargó en el cráneo del vigilante. Hicieron falta tres golpes para que el joven se cayera al suelo, desmadejado.

Al mirarse la mano, Dirk vio un pistón y una biela del motor desmontado.

—Impactante —murmuró antes de lanzarlos a la mesa.

Corrió hacia uno de los quads aparcados al lado de la puerta. Todos llevaban un pequeño remolque de malla para transportar piezas y equipamientos, pero lo más importante era que tenían puestas las llaves de contacto. Montó en uno y giró la llave. Justo cuando el motor se ponía en marcha, aparecieron tres hombres en la puerta.

Dirk extendió el brazo y arrancó el cable de encendido del quad de al lado, a la vez que giraba el acelerador del suyo. El pequeño vehículo dio un salto hacia delante y salió disparado hacia la puerta abierta. Dirk se topó con el mecánico de antes, que había vuelto en compañía de un estibador y un hombre con ropa militar, armado con una pistola. Aceleró directamente hacia ellos.

El mecánico saltó hacia la derecha, mientras los otros le esquivaban por la izquierda y desaparecían por la esquina. Con el remolque saltando como loco a sus espaldas, Dirk salió a toda velocidad del almacén y regresó a la luz del sol. Girando a la izquierda el manillar, dobló la esquina y empezó a perseguir a los dos hombres. El estibador le esquivó en el último segundo, pero el del uniforme vaciló, y el pronunciado guardabarros del quad le derribó de un golpe en la pierna. Dirk tuvo que girar a la derecha para no chocar con una pared de bidones de combustible. Como consecuencia el remolque vacío salió disparado hacia el hombre que se había caído al suelo, el cual gritó al ser atropellado por los neumáticos y quedar cubierto de polvo.

La esperanza de Dirk, que era dar media vuelta, dejar atrás el almacén y regresar a la playa, se vio frustrada cuando el estibador salió del edificio con el fusil de asalto.

Reprochándose no haber cogido el arma, giró bruscamente hacia la izquierda y se fue por el muelle. Esperaba una descarga de plomo, pero no la hubo. Pronto supo por qué.

Justo delante, media docena de operarios manejaban el sistema de transporte. El estibador no había querido disparar contra sus compatriotas. Dirk mantuvo el mismo rumbo para alejarse de su perseguidor armado, pero al final no tuvo adónde ir. Al fondo, la cinta transportadora bloqueaba toda la anchura del muelle, y a su izquierda se erguían altas montañas de mena gris.

Se acercó al muelle, señalado por los operarios de la cinta, que empezaron a gritar. Iba tan lanzado hacia la cinta que parecía que quisiera suicidarse. El propio Dirk llegó a pensarlo, pero no había otra opción. Fue adquiriendo más velocidad a lo largo del muelle y no cambió de dirección hasta que estuvo a pocos metros de la cinta. Mientras los operarios se refugiaban detrás de la rampa, giró bruscamente a la izquierda.

Los neumáticos perfilados del quad, hechos para ir a campo traviesa, derraparon en la arena del muelle en el momento del giro. Después, cuando Dirk giró hasta el tope el acelerador, las cuatro ruedas empezaron a tomar agarre, y el quad salió disparado hacia la montaña de mena que estaban cargando en el barco. Dirk estuvo a punto de caerse del asiento por el impacto de las ruedas delanteras con la base de la pila, pero el quad demostró su temple al escalar directamente la montaña, pasar como un rayo junto a un cargador frontal en punto muerto y dejar atrás el lado de carga de la cinta. A unos seis metros de altura empezó a perder impulso. Entonces Dirk giró las ruedas delanteras hacia la derecha y estuvo a punto de volcar, pero el remolque le

sirvió de ancla y le ayudó a completar la media vuelta.

Uno de los operarios corrió pegando gritos mientras Dirk bajaba por el otro lado, dejando atrás el otro extremo de la cinta. Tras él cayó una pequeña avalancha de mena sobre el muelle, e hizo que el resto de los operarios corrieran en busca de refugio. Al chocar a toda velocidad con el suelo, el quad dio un gran salto y aterrizó sobre las cuatro ruedas. El remolque, menos artístico, se desenganchó, se estrelló en el carguero y acabó en el agua.

Dirk tuvo que imprimir un giro brusco a la izquierda a su vehículo para evitar la misma suerte. Entre frenazos y derrapes que a duras penas permitían mantener el volante entre las manos, el quad se balanceó hasta que una de las ruedas traseras chocó con un bolardo, impacto que rectificó su rumbo. Entonces Dirk aceleró a fondo por el muelle.

Veía ante él la libertad del desierto, en un hueco entre el muelle y el bloque residencial, pero justo entonces apareció por la esquina de este último otro quad. Dirk frenó un poco y saludó con la mano al adelantar al otro conductor, en quien reconoció al individuo burlón con arma y uniforme verde de la patrullera. El sicario clavó en él una mirada inexpresiva, en la que de pronto se encendió una chispa de reconocimiento. Para entonces, sin embargo, Dirk había dado más gas y pasaba volando junto al edificio.

Al otro lado del muelle decenas de hombres corrían hacia ellos, gritando y señalando. El sicario hizo un giro de ciento ochenta grados y emprendió la persecución.

Detrás de la laguna se erguían las rocas de un acantilado, que obligaron a Dirk a subir por una montaña menos abrupta, paralela al muelle. Una salva de balas disparada a sus espaldas perforó la ladera. Dirk subió en zigzag, generando una nube de polvo que dificultaba ver su recorrido. Muy inclinado, siguió exigiendo el máximo al quad hasta llegar a la cima y desaparecer al otro lado.

Mientras giraba hacia la playa, echó un vistazo por encima del hombro. El del uniforme le pisaba los talones. Estaba a menos de cincuenta metros.

Aceleró para atravesar el cauce seco de un arroyo. Antes, al cruzarse con el otro quad, había visto una funda de pistola en el cinturón del conductor. Una vez más se veía indefenso frente a un hombre armado, aunque al menos esta vez tenía el quad, y sabía adónde ir.

El del uniforme tenía una funda, en efecto, y dentro de ella una pistola cargada que sacó con una mano en el momento en que los dos vehículos llegaron a una zona plana de arena. Mientras conducía y aceleraba con la derecha, usó la izquierda para realizar una serie de disparos al azar que en ningún caso se acercaron al blanco.

Al mirar por encima del hombro, Dirk vislumbró el arma y empezó a serpentear con el quad, que, si hasta entonces ya levantaba grandes nubes de polvo, a partir de

ese momento hizo brotar anchas paredes de color marrón que esporádicamente le brindaban protección.

La maniobra, sin embargo, también dio pie a que su perseguidor recortara las distancias y quedara a solo veinte metros, tosiendo por el polvo. Dirk giró a la izquierda por el plano de una elevación que dominaba la playa, y por un momento perdió a su acompañante en la humareda. Cuando el del uniforme verde salió de la nube, pudo ver a Dirk con claridad y disparar dos veces contra él. Uno de los disparos acertó.

Dirk oyó reventarse uno de los neumáticos traseros con una fuerte detonación. El neumático roto empezó a traquetear ruidosamente. Dirk se aferró con todas sus fuerzas al manillar para no perder el control.

Podía darse por muerto. El del uniforme verde podía adelantarle o ponerse a su lado y acabar con él sin problemas, de un solo disparo. Tras sopesar sus opciones se dispuso a dar media vuelta y forzar un choque, pero en ese momento vio huellas en la arena que iban hacia el interior. Eran las suyas, las de hacía unas horas, e indicaban un posible contraataque que tal vez le diera una oportunidad.

La arena dejó paso a roca polvorienta que se ondulaba cuesta arriba. La inclinación gradual ocultaba la proximidad del precipicio por el que Dirk había trepado esa misma mañana, y que esperaba usar en su provecho.

En aquella superficie pedregosa los quads no levantaban tanto polvo, así que Dirk no tuvo más remedio que hacer una arriesgada maniobra: en vez de esquivar a su perseguidor, se le cruzó por delante, desesperado por enturbiar su visión.

Al pasar por encima de sus huellas anteriores redujo la velocidad. Un segundo después vio dibujarse el borde del precipicio. Vaciló y dejó acercarse al sicario antes de cambiar de marcha y frenar bruscamente. Las ruedas perfiladas del quad derraparon por la piedra. Dirk pasó una pierna por encima del sillín, soltó el manillar y saltó.

El quad de Dirk, que no podía estar a más de tres metros del borde, recuperó su impulso y saltó. El del uniforme verde llegó unos segundos después y vio el precipicio demasiado tarde. Frenó de golpe y levantó el manillar con los nudillos blancos, pero no le sirvió de nada: el quad derrapó por el borde y salió lanzado por el precipicio, mientras su conductor volaba gritando por los aires.

Dirk se había perdido el espectáculo. Después de saltar de su quad se había encogido para resistir el choque con la tierra dura. Tras rodar varias veces, resbaló hacia el precipicio con los pies por delante e hincó los dedos en la tierra, mientras sus piernas se quedaban colgando en el borde. Se detuvo justo a tiempo. Con la cabeza a punto de estallar, levantó la parte inferior de su cuerpo y se quedó tumbado de espaldas, recuperándose.

Notaba en su cuerpo contusiones y arañazos, pero había conseguido no romperse ningún hueso. Al cabo de un minuto se puso en pie y miró por el borde.

Su quad estaba diez o doce metros más abajo, con el morro clavado en el suelo y el resto aplastado en vertical. Al otro quad, volcado a pocos metros, aún le giraban las ruedas. Al principio Dirk no vio al hombre del uniforme verde. Luego divisó una pierna inmóvil que sobresalía bajo el vehículo.

Caminó con cuidado por el precipicio para desentumecerse los brazos y las piernas. Al volver la vista hacia las instalaciones portuarias vio cierto movimiento, una pequeña patrulla que se aproximaba a pie. Justo detrás, en la embocadura de la laguna, vio que la patrullera ponía rumbo al mar. Pensó que se estaban tomando muy en serio el robo del quad.

Siguió sus huellas de la mañana hasta llegar a una pequeña hendidura que le permitió bajar hasta la base del precipicio. En el lugar del impacto encontró el otro quad al revés, abollado pero casi intacto. Tras clavar los pies en el suelo, arrimó el hombro a un lado del vehículo y empujó hasta dejarlo de nuevo apoyado en sus

ruedas. El cuerpo destrozado de su conductor estaba incrustado en la arena, con una torsión innatural en la espalda y la cabeza.

Se guardó la pistola en el bolsillo y se montó en el quad. El sillín y el manillar estaban torcidos, y se habían caído dos guardabarros, pero la transmisión parecía intacta. Al pulsar el botón de arranque oyó chirriar el estárter. Mientras el vehículo estaba al revés se había vaciado el conducto de la gasolina, así que el motor no se puso en marcha hasta después de varios intentos. Entonces Dirk dio gas y el quad empezó a rodar, lanzando arena con los neumáticos, que ya no estaban protegidos.

Al llegar al final de la playa aparcó al lado de la pequeña cresta. Summer apareció en medio, a través de un gran agujero, y le saludó con la mano. Tras meterse en ella, había excavado casi un tercio de la balsa de goma.

Dirk bajó del quad en punto muerto y corrió hacia su hermana.

—¿Estás bien?

—Muy bien, menos la pierna insensible.

Summer reparó en lo amoratado que estaba Dirk y en lo abollado que traía su quad.

—Me ha parecido oír un choque. ¿Qué ha pasado?

—Que he tenido un rifirrafe con un conocido. —Dirk señaló con el pulgar por encima del hombro—. Los de aquel puerto son los mismos que nos embistieron. Les he cogido prestado un quad y no se lo han tomado muy bien.

Summer reparó en la urgencia de su mirada.

—¿Tenemos que irnos?

—Creo que sería buena idea.

Dirk levantó a su hermana del suelo y la llevó al quad.

—Espera —dijo ella—. El diario de a bordo del *Barbarigo*.

Dirk la miró sin entender nada.

—Esto de aquí es una balsa de goma enterrada en la arena. Era de un barco que se llamaba *Barbarigo*. He encontrado un libro envuelto en hule debajo del banco —explicó Summer señalando el montículo—. No puedo leerlo porque está en italiano, pero parece un diario de a bordo.

Dirk se acercó a la balsa medio sepultada, y al meter la mano se quedó de piedra: tenía delante un esqueleto totalmente desenterrado. Segundos antes, por alguna razón, no lo había visto. El tronco reposaba cerca de un banco sobre el que estaba el diario de a bordo, envuelto en hule. Lo cogió, subió al quad detrás de Summer y le dio el libro.

—No me habías dicho que el autor aún estuviera por aquí.

—Hay al menos dos cadáveres más. Tenemos que decirle al arqueólogo del barco que examine este yacimiento.

Dirk la cogió por la cintura y giró el acelerador.

—Otro día, quizá.

Dejando atrás los huesos y la playa, subieron por una cresta que se adentraba en el mar. Desde su cima se veía curvarse la costa de enfrente, una gran extensión de arena sin relieve. El casco turquesa del *Alexandria* se mecía con el oleaje a varias millas de distancia. Con la vista en el suelo, Dirk bajó de la cresta lo más deprisa que se atrevió, consciente de que el estado de Summer le dificultaba permanecer sentada.

Fue Summer la primera en ver la embarcación, una pequeña zódiac que seguía una ruta paralela a la playa. Una vez que los neumáticos del quad llegaron a la parte llana de arena, Dirk aceleró al máximo. La zódiac se alejaba, pero enseguida recortaron las distancias. Dirk usó la aguda bocina del vehículo para captar la atención de Jack Dahlgren, que era quien pilotaba la zódiac, junto con un marinero de la NUMA. Unos y otros convergieron: Dirk acercó el quad al rompiente, y Dahlgren la zódiac a la arena.

—De ruta turística con todas las comodidades, ¿eh? —ironizó Dahlgren a modo de saludo.

Los ojos del texano no podían disimular el alivio de haberlos encontrado.

—La verdad es que no queríamos que fuera tan larga —dijo Dirk—. ¿Permiso para subir a bordo?

Dahlgren asintió con la cabeza y arrimó la zódiac al quad.

—Summer ha perdido la sensibilidad en la pierna izquierda —explicó Dirk—. Creemos que es la enfermedad del buzo.

Dahlgren bajó del quad a Summer, que seguía aferrada al diario de a bordo del *Barbarigo*, y la depositó en el bote hinchable.

—En el *Alexandria* todos se morirán de ganas de saber qué ha pasado. Nos habíamos quedado preocupadísimos al encontrar el submarino en el fondo y sin vosotros. Me imagino que en la cámara os sobrará tiempo para ponernos al día.

Tuvo que sentarse y arrancar el motor para evitar que una ola inundase la zódiac. Al volverse de nuevo hacia el quad, se fijó en que Dirk tenía el mono roto y el cuerpo lleno de cardenales.

—Perdona que te lo diga, pero parece que hayas estado bailando *country* con un motocultor.

—Si te sirve de consuelo, es como me siento —dijo Dirk.

—¿No quieres aparcar el quad en algún sitio más seco?

—No, es que el dueño me ha estado dando la lata por haberlo tomado prestado. Propongo ir lo antes posible al *Alexandria*.

Dahlgren aceleró el motor fuera borda y puso rumbo al barco de investigación. Dirk escrutó el horizonte hasta localizar la patrullera, que se acercaba a ellos a gran velocidad. Al cabo de un instante, un estruendo sordo silenció el zumbido del motor, y sobre la zódiac cayó una sombra. Al mirar hacia arriba, Dirk vio cernerse sobre

ellos un C-130 que volaba bajo; estaba pintado de gris y llevaba en la cola los colores de la bandera de Sudáfrica. Dahlgren les hizo señas con la mano y ralentizó la zódiac para que se le oyera por encima del motor.

—Es el avión de búsqueda y rescate que pedimos en Pretoria. Ya era hora de que apareciesen. Supongo que será cuestión de avisarles de que estáis sanos y salvos.

Sacó una radio e informó al *Alexandria* de la aparición de Dirk y Summer.

Mientras esperaban a que el mensaje fuera retransmitido al avión, Dirk dio unos golpecitos en el hombro a Dahlgren y señaló la patrullera que se aproximaba.

—Llama otra vez y pregúntale al avión si podría pasar por encima de esos tíos. Diles que sospechamos que forman parte de una organización pirata local.

—Me parece que la jurisdicción de la FAA, la administración federal de aviación, no llega hasta estas aguas —dijo Dahlgren antes de transmitir el mensaje.

El C-130 ya se había reducido a un punto en el horizonte, pero dio media vuelta y empezó a crecer. El piloto bajó hasta quedar a apenas quince metros de las olas. Se acercó a la patrullera por la popa, pillando por sorpresa a la tripulación. Varios hombres armados se echaron en cubierta mientras el rugido de los motores de turbohélice envolvía el barco.

El avión pasó de largo, giró lentamente e hizo otra pasada por la manga de la patrullera. Esta vez algunos de los tripulantes más valientes blandieron las armas, pero nadie disparó una sola bala. Impertérrito, el piloto del C-130 hizo tres pasadas más, cada una más baja que la anterior. La patrullera aceptó el mensaje y se fue a regañadientes hacia la costa. El C-130 la persiguió un momento, por si acaso, y se mantuvo a baja altura durante casi una hora antes de volver por donde había venido.

—Recuérdame que mande una caja de cerveza a las fuerzas aéreas sudafricanas —añadió Dirk mirando a Dahlgren.

Unos minutos después llegaron al *Alexandria*, y al ser conducidos a bordo Dirk y Summer se llevaron la sorpresa de ver su maltrecho sumergible en la cubierta de popa.

—No tardamos nada en encontrarlo con el sónar. Pudimos repescarlo con un ROV —dijo Dahlgren—, y al no encontraros dentro volvimos a buscar por la costa.

Al subir a bordo, los mellizos recibieron una cálida acogida, pero cuando depositaron a Summer en una camilla percibieron un nerviosismo general del que no se salvaba ni siquiera Dahlgren. El médico del barco los condujo a toda prisa a la cámara de descompresión, preparada ya con alimentos y material médico.

Dirk quiso escabullirse, pero el médico mandó que entrase, como precaución. Antes de que se cerrase la escotilla, Dahlgren asomó la cabeza para asegurarse de que estuvieran cómodos.

—Quizá no sea buena idea quedarse en esta zona —dijo Dirk—. Antes de nuestro encontronazo con la patrullera, conseguimos plantar todos los sensores sísmicos. Ya

nos ocuparemos en otra ocasión de los matones.

—El capitán ya está haciendo los preparativos para ir a toda máquina hacia Durban.

Dahlgren lo dijo con una expresión seria y estudiada.

—¿Por qué hacia Durban? Creía que nuestro siguiente destino era Mozambique.

Al otro lado de la cámara, el médico gritó que sellaran la escotilla.

—Lo siento, pero hay malas noticias —dijo Dahlgren—. Tu padre y Al han desaparecido en el Pacífico.

La pesada escotilla de metal se cerró antes de que Dirk hubiera podido asimilar aquellas palabras. Los hermanos volvieron a someterse a la presión de las profundidades.

También Pitt tenía la sensación de estar en una cámara, pero en su caso era la de los horrores.

La húmeda cárcel que compartía con los demás en el *Adelaide* le producía cada vez más claustrofobia. El ascenso diurno de la temperatura exterior había convertido la bodega en un horno asfixiante, y por si fuera poco el calor intensificaba los hedores generados por los prisioneros y los dos cadáveres.

Estaba hambriento a todas horas, aunque agradecía que les dieran mucha agua de beber. Cada cierto tiempo se abría la escotilla y dos hombres armados les tiraban cajas de pan y otras conservas de la cocina del barco. Para los prisioneros, las breves ráfagas de aire fresco eran casi tan valiosas como la comida.

Pitt y el equipo de las fuerzas especiales habían intentado formular un plan de huida, pero las opciones eran nulas. En aquella bodega no quedaba ninguna herramienta o mobiliario para salir por la fuerza. Constataron que la escotilla, además de cerrada, estaba vigilada a todas horas, y sus diversas tentativas de forzar el tirador o las bisagras habían provocado siempre golpes de cañón al otro lado. Cada vez que se abría la escotilla para la entrega de agua y comida, había al menos dos hombres con fusiles de asalto.

Observando que los panecillos que habían recibido para alimentarse habían adquirido la dureza del granito, Giordino propuso atacar con ellos a los guardias.

El amigo de Pitt se había recuperado con gran celeridad de su herida, que por algún motivo no daba señales de infectarse. Después de dormir casi tres días seguidos, Giordino se había despertado con un vigor irritable, y a pesar de lo espartano de la dieta no había tardado en recuperar sus fuerzas.

La mayoría de los hombres se habían resignado al cautiverio, salvo unos pocos que empezaban a perder el control. Hubo peleas entre los marineros del *Adelaide*, y alguno sufrió un ataque histérico y se puso a gritar. Al observar que las revoluciones del motor del barco disminuían, señal de que llegaban a aguas resguardadas, Pitt sintió una mezcla de preocupación y gratitud.

Había contado las horas transcurridas desde su reclusión y calculó que, navegando a dieciséis nudos, el *Adelaide* podía haber recorrido casi cuatro mil millas; es decir, que podían estar tanto en Alaska como en Perú. La calidez de las temperaturas, sin embargo, parecía indicar zonas ecuatorianas. Estimó que si el barco había mantenido su rumbo sudeste, podían estar frente a las costas del sur de México o de Centroamérica.

La confirmación tardó poco en llegar, después de que el barco hiciera varias paradas acompañadas por sonidos de actividad portuaria. Finalmente el buque reanudó su viaje y navegó tres horas más hasta quedar definitivamente estacionado.

Poco después sacaron a los prisioneros del compartimento.

De aquella bodega calurosa y húmeda pasaron a una cubierta con tanto de lo uno como de lo otro. El barco estaba amarrado por la proa a una dársena rodeada en tres de sus costados por una frondosa selva. Solo una pequeña mancha azul a popa indicaba su procedencia de aguas abiertas a través de una ensenada cuya anchura apenas permitía el paso del mercante.

La luz de la mañana era de una intensidad hiriente. Pitt, sin embargo, observó que no se veía el sol.

—Por aquí hay alguien muy aficionado a la selva —dijo Giordino señalando hacia arriba.

Pitt hizo pantalla con la mano y vio un dosel de árboles que los cubría. Tardó varios segundos en darse cuenta de que era una enorme extensión de red de camuflaje que tapaba enteramente el muelle.

—Igual es que está obsesionado con la intimidad —dijo.

Al mirar el *Adelaide* vio confirmadas sus sospechas: le habían pintado un nuevo nombre, *Labrador*, y la chimenea y la baranda tenían otros colores. Los secuestradores estaban muy versados en el robo y la ocultación a gran escala.

Llevaron a los prisioneros a una pasarela y los hicieron bajar a tierra, donde los recibió una fila de hombres armados y con uniforme, acompañados en más de un caso por perros guardianes. Como los cautivos se quedaron varios minutos en el muelle, Pitt y Giordino tuvieron tiempo de examinar las instalaciones. Era un puerto modesto, consistente en dos grúas pequeñas y un sistema de cintas de transporte. Detrás había varias plataformas grandes de hormigón, cubiertas por una capa de sedimentos grises: los puntos de traslado de mena en bruto y elementos de tierras raras procesados que llegaban o salían de las instalaciones. Más allá de los muelles se asomaban por el follaje varios edificios de poca altura. Pitt sospechó que eran plantas de separación y extracción usadas para refinar los minerales de tierras raras robados.

El traqueteo de un pequeño motor precedió la aparición de un carrito de golf. Lo conducía un hombre rubio y musculoso, con el uniforme hecho a medida y una pistola enfundada en el cinto, de cuyo lado opuesto colgaba un látigo enrollado. Pitt se fijó en que los guardias se tensaban al verle.

—Parece un domador de leones —susurró Giordino.

—De un circo del que no quiero formar parte —replicó Pitt.

El capataz, Johansson, cruzó el muelle y habló con Gómez, que había bajado del barco con los prisioneros. Los ojos del sueco brillaron de satisfacción al examinar el barco.

—Va cargado en toda su capacidad de monacita triturada —dijo Gómez—. Las pruebas han confirmado altas concentraciones de neodimio, cerio y disprosio.

—Estupendo. Las instalaciones de extracción estaban esperando nuevo material.

Haremos que los nuevos prisioneros descarguen la mena.

—¿Y el barco?

—No sería una mala incorporación a la flota. Averigua qué reconfiguraciones hacen falta para borrar su identidad y lo hablaremos con Bolcke cuando esté descargado.

Johansson dio la espalda a Gómez para examinar a los nuevos cautivos; lo hizo con una mirada cáustica, y prestó especial atención a las fuerzas de asalto.

—Bienvenidos a Puerta del Infierno —dijo—. Ahora sois de mi propiedad. — Señaló con un brazo las construcciones de detrás del muelle—. Esto es un centro de refinamiento de mena. Recibimos mena en bruto y de su procesamiento obtenemos varios minerales de alto valor. Vais a participar en el proceso. Si trabajáis duro, viviréis. Si no os quejáis, viviréis. Y si no intentáis escapar, viviréis. —Miró atentamente a la hilera de hombres debilitados—. ¿Alguna pregunta?

Un marinero del *Adelaide* que lo había pasado mal durante el cautiverio carraspeó.

—¿Cuándo nos soltarán?

Johansson se acercó tranquilamente y le sonrió. Después, como quien no quiere la cosa, desenfundó su pistola y le pegó un tiro en la frente. El ruido del hombre al caer de espaldas en el agua, muerto, alborotó a una bandada de aves selváticas en las proximidades.

Los otros cautivos se quedaron atónitos, sin decir nada.

Johansson sonrió.

—¿Alguna pregunta más?

Enfundó su pistola en un silencio sepulcral.

—Muy bien, pues vuelvo a daros la bienvenida a Puerta del Infierno. Y ahora, a trabajar.

Cuando cesó el profundo latido del motor se oyó el murmullo de las olas que lamían el casco del remolcador. Ann, a quien había despertado la falta de ruido y vibraciones, se incorporó en la litera y estiró los brazos. Tras frotarse las muñecas, cuya piel tenía irritada por las esposas, se acercó a un pequeño ojo de buey en el mamparo de estribor.

Aún era de noche. Algunas luces dispersas dibujaban puntos en la orilla del río, aproximadamente a una milla, señal de que habían atracado en la ribera este. Estuvo segura de que el río era el Mississippi. Desde su punto de partida, Paducah, había una sola manera de viajar río abajo: seguir el Ohio hasta su confluencia con el Mississippi cerca de Cairo, en Illinois. Por la noche, al asomarse, había visto el resplandor de una gran ciudad y se había preguntado si sería Memphis. Vio pasar la silueta de un gran barco mercante que viajaba río arriba y supuso que estaban cerca de Nueva Orleans.

Después de lavarse la cara en una jofaina, volvió a buscar posibles armas en el diminuto camarote, práctica inútil que ya había hecho al menos veinte veces antes, pero que al menos le mantenía ocupada la cabeza. Nada más empezar a examinar una cómoda vacía oyó la cerradura. Cuando se abrió la puerta apareció Pablo con expresión pensativa y un bate de béisbol en las manos.

—Ven —dijo—, vamos a cambiar de barco.

Llevó a Ann a la cubierta del remolcador, donde le pasó el bate entre los codos y la espalda.

—Esta vez no habrá espectáculo de natación.

Con el bate firmemente sujeto en una mano, hizo que su prisionera bajara del remolcador. La contorsión hizo que a Ann le dolieran los hombros al poner los pies en un muelle poco iluminado. Pablo la llevó más allá de la barcaza, en cuya cubierta ya no estaba el tráiler, puesto que una grúa móvil lo había levantado. En el aire flotaban trozos de heno. Pablo y Ann siguieron a la grúa por unas vías que llevaban a un pequeño carguero. Con tan poca luz, Ann solo pudo vislumbrar el nombre del barco en el espejo de popa: *Salzburg*. Aunque no hubiera nadie en todo el muelle excepto el operario de la grúa, varios hombres armados se distribuían por la borda del carguero.

—Déjame ir, por favor —dijo exagerando el miedo.

Pablo se rió.

—Primero la entrega. Luego quizá puedas ganarte tu libertad —añadió con una mueca lasciva.

La hizo ir hasta la pasarela delantera del carguero y cruzar la cubierta. En su camino se interponía una gran antena rectangular sobre una plataforma con ruedas; junto a ella había un puesto de mando con generadores eléctricos y pantallas

informáticas donde un miembro de la tripulación comprobaba unos cables. Cuando pasaron levantó la cabeza, y su vista se cruzó fugazmente con la de Ann.

Ella le miró con sumisión, implorando ayuda con los ojos. Él sonrió.

—Cuidado, que no te cuezan —comentó.

Pablo empujó a Ann hacia la superestructura de popa y la hizo subir dos tramos de escalera para ir a los camarotes. El de Ann era un poco mayor que el anterior, pero con un ojo de buey igual de diminuto.

—Espero que los aposentos sean de tu gusto —dijo Pablo mientras le quitaba el bate de béisbol de los brazos—. Puede que durante el viaje podamos estar un rato juntos.

Salió del camarote y cerró la puerta con llave desde fuera.

Ann se sentó en el catre rígido, mirando el suelo con rabia. Aunque en presencia de Pablo hubiera fingido otra cosa, casi todos sus temores habían dejado paso a la ira. Era evidente que el carguero se iba del país y se llevaba el motor y los planos del *Flecha de los mares*. Le esperaban días o incluso semanas de cautividad en el camarote. En vez de lamentarse, reflexionó sobre cómo lo habían conseguido.

Su cerebro analítico se puso a trabajar y rumiar sobre los robos. A Pablo le había sido facilísimo apoderarse de los planos y el motor del *Flecha de los mares*. Tenían que haberle ayudado desde dentro. Así lo indicaba la participación de los dos hombres que la habían raptado antes de que Pablo los asesinara. ¿Y ella? ¿Por qué la habían secuestrado?

Solo pudo llegar a una conclusión: había estado a punto de identificar a la fuente. Se estrujó las meninges, repasando a todas las empresas y sospechosos posibles, y siempre volvía a Tom Cerny. ¿Sería posible que las indagaciones de Ann hubieran llegado al conocimiento del ayudante de la Casa Blanca?

Paseando por el camarote, reparó en que una esquina de la mesa estaba llena de quemaduras de cigarrillo, marcas que le hicieron pensar en el marinero y su extraño saludo.

—Que no te cuezan —repitió.

No se le iban las palabras de la cabeza. Su significado se le apareció de pronto como un relámpago.

—¡Claro! —dijo, enfadada al no habersele ocurrido antes—. Eso digo yo, que no me cuezan.

La manera más rápida de volver a Washington resultó ser un vuelo regular nocturno desde Durban con escala en Johannesburgo. Por la mañana, al bajar del avión en el aeropuerto Ronald Reagan, Dirk y Summer tenían cara de sueño. Lo llamativo fue que Summer caminó sin problemas por la terminal, entumecida por el viaje, pero sin ningún resto de la parálisis provocada por la enfermedad del buzo.

Al final, había sido su salvación ingresar a tiempo en la cámara de descompresión del *Alexandria*. Mientras el barco de la NUMA rodeaba a gran velocidad el extremo de Madagascar con destino a Durban, la presión ejercida sobre Summer y Dirk, equivalente a una profundidad de ciento veinte metros, había hecho desaparecer rápidamente la parálisis de Summer. Disminuyendo poco a poco la presión, el equipo médico del barco había conseguido disipar las burbujas de nitrógeno de sus tejidos; y dos días después, cuando los mellizos pudieron salir de la cámara, Summer comprobó que solo le quedaba un ligero dolor al caminar.

Dado que los viajes en avión podían agravar los síntomas, el médico del barco insistió en que no tomase ningún vuelo en las siguientes veinticuatro horas, que por suerte estuvieron ocupadas en su integridad por el rápido trayecto hacia Durban. Una vez fuera de la cámara, tuvieron tiempo de informar a los demás sobre su trabajo en el sumergible, inspeccionar los daños y reservar el vuelo de regreso, después de lo cual salieron raudos para el aeropuerto internacional Rey Shaka de Durban en cuanto el *Alexandria* tocó puerto.

Tras recoger su equipaje en el aeropuerto Reagan, tomaron un taxi que, cruzando las pistas, los llevó al hangar de su padre. Una vez dentro guardaron las maletas y se asearon en el apartamento de la planta superior.

—¿Tú crees que a papá le importaría que tomásemos prestado uno de sus coches para llegar lo antes posible a la oficina? —preguntó Summer.

—Siempre nos ha ofrecido conducir lo que queramos —dijo Dirk señalando un descapotable de dos plazas de color plata y burdeos aparcado junto a un banco de trabajo—. Antes de irse al Pacífico mandó un correo donde explicaba que acababa de poner a punto el Packard. ¿Por qué no nos lo llevamos?

Mientras Dirk comprobaba que hubiera bastante gasolina, Summer abrió una puerta del garaje. Su hermano se sentó al volante, quitó el freno de mano, ajustó el acelerador —una palanca en el volante— y pulsó el botón de puesta en marcha. El gran motor de ocho cilindros en línea se despertó con un murmullo. Lo dejó calentarse un poco antes de sacar el coche del hangar y esperó a que Summer cerrase la puerta con llave.

En el momento de saltar al asiento derecho con una bolsa de viaje, Summer no se fijó en que había una camioneta blanca aparcada al otro lado del solar.

—¿Y estos asientos tan originales? —preguntó.

La ajustada cabina del Packard descapotable albergaba dos asientos rígidos. El de Summer, el derecho, tenía una distancia permanente respecto al salpicadero que excedía la de Dirk en algunos centímetros.

—Más espacio para que el conductor gire y cambie de marchas a gran velocidad —aclaró Dirk señalando el cambio de marchas montado en el suelo.

—Yo encantada de tener más espacio para las piernas.

El chasis del Packard 734, fabricado en 1930, sostenía una de las carrocerías más insólitas de la marca, aerodinámica y con forma de barco. El maletero se estrechaba hasta acabar en punta, lo cual confería al automóvil un aspecto sumamente depurado. Con una rueda de recambio a cada lado, la carrocería ofrecía el contraste entre su reluciente cobertura metálica de peltre y el color burdeos de los guardabarros y de una tira a juego que lo recorría en toda su extensión. Los faros estrechos Woodlite de la parte delantera, sumados a un parabrisas inclinado, reforzaban la impresión de que el coche se movía incluso aparcado.

Dirk fue hacia el norte y, al entrar en la autovía George Washington, constató que el Packard no tenía problemas en seguir el tránsito. En diez minutos se plantaron en la sede de la NUMA, un edificio alto de cristal a orillas del Potomac. Dirk dejó el coche en el aparcamiento subterráneo. Un ascensor de empleados los llevó a la última planta y al despacho de Rudi Gunn, cuya secretaria los remitió al centro de recursos informáticos; y así, tres plantas más abajo, cayeron en la guarida tecnológica de Hiram Yaeger.

Encontraron a Gunn y Yaeger frente a una pantalla que ocupaba toda una pared, examinando fotos por satélite de un mar vacío. Despeinados y con ojeras, parecían no haber dormido en varios días, pero se animaron al ver a los hijos de Pitt.

—¡Qué alegría que hayáis vuelto! —los saludó Gunn—. Nos pegasteis un buen susto cuando desapareció vuestro submarino.

Summer sonrió.

—Para susto, el nuestro.

—Yo pensaba que tendrían que sedar a Rudi —dijo Yaeger—. ¿La pierna bien, Summer?

—Sí, perfecta. Yo creo que me ha dolido más venir en turista desde Johannesburgo que la enfermedad del buzo. —Antes de ir al grano miró unas tazas sucias de café sobre la mesa—. ¿Qué se sabe de papá y de Al?

Los dos hombres se pusieron serios.

—Por desgracia no hay muchas noticias —respondió Gunn.

Describió la misión de Pitt de proteger el carguero de mena, mientras Yaeger abría un mapa del este del Pacífico.

—Subieron al *Adelaide* a unas mil millas al sudeste de Hawái —dijo Yaeger—.

Estaba previsto que cuando se acercasen a la costa fuera a su encuentro una fragata de la marina que estaba de maniobras a la altura de San Diego y los acompañase a Long Beach, pero el *Adelaide* no apareció.

—¿Algún posible resto de naufragio? —preguntó Dirk.

—No —respondió Gunn—. Durante días hemos hecho que sobrevolaran la zona aviones de rescate de Hawái y del continente. La marina ha enviado dos buques, y hasta las fuerzas aéreas han mandado unos cuantos drones de reconocimiento de largo alcance, pero todos han vuelto sin novedad.

Dirk se fijó en una línea blanca horizontal que partía del borde izquierdo de la pantalla y acababa al cruzarse con una línea roja que salía de Hawái.

—¿Es el recorrido del *Adelaide*?

—El AIS marcó el itinerario hasta este punto, poco después de que tu padre subiera a bordo con las fuerzas especiales —dijo Yaeger—. A partir de entonces el AIS se apagó.

—¿Se ha hundido? —preguntó Summer con voz rota.

—No necesariamente —respondió Gunn—. Podría ser que hubieran desconectado el sistema de localización. Sería una medida obvia después de un secuestro.

—Hemos trazado un par de círculos grandes alrededor de la última posición transmitida, para ver dónde podría haber ido el barco. —Yaeger sustituyó el mapa del mar por dos fotos por satélite que dividían la imagen en dos, y a las que se superponía, en la parte inferior de la pantalla, una foto de archivo de un gran carguero verde con el nombre de *Adelaide*—. Estamos consultando las imágenes del satélite de la costa para ver si ha aparecido en algún sitio.

—Hiram ha accedido a todas las fuentes de reconocimiento por satélite, públicas y no tan públicas. Por desgracia, el punto de la desaparición queda justo en el centro de una gran zona que no cubren los satélites. Por eso hemos pasado a las costas.

—Norteamérica, Sudamérica y Centroamérica, para empezar. —Yaeger disimuló un bostezo—. Con esto deberíamos tener trabajo hasta Navidad.

—¿Cómo podemos ayudar nosotros? —preguntó Summer.

—Tenemos fotos por satélite de los últimos cuatro días en la mayoría de los puertos importantes de la costa Oeste. Las distribuiré por si alguien ve un barco parecido al *Adelaide*.

Yaeger encendió dos portátiles y descargó las imágenes. Todo el mundo se puso manos a la obra, y empezaron a buscar un barco grande y verde en las fotos. Estuvieron ocupados todo el día en inspeccionar una tras otra las imágenes hasta que les dolió la vista, pero el resultado de lo observado en las fotos, algunas borrosas y oscuras (once barcos que parecían ajustarse al perfil del *Adelaide*), alimentó sus esperanzas.

—Tres en Long Beach, dos en Manzanillo, cuatro hacia el canal de Panamá, uno

en San Antonio, Chile, y otro en Puerto Caldera, Costa Rica —enumeró Yaeger.

—Me extrañaría que fuera alguno de los de Long Beach —dijo Dirk—, a menos que descargasen antes en otro puerto.

Gunn miró su reloj.

—En el oeste aún es temprano. ¿Y si parásemos para cenar? Así después, cuando sigamos, podremos empezar a llamar a las autoridades portuarias de cada sitio. Lo lógico sería que pudieran confirmar si el *Adelaide* ha abandonado sus instalaciones.

—Bien pensado —convino Dirk poniéndose en pie y desperezándose—. Con esta dieta de comida de avión y café me he quedado sin gasolina.

—Un momento —dijo Summer—. Antes del descanso Hiram tendría que hacerme un favor, y vosotros ayudarme con una entrega.

Levantó su bolsa de viaje, haciendo sonar unas botellas.

—Yo tengo bastante hambre. ¿Podemos picar algo de camino?

—Te aseguro que en el sitio adonde vamos habrá algo bueno de comer.

El Packard salió a todo gas, pasando al lado de una camioneta blanca estacionada al borde del aparcamiento antes de fundirse con el tráfico de la hora punta vespertina. Dirk entró en Georgetown, mientras la brisa del atardecer alborotaba el pelo de Summer, a su lado en el descapotable. Después de girar por una calle de árboles y casas elegantes, frenó ante una antigua cochera usada desde hacía muchos años como distinguida residencia unifamiliar.

Apenas habían llamado al timbre cuando un hombre gigantesco de larga barba gris abrió la puerta de par en par. Los ojos de St. Julien Perlmutter brillaron al invitar a pasar a Dirk y Summer.

—Ya estaba a punto de comer sin vosotros —dijo.

—¿Nos esperabas? —preguntó Dirk.

—Pues claro. Summer me ha mandado un correo electrónico con todos los datos de vuestro misterio en Madagascar, y yo he insistido en que vinierais a cenar en cuanto hubierais vuelto. ¿Qué pasa, que no os habláis?

Summer sonrió a su hermano, avergonzada, y siguió a Perlmutter por una sala de estar infestada de libros y un comedor formal con una mesa antigua de cerezo llena de comida. Perlmutter era historiador marítimo, uno de los mejores del planeta, pero tenía otra afición, la de *gourmand*. Le brillaron los ojos al ver que Summer abría la bolsa y le ofrecía tres botellas de vino de Sudáfrica.

—Un vergelegen chardonnay y un par de varietales tintos de De Toren. —Examinó las etiquetas, encantado—. Magnífica elección. ¿Empezamos?

Buscó sin dilación un sacacorchos y sirvió el chardonnay.

—Como imaginaréis, estoy muy angustiado por la ausencia de vuestro padre. Ojalá esté en puerto seguro —dijo levantando la copa.

Mientras hablaban de la desaparición de Pitt, cenaron lomo de cerdo con salsa de chipotle, patatas Fingerling y espárragos al horno. De postre devoraron melocotones frescos de Georgia con salsa de nata y brandy. Como la cocinera francesa y el ama de llaves del anfitrión tenían la noche libre, Summer y Dirk ayudaron a Perlmutter a quitar la mesa y fregar los platos antes de volver a sentarse a la mesa.

—El vino estaba delicioso, Summer, pero no juegues conmigo —dijo Perlmutter—. Ya sabes qué es lo que quiero tener en mis manos.

—Creía que no lo ibas a pedir nunca. —Summer abrió su bolsa de viaje y sacó un envoltorio muy cuidado. Dentro estaba el diario del bote salvavidas varado en la playa—. El cuaderno de bitácora del *Barbarigo*.

—Conque de eso va la cosa —intervino Dirk—. Y yo que pensaba que solo te alegrabas de vernos...

La risotada de Perlmutter resonó en toda la casa. Viejo amigo de Pitt, no había

tenido ningún reparo en adoptar el papel de tío bondadoso con sus hijos mellizos.

—Hijo mío, vuestra compañía siempre se agradece. —Abrió y sirvió otra de las botellas de Summer—. Pero un buen misterio náutico es aún mejor que el vino.

Cogió el paquete y retiró con cuidado el envoltorio de hule. El diario, encuadernado en piel, mostraba señales de desgaste, pero por lo demás permanecía intacto. Levantó suavemente la tapa y leyó la página del título, escrito a mano y en mayúsculas.

—*Viaggio di Sommergebile Barbarigo, Giugno 1943. Capitano di corvetta Umberto de Julio.* —Perlmutter miró a Summer sonriendo—. Es nuestro submarino.

—¿Submarino? —preguntó Dirk.

—La balsa de la playa —dijo Summer—. Contenía restos de los tripulantes de un submarino italiano de la Segunda Guerra Mundial.

—El *Barbarigo*, un navío grande, de la clase Marcello —aclaró Perlmutter—. Empezó la guerra con un historial glorioso, seis barcos hundidos y un avión, pero en 1943 lo asignaron a un proyecto con el nombre en clave de Aquila y ya no volvió a ser tan fiero como antes.

—«Águila» en latín —tradujo Dirk.

Summer miró a su hermano con recelo.

—Astronomía —explicó él—. Me acuerdo por una constelación cerca de Acuario.

—Más les habría valido ponerle «mula» —dijo Perlmutter—. Como los alemanes estaban preocupados por perder tantos barcos de superficie al comerciar con material de guerra con Japón, convencieron a los italianos de que reconvirtiesen ocho de sus submarinos más grandes y un poco trasnochados en transportes. Vaciaron los interiores y sacaron casi todo el armamento para aumentar al máximo la carga.

—Parece una misión peligrosa —comentó Dirk.

—Lo era. A cuatro de los barcos los hundieron enseguida, otro se inundó, y los tres restantes fueron capturados en Asia sin haber terminado ni siquiera el primer viaje de ida y vuelta. Al menos es lo que pone en los libros de historia.

Perlmutter empezó a hojear el diario, examinando las fechas.

—Bueno, y ¿qué le pasó al *Barbarigo*? —preguntó Summer.

—El 16 de junio de 1943 zarpó de Burdeos con la designación Aquila Cinco, rumbo a Singapur, con un cargamento de mercurio, acero y lingotes de aluminio. Pocos días después se perdió el contacto radiofónico, y se supuso que lo habían hundido cerca de las Azores. —Perlmutter saltó hasta la última página—. Mi italiano es deplorable, pero si no me equivoco la última entrada es del 12 de noviembre de 1943.

—Casi cinco meses más tarde —dijo Dirk—. Algo no cuadra.

—La respuesta la tengo aquí mismo, o eso espero. —Summer sacó un fajo de

hojas impresas—. He hecho que Hiram escanease el diario en este sistema informático. Me ha dicho que traducirlo al inglés era coser y cantar, y me ha dado el resultado justo antes de que nos marchásemos.

Empezó a hacer circular por la mesa las páginas, que Dirk y Perlmutter devoraron como dos coyotes hambrientos.

—Vamos a ver —dijo Dirk—. Aquí pone que fueron avistados y atacados por dos aviones en la bahía Vizcaína, poco después de salir del puerto, pero que consiguieron esquivarlos. Al haber sufrido daños en la antena no pudieron comunicarse con el mando central.

Siguieron a través de la bitácora el viaje del *Barbarigo* por el cabo de Buena Esperanza y el océano Índico. Tras depositar su cargamento en Singapur, el submarino había sido desviado a un pequeño puerto malasio, cerca de Kuala Lumpur.

—«El 23 de septiembre cargamos ciento treinta toneladas de mena oxidada que las gentes del lugar llamaban Muerte Roja —leyó Summer—. La carga la supervisó un científico alemán que se llamaba Steiner, y que se unió a la tripulación para el viaje de vuelta».

—Más tarde el primer oficial escribió que Steiner se pasó el resto del viaje dentro de su camarote con un montón de libros de física —resumió Dirk.

—¿Muerte Roja? —dijo Perlmutter—. Me gustaría saber si se parece en algo a la peste del cuento de Edgar Allan Poe. Tendré que investigarlo... y a este Steiner también. Curioso cargamento, eso está claro.

Hojearon varias entradas que describían el regreso del submarino por el Índico. El 9 de noviembre la letra se volvía más apresurada, y aparecían manchas de agua salada en las hojas.

—Aquí es cuando tuvieron problemas a la altura de la costa de Sudáfrica —dijo Perlmutter.

Leyó en voz alta una escueta descripción de la inmersión del *Barbarigo* para evitar un ataque aéreo nocturno. Tras esquivar diversos bombardeos, la tripulación creyó haber escapado al ataque, pero entonces descubrió que la hélice del submarino estaba inutilizada o destruida.

Sentados en silencio, Dirk y Summer oyeron la tragedia resultante en la voz de Perlmutter. Sin propulsión, el submarino estuvo doce horas bajo el agua por miedo a que llegasen más aviones. A mediodía volvieron a la superficie y se encontraron a la deriva en un mar vacío, yendo hacia el sudeste. Apartados de las vías marítimas y desprovistos de radio de largo alcance, los oficiales temieron morir en la Antártida. El capitán De Julio ordenó abandonar el barco a la tripulación, que subió a los cuatro botes salvavidas guardados bajo la cubierta de proa. Antes de alejarse de su querido submarino, le rindieron honores militares. Por una confusión, el último oficial en abandonar el navío no preparó las cargas de hundimiento y cerró herméticamente la

escotilla principal. En vez de hundirse bajo ellos, el *Barbarigo* se fue hacia el horizonte.

Perlmutter interrumpió su lectura y arqueó las cejas como dos puentes levadizos.

—Que me aspen si no es raro —dijo en voz baja.

—¿Qué les pasó a los otros tres botes?

—A partir de este momento las entradas del diario son más espaciadas —dijo Perlmutter—. Intentaron llegar a Sudáfrica. Cuando ya veían tierra estalló una tormenta, el oleaje dispersó los botes y el capitán De Julio escribió que los hombres del suyo nunca volvieron a ver los otros tres. Fue una experiencia durísima en la que perdieron a cinco hombres, toda la comida y el agua, la vela y los remos. La corriente de la costa se llevó el bote hacia el este, apartándolo de la orilla. Al final salió el sol y empezó a hacer calor. Sin agua potable, perdieron a más tripulantes hasta que solo quedó el capitán, el primer oficial y dos mecánicos.

Mientras la sed hacía estragos, finalmente volvieron a ver tierra y pudieron impulsarse hacia la orilla. Unos vientos fuertes y unas olas gigantescas los llevaron a la costa y los arrojaron a la playa —dijo Perlmutter—. Se encontraron muertos de sed en un desierto sofocante. Según la última entrada, el capitán se fue en busca de agua, porque los otros estaban demasiado débiles para caminar. La última frase del diario es «que Dios bendiga al *Barbarigo* y su tripulación».

—Somos testigos de que es una zona muy árida —aseguró Summer al cabo de un rato—. Qué tragedia haber estado a punto de llegar sanos y salvos a Sudáfrica y acabar a mil millas, en Madagascar...

—Les fue un poco mejor que a los marineros de los otros tres botes —comentó Dirk.

Perlmutter asintió con la cabeza, aunque se había quedado taciturno. Se levantó de su asiento, fue a la sala de estar y volvió en pocos minutos cargado de libros y con una mirada inquisitiva.

—Felicidades, Summer. Parece ser que has resuelto dos antiguos misterios de la mar.

—¿Dos? —preguntó ella.

—Sí, la suerte del *Barbarigo* y la identidad del Espectro del Atlántico Sur.

—Lo primero me lo creo —dijo Dirk—, pero ¿qué es eso de un espectro?

Perlmutter abrió el primer libro y lo hojeó.

—Del diario de a bordo del barco mercante *Manchester*, cerca de las islas Malvinas, 14 de febrero de 1946: «Mar en calma, vientos del sudoeste con fuerza tres o cuatro. En 1100 el primer oficial ha informado de un objeto a estribor. Al principio parecía una ballena muerta, pero creemos que se trata de una embarcación».

Cerró el libro y abrió otro.

—Carguero *Southern Star*, 3 de abril de 1948, cerca de Santa Cruz, Argentina.

«Objeto desconocido, posible embarcación, avistado a la deriva a una distancia de dos millas. Casco negro y pequeña superestructura en situación central. Parece abandonado».

Perlmutter cogió otro libro, el tercero.

—Archivos de una estación ballenera de las Georgias del Sur. En febrero de 1951 el ballenero *Paulita* llegó con una captura de tres ballenas macho grises, maduras. El capitán dice haber avistado un barco fantasma de casco bajo y negro y con una pequeña vela en medio, a unas cien millas al norte, a la deriva. La tripulación lo llamaba el Espectro del Atlántico Sur.

—¿Y tú crees que el *Barbarigo* es el Espectro del Atlántico? —preguntó Summer.

—Podría ser perfectamente. Durante veintidós años se vio navegar a la deriva por el sur del Atlántico un supuesto barco fantasma. Por una serie de motivos parecía que nadie llegó a verlo de cerca, pero todas las descripciones se parecen. Yo creo que un submarino bien cerrado podría vagar durante bastante tiempo por el mar vacío.

—En esas latitudes meridionales no sería difícil que la torre de mando quedara cubierta de hielo —dijo Dirk—. Por eso desde lejos parecía una vela.

—Podría confirmarlo el último avistamiento del que se tiene noticia. —Perlmutter abrió el último libro—. Fue en 1964. Un aventurero, Leigh Hunt, estaba dando la vuelta al mundo en solitario y vio algo raro. Ah, aquí está —dijo, y empezó a leer el pasaje en voz alta—: «Al acercarme al estrecho de Magallanes me encontré con una tormenta espantosa, brutal incluso para esas aguas. Durante treinta horas luché contra olas de siete metros y unos vientos huracanados que intentaban lanzarme con toda su furia contra las rocas del cabo de Hornos. Fue en el transcurso de este duelo cuando vislumbré el Espectro del Atlántico Sur. Al principio pensé que era un iceberg, porque tenía incrustaciones de hielo, pero debajo vi cantos oscuros y afilados de acero. Pasó de largo enseguida, empujado por los vientos y las olas, rumbo a una muerte segura en las costas de Tierra del Fuego».

—Uau —dijo Summer—. En 1964 seguía a flote.

—Sí, aunque si es cierto lo que dice Hunt, no siguió estándolo durante mucho tiempo más —replicó Perlmutter.

—¿Hunt aún vive? —preguntó ella—. Quizá podríamos hablar con él.

—Por desgracia hace unos años se perdió en el mar, aunque es posible que su familia conserve sus diarios de a bordo.

Dirk se acabó su copa de vino y miró a su hermana.

—Pues nada, Summer, parece que aún nos dejás dos misterios sin resolver.

—Sí —dijo Summer acabando de expresar su pensamiento—: Dónde se hundió el *Barbarigo* y qué transportaba.

Dirk y Summer salieron de la casa de Perlmutter saciados de buena comida y buen vino y anhelando saber más sobre la extraña suerte del *Barbarigo*. La cena había sido un grato paréntesis en su preocupación por su padre, la cual se reavivó en cuanto se hubieron despedido.

—Vale más que regresemos para ver si Rudi y Hiram han tenido suerte con las autoridades portuarias —dijo Dirk.

—Estaba pensando que deberíamos volver a contemplar la posibilidad de que el *Adelaide* fuera hacia el oeste.

Al ir por la calle oyeron cerrarse la puerta de un coche, y Dirk se fijó en una camioneta blanca con dos ocupantes a pocas plazas por detrás del Packard. Pulsó el estárter, arrancó el motor a la primera y encendió los faros. De día, los Woodlite eran preciosos, pero sus prestaciones nocturnas no estaban a la altura del resto del automóvil. Se apartó de la acera y condujo lentamente por la calle, atento al retrovisor, por el que vio que las luces de la camioneta se encendían justo cuando el Packard llegaba al final de la calle.

Torció a la derecha y pisó a fondo el acelerador por una calle bordeada de árboles. Pocos segundos después la camioneta giró ruidosamente por la misma esquina.

Al ver a su hermano tan concentrado en el retrovisor, Summer miró por encima del hombro.

—No quiero parecer paranoica —comentó—, pero podría ser la misma camioneta que estaba en el aparcamiento de la NUMA cuando hemos salido del edificio.

—Te gano —dijo Dirk—. Yo creo que esta mañana también estaba aparcada al lado del hangar de papá.

Cambió varias veces de sentido por el opulento barrio de Georgetown, hasta salir a la calle O e ir hacia el oeste. La camioneta seguía todos sus movimientos a unos cuantos coches de distancia.

—¿Quién puede seguirnos? —preguntó Summer—. ¿Alguien relacionado con los de Madagascar?

—No se me ocurre nadie. Quizá estén interesados en papá. ¿Y si se lo preguntamos?

Frenó un poco al acercarse a un cruce. Justo detrás había una entrada peatonal a la Universidad de Georgetown, con pilares y verja. Normalmente había barreras portátiles para impedir la entrada de vehículos, pero las habían quitado para que saliera del campus un camión de reparto. Cuando el camión cruzó el acceso, Dirk aceleró y entró, esquivándolo.

Un guardia de seguridad se quedó boquiabierto al ver pasar el Packard de época. Segundos después tuvo que apartarse para no ser arrollado por la camioneta blanca.

Dirk siguió por el camino hasta llegar en poco tiempo a una rotonda con una estatua central del fundador de la universidad, John Carroll. Los focos de la base envolvían la estatua, orientada hacia la entrada, en una bruma amarillenta que prestaba un aura de vida al difunto obispo.

Acercó el Packard a la parte trasera de la estatua, frenó y puso el coche en primera para observar los faros de la camioneta, que cruzó el campus a gran velocidad hasta llegar a la rotonda. Entonces Dirk apagó los Woodlite del Packard y aceleró de golpe. En el momento en que el coche de época daba el primer tumbo, Dirk giró bruscamente el volante y metió la segunda marcha sin levantar el pie del acelerador.

La camioneta redujo su velocidad al tiempo que el descapotable aceleraba por la rotonda. En vez de salir de nuevo por el mismo acceso, Dirk mantuvo inmóvil el volante, siguiendo la curva. Las luces traseras de la camioneta aparecieron frente a ellos. Dirk tuvo que frenar para evitar el choque. Summer tendió el brazo y volvió a encender los faros, como señal a los perseguidores de que se había destapado el pastel.

El conductor de la camioneta vaciló, sin saber muy bien qué había pasado. Después reconoció tras él las débiles luces amarillas del Packard, y como no estaba preparado para un enfrentamiento pisó a fondo el acelerador. Con un chirrido de neumáticos, la camioneta abandonó la rotonda por la primera salida que encontró, una avenida recta que, pasando por detrás del majestuoso edificio de Healy Hall, llevaba al centro del campus.

—Síguele —dijo Summer—, no he visto la matrícula.

Dirk puso el coche en marcha. El Packard, que en su momento había sido un coche muy veloz, tenía un motor de ocho cilindros en línea con ciento cincuenta caballos de potencia. Tal vez en una carretera recta la camioneta lo hubiera dejado atrás, pero no en las estrecheces del campus universitario.

La camioneta pasó al lado del gran edificio de piedra. Había pocos estudiantes, y los que estaban en la calle se apresuraron a dejarle paso. La avenida giraba bruscamente hacia la izquierda, metiéndose por un complejo lateral, pero había un obstáculo: el coche patrulla de un policía del campus que se había parado a conversar con un alumno.

Como no podía girar, el conductor de la camioneta siguió recto y empezó a dar saltos por una pasarela de cemento que dividía en dos un patio con césped. Una chica en bicicleta gritó al estar a punto de ser atropellada. A pocos metros iba el Packard, que provocó una erupción de luces en el coche de la policía.

—Creo que ya no estamos en peligro, pero nos hemos metido en un lío —dijo Summer al verlas.

Dirk sujetó el volante con más fuerza mientras el coche daba tumbos por la

superficie irregular, y siguió a la camioneta por la pasarela hasta bajar de un bordillo y meterse en el aparcamiento de una residencia de estudiantes. Justo delante había dos alumnos de primero que estaban metiendo de extranjis un barril de cerveza. Al ver llegar la camioneta, saltaron para esquivarla, y el único en recibir un pequeño golpe fue el barril.

El recipiente de aluminio rebotó por el aparcamiento hasta chocar con un muro de contención. Dirk, que iba a poca distancia, pisó el freno a fondo, pero no pudo esquivar el barril, que impactó en el parachoques y agujereó el aluminio antes de que lo echase a un lado el guardabarros derecho. La explosión de la cerveza sacudida creó una fuente de espuma que roció un lateral del coche, y a Summer dentro de él.

—Esto a papá no le gustará —dijo Dirk.

Summer se quitó la espuma de la cara.

—Tienes razón, es muy floja.

La camioneta y el Packard aceleraron por el aparcamiento, perseguidos por el coche patrulla, que los hacía ir todavía más deprisa. La camioneta salió derrapando del aparcamiento y se metió en un cruce. Al no saber por cuál de ambos lados girar, el conductor siguió recto y empezó a dar saltos cuesta abajo por un camino de grava que, tras bajar por una suave loma, llevaba al campo de fútbol americano de la universidad. El equipo masculino de *lacrosse*, en pleno entrenamiento, se vio obligado a dispersarse cuando la camioneta empezó a brincar por el césped artificial.

Viendo que la perseguía un Packard antiguo y la policía, varios jugadores tiraron pelotas de *lacrosse* a la camioneta y la abollaron por los lados. Algunos apuntaron al Packard, hasta que Summer, empapada de cerveza, los desarmó al saludarlos con la mano, sonriente.

Lanzada por el otro lado de la cancha, de la que salió por una verja abierta, la camioneta aumentaba distancias con respecto al Packard. El conductor giró a la izquierda en la primera calle, siguiendo una señal que indicaba la salida de la universidad por Canal Road.

—Venga, que podemos despistarlos —dijo el copiloto.

Cincuenta metros más atrás, Dirk oyó palabras similares en boca de Summer.

—Que no se vayan, aún no tengo toda la matrícula.

Dirk se lanzó en pos de la camioneta por la calle, pero tuvo que frenar a causa de tres universitarias que cruzaban para ir a una pista de tenis. Casi tenía encima a la policía del campus.

Después de una curva y de otra residencia, la calle salía del campus cuesta abajo por una colina ajardinada. Al ver la rapidez con que la camioneta bajaba por la cuesta, Dirk trató de no quedarse rezagado. Al pie de la colina, un semáforo marcaba el cruce con Canal Road, una avenida muy transitada que daba acceso al área metropolitana de Maryland.

El semáforo estaba en verde. Dirk temió que cambiara antes de haberse acercado. Al verlo parpadear en ámbar, supo que la camioneta tendría que frenar.

Y sin embargo no frenó.

Apremiado por el copiloto, el conductor pisó a fondo el acelerador en el momento en que el semáforo pasaba a ámbar. Cuando se puso en rojo, la camioneta aún estaba a cincuenta metros del cruce. Lo curioso fue que los coches parados titubearon. Quizá habían visto saltar los faros de la camioneta al bajar como un relámpago por la colina.

Disparada a más de ciento diez por hora, la camioneta cruzó los primeros carriles e intentó girar a la izquierda por los del final, pero iba demasiado deprisa y el conductor, víctima del pánico, dio un pisotón al freno. La camioneta derrapó por el asfalto hasta que el neumático frontal derecho chocó con el bordillo y reventó. Aun así, siguieron adelante y saltaron por la acera hasta empotrarse en un muro bajo de contención que dobló el guardabarros delantero, mientras las ruedas traseras se subían de un salto al bordillo. La combinación de fuerzas hizo que la camioneta se saltase el muro, resbalase unos metros y se desplomase al revés en el canal que daba nombre a la calle, el de Chesapeake y Ohio, que discurría justo al otro lado del muro de contención.

Dirk dio un frenazo delante del semáforo, bajó corriendo del Packard y cruzó la calle con Summer a un solo paso. Al llegar al muro se asomaron al canal. El agua había engullido casi toda la camioneta, de la que solo quedaba una parte de las ruedas, que aún giraban. En un extremo, el de los faros, que todavía no habían sufrido un cortocircuito, un vago resplandor iluminaba el agua turbia.

Dirk se desprendió de la chaqueta y se quitó los zapatos con sendos puntapiés.

—Voy a intentar sacarlos —dijo—. Tú ve a ver si puedes traer a la policía del campus.

Saltó al canal, nadó hacia la camioneta y se zambulló a la altura de la puerta derecha. La luz de los faros no aumentaba en casi nada la nula visibilidad del agua, así que tuvo que encontrar a tientas el marco de la ventanilla abierta. El detalle de que su altura no excediese mucho un palmo le indicó que el impacto había aplastado el techo. Mal presagio para los ocupantes.

Al meter el brazo por la ventanilla tocó un cuerpo inerte en el asiento, sujeto por el cinturón. Palpando a ciegas encontró el broche y lo abrió, dejando que el cuerpo se desplomara. Acto seguido cogió a la víctima por los hombros y la sacó por la estrecha ventanilla.

Nadó rápidamente hacia la superficie y se llenó los pulmones en cuanto tuvo la cabeza y el tronco fuera del agua. Cuando cayó sobre la víctima la intensa luz de una linterna, manejada por el policía del campus, Dirk supo que había perdido el tiempo. La cabeza del copiloto formaba un ángulo grotesco. Tenía el cuello partido.

Llevó el cadáver a la orilla.

—Deme la linterna —le dijo al policía.

Éste se la pasó al tender los brazos para ayudar a sacar el cadáver del agua. Dirk nadó hacia el otro lado de la camioneta y volvió a bucear. Esta vez, gracias a la linterna, vio que el conductor también estaba muerto, con el tronco atezado entre el techo aplastado y el volante. A diferencia de su compañero, no llevaba puesto el cinturón.

Aunque no anduviera sobrado de aire, enfocó la linterna por detrás del conductor, en el compartimento trasero. Había una hilera de aparatos de procesamiento electrónico en una estantería y al lado una gran antena parabólica de acrílico para espiar conversaciones.

Se apartó de la puerta, y antes de regresar a la superficie nadó hacia la parte trasera y miró el número de la matrícula. Después sus brazadas tomaron el camino de la orilla, donde Summer le ayudó a escalar el terraplén.

—¿No ha habido suerte con el otro?

—No, también está muerto.

—He pedido que venga personal sanitario —dijo el policía, cuya palidez delataba su inexperiencia en materia de accidentes mortales. Recuperó la compostura, pero su tono de fuerza y autoridad sonaba falso—. ¿Quién es esta gente? Y ¿por qué los perseguíais?

—No sé quiénes son, pero nos habían robado algo.

—¿Qué? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Aparatos electrónicos?

—No —dijo Dirk mirando al muerto—. Nuestras palabras.

Ya era pasada medianoche cuando Dirk y Summer volvieron exhaustos al centro informático de la NUMA. Gunn y Yaeger seguían examinando imágenes en la pantalla gigante.

—No había entendido que os fuerais a entretener con una comida de siete platos —dijo Gunn.

Solo entonces se fijó en su aspecto: Dirk estaba despeinado, con la ropa mojada. La de Summer presentaba una gran mancha, y toda ella olía a cerveza.

—Pero ¿se puede saber qué os ha pasado?

Summer narró la secuencia de los hechos, incluidas dos horas de interrogatorio a cargo de la policía del distrito de Columbia.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede haberos estado siguiendo? —preguntó Yaeger.

—No —respondió Dirk—. Yo sospecho que podría tener algo que ver con papá.

—Es posible —dijo Gunn—, sobre todo si esta mañana os vieron salir de su hangar. De lejos os parecéis mucho.

Summer le dio a Yaeger un papel.

—Toma, el número de matrícula. La policía no ha querido decírnoslo, pero quizá tú puedas identificar al dueño.

—Eso está hecho —dijo Yaeger.

—¿Cómo va lo del *Adelaide*? —preguntó Dirk.

—No muy bien —respondió Gunn—. Hemos estado en contacto con todas las autoridades portuarias importantes de la costa norteamericana, sudamericana y centroamericana, y nadie tiene registrado que llegase la semana pasada.

—Pues entonces supongo que quedan dos opciones —dijo Dirk—: O descargaron en una instalación privada, o se fueron en otra dirección.

Omitió mencionar una tercera opción: que el barco se hubiera hundido.

—Hemos estado hablando de ambas posibilidades —convino Yaeger—, y no creemos que fueran hacia el oeste. Para empezar, no tiene mucho sentido secuestrar un barco frente a las costas australianas si tu plan es llevarte el cargamento a algún punto del oeste del Pacífico. El segundo problema es el combustible. Cargado al máximo, el *Adelaide* tendría dificultades para cruzar el Pacífico sin repostar.

—Parece lógico. Entonces solo quedan como otros mil puntos de la costa donde puede haberse escondido.

Gunn y Yaeger asintieron con la cabeza. Estaban buscando una aguja transparente en un pajar enorme. Gunn describió con detalle sus investigaciones portuarias y las imágenes de reconocimiento más recientes, mientras Yaeger cogía el teclado y empezaba a escribir. Pocos minutos después llamó a los otros.

—Tengo algo sobre la camioneta —dijo, a la vez que aparecía en pantalla un formulario de registro del Departamento de Vehículos a Motor de Virginia—. El propietario es SecureTek, de Tysons Corner, Virginia.

Yaeger abrió otra web en su pantalla.

—Según la descripción del registro mercantil del estado, se dedican a facilitar enlaces de encriptamiento de datos para sistemas informáticos cerrados en red. Tienen ocho empleados, y su principal cliente es el gobierno de Estados Unidos.

—No parece la típica empresa de seguridad que espíe a la gente —comentó Summer.

—A menos —dijo Dirk— que las actividades que declaran sean una tapadera.

—No lo parece —objetó Yaeger tras algunas indagaciones más—. Tienen varias contrataciones en vigor con el ejército y la marina para la instalación de líneas de datos.

Al volver a la web observó que SecureTek era una filial de Habsburg Industries, propietaria del cien por cien de la empresa.

—Siendo una compañía privada, la información no da mucho de sí, pero la sede está en Panamá y tiene intereses en minería y transporte marítimo.

Pese a realizar varias búsquedas, Yaeger solo encontró referencias muy escuetas acerca de la compañía. En una publicación sobre transporte aparecía la foto de uno de sus graneleros, el *Graz*, atracado en Singapur.

Al mirarla, Dirk se irguió en su asiento.

—Hiram, ¿podrías ampliar la foto?

Yaeger asintió con la cabeza y la hizo crecer hasta que ocupó toda la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Summer.

—El logo de la chimenea.

Todos se quedaron mirando la imagen de una flor blanca en el centro de la chimenea baja y dorada del barco.

—Me parece que es un edelweiss —dijo Summer—. Supongo que por el nombre austríaco del barco.

—Vi la misma flor en el carguero atracado en Madagascar —explicó Dirk.

La sala de informática quedó en silencio, hasta que Gunn formuló una pregunta.

—Hiram, ¿puedes averiguar en qué tipo de minas trabaja Habsburg Industries?

—Gestionan una pequeña mina de oro en Panamá, cerca de la frontera con Colombia. La compañía también trabaja mucho como intermediaria en minas especializadas, como el samario, el lantano y el disprosio.

—¿Elementos de tierras raras? —preguntó Summer.

Gunn asintió con la cabeza.

—Elementos de tierras raras. De repente Habsburg Industries parece la mar de interesante.

—Me apuesto lo que quieras a que el complejo de Madagascar se dedicaba al

robo de minerales de tierras raras —dijo Dirk—. Si atacaron nuestro submarino fue porque estábamos trabajando cerca de donde hundieron un carguero secuestrado.

—Encontramos en la zona un barco hundido hacía poco y que estaba en perfectas condiciones —explicó Summer—. No se veía ningún daño. Habían tapado el nombre expresamente.

—Jack Dahlgren investigó un poco y cree que era el *Norseman* —dijo Dirk—, un granelero que se perdió hace cuatro meses en el Índico y que transportaba mena de bastnasita de Malasia. Por si no lo habéis adivinado, la bastnasita contiene elementos de tierras raras.

—¿Podría ser que el barco de Habsburg de Madagascar también lo hubieran secuestrado? —preguntó Summer.

Yaeger consultó el registro panameño de barcos.

—Habsburg tiene cuatro barcos, todos graneleros: el *Graz*, el *Innsbruck*, el *Linz* y el *Salzburg*.

—¿Qué tiene que ver Austria? —preguntó Dirk.

—El propietario de la empresa es Edward Bolcke, un ingeniero de minas de origen austríaco —dijo Yaeger—. No encuentro ninguna referencia a que haya desaparecido ninguno de los cuatro barcos.

—Pues entonces Habsburg gana puntos como sospechoso de la desaparición del *Adelaide* —comentó Summer.

—La clave —declaró Gunn— serán sus cuatro barcos.

Yaeger flexionó los dedos encima del teclado.

—A ver qué encontramos.

Summer fue a buscar café para todos mientras Yaeger ponía a prueba los circuitos de su ordenador central a base de búsquedas sobre los cuatro barcos y sus últimos destinos. Tardó casi una hora en poner cerco a sus ubicaciones. Después mostró un mapamundi con numerosos puntos de colores que indicaban los puertos más recientes tocados por los buques.

—Las luces azules representan al *Graz* —explicó—. Actualmente se ubica en Malasia o sus inmediaciones. Durante las últimas tres semanas ha sido visto en Tianjin, Shangai y Hong Kong.

—O sea, que no está en juego —dijo Gunn.

—Las luces amarillas representan el *Innsbruck*, que hace tres semanas pasó por el canal de Panamá y hace ocho días fue visto en Ciudad del Cabo, Sudáfrica.

—Fijo que es el barco que vi en Madagascar —señaló Dirk.

—Probablemente. Nos quedan el *Linz* y el *Salzburg*. Del *Linz* se tiene constancia hace diez días en un dique seco de Yakarta, y parece que aún lo están reparando en el mismo lugar.

—O sea, ¿que las luces verdes son el *Salzburg*? —preguntó Summer.

—Sí. Apareció hace un mes en Manila, y hace cuatro días en el canal de Panamá, cruzándolo hacia el norte. Según el servicio de vigilancia portuaria, ayer mismo estaba atracado en Nueva Orleans.

Yaeger trazó en el mapa una línea que cruzaba el Pacífico desde Manila a Panamá. Después insertó un triángulo rojo en un punto oriental del océano.

—La marca roja es la última posición del *Adelaide* que conocemos, hace unos seis días.

El recorrido del *Salzburg* pasaba a doscientas millas de la marca del *Adelaide*.

—No habría hecho falta desviar mucho el rumbo para que se cruzasen — reflexionó Dirk.

—Por fechas encaja bastante —dijo Gunn—. El *Salzburg* debió de pasar por esa zona cinco o seis días antes de llegar al canal, que fue cuando dejaron de tenerse noticias del *Adelaide*.

Yaeger volvió a una base de datos anterior.

—Según los archivos de la Autoridad del Canal de Panamá, hizo el tránsito el viernes pasado y a las tres de la tarde entró en las esclusas del Pacífico. Quizá pueda encontrar vídeos de archivo.

Pocos minutos después proyectó un clip de una de las esclusas. Eran imágenes en blanco y negro y granulosas de un carguero de tamaño medio que esperaba a que se inundara la esclusa. En la chimenea se veía claramente una flor de edelweiss.

Dirk sintió esperanza al observar la imagen.

—Mirad la marca de francobordo: va alto. Debe de tener las bodegas vacías.

—Tienes razón —confirmó Gunn—. Si secuestró el *Adelaide* no trasladó el cargamento a sus bodegas.

Yaeger abrió un perfil del *Salzburg*.

—El *Adelaide* mide treinta metros más de eslora. Para saquearlo y mandarlo a pique habrían tenido que dejarse buena parte del cargamento.

—La mena de tierras raras que llevaba el *Adelaide* valía demasiado para eso —dijo Gunn—. No, aún tiene que estar a flote. Empiezo a creer que se lo han llevado a algún sitio para poder descargarlo.

—Pero ¿adónde? —preguntó Summer—. Ya has buscado en todos los puertos importantes.

—Podría haberse metido fácilmente en algún puerto privado sin que lo sepamos.

—Hay otra posibilidad —dijo Dirk levantándose—. Al barco hundido que encontramos en Madagascar, el *Norseman*, le habían borrado la identificación del casco. ¿Y si han hecho lo mismo con el *Adelaide*, pero haciéndolo pasar por otro barco?

Tanto Yaeger como Gunn asintieron con la cabeza. Dirk empezó a recoger sus cosas. Cuando ya iba hacia la puerta, Summer le llamó.

—¿Se puede saber adónde vas?

—A Panamá. Y tú me acompañas.

—¿Panamá?

—Pues claro. Si el *Salzburg* está detrás de la desaparición del *Adelaide*, alguien de Habsburg Industries tiene que saber algo.

—Es posible, pero de Habsburg Industries no sabemos nada, ni siquiera dónde está la sede.

—Tienes razón —repuso Dirk con una mirada expectante a Gunn y Yaeger—, pero al llegar ya lo sabremos.

El latigazo estremeció a todos los hombres que podían oírlo, haciéndoles temer la mordedura de su extremo lleno de nudos. De vez en cuando Johansson mostraba compasión y se limitaba a un chasquido teatral en el aire, pero la mayoría de las veces dirigía el látigo a la piel desnuda de algún trabajador forzoso, provocando un grito de dolor.

Eran casi setenta esclavos de los barcos secuestrados por llevar cargamentos de tierras raras. Eran ellos quienes transportaban la mena robada a varios centros de extracción ocultos en la selva. Debilitados por un régimen de trabajo duro y alimentación de subsistencia, se habían visto reducidos en poco tiempo a zombis demacrados. Los cautivos que llegaban del *Adelaide* quedaron impactados por su aspecto, mientras ellos, con sus harapos sucios, contemplaban impasibles a las nuevas incorporaciones.

Un simple vistazo bastó a Pitt y Giordino para saber que no se ganaba nada retrasando la huida.

—No me impresiona mucho la cobertura médica que brindan aquí —murmuró Giordino mientras les distribuían en grupos de trabajo para descargar el *Adelaide*.

—Estoy de acuerdo —dijo Pitt—. Creo que deberíamos buscar trabajo en otro sitio.

—Y ¿qué pasa con los collares de perros?

También Pitt había visto que los peones llevaban collares tubulares de acero. Sus portadores respetaban con mucho cuidado el borde del muelle y no salían bajo ningún concepto de su zona inmediata de trabajo.

Johansson hizo chasquear el látigo. A los cautivos del *Adelaide* los llevaron a un claro donde había una caja de collares. A todos los hombres se les puso uno y se cerró con llave. Donde apenas cupo fue en el cuello de toro de Giordino. Se le quedó muy pegado a la piel.

—¿También nos ponen una marca de ganado? —le preguntó al hombre armado que ajustaba los dispositivos.

La respuesta fue una fría mueca.

Una vez que todos los hombres estuvieron provistos de collar, Johansson se paseó ante ellos.

—Por si tenéis curiosidad, estos collares que lleváis son un dispositivo protector. Protegen de la huida. —Sonrió con maldad—. Si os fijáis en el muelle, veréis dos líneas blancas en el suelo.

Pitt vio dos líneas paralelas medio borradas, con una separación de algunos metros. A partir de un punto se apartaban del muelle y desaparecían en la selva.

—Las líneas blancas delimitan una zona de dos hectáreas que abarca el depósito

de mena, el molino y vuestro alojamiento. Es vuestra pequeña isla de vida. Al otro lado hay cables electrificados que, si intentarais cruzar las líneas, emitirían una descarga de cincuenta mil voltios a vuestro collar. Dicho de otra manera, moriríais. ¿Queréis que os haga una demostración?

Nadie dijo absolutamente nada, para no presenciar un nuevo sacrificio. Johansson se rió.

—Me alegro de que nos entendamos. Bueno, ya es hora de ponerse a trabajar.

La tripulación de Gómez desplegó la cinta transportadora del muelle hasta la primera bodega del *Adelaide* y empezó a descargar la monacita triturada. La mena caía en una plataforma de cemento, entre las líneas blancas, y formó rápidamente una montaña. Tras recibir palas y carretillas con ruedas de caucho de un grupo de cautivos fatigados, los nuevos esclavos se pusieron manos a la obra. A Plugrad y su equipo de la Guardia Costera se les asignó el trabajo de palear, mientras que Pitt, Giordino y los demás recibían una tarea menos ardua, como era la de empujar las carretillas ya cargadas al molino y vaciarlas.

El calor y la humedad ecuatoriales no tardaron en hacer mella en los hombres, dejándolos sin fuerzas. Pitt y Giordino trabajaban lo más despacio que podían, intentando conservar sus energías mientras se les llenaba la cara de chorros de sudor, pero siempre oían los chasquidos del látigo, que reavivaba el ritmo.

Para Giordino, con su pierna herida, era difícil llevar las carretillas llenas. Se movía con poco equilibrio, empujándolas a saltitos. Mientras Pitt le seguía de cerca, Johansson salió de la selva. Un segundo después se oyó el chasquido de su látigo, cuya punta de cuero golpeó a Giordino en el antebrazo. Pese al verdugón que apareció, Giordino reaccionó como si le hubiera picado un mosquito y se volvió hacia Johansson con una sonrisa muy poco efusiva.

—¿Por qué llevas la carretilla medio llena? —vociferó el sueco mientras acudían dos guardias a su lado.

Al ver la mirada de Giordino, Pitt supo que su amigo estaba a punto de atacar, cosa que con dos guardias era del todo inútil, así que empujó su carretilla y la hizo chocar contra Giordino como señal de que no perdiera la calma. Giordino se volvió hacia Johansson y le enseñó el vendaje ensangrentado del muslo.

—¿Te aprovechas de una herida? —dijo Johansson—. Pues como la próxima vez no llenes la carretilla te haré lo mismo en la otra pierna. —Se volvió hacia Pitt con un latigazo—. Y a ti lo mismo.

La fusta chascó contra la pierna de Pitt, que al igual que Giordino se quedó mirando a Johansson con malevolencia, sin hacer caso al dolor punzante. Esta vez fue Giordino quien le dio un golpe a él. Ambos se alejaron con sus carretillas, mientras Johansson se concentraba en el siguiente grupo de peones.

—Pobre de mí, siempre escaqueándome —murmuró Giordino por lo bajo.

—Tengo unas cuantas ideas sobre lo que me gustaría hacer con ese látigo —dijo Pitt.

—Lo mismo digo, hermano.

Descargaron las carretillas en un lado del molino, y al regresar al muelle trataron de examinar la distribución del recinto. Detrás del molino había cuatro edificios largos y bajos donde se llevaban a cabo la extracción y la separación. Más allá, visible apenas entre la maleza, un edificio de dos plantas albergaba las viviendas de los guardias y de los trabajadores del recinto. Las de los cautivos quedaban en la otra punta del molino, en una estructura de paredes abiertas con una zona de comedor en un extremo, todo ello rodeado por un muro de tres metros rematado con una alambrada. Ya más oculta en la selva, y lejos de las líneas blancas, una pequeña central eléctrica alimentaba el recinto.

Los cautivos trabajaron hasta el anochecer y acabaron tan exhaustos que estuvieron a punto de caerse al suelo. Al devolver la carretilla vacía, Pitt oyó un gran grito en el muelle. Uno de los hombres de Plugrad había tropezado al guardar una pala, se había caído cerca de la línea blanca y había recibido una corriente de alto voltaje en el cuerpo, ya que no le había dado tiempo a apartarse. Se quedó temblando, con el corazón a mil, pero sobrevivió a la conmoción como viva advertencia a los demás.

Pitt y Giordino arrastraron los pies hacia la zona del comedor mientras empezaba a caer una lluvia que se filtraba por varios puntos del techo de palmas. Les dieron pan y una sopa aguada que se llevaron a una mesa cercana. Se les unieron dos hombres demacrados.

—Me llamo Maguire, y mi amigo, Brown —dijo uno de ellos con acento australiano. Tenía el pelo lleno de polvo y la barba enredada—. Éramos del *Gretchen*. ¿Acabáis de bajar del *Labrador*?

—Sí. Cuando subimos a bordo se llamaba *Adelaide*.

Pitt se presentó e hizo lo mismo con Giordino.

—Es la primera vez que veo un barco secuestrado aquí —dijo Maguire—. Normalmente roban el cargamento en el mar y los hunden. Fue lo que le hicieron al *Gretchen* justo al lado de Tahití: nos atacaron con su trasto de microondas y se hicieron con el mando antes de que supiéramos qué nos había pasado.

—¿Estaba montado sobre una antena grande y cuadrada? —preguntó Pitt.

—Sí. ¿Sabéis qué es?

—Pensamos que se inspira en un aparato antidisturbios del ejército, el Sistema Activo de Negación, o SAN.

—Pues no sé cómo se llamará, pero es una asquerosidad.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Giordino.

—Unos dos meses. Vosotros sois la segunda tripulación que veo llegar. Cada vez

somos menos, porque el ritmo de desgaste es un poco alto —dijo el hombre en voz baja—. Si bebéis mucha agua no os pasará nada. Al menos eso no nos lo racionan.

Se acabó el resto de la sopa con un mendrugo de pan seco.

—Perdón por la ignorancia —dijo Pitt—, pero ¿dónde estamos, exactamente?

Maguire se rió.

—Siempre es la primera pregunta. Estáis en las calurosas, lluviosas y espantosas selvas panameñas; ahora bien, el punto exacto de Panamá, no te lo sé decir.

—Maguire se ha hecho amigo de uno de los guardias —dijo Brown—. Parece que cada cierto tiempo les dan permiso y salen en barco de Colón. Vaya, que debemos de estar cerca del Atlántico.

Maguire asintió con la cabeza.

—Algunos piensan que estamos en la zona del canal, pero es difícil comprobarlo porque nunca salimos de nuestra simpática isleta de dos hectáreas. Teniendo en cuenta que el jefe viene y va en helicóptero, la civilización de verdad debe de estar un poco lejos.

—¿Hay alguien que haya conseguido irse? —preguntó Giordino—. Da la impresión de que hay muchos más prisioneros que vigilantes.

Los dos hombres negaron con la cabeza.

—Se lo hemos visto intentar a unos cuantos —dijo Brown—, pero, aunque pases de las líneas de la muerte, te persiguen con perros. —Se fijó en el cardenal del brazo de Giordino—. ¿Qué, te ha dado un beso Johnny el Látigo?

—Algo más que un piquito —respondió Giordino.

—Ese tío está mal de la cabeza, de verdad os lo digo. Si se puede, vale más no acercarse.

—¿Quién es el mandamás? —preguntó Pitt.

—Uno que se llama Edward Bolcke, una especie de genio de la ingeniería de minas que vive aquí cerca. —Maguire señaló hacia el muelle—. Fue el que construyó todo el complejo para extraer y refinar elementos de tierras raras. Por lo que hemos ido sabiendo, tiene mucho peso en el mercado mundial y se relaciona sobre todo con los chinos. Uno de los que trabajan en la extracción dice que aquí se procesan cada año elementos de tierras raras por valor de doscientos cincuenta millones de dólares, en gran parte robados.

Giordino silbó.

—Como para no tener beneficios.

—Las instalaciones de extracción —dijo Pitt pensando en la huida—. Supongo que deben de usar muchos productos químicos en el proceso.

—Algunos de ellos mortales, espero —añadió Giordino.

—Sí, pero no se puede llegar —explicó Maguire—. Todo lo importante se hace en los edificios que quedan fuera de nuestro alcance. Nosotros solo somos los

machacas, los que cargan y descargan los barcos y hacen funcionar el molino. ¿Tenéis ganas de jugar con fuego?

—Algo por el estilo.

—Pues ya os podéis ir olvidando. Brown y yo le estuvimos dando vueltas durante semanas, pero hemos visto morir en el intento a demasiada buena gente. Tarde o temprano alguien dará el chivatazo. Solo hay que aguantar hasta que llegue el día.

La hilera de bombillas que tenían encima parpadeó fugazmente.

—Dentro de cinco minutos apagan la luz —dijo Maguire—. Más vale que os busquéis un catre.

Los llevó a una sala grande con mamparas, llena de esteras de mimbre. Pitt y Giordino cogieron dos y se acostaron, mientras todo se llenaba de hombres y se apagaba la luz. Tendido a oscuras, sin pensar en la incomodidad de aquella sala húmeda y aquella dura estera, Pitt meditó cómo salir del campo de exterminio. Se quedó dormido sin haber encontrado la respuesta ni saber que su oportunidad llegaría mucho antes de lo que pensaba.

Los peones se quedaron quietos al oír el rítmico lamento con que aterrizaba un helicóptero, pero el látigo de Johansson tardó muy poco en azuzarlos, anulando así toda esperanza de que hubiera llegado algún ejército dispuesto a liberarlos.

Quien llegaba personalmente de Australia, donde había puesto en marcha la última fase de conquista de las instalaciones mineras de Mount Weld, era Bolcke, que bajó del helicóptero y, tras pasar junto al carrito de golf que le esperaba, caminó hacia el embarcadero, seguido por dos guardias armados.

Llegó al muelle en el momento en que un maltrecho grupo de peones, entre los que figuraban Pitt y Giordino, trasladaba la mena de la última bodega del *Adelaide*. Bolcke les dedicó una mirada despectiva, que pasó fugazmente por los ojos de Pitt. Fue como si en ese breve instante Pitt leyera la psique del austríaco, en quien vio a un infeliz, un hombre sin ninguna compasión, ni ética, ni alma siquiera.

Bolcke observó con frialdad la montaña de mena y pasó a examinar el barco. Después esperó un momento a Gómez, que al ser llamado bajó rápidamente por la pasarela del barco.

—¿Era el cargamento que teníamos previsto? —preguntó Bolcke.

—Sí, treinta mil toneladas de mena de monacita triturada. Solo falta esto.

Gómez señaló el último montón.

—¿Algún problema con la adquisición?

—La naviera mandó un equipo de seguridad adicional, pero lo redujimos sin percances.

—¿Alguien esperaba un ataque?

Asintió con la cabeza.

—La suerte fue que llegaron cuando ya nos habíamos apoderado del barco.

Bolcke puso cara de preocupación.

—Pues entonces tenemos que deshacernos de él.

—Después de cambiar de identidad en alta mar no nos hicieron preguntas al entrar en el canal —dijo Gómez.

—Es un riesgo que no puedo permitirme. Tengo pendiente un negocio importante con los chinos. Esperad tres días y, después, deshacedos del barco.

—Podría llevármelo a un desguace que hay en São Paulo y que lo pagaría muy bien.

Bolcke reflexionó un momento.

—No, no vale la pena arriesgarse. Arrancad todo lo que haya de valor y deshacedos de él en el Atlántico.

—Sí, señor.

Pitt, que se había quedado cerca de la montaña de mena intentando espiar la

conversación mientras le llenaban la carretilla, vio que Bolcke daba la espalda a Gómez y se encaminaba a su residencia, mientras Gómez volvía al barco.

—El *Adelaide* zarpará dentro de unos días —le dijo a Giordino—. Me parece que cuando salga tendremos que estar a bordo.

—Por mí perfecto, pero que no sea en forma de tostadas.

Giordino se estaba dando golpecitos en el collarín.

—Yo tengo una teoría sobre estos collares —dijo Pitt, pero se calló al ver salir a Johansson de la vegetación con el látigo en la mano.

—¡Más de prisa —vociferó el capataz—, que estáis retrasando la cadena!

Los peones aceleraron sus movimientos sin mirarle a los ojos. Johansson se paseó por la zona de descarga hasta ver a Giordino, que cojeaba al empujar una carretilla completamente llena. Se oyó un latigazo que le alcanzó en la pantorrilla.

—Eh, tú, más garbo.

Giordino se volvió con una mirada capaz de desconchar pintura, y se le pusieron blancos los nudillos al empujar la carretilla de mena como quien lleva un carro de la compra vacío. La exhibición de fuerza hizo sonreír a Johansson, que se fue a regañar a otro grupo de peones.

Pitt siguió a Giordino por la senda del molino, paralela a la doble línea blanca que recorría el muelle. Fue acercando gradualmente la carretilla a la línea más cercana. Cuando la tuvo a menos de un metro empezó a notar un cosquilleo en el collarín. Entonces dio un paso rápido y se subió a la carretilla, que continuó rodando. El cosquilleo cesó de inmediato. Pitt devolvió la carretilla al camino y, al darle impulso con el pie, recibió una breve descarga. Cuando dio alcance a Giordino, sonreía.

Después de una comida rápida consistente en un guiso frío de pescado, los llevaron al molino y los pusieron a alimentar el de bolas, un enorme cilindro metálico montado horizontalmente en engranajes giratorios. Por un lado se metía la mena triturada, que con la rotación del cilindro chocaba con las bolas de acero endurecido contenidas en su interior. Convertida casi en polvo por las bolas, la mena era filtrada por el otro lado. Por su traqueteo, el molino parecía una lavadora gigante llena de canicas.

La mena en bruto traída del embarcadero formaba grandes montañas en el lado abierto de la edificación, donde una cinta transportadora le hacía cubrir el breve trayecto hasta una plataforma elevada. En esta última, sobre el molino, se introducía manualmente por un gran embudo. Un vigilante mandó a Pitt subir a la plataforma para alimentar el molino, mientras Giordino se unía a otro hombre que cargaba paletadas de mena en la cinta.

No era tan duro como lo había sido transportarla. Dado que el molino de bolas tardaba lo suyo en digerir la mena, los peones gozaban de descansos frecuentes. Durante uno de estos intervalos apareció Johansson, el capataz, que entró por el otro

lado y se quedó detrás del molino de bolas, donde un grupo de peones recogía el polvo en otras carretillas y se lo llevaba a la siguiente zona de descarga. El vigilante del molino se acercó y habló con Johansson sobre la producción.

Pocos minutos después Johansson se paseó por todo el molino. Por una vez no llevaba nada en las manos, sino que tenía el látigo de cuero enrollado en la cintura. Al acercarse a las montañas de mena que aún quedaban por cargar, vio a Giordino y el otro peón sentados en una de ellas y se puso tan rojo de rabia que se le salían los ojos de las órbitas.

—¡De pie! —chilló—. ¿Por qué no estáis trabajando?

—Es que el molino de bolas está lleno —dijo Giordino señalando como si tal cosa el cilindro que giraba; y aunque su compañero saltó como un resorte, él permaneció sentado.

—He dicho que de pie.

Giordino intentó levantarse, pero le falló la pierna herida y se quedó apoyado en una rodilla. Johansson se lanzó sobre él sin darle tiempo a recuperarse y cogió una pala clavada en la mena para golpear con fuerza la pierna mala.

La plancha de la pala se estampó ruidosamente justo encima de la herida del muslo de Giordino, que se cayó al suelo mientras la herida, reabierta, empezaba a sangrar.

Pitt, que estaba de pie en la plataforma, había adivinado lo que pasaría, pero no pudo reaccionar a tiempo, así que cruzó la plataforma con su pala en la mano y saltó por el borde. Lo hizo hacia Johansson, pero estaba demasiado lejos para caer sobre él, de modo que extendió los brazos e hizo un barrido con la pala para golpearle en la cabeza.

No fue en la cabeza donde dio la pala, sino en el hombro izquierdo del capataz, que se volvió con una mueca al mismo tiempo que la pala rebotaba y que Pitt chocaba duramente con el suelo justo delante de él. Johansson, que no había soltado su pala, atacó a Pitt, que tuvo que echarse hacia atrás al mismo tiempo que intentaba levantarse. El golpe le rozó un costado. Rodó hacia el molino de bolas.

Enseguida tuvo encima a Johansson, como un animal rabioso. El capataz levantó la pala para darle un golpe en la cabeza, pero Pitt rodó hasta quedar debajo del molino de bolas, y la pala se clavó en el suelo. Pitt reaccionó cogiendo el mango de madera de la pala para evitar un nuevo golpe. Johansson trató de arrancárselo, pero tenía el brazo izquierdo entumecido por el golpe de antes y le faltó la fuerza necesaria, así que cambió de táctica y bajó el mango a la vez que se abalanzaba sobre Pitt.

El corpulento sueco, treinta y cinco kilos más pesado que su contrincante, cayó como una losa. El impacto vació de aire los pulmones de Pitt. Johansson logró encajar el mango de la pala bajo el cuello de Pitt en el momento del aterrizaje, y

aplicó toda su fuerza para ahogarle.

Pitt intentó apartar el mango, pero se había quedado atrapado en una posición incómoda. Mientras sentía aumentar la presión en su garganta, vio un gran engranaje sobre su cabeza, parte integrante del sistema que movía el molino de bolas. Se retorció y forcejeó para arrojar a Johansson contra él, o aliviar al menos la presión de la pala.

No sirvió de nada. Lejos de moverse, Johansson siguió centrando toda su energía en matarle por asfixia.

Pitt empezó a quedarse sin aire y a sentir la cabeza a punto de explotar. Dominado por la desesperación, soltó el mango con la mano derecha y la acercó a la cintura de Johansson para buscar a tientas su pistola.

La funda, sin embargo, estaba al otro lado. Lo que reconoció fue el látigo, enrollado y colgado en el cinturón. Lo cogió y lo soltó, pero ya empezaba a ver manchas y a caerse.

De pronto un fuerte golpe hizo vibrar sus tímpanos, al mismo tiempo que se producía una pausa transitoria en el ahogo.

Giordino se había arrastrado hasta una distancia que le permitía acribillar a Johansson con montones de mena. Uno de los trozos duros, al que imprimió la velocidad de un lanzamiento rápido de béisbol de primera división, alcanzó a Johansson detrás de la oreja. El sueco gruñó, se volvió hacia él y se agachó para esquivar otra piedra.

La distracción dio tiempo a Pitt para respirar y despejar su visión. Aprovechó el momento para levantar el brazo libre y enroscar el látigo en la cabeza de Johansson.

Éste contraatacó soltando la pala y dándole un puñetazo en la cabeza con el puño derecho.

Como tenía el brazo levantado, empuñando el látigo, Pitt no pudo evitar que el golpe le alcanzase en plena cara. Al recibirlo encajó una argolla de la empuñadura en los dientes del engranaje que giraba justo encima.

El puñetazo estuvo a punto de dejarle inconsciente, pero se mantuvo bastante despejado para ver que el látigo enroscado en el cuello de Johansson se tensaba, estirándole hacia arriba. La enorme rueda dentada atrajo hacia su superficie rotatoria al sueco, que agitaba los brazos para soltarse. Un grito ronco brotó de entre los labios de Johansson, arrastrado por el cuello hacia el otro lado de la máquina.

La base del engranaje externo se encajaba en el volante del motor de ochocientos caballos del molino de bolas. Johansson intentaba escaparse, pero se vio arrastrado por la máquina. Los dientes encajados de metal royeron el látigo de cuero, y después la carne del cuello del capataz, cuyo grito se interrumpió de golpe. El engranaje en movimiento escupió por la sala un fino chorro de sangre. Después de una breve sacudida, la máquina recuperó su velocidad anterior. Detrás del engranaje se formó

un charco de sangre que se extendía a partir del cuerpo decapitado de Johansson.

Pitt se levantó. Al final el vigilante del fondo del molino se había dado cuenta de lo que pasaba, y ya se acercaba corriendo.

—Esta vez lo has dejado todo bien pringado —dijo Giordino con una sonrisa burlona, a pesar del dolor.

—Gracias por la ayuda. —Pitt se acercó rápidamente a él—. ¿Estás bien?

—Sí, pero me vuelve a gotear la pierna. Mejor que te vayas tú solo.

El vigilante intentaba desenfundar su pistola entre gritos a Pitt, que asintió, mirando a su amigo.

—Volveré.

Se echó por debajo de la cinta transportadora mientras reverberaban disparos en el edificio. Cuando el vigilante pasó corriendo persiguiendo a Pitt, Giordino echó disimuladamente mena por el suelo. El vigilante, que no apartaba la vista de su presa, resbaló y estuvo a punto de caerse.

Pitt aprovechó para salir corriendo por el otro lado de la cinta y escaparse por el fondo del edificio.

Dio la vuelta a la esquina, perseguido por una ráfaga tardía, y se metió en unas matas. Cautivo en la isla de dos hectáreas, no se hacía ninguna ilusión sobre sus posibilidades de quedarse escondido durante mucho tiempo. Los disparos ya habían llamado la atención de varios guardias apostados en las inmediaciones.

Se abrió un camino sinuoso por la vegetación, que usó de tapadera para alejarse del molino. El vigilante que le perseguía salió demasiado tarde del edificio para verle y no tuvo más remedio que hacer un lento reconocimiento de la zona a la vez que pedía refuerzos.

Pitt siguió adelante por las plantas hasta llegar al camino de las carretillas. A partir de entonces corrió hacia el muelle lo más deprisa que le permitieron sus debilitadas piernas. El camino no tardaba mucho en llegar al muelle, y a la última montaña de mena. Plugrad y algunos más del destacamento la estaban cargando con sus palas.

Al salir del camino, Pitt contuvo la respiración, consciente de que solo había una escapatoria posible. El grupo de hombres le ofreció lo que buscaba. Con urgencia renovada, apretó el paso y dejó de pensar en que, de no ser acertada su suposición, pronto habría muerto.

Levantando la vista de la mena de su pala, Plugrad vio a Pitt, que llegaba a gran velocidad por el camino y señalaba algo.

—¡Necesito una de éstas! —bramó.

Plugrad se volvió y vio tres carretillas para mena. Los hombres que le rodeaban se apartaron para dejar pasar a Pitt, que sin detenerse corrió hacia una carretilla no muy llena y la empujó hacia el muelle.

—¡Las líneas blancas! —dijo Plugrad, pero Pitt se lo quitó de encima y empujó la carretilla con todas las fuerzas que pudo.

En el muelle, el único guardia asignado a la brigada de Plugrad estaba hablando por la radio y no reaccionó hasta ver que Pitt se dirigía con su carretilla hacia las líneas eléctricas; solo entonces le encañonó con su AK-47 y lanzó una ráfaga.

Por falta de puntería, las balas mordieron el polvo cerca de los pies de Pitt y le incitaron a empujar con más fuerza. Los neumáticos delanteros de la carretilla cruzaron la primera línea blanca. Pitt empezó a sentir un cosquilleo en el cuello. La carretilla ya rodaba por sí sola. Cuando el dolor empezó a amplificarse alrededor de su garganta, saltó y se metió dentro.

Aterrizó en un poco de mena amontonada, mientras los neumáticos traseros de la carretilla superaban la raya. Era el momento en que, en principio, debían descargarse a través del collarín cincuenta mil voltios que le matarían al instante. Sin embargo, la descarga eléctrica necesitaba algún camino entre el cable enterrado y el collar, y como los gruesos neumáticos de goma de la carretilla no eran conductores, la sensación eléctrica desapareció del cuello de Pitt.

Por suerte para él, el suelo era liso y la carretilla siguió rodando hasta cruzar la segunda línea blanca y penetrar en el embarcadero. Se oyó otra ráfaga de arma de fuego. Pitt se resguardó en la mena del fondo de la carretilla, cuyo lado perforaron varias balas, todas por encima de su cabeza. Esta vez el vigilante había apuntado mejor, pero aparte de un poco de metralla debida a la explosión de un pedazo de mena, Pitt salió ileso.

Tras dar algunos saltos por el muelle la carretilla chocó con el bordillo. Al levantar la vista, Pitt vio atracado frente a él el *Adelaide* y con un salto como el de un muñeco de resorte se lanzó a las aguas, en las que se hundió con una zambullida.

El guardia, pillado por sorpresa, no disparó hasta después de su desaparición. Corrió hasta el borde del muelle y apuntó a los círculos concéntricos creados por el chapuzón, esperando el regreso de Pitt a la superficie.

Pitt se había zambullido cerca del extremo trasero del *Adelaide*, introducido de popa en la ensenada. Cuando ya estaba a bastante profundidad, cambió de dirección y nadó con denuedo hacia la popa. El agua turbia ofrecía unos metros de visibilidad, así

que no tuvo problemas en seguir el contorno oscuro del casco hasta que se adelgazó y apareció una gran hélice de bronce.

Nadador consumado, estaba cómodo dentro del agua y no le costaba nada aguantar más de un minuto la respiración. Unas cuantas brazadas le permitieron dejar atrás el barco y apartarse del muelle. Cuando aún le quedaban fuerzas para algunas brazadas, se detuvo y volvió a la superficie, dando una súbita patada justo antes de salir a respirar.

Con la cabeza fuera del agua, braceó suavemente hacia la orilla opuesta, se llenó los pulmones de aire fresco y volvió a bucear. Esta vez dio media vuelta y se impulsó a la máxima velocidad posible para regresar al barco, a la vez que varias balas perforaban el agua por encima de él.

En realidad estaba regresando, pero el guardia, engañado por su falsa trayectoria hacia la orilla, apuntaba en consonancia con ella. Dejó de disparar el tiempo justo para gritarles algo a dos de sus compañeros, que se estaban acercando.

—¡Cubrid la otra orilla, que es adonde ha ido!

Los dos hombres corrieron hacia la boca de la ensenada, atentos a que resurgiera Pitt.

Éste, sin embargo, ya había vuelto al *Adelaide* y nadaba paralelamente al casco por el lado más alejado del muelle. Recorrer el buque en toda su extensión fue un ejercicio duro que realizó bajo el agua, salvo algunas salidas para respirar. Al llegar a la relativa protección de la proa examinó los dos lados del barco.

Al fondo de la ensenada, varios grupos con perros hacían batidas por la selva. Sobre el muelle, el vigilante que le había disparado estaba hablando con otro hombre armado y señalaba el agua. Pitt no vio muchos lugares en los que ponerse a salvo. Por otra parte, estar justo al lado del *Adelaide* era demasiado peligroso para quedarse mucho tiempo.

Un poco por delante del carguero había un barco de transporte, pero una gruesa cadena lo sujetaba a una de las cornamusas del muelle. Entre las dos embarcaciones, una escalerilla oxidada permitía desembarcar. Pitt tuvo una idea y se metió en el agua para nadar hasta la base de la escalerilla sin salir ninguna vez a respirar. Después subió los peldaños, saltándose más de uno. Se asomó al borde del muelle... y vio correr hacia él a los dos vigilantes.

Bajó algunos peldaños, sorprendido de que le hubieran detectado. Justo cuando se iba a sumergir, un ruido metálico de botas le hizo dudar. Levantó la vista y vio que los hombres subían corriendo por la pasarela del *Adelaide*, hacia la proa. No le habían visto, a fin de cuentas.

Ahora el muelle estaba vacío. Entonces Pitt realizó su jugada: subir de un salto y correr hasta el final. La visión de un cobertizo cerca del barco de transporte hizo que se replantease una huida por el agua. Seguro que en el cobertizo había herramientas,

algo que pudiera usar para soltar el barco... Pero para llegar sin que le vieran tendría que dar un rodeo por la maleza.

Al llegar al borde de la selva se metió por un sendero, rodeó un antiguo cedro y de repente se topó con otro hombre que venía deprisa en dirección contraria. Chocaron, rebotaron y se cayeron ambos al suelo. El primero en reaccionar fue Pitt, que se levantó de un salto y quedó en suspenso al reconocer a la otra persona.

Era Bolcke, con pantalones de sport bien planchados y un polo. El austríaco fue lento en levantarse, pero no en desprender de su cintura una radio que acercó a su boca.

—Johansson, el esclavo fugitivo está cerca del muelle norte.

Pitt negó con la cabeza.

—Me temo que Johnny el Látigo ya no visita a domicilio.

Bolcke se quedó mirando a Pitt, mientras su llamada era acogida por un largo silencio. Después se oyó otra voz que le dijo algo en español atropelladamente. Sin hacerle caso, el austríaco siguió escrutando a Pitt.

—No te muevas.

—Lo siento —contestó este último—, pero es que he decidido irme de su hotel de sádicos.

Oía voces en el muelle y pasos en el camino, que ahora sabía que llevaba a la residencia de Bolcke.

—Te alcanzarán y te pegarán un tiro.

—No, Edward Bolcke —dijo con una mirada de desprecio al viejo minero—, pienso ser yo el que regrese a por ti.

Dio media vuelta y se metió en la selva hasta perderse de vista, segundos antes de que apareciese un contingente de guardias que corrieron hacia Bolcke al verle.

—¿Acaba de informar de que ha visto al esclavo fugitivo? —preguntó uno de ellos.

Bolcke asintió, señaló el rastro de Pitt y le tiró la radio.

—Que acudan aquí ahora mismo todos los guardias disponibles —dijo—. Quiero que me traigan al esclavo en menos de una hora. Muerto.

Partiendo ramas y apartando las más gruesas, Pitt iba lanzado por la selva espesa, sin saber cuántos hombres le seguían el rastro. Frente a la imposibilidad de ser al mismo tiempo rápido y silencioso, prescindió de la cautela y se limitó a avanzar lo más deprisa que pudo.

En ningún momento se salía de la franja de vegetación natural contenida a un lado por el muelle y al otro por la carretera de la residencia de Bolcke. Cuando la franja se hizo más estrecha y aparecieron a su izquierda un par de líneas blancas, supo que tenía que cambiar de rumbo. Entonces se acercó al borde de la carretera. Pasó un carrito de golf con varios vigilantes. Pitt se agazapó detrás de un helecho y aguantó la respiración. Cuando el carrito se perdió de vista, cruzó la carretera a toda prisa y se internó en lo más profundo de los matorrales.

Se detuvo a poca distancia, unas decenas de metros. Había visto aparecer el lago bajo un saliente de piedra. Ahora comprendía que el complejo de Bolcke estaba edificado en una estrecha península. Su única escapatoria posible consistía en recorrerla en toda su extensión sin que le detectasen, hasta refugiarse en las tierras que se abrían al final.

Siguió adelante, jadeando. Solo redujo el paso cuando se interpuso en su camino una de las instalaciones de extracción. Al acercarse con sigilo a uno de los extremos, vio a un vigilante que hacía su ronda alrededor del edificio. Se echó al suelo y reptó por la esquina, antes de levantarse y correr hacia la selva. En la base de una pequeña caoba se dejó caer y descansó.

Un ruido le sobresaltó, poniendo fin a su descanso, y le hizo reanudar su huida: eran ladridos estridentes de perros de ataque que se estaban acercando.

Pitt había visto patrullar a algunos guardias con dóbermans, y a uno con un pastor alemán, pero se lo había quitado de la cabeza. Ahora, fuera ya del complejo, ellos serían el mayor peligro.

La intensidad de los ladridos le dijo que estaban, como mucho, en las instalaciones de extracción, lo cual le dio esperanzas de gozar de una ventaja saludable. Solo cabía confiar en que careciesen de un rastro concreto.

Los perros, no obstante, tenían algo por donde empezar: las huellas de Pitt, húmedas por proceder del muelle, y les bastaba aquel rastro para perseguirle. Los cuidadores soltaron a dos animales para que salieran por sí solos en su persecución, aunque a los otros tres los dejaron atados y husmeando cuidadosamente el rastro, para asegurarse de que no se perdiera.

Pitt se levantó del suelo y empezó a correr. Se le clavaban en la cara y en la ropa hojas punzantes y ramas aguzadas, pero los ladridos constantes de los perros le impulsaban a seguir y a no pensar en sus dolores. La dieta mínima que había

soportado en los últimos días no tardó en manifestarse en una pérdida de fuerzas, traducida en un cansancio que no debería haber acusado tan pronto. Sin embargo, el vigor mental de Pitt era como un baluarte, y fue así, a golpe de voluntad, como siguió adelante, haciendo caso omiso al dolor y la fatiga.

Por desgracia, ni toda la voluntad del mundo podía ser más veloz que los perros. Eran más rápidos, así de claro. Sus ladridos incesantes, cada vez más fuertes, le recordaban el ruido de una locomotora a punto de llegar a una estación. Se detuvo, cogió una rama puntiaguda y fue a un risco abierto que tenía a la izquierda, decidido a plantar cara. Sin darle apenas tiempo de cambiar de dirección, dos grandes dóbermans salidos uno tras otro de la selva se lanzaron sobre él.

Incapaz de blandir el palo con suficiente rapidez para clavárselo al primero de los animales, Pitt tuvo que usarlo defensivamente y lanzarle una estocada al cuello cuando sus mandíbulas intentaron arrancarle una oreja. En cuanto hubo arrojado a un lado al primer perro, el segundo se lanzó por detrás sobre su hombro girado. Pitt bajó la cabeza mientras una cascada de afilados dientes le buscaba el cuello.

Ya veía su carne hecha pedazos, pero lo único que sintió fue un débil mordisco en la parte superior del hombro. Luego el perro se desmoronó. Al quitárselo de encima lo vio caer inerte al suelo, sin vida en los ojos. El primer perro, sin embargo, ya se había levantado y se disponía a saltarle a la yugular. En pleno salto, Pitt oyó dos golpes sordos y vio aparecer dos puntos rojos en el pecho del perro, cuyas mandíbulas abiertas perdieron su tensión. Lo apartó con el palo, dejándolo en el suelo al lado de su compañero muerto.

Sabiendo que no era ninguna intercesión divina, se volvió con la intención de averiguar la causa y vio moverse un poco la hierba justo encima del risco. Se acercó a investigar. En ese momento se levantó de la maleza un hombre bajo y delgado que fue a su encuentro.

Zhou Xing llevaba ropa militar de camuflaje, botas de combate y un sombrero flexible muy calado; también un AK-47 de cuyo silenciador aún salía humo. Tras contemplar a Pitt con expresión inescrutable, pasó a su lado para aproximarse a uno de los perros.

—Deprisa, al barranco —dijo en un inglés imperfecto.

Cogió al dóberman por el collar y lo arrastró hasta el borde. Al otro lado la pendiente era brusca y formaba un estrecho barranco en cuyo fondo corría un arroyuelo rodeado por tupidos helechos. Zhou arrastró al perro hasta el borde del precipicio y lo arrojó. El cadáver dio tumbos hasta el fondo, donde se lo tragaron enseguida los helechos.

Pitt, recuperado ya el aliento, llegó con el segundo dóberman y lo hizo desaparecer de la misma manera. Después siguió al agente chino a un campamento improvisado, oculto en la ladera de la loma.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó prestando atención a los ladridos de los perros que quedaban.

—Digamos que he venido por trabajo —repuso Zhou mientras cogía un ordenador portátil apoyado en un tocón, cerraba la pantalla y lo guardaba en una mochila.

Antes de que se apagase la pantalla Pitt tuvo ocasión de ver las imágenes: un damero de vídeos en directo, cada uno de una parte del complejo de Bolcke. El agente había distribuido pequeñas cámaras inalámbricas de vigilancia por todo el recinto para controlar la actividad y los movimientos de los guardias.

—Tiene que seguir corriendo —dijo Zhou.

Se apresuró a desmontar el campamento, enrollando la cama y embutiendo la mosquitera en su mochila.

Pitt tenía a sus pies otra mochila grande, con la solapa abierta. Vio que contenía varios paquetes de detonadores electrónicos junto a un material rojizo parecido a la arcilla, repartido en bultos de envoltorio transparente. Había participado en bastantes proyectos de demolición submarina para reconocer un alijo de explosivos plásticos Semtex.

Antes de ponerse la mochila, Zhou le tiró una barra de proteínas y una cantimplora. Acto seguido levantó la segunda mochila, y al darse cuenta de que tenía abierta la solapa miró a Pitt con desconfianza.

—Váyase —le dijo—. Les tiene a menos de diez minutos.

—¿Cuándo volará el complejo? —preguntó Pitt.

La expresión con que le observó Zhou fue indescifrable. A los americanos se les había considerado siempre de manera tácita como enemigos, pero después de asistir a casi toda la huida de aquel hombre a través de sus cámaras de vídeo, Zhou se sorprendía admirándole. Por otro lado, pese a haber visto campos de trabajo en China, el montaje secreto de Bolcke, con sus esclavos, le inspiraba repugnancia.

—Dentro de veintidós horas —dijo.

—¿Y los prisioneros?

Se encogió de hombros y apuntó tranquilamente a Pitt con su fusil de asalto.

—Es hora de que se vaya. Usted se dirige al oeste y yo al este. —Señaló la selva—. No me siga.

Apartando la vista del inexpresivo rostro del agente, Pitt la fijó en sus ojos negros, que a duras penas traslucían una inteligencia y compasión ocultas.

—Gracias —dijo.

Zhou asintió, se volvió y desapareció en la selva.

Gunn se pasó a preguntar si había noticias y encontró a Yaeger en el mismo sitio que antes, aparcado ante su pantalla gigante de vídeo. La indumentaria informal del informático contrastaba con la americana y la corbata del subdirector de la NUMA.

—¿Cómo es que vas tan elegante? —preguntó Yaeger.

—Tengo una reunión con el vicepresidente, que querrá saber las novedades sobre la búsqueda de Pitt y Giordino.

Yaeger movió la cabeza.

—Las operaciones de búsqueda y rescate siguen sin dar ningún fruto. De hecho la marina nos ha informado de que al final del día darán por concluidos sus esfuerzos.

—¿Algo nuevo sobre el *Adelaide*?

—Nada concreto. Nuestras peticiones oficiales a la Interpol y a todas las organizaciones de guardacostas entre Alaska y Chile se han quedado en agua de borrajas.

—Si está a flote tiene que haberlo visto alguien por fuerza —dijo Gunn—. ¿Dirk y Summer han llegado ya a Panamá?

—Salieron pitando para coger un vuelo nocturno a Ciudad de Panamá. —Yaeger echó un vistazo a la pantalla, donde entre muchas otras cosas había un reloj digital en la esquina inferior—. Suponiendo que llegaran a tiempo deberían de estar aterrizando.

Gunn, que había seguido su mirada, vio que en la pantalla había un aviso de correo electrónico con el nombre de Pitt.

—¿Te importaría decirme qué es eso de ahí?

—En absoluto. De hecho estaba a punto de preguntarte si le ves algún sentido. Es un correo electrónico enviado hace unos días a la web de la NUMA. Me lo reenvió una de las chicas de relaciones públicas, que no sabía cómo contestar. Será algún crío de cuatro años que jugaba con el teclado.

Amplió el correo hasta que apareció con claridad su breve texto:

Para Pitt. Secstr flecma camipaj lexkyann

—La última palabra es la única que no parece un galimatías —dijo Gunn—. Debió de escribirlo una tal Ann de Lexington, Kentucky.

—Sí, yo tampoco he podido entender nada más.

—Me inclino por tu teoría del niño de cuatro años. —Le dio a Yaeger una palmada en el hombro—. Llámame si hay alguna novedad sobre el barco.

—Vale. Dale recuerdos al almirante.

Gunn fue en metro al centro de Washington. Bajó en la estación de Farragut West

y caminó tres manzanas hasta el edificio Eisenhower, donde tenía su despacho Sandecker. El vicepresidente le llevó a una mesa de reuniones hecha a base de restos de navíos, donde le presentó al director de seguridad de la DARPA, Dan Fowler, y a una directora de división del FBI cuyo nombre era Elizabeth Meyers.

Por la cara de cansancio de Gunn, Sandecker supo que estaba muy afectado por la desaparición de Pitt.

—¿Qué hay de nuevo sobre Pitt y Giordino?

—Los equipos de búsqueda y rescate siguen sin encontrar nada. Hoy la marina lo deja ya.

Gunn miró a Sandecker, esperando su reacción, que no se quedó corta: muy rojo, el vicepresidente fue a su mesa y llamó a su secretaria por el interfono.

—Martha, ponme con el jefe de Operaciones Navales.

Segundos después le estaba echando un rapapolvo a un almirante que en otros tiempos le había superado en rango. Tras colgar de golpe regresó a la mesa.

—Han alargado tres días más la búsqueda de la marina.

—Gracias, señor vicepresidente.

—¿Y el barco del que me hablaste? —preguntó Sandecker.

—¿El *Salzburg*? —dijo Gunn—. El último parte es de Nueva Orleans. Los de Interior se han puesto en contacto con las autoridades portuarias de la zona para ver si aún está allí.

—¿Cuál es la relación? —preguntó Fowler.

—Más bien circunstancial —dijo Gunn—. Parece que el *Salzburg* estaba cerca del *Adelaide* cuando desapareció con Pitt a bordo. Es uno de los muchos cabos que seguimos en este misterio donde hay tan pocas pistas.

—Qué nos va a decir... —comentó Meyers.

—¿Perdón? —dijo Gunn.

—Rudi —explicó Sandecker—, antes de desaparecer, Pitt participó en la recuperación de unos planos de alto secreto relacionados con un proyecto de submarino, el *Flecha de los mares*.

—*Flecha de los mares*... ¿No es un concepto de submarino de ataque de gran velocidad?

—De conceptual no tiene nada. Al menos hasta ahora.

—Me imagino que tendrá algo que ver con el rescate de aquel barco en las costas de San Diego, el *Cuttlefish* —dijo Gunn.

—Exacto —apuntó Sandecker—. Lo que pasa es que el tema se nos ha desbordado y ahora es un desastre de seguridad a escala nacional. ¿Por qué no le pones tú al día, Elizabeth?

La mujer del FBI carraspeó.

—Le advierto de que es información secreta. Hace cuatro días robaron un motor

de propulsión muy avanzado para el *Flecha de los mares* durante su traslado desde el laboratorio de investigación de la marina en Chesapeake, en Maryland.

—¿Por eso hace unos días hubo una alerta de Interior? —preguntó Gunn.

—Por eso —dijo Meyers—. El FBI ha estado trabajando sin descanso, examinando hasta el último aeropuerto, terminal portuaria y área de camioneros del país. No se imagina la cantidad de recursos que se han asignado a la investigación.

—Y ¿aún no hay pistas? —preguntó Sandecker.

—Falsas o que no lleven a nada, muchas. Lo mejor que tenemos es una descripción de un hombre hispano que compró un viejo Toyota implicado más tarde en el secuestro. Aparte de eso seguimos dando palos de ciego.

—¿Usted cree que sigue dentro del país? —preguntó Gunn.

—Nos gustaría creer que sí —respondió Meyers, con un tono que dejaba muy patentes sus dudas.

—Es parte del motivo de que estés aquí, Rudi —dijo Sandecker—. El FBI está buscando todos los recursos posibles y le gustaría contar con la ayuda de la flota de la NUMA. Teniendo en cuenta que vuestros barcos a menudo están en lugares apartados, quieren que se les informe de cualquier conducta inusual que pueda observarse en lo relativo al transporte interno.

—Les hemos pedido lo mismo a la marina, la Guardia Costera y algunos de los operadores portuarios más importantes —añadió Meyers.

—No faltaría más —dijo Gunn—. Daré parte de inmediato.

Sandecker se volvió hacia Fowler.

—¿Quieres añadir algo, Dan?

—No, solo que hemos confirmado que Ann desapareció poco antes del secuestro. Sospechamos lo mismo que el FBI: que la han matado o raptado los mismos delincuentes.

—¿Ann Bennett? —preguntó Gunn—. ¿La han secuestrado?

—Sí, y nos tememos lo peor —dijo Meyers—. Ya lleva desaparecida cinco días.

Gunn estuvo a punto de caerse de la silla. Acababa de acordarse del correo electrónico ilegible que le había enseñado Yaeger.

—Ann está viva —dijo—, y sé dónde; mejor dicho, sé dónde estaba hace unos días: en Lexington, Kentucky.

—¿Sigue con vida? —preguntó Fowler.

—Sí. Lo sé por un correo electrónico muy críptico que recibimos en la NUMA. Seguro que era una advertencia, o una llamada de auxilio. No entendemos todo el texto, pero creo que una parte de él indica que la secuestraron junto con el motor del *Flecha de los mares*.

Meyers se tensó en su asiento.

—Movilizaré a la delegación de la zona.

Fowler dirigió una mirada de incompreensión al vicepresidente.

—¿Por qué en Lexington, Kentucky?

—Quizá en aquella zona haya un aeródromo bien relacionado con los ladrones.

—Es posible que aún estén en tránsito —dijo Meyers—. Quizá estuvieran de camino a la costa Oeste, o a México.

—Bueno, Elizabeth, parece que ya tenéis algo que hacer —dijo Sandecker—. Venga, manos a la obra. Mañana a la misma hora espero el parte.

Los visitantes del vicepresidente se levantaron para irse. De camino a la puerta, Meyers se acercó a Gunn.

—Me gustaría ver lo antes posible el correo electrónico.

—Claro que sí —dijo Gunn; pero no antes, pensó, de que él y Yaeger lo hubieran descifrado por completo.

Abrieron de un portazo el camarote. Sentada en una esquina, sobre un escritorio, Ann veía pasar el mar por un pequeño ojo de buey. Era donde había pasado casi todo el viaje; puro tedio, a excepción de unas pequeñas náuseas poco después de abandonar el delta del Mississippi. Su única alegría eran las dos comidas diarias que le traía un hombre calvo y feo, el cocinero del barco, suponía ella.

Tantas horas sin apartar la vista de estribor la habían convencido de que iban hacia el sur. A la velocidad que calculaba, de entre quince y veinte nudos, el segundo día debían de estar a mil millas al sur de Nueva Orleans; y aunque sus nociones de geografía sureña no fueran nada del otro mundo, no creía que anduvieran lejos de la península mexicana de Yucatán.

A Pablo no había vuelto a verle desde que estaba a bordo. Aun así se había mentalizado para cuando apareciese, y al oír la puerta supo que era él. Irrumpió en el camarote y cerró de un portazo. Ann nunca le había visto tan relajado. Cuando le tuvo algo más cerca comprendió el motivo: apestaba a ron barato.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con una sonrisa.

Ann se arrimó más a la esquina, apoyando el mentón en las rodillas.

—¿Adónde vamos? —contestó con la esperanza de hacerle pensar en otra cosa.

—A un sitio caluroso y húmedo.

—¿Colombia?

Pablo ladeó levemente la cabeza, sorprendido de que Ann supiera —o adivinase— su nacionalidad.

—No, pero después de la entrega quizá podamos ir los dos a Bogotá en avión para un largo y romántico fin de semana.

Se acercó más al borde de la mesa.

—¿Cuándo será la entrega?

—Tú siempre preguntando.

Se inclinó para darle un beso baboso en la cara. Ann levantó las plantas de los pies hacia su pecho y le empujó con las piernas. Para su sorpresa, el grandullón tropezó hacia atrás y se cayó en el catre.

Se estremeció. ¿La mataría Pablo por haberle rechazado? El alcohol, sin embargo, había aplacado a su secuestrador, que se levantó riendo de la cama.

—Ya sabía yo que en el fondo eras una gata salvaje —dijo.

—Lo que no me gusta es que me enjaulen como si lo fuera. —Ann levantó las muñecas esposadas—. ¿Y si antes me quitaras esto?

—Salvaje y lista a la vez —repuso él—. No, creo que será lo único que te deje puesto.

Empezó a desabrocharse la camisa, clavando en Ann una mirada lasciva y

desenfocada.

Ella temblaba en la esquina sin haber bajado de la mesa, sopesando la posibilidad de intentar correr hacia la puerta.

Leyéndole los pensamientos, Pablo se interpuso en su camino y empezó a acercarse lentamente.

Justo cuando Ann iba a gritar, el camarote se llenó de ruido.

Era la estática emitida desde el techo por un altavoz conectado al interfono de a bordo. A continuación retumbó una voz que no se oyó solo en el camarote, sino en todo el barco.

—Señor Pablo, por favor, preséntese en el puente. Señor Pablo, al puente.

Pablo movió la cabeza y miró asqueado el altavoz. Después fijó en Ann una mirada ávida, mientras se abotonaba torpemente la camisa.

—Ya reanudaremos más tarde la visita.

Al salir del camarote cerró la puerta con llave.

Ann, en su esquina, se desmadejó con lágrimas de alivio en las mejillas; alivio por un aplazamiento que, temía, sería solo temporal.

Una vez fuera del camarote, Pablo subió al puente y se acercó irritado al capitán.

—¿Qué pasa?

—Tiene una llamada urgente en el teléfono satélite.

El capitán le indicó un auricular, por el que Pablo habló tras sacudirse la torpeza del alcohol. Fue una conversación unilateral. Pablo estuvo callado hasta el final, cuando dijo:

—Sí, señor.

Se volvió hacia el capitán.

—¿A cuánto estamos del canal?

El capitán ajustó la escala en una pantalla de navegación.

—A seiscientas millas casi exactas.

Pablo miró el mapa digital, estudiando la línea de costa más cercana.

—Tenemos que hacer un viaje de emergencia a Puerto Cortés, en Honduras, para recoger pintura y cargamento.

—¿Una entrega a la finca?

—No, una petición de a bordo.

—Pero si la dotación que llevamos en el *Salzburg* es mínima...

—Pues entonces necesitaremos que se esfuercen todos al máximo —dijo Pablo—, no vayan a ser ellos los minimizados.

Fiel a la petición de Zhou, Pitt fue hacia el oeste por la selva. Se le ocurrió volver dando un rodeo e intentar localizar el barco en el que casi con seguridad había llegado Zhou, pero al final pensó que estaría bien escondido. Mientras se abría camino por la selva, se preguntó quién sería aquel hombre y por qué le habían enviado para destruir el complejo de Bolcke. Él, de hecho, albergaba sentimientos parecidos, pero supuso que el móvil tendría más que ver con el comercio de elementos de tierras raras que con razones humanitarias.

Al poco tiempo de su despedida, se había puesto el sol, oscureciendo la selva bajo su dosel de hojas. Pitt avanzaba a trompicones entre nubes de mosquitos que, aparecidos al anochecer, se cebaban en su piel desnuda. A medida que el frondoso mundo que le rodeaba se teñía de negro, su avance se volvió más difícil. Pisaba ramas afiladas sin querer o tropezaba con troncos invisibles, pero no podía remediarlo.

Los perros, lentos y metódicos, seguían persiguiéndole. Pitt había tenido la esperanza de que sus rastreadores siguieran el camino de Zhou, pero no, no le habían perdido la pista, y a juzgar por sus ladridos esporádicos solo debían de estar a unos centenares de metros. Cada pocos minutos hacía un alto y escuchaba para calcular su posición.

Inmerso en la selva, perdió cualquier tipo de referencia para establecer su dirección. Solo tenía una pista: el ruido de los perros, cuyos ladridos escuchaba atentamente por miedo a un regreso accidental que le echara en las fauces de sus perseguidores.

De noche la selva se animaba con un concierto de extraños gritos y reclamos. Pitt no soltaba su palo afilado, por si los gritos no eran de un pájaro o una rana, sino de un jaguar o de un caimán.

Los ruidos le ayudaban a no pensar en el cansancio. Sin el agua y la barra de proteínas de Zhou tal vez se hubiera venido abajo, pero los mínimos alimenticios le impulsaban a seguir. Rendido hasta el tuétano, sufría con cada nuevo paso, y el no estar acostumbrado a aquel entorno caluroso y con tanto bochorno no hacía sino adormilarle más. Al sentir la tentación de hacer un alto y acostarse, pensó en Giordino y los otros prisioneros, y sus pies se siguieron moviendo.

Aunque después de nadar se le hubiera secado la ropa, ahora estaba impregnada de un sudor inagotable. Rezó por que lloviese, sabiendo que le ayudaría a despistar a sus perseguidores, pero el cielo panameño, tan fiable de costumbre, se mostraba esquivo, y lo único que le brindó fue alguna llovizna pasajera.

Resbaló en un charco de barro. Después se apoyó en un árbol cortado y descansó. Parecía que sus rastreadores también iban más lentos a causa de la oscuridad. Un ladrido lejano le indicó que conservaba una buena ventaja, pero no tardó en atisbar un

vago brillo a través del follaje: el de las linternas del grupo de búsqueda.

Tras levantarse con dificultad se sometió de nuevo al azote de las ramas invisibles. Fueron pasando las horas de la noche, en un ciclo de tumbos, trompicones y tropiezos por la selva; y siempre al fondo, la bulla de los perros, que eclipsaba cualquier otro sonido.

Con movimientos de zombi cruzó un bosquecillo de bambú. Al paso siguiente no encontró más que aire: había llegado al borde de un barranco. Tras rodar de cabeza por una cuesta de hierba, llegó a un pequeño arroyo donde se quedó varios minutos sentado en el agua fresca, que alivió el dolor de sus magulladuras y sus cortes. Una hilera de estrellas que titilaban sobre su cabeza le aportaba una luz escasa pero bienvenida.

El agua le daría la oportunidad de escaparse de los perros que le perseguían. Después de rellenar la cantimplora de Zhou, arrastró los pies por el centro del riachuelo. El agua casi nunca subía más allá de las rodillas, pero era bastante profunda para encubrir sus huellas. Constató que la luz de las estrellas le facilitaba el recorrido, aunque resbalase y se cayese al lecho del arroyo, que tuvo la sensación de seguir durante varios kilómetros, cuando en realidad no fueron más que unos escasos centenares de metros.

Al llegar a unos bajos subió por la otra orilla a trancas y barrancas y entró en un bosque de árboles kapok. Tentado por una rama baja, se subió a ella y descansó.

La selva estaba más callada. Pitt no oía casi nada más que el riachuelo. Ni siquiera detectaba a los perros de presa, lo cual le dio esperanzas de haberlos despistado al fin. Al apoyarse en el tronco se dio cuenta de que la persecución había sido casi tan extenuante en el aspecto mental como en el físico.

Mientras luchaba contra el sueño, oyó un ruido en la vegetación del otro lado del arroyo. Justo cuando miraba por encima del hombro, una luz amarilla osciló por el follaje. Se quedó de piedra al ver aparecer la silueta de un gran perro en la otra orilla del arroyo, un perro que husmeaba el suelo.

Maldijo su suerte. Siguiendo el cauce del arroyo había vuelto sin querer sobre sus pasos, acercándose a sus perseguidores.

El pastor alemán no dio señales de haber visto u olido a Pitt, que se mantuvo completamente inmóvil en el árbol, sin respirar siquiera. La luz amarilla se hizo más intensa, hasta que emergió de unos arbustos un hombre armado y con una linterna. Llamado por su cuidador, el perro se volvió y empezó a seguirle, no sin antes emitir un gruñido.

A tres metros de Pitt brotó un rugido como el de un león en una silla eléctrica. Pitt estuvo a punto de bajar volando de la rama, pero se contuvo. La linterna del hombre armado se deslizó por el árbol hasta posarse en un ser peludo, marrón y negro, colgado un poco más arriba que Pitt. Era un mono aullador, que soltó otro grito ronco

antes de saltar a otra rama y escabullirse de la luz.

Pitt se quedó muy quieto al borde del círculo de la linterna, mientras el perro ladraba como loco. El haz tembló y dio un salto atrás, centrándose de lleno en Pitt, que se dejó caer de la rama y se metió corriendo por el bosquecillo. Un segundo después, una ráfaga de balas horadó la rama ya vacía del kapok.

Tras el eco de los disparos volvió el silencio. Bruscamente, la selva estalló en graznidos y alaridos, los de mil animales en plena desbandada. Delante de todos iba Pitt, lanzado por el laberinto de follaje con los brazos extendidos. Le ayudó que el cielo se estuviera estriando con los primeros rayos del amanecer. Corrió y corrió.

Pese a la orden de seguir a Pitt, el pastor alemán vacilaba en cruzar el riachuelo, dándole así algo de ventaja, aunque al final encontró un vado y reanudó su persecución. Sus ladridos incesantes permitieron a Pitt hacer un seguimiento de su aproximación, firme y segura: aunque también estuviera cansado por toda una noche de persecución, el pastor alemán insistía en seguir.

A Pitt le quedaban pocas fuerzas para alargar el sprint; se sabía incapaz de vencer al perro como corredor, pero si lograba separarlo de su cuidador quizá tuviera una oportunidad. La cuestión era si le quedaban energías para pelearse con el perro.

Los ladridos estaban cada vez más cerca. Decidió que era el momento de volverse y plantar cara. Justo entonces se dio cuenta de que al huir se había dejado en el árbol el palo puntiagudo. Buscando un arma nueva, no vio una rama baja y chocó de cara con ella. El golpe le dejó aturdido en el suelo. Oyó acercarse los ladridos, pero también un ruido metálico que parecía hacer vibrar la tierra.

Se arrastró por puro instinto hasta dejar atrás el árbol y subir por un montículo. El ruido adquirió más intensidad. Aguantándose el dolor, Pitt se asomó a la elevación.

Vio un tren en la penumbra, a menos de seis metros. Tras descartar que fuera un espejismo, consiguió levantarse. Era un tren de verdad, que iba despacio por un estrecho corte practicado en la selva y arrastraba vagones de carga con un sinfín de contenedores.

Se tambaleó hacia los raíles al mismo tiempo que el pastor alemán, subido al altozano, le reconocía y con furia renovada se lanzaba sobre él. A Pitt se le doblaban las rodillas, pero siguió caminando hacia el tren.

Estaba pasando un vagón de carga medio lleno. Pitt saltó, cayó sobre el torso y se impulsó con los dedos por la plataforma, mientras el perro le atacaba. El pastor alemán saltó y cerró las fauces en torno al pie derecho de su víctima, colgada del vagón.

Pitt rodó por la plataforma con el perro agarrado a su pie. Se quitó del cuello la cantimplora de Zhou y se la arrojó al animal, que al recibirla de lleno en el hocico soltó su presa con un gáñido, pero al poco de caerse en la grava, junto a los raíles, se recuperó del golpe y salió en persecución del vagón de Pitt. Corrió a su lado casi

medio kilómetro, gruñendo y brincando, pero sin poder saltar. En un momento dado, el tren cruzó un barranco por un puente estrecho de caballete, y el perro no tuvo más remedio que desistir. Pitt se despidió con la mano de la fiera, que ladraba y aullaba de frustración, al ver desaparecer el tren. Después cruzó el vagón a rastras, se acurrucó contra un contenedor oxidado, cerró los ojos y se durmió enseguida.

El lento tren de carga frenó con una sacudida que despertó a su único pasajero. Tendido en una de las plataformas, Pitt abrió los ojos a la intensa luz del sol de la mañana.

El convoy de la Panama Railway había llegado al final de su viaje: una playa de vías del puerto de Balboa. Situado cerca de la entrada al canal de Panamá por el Pacífico, y a pocos kilómetros al sur de Ciudad de Panamá, Balboa era el principal nudo de transporte por el istmo. Pitt bajó de un salto y se vio rodeado de una selva de acero. Por todas partes había montañas de contenedores de todas las tonalidades. Al fijarse en una larga hilera de vagones, vio una grúa pórtico situada sobre los raíles y a un grupo de trabajadores que estaban empezando a descargar los ubicuos contenedores.

Pitt, que estaba cerca del final del tren, siguió los raíles hasta haber salido de la playa de vías, pensando que había muchas posibilidades de que las autoridades ferroviarias de la zona le considerasen un simple vagabundo. Una vez fuera trepó por una tela metálica oxidada y se encontró en un barrio de viejos almacenes. Vio a media manzana un edificio pequeño con algunos coches aparcados delante. Era un bar destartado al que acudían los estibadores. Al cartel descolorido que lo identificaba como El Gato Negro se sumaba la pintura del felino en cuestión, con los ojos en forma de equis.

Al entrar atrajo las miradas de los pocos clientes que, madrugadores, calentaban ya los taburetes del oscuro bar. Mientras se acercaba al encargado, Pitt se vio en el gran espejo de detrás de la barra y casi se asustó a sí mismo.

Era la imagen de un hombre cansado y demacrado, con moratones y sangre en la cara y la ropa hecha jirones, manchada también de mugre y sangre. Parecía salido de la tumba.

—¿El teléfono? —preguntó en español.

El encargado, que le miraba como si acabara de llegar de Marte, señaló el rincón de los servicios. Al acercarse, Pitt encontró con alivio un maltrecho teléfono de pago. Aquellos venerables aparatos sobrevivían a lo largo y ancho del planeta y se llegaban a encontrar en los lugares más inverosímiles.

Entabló conversación con una operadora en lengua inglesa que no se resistió mucho a su solicitud de hacer una llamada a cobro revertido a Washington. Pronto oyó sonar el teléfono del otro lado. La voz de Rudi Gunn subió una octava tras oír el saludo de Pitt.

—¿Estáis bien Al y tú?

—No exactamente.

Pitt le explicó en pocas palabras el secuestro del *Adelaide*, su llegada al complejo

panameño y su huida.

—Panamá —dijo Gunn—. Habíamos dado aviso a las autoridades del canal de Panamá para que buscasen el *Adelaide*.

—Le cambiaron el nombre en alta mar. Probablemente ya tuvieran listos documentos falsos. El complejo de Bolcke está hacia el centro de la zona del Canal, es decir, que probablemente tenga contactos en las esclusas.

—¿Has dicho Bolcke?

—Sí, Edward Bolcke, un viejo ingeniero austríaco de minas que dirige el campo de los horrores. Me han contado que es muy importante en el mercado de elementos de tierras raras.

—Era una de las pistas sobre tu secuestro —dijo Gunn—. Tiene un barco que se llama *Salzburg* y que fue avistado cerca del *Adelaide* más o menos en el momento de su desaparición.

—Debe de ser el mismo barco que desvió el *Tasmanian Star* antes de que apareciese en Chile. Y puede que también el *Cuttlefish*. Parece que está armado con algún tipo de aparato de microondas que ha demostrado ser mortal.

—Quizá Bolcke también tenga instalaciones en Madagascar —dijo Gunn—. Haré que el Pentágono busque a Al y los demás. Tal como lo cuentas, parecería justificada una operación militar conjunta con las fuerzas de seguridad panameñas.

—Oye, Rudi, tenemos muy poco tiempo. —Pitt explicó su encuentro con el agente chino Zhou y el plan de este de destruir el complejo. Después miró su reloj de buceo Doxa y dijo—: Nos quedan menos de cinco horas para sacar a Al y los demás antes de que empiecen los fuegos artificiales.

—Eso es mucho pedir.

—Llama a Sandecker y que hagan todo lo posible.

—Haré lo que pueda. ¿Dónde estás?

—En un bar que se llama El Gato Negro, cerca de la terminal ferroviaria del Pacífico.

—No te muevas, en menos de una hora alguien te pasará a recoger.

—Gracias, Rudi.

Pitt sintió disiparse el cansancio de la huida, que dejó sitio a nuevas fuerzas para la labor que tenía pendiente. Lo único importante era salvar a Giordino y los demás. Volvió a la barra. El encargado le hizo señas de que se sentase en un taburete vacío. Al ocuparlo, Pitt se encontró ante un vaso de chupito lleno de un líquido de color claro. Al lado había un cortaperros de mango largo.

Se puso las manos en el cuello y palpó el collarín de acero. Ya no se acordaba de que lo llevaba. Miró al encargado, que asintió sin bajar la vista.

—Muchas gracias, amigo —dijo Pitt en español mientras cogía el vaso de chupito y se lo bebía de un trago.

Era Seco Herrerano, un aguardiente muy popular en la zona, fuerte pero con la dulzura del ron. Dejó el vaso en la barra, cogió el cortapernos y sonrió al encargado.
—¿Quién ha dicho que los gatos negros dan mala suerte?

—¿Seguro que vamos bien?

Dirk miró a su hermana con irritación.

—Con lo poco que les gusta aquí poner el nombre de las calles, la respuesta debe de ser que no.

Tras rodear un camión de bananas parado, aceleró entre el denso tráfico en su coche de alquiler. Desde que habían aterrizado en el aeropuerto internacional Tocumen, esa misma mañana, no habían hecho otra cosa que ir de un lado a otro de la capital: primero el registro en el hotel, y después una visita al cuartel general del negocio de minerales de Habsburg Industries. Era una pequeña planta baja de alquiler, cerrada y sin aspecto de que la usaran mucho. El dueño de la panadería de al lado confirmó que casi nunca estaba abierta. Cuando Dirk y Summer empezaban a pensar que el viaje a Panamá era una pérdida de tiempo, Gunn los llamó para decirles que su padre estaba vivo y los esperaba en los límites de la ciudad.

Pasaron al lado de un cartel que daba la bienvenida al barrio de Balboa, y por el que Dirk supo que iban por buen camino. Tras seguir a un par de tráilers que supuso que irían hacia el puerto, vio la entrada de este último y se metió por un callejón sin asfaltar.

A tres manzanas, Summer vio el letrero con el gato negro.

Casi no esperó a que Dirk detuviera el coche para entrar corriendo en el bar, ignorando su mal aspecto. A duras penas reconoció a su padre, que, sentado en la barra, comía una empanada. La impresión de Pitt al ver a sus dos hijos no fue menor.

—Vámonos al hospital, papá —dijo Summer.

Pitt sacudió la cabeza.

—No hay tiempo. Tenemos que coordinarnos con el ejército panameño para rescatar a Al y los demás.

Dirk miró a la clientela, muy atenta toda ella a los americanos, que desentonaban.

—Papá, ¿y si lo hablamos en el coche?

—Me parece bien —dijo Pitt. Miró el chupito y el plato, ambos vacíos—. ¿Lleváis moneda del país?

Dirk abrió la cartera.

—He oído que en Panamá tienen preferencia por nuestros dolarcitos.

Pitt sacó de la cartera de su hijo un billete de cien dólares, se lo dio al encargado y le estrechó la mano.

—Eso eran dos días de dietas —dijo Dirk cuando salieron del bar.

Pitt le guiñó un ojo.

—Ponlo en tu informe de gastos.

Siguieron por el camino lleno de baches, después de que Dirk estudiase un mapa

de carreteras.

—¿Cómo ha quedado Rudi con los panameños para entrar en el complejo de Bolcke? —preguntó Pitt.

—Se está tirando de los pelos —dijo Summer—. Nos ha llamado tres veces de camino. Supongo que sabes que desde que derrocaron a Manuel Noriega, Panamá no tiene un ejército permanente. Dentro de las fuerzas del orden panameñas hay grupos paramilitares dispuestos a hacer un asalto conjunto con un pelotón estadounidense, pero antes quieren ver las pruebas y hacer los preparativos adecuados para un asalto táctico. Nadie espera que se forme un cuerpo de asalto en menos de cuarenta y ocho horas.

Dirk miró a su padre.

—¿Tú crees que a Al y los otros les puede pasar algo antes?

Pitt les explicó su encuentro con Zhou.

—Sospecho que cuando exploten las cargas los hombres de Bolcke ejecutarán a todos los prisioneros y esconderán los restos. ¿Tenemos alguna fuerza de nuestro país que pueda entrar sola?

Dirk negó con la cabeza.

—La mejor opción serían las fuerzas especiales del mando sur, que están en alerta, pero tardarían diez horas en llegar. Según Rudi, la única presencia que ha podido encontrar en la zona es un barco militar que va hacia el canal por el Pacífico.

Después de un breve recorrido por Balboa, Dirk subió por una cuesta y llegó a un edificio grande y opulento con vistas al barrio portuario y el canal. En el césped, muy cuidado, había un letrero que lo identificaba como

SEDE ADMINISTRATIVA DE LA
AUTORIDAD DEL CANAL DE
PANAMÁ.

—La Autoridad se ocupa de la seguridad del canal y las zonas adyacentes —dijo Summer—. Rudi dice que es nuestra única esperanza de respuesta inmediata.

Dentro del edificio, el aspecto de Pitt llamó la atención del personal y de los visitantes. Un recepcionista los acompañó al despacho del director de seguridad del canal, un tal Madrid, de actitud ponderada y bigote fino, que observó detenidamente a Pitt mientras se presentaba.

—Me han informado del carácter urgente de su visita. Su vicepresidente es un hombre con un gran poder de convicción —dijo, impresionado por que le hubieran llamado personalmente.

—Hay vidas en juego y poco tiempo —respondió Pitt.

—Mientras hablamos llamaré a nuestra enfermera y le pediré ropa limpia.

Madrid los llevó a su despacho, que tenía un gran mapa del canal en la pared. En una mesa había un hombre con ropa militar que examinaba fotos aéreas.

—Les presento al comandante Álvarez, responsable de nuestras operaciones de seguridad sobre el terreno, que estará al mando de la operación de rescate.

Una vez sentados a la mesa con Álvarez, Pitt explicó su secuestro y describió el funcionamiento del complejo oculto de Bolcke.

—Hemos consultado los registros de la compañía Habsburg y nos han extrañado sus pautas de tránsito por el canal —dijo Madrid.

—Sus barcos entran por un lado —explicó Pitt— y no salen por el otro hasta varios días después.

—Ni más ni menos.

—Primero hacen entregas de mena comprada o robada en el complejo, y luego se llevan el producto refinado.

Madrid asintió, dolido.

—El paso de barcos comerciales por el canal es una actividad controlada al milímetro. Todo indica que, para cruzarlo tal como lo hacen sin llamar la atención, disponen de la ayuda de los pilotos, y puede que de nuestro propio personal de esclusas.

—Es un producto que mueve mucho dinero —dijo Pitt—. Pueden permitirse sobornos francamente suculentos.

—Señor Pitt, ¿usted podría enseñarnos la ubicación del complejo? —preguntó Álvarez.

Pitt se acercó al mapa y siguió el trazado de la Panama Canal Railway por la ribera oriental.

—Yo diría que cogí el tren por esta zona, pero no puedo asegurarlo. —Estaba señalando una parte aislada cerca del lago Gatún, a unos cincuenta kilómetros de la capital—. El complejo debería de estar entre el canal y las vías.

Álvarez hojeó una carpeta hasta sacar un fajo de fotos aéreas en color.

—La región sería aproximadamente ésta.

Sometió cada foto a un profundo examen antes de hacerla circular por la mesa. Eran imágenes de tramos frondosos de la selva, que en algunos casos bordeaban el lago Gatún. En algunas fotos, la selva se veía cortada por las vías de la Panama Railway, pero ni una sola mostraba indicios del complejo de Bolcke. La expresión de Madrid se fue volviendo cada vez más escéptica a medida que escrutaban las cuarenta imágenes.

—Un segundo —dijo Summer—. Dame otra vez la última foto.

Dirk se la dio. Summer la alineó con otra encima de la mesa.

—Fíjense en la selva en estas dos fotos.

Los cuatro hombres torcieron el cuello para ver una superficie uniforme de selva verde que cubría ambas imágenes.

Nadie dijo nada hasta que Pitt deslizó una tercera foto por la mesa.

—Es el color —apuntó—. Cambia.

—Exacto. —Summer señaló una de las fotos—. Aquí hay una especie de costura donde parece que el color de la selva se vuelva un poco gris.

—Sí, ya lo veo —dijo Madrid.

—Son las cubiertas artificiales que hay encima del complejo —indicó Pitt—. Con el tiempo se han descolorido y ya no tienen la misma tonalidad que la selva de alrededor.

Álvarez fue encajando las fotos con otras contiguas hasta que el conjunto mostró claramente una península que se adentraba en el lago Gatún. Después cogió un marcador y resaltó las zonas descoloridas hasta revelar un gran rectángulo adyacente a un mosaico de rectángulos menores.

—El rectángulo grande sería el que abarca el muelle y la ensenada —señaló Pitt—. La entrada está tapada con unos cuantos mangles artificiales, que se apartan cuando entra o sale un barco.

—¿Y los otros rectángulos? ¿Qué son? —inquirió Summer.

—Los otros edificios del complejo.

Pitt cogió el marcador de Álvarez e indicó la residencia de Bolcke, el molino, las viviendas de los esclavos y los diversos pabellones de extracción. Acto seguido expuso lo que sabía de las fuerzas de seguridad del complejo, sin dejarse ni un detalle.

—¿Cuántos prisioneros hay? —preguntó Madrid.

—Ochenta.

—Increíble —dijo Madrid—. Un campo de esclavos escondido en nuestras propias narices. —Se volvió hacia Álvarez—. ¿Ya lo tiene situado?

—Sí, queda justo aquí.

Álvarez localizó la península en el mapa grande de la pared y la señaló con una chincheta.

—Está claro que está en nuestra jurisdicción. ¿Alguna propuesta para entrar?

—Al haber tan poco tiempo lo lógico sería llegar por el lago Gatún. Podríamos traer de Miraflores al *Coletta*, como barco al mando, y usar tres de nuestros patrulleros como flota de asalto. —Examinó las marcas que había hecho Pitt en las fotos—. Si conseguimos superar la barrera mandaremos un barco a la ensenada y los otros dos los anclaremos fuera, para que se desplieguen los hombres. Cuando el complejo esté bajo control podremos llevar el *Coletta* hasta el muelle para evacuar a los prisioneros.

—Más vale que reúna cuanto antes a los hombres y el equipo —sugirió Madrid

—. Nos vemos dentro de dos horas a bordo del *Coletta*. Así de camino daremos instrucciones a la brigada de asalto.

—Sí, señor.

Álvarez se levantó y salió rápidamente del despacho.

—Si quieren unirse a mí en el *Coletta* durante la operación, no tengo inconveniente —les dijo Madrid a Pitt y sus hijos.

—Ahí estaremos —contestó Pitt—. He tenido que dejar atrás a un amigo lesionado.

—Comprendo. Por lo que se refiere al tema del *Salzburg*, he dado cumplimiento a la petición de su vicepresidente y he ordenado que se refuerce la seguridad en las esclusas de Gatún. En caso de que apareciera el barco para cruzar el canal, estaríamos listos para incautarnos de él.

Pitt se encogió de hombros.

—Supongo que incautarnos del barco de Bolcke podría dar respuesta a algunas preguntas más.

Summer se dio cuenta de que su padre no se formaba una idea completa de la situación.

—Papá, ¿no te ha dicho nada Rudi de tu amiga Ann Bennett?

Pitt negó con la cabeza.

—Desapareció hará cosa de una semana, más o menos en el mismo momento en que robaron una especie de motor a propulsión de un camión de un laboratorio de la marina. Rudi dijo que las dos cosas estaban relacionadas.

—El *Flecha de los mares* —murmuró Pitt.

—Rudi cree que a Ann la secuestraron junto con el motor. Hiram y él encontraron un correo electrónico muy críptico que te mandó a la web de la NUMA en que decía que estaba en Kentucky.

—Eso es que sigue viva.

—Es lo que piensa Rudi. Ellos creen que Ann les decía que el motor estaba escondido en un camión de paja. A Rudi se le ocurrió que podían estar intentando evitar la costa Este al sacarlo del país. Según él lo mandaron por el Mississippi; de hecho Hiram ha encontrado un vídeo del puente Horace Wilkinson de Baton Rouge donde pasa una barcaza con un camión de paja a bordo.

—Lo veo un poco endeble —replicó Pitt.

—Ya, pero luego descubrieron que el barco de Bolcke, el *Salzburg*, estaba en Nueva Orleans al mismo tiempo, y que zarpó un día más tarde.

—El *Salzburg* —dijo Pitt—. O sea, que Bolcke ha estado desde el principio detrás de los robos del *Flecha de los mares*.

—Pero ¿cómo planea usarlo? —preguntó Summer.

—Para sus negocios —respondió Pitt—. Planea vendérselo a los chinos, puede

que como parte de un acuerdo relacionado con la suma de sus propiedades de elementos de tierras raras. —Miró a Summer—. ¿Cuánto tiempo dices que hace que zarpó el *Salzburg* de Nueva Orleans?

—Unos cuatro días.

—En el reconocimiento se ve que va hacia el sur por el delta del Mississippi —añadió Dirk.

—¿Por qué no lo ha seguido y abordado la Guardia Costera o la marina? —preguntó Pitt.

—Ya lo habrían hecho —dijo Dirk—, si no fuera porque el barco ha desaparecido.

Anclado y perfectamente visible desde el edificio de administración de la Autoridad del Canal, un herrumbroso granelero absorbía el suave oleaje del Pacífico. Se llamaba *Santa Rita* y llevaba el pabellón de Guam, aunque el gobierno de este último país se habría sorprendido mucho de saberlo. Aparte de no haber presentado nunca documentación en Guam, el *Santa Rita* jamás había transportado un solo gramo de cereales.

Era en realidad un vetusto instrumento al servicio del Ministerio de Seguridad de Estado chino. Configurado en un inicio como barco espía para vigilar el estrecho de Taiwan, más tarde, ya reconvertido en granelero, había transportado misiles a Irán. Retirado por último a labores menos clandestinas, lo habían contratado para transportar un cargamento de fármacos mexicanos a Shangai, y en esas Zhou se lo había llevado a Costa Rica.

El agente había vuelto hacía poco de su incursión nocturna en el campo de Bolcke, y se estaba recuperando del cansancio en el puente. De pronto sonó su teléfono. Al ver el número, su estoico semblante reflejó cierta sorpresa.

—Zhou —respondió sin florituras.

—Zhou, soy Edward Bolcke. Debo informarle de un pequeño cambio en nuestra cita.

—Calculaba la entrega para dentro de una hora, como máximo.

—Ha habido un pequeño retraso por cuestiones de seguridad, pero no hay por qué alarmarse. El cargamento está seguro. Ahora bien, tendremos que posponer la cita seis horas.

Zhou no dijo nada. Faltaban unas cuatro horas para que sus explosivos detonasen en el complejo de Bolcke. Había programado los temporizadores para después de haber recibido el motor y los planos del *Flecha de los mares*. Ahora toda la entrega peligraba.

—Eso es inaceptable —dijo con calma—. Tengo un horario estricto al que ceñirme.

—Le pido disculpas, pero comprenderá que es todo muy delicado. Mi barco se está acercando a las esclusas de Gatún, y aún tendrá que cruzar todo el canal. Si lo desea, tiene la posibilidad de entrar en el canal por el lado en el que está. Si va hacia el norte por las esclusas de Miraflores podríamos hacer la entrega en el lago del mismo nombre. Así la adelantaremos una hora o dos. Puedo hacer una llamada y ponerle en cabeza de lista para el cruce inmediato de la esclusa.

Donde menos quería estar Zhou era atrapado en medio del canal de Panamá, pero si era la única oportunidad de hacerse con los secretos del *Flecha de los mares*, bienvenida fuera. Con algo de suerte Bolcke ignoraría que justo en el momento del

cambio de manos del sistema su complejo se había convertido en una ruina chamuscada.

—Está bien —dijo—; usted ocúpese del cruce, yo iré hacia el lago Miraflores. Ponga su barco a toda máquina, por favor. Le estaremos esperando.

Colgó y fijó la vista en la ventana del puente, con la sensación de estar a punto de bailar en el filo de una navaja.

Eran casi cuarenta los barcos atracados en la bahía de Limón, como un enjambre alrededor de una colmena, esperando su turno para penetrar desde el Atlántico en el canal de Panamá. Un pequeño carguero se deslizó junto a la larga fila de mercantes, buques cisterna y otros barcos de carga y ocupó el primer puesto de la fila.

La Gran Zanja nunca había recibido tantos barcos en todo su siglo de existencia, pero faltaba poco para que se ampliase su capacidad. Ya se había puesto en marcha el gran proyecto de dos nuevas series de esclusas con capacidad para los mayores cargueros del mundo. Aunque cruzarlo fuese caro, el canal suponía un ahorro de miles de millas frente a la alternativa de rodear el cabo de Hornos.

Los capitanes que esperaban su turno en la bahía de Limón y que vieron pasar el carguero ya sabían que para ponerse al frente de la cola había que pagar una jugosa bonificación.

El carguero redujo su velocidad al ser remolcado por la lancha del práctico, en la que viajaban un controlador de la Autoridad del Canal de Panamá y un piloto del canal. El capitán del barco los acompañó hasta el puente, donde cedió el mando al piloto, requisito impuesto a todos los barcos que transitaban por el canal. El controlador verificó el tonelaje y las dimensiones del buque para el cálculo de la tarifa.

—El manifiesto, por favor —le pidió al capitán.

Al hojear el documento se fijó en una breve lista de piezas.

—¿La mayoría de los contenedores están vacíos? —preguntó.

—Sí, van para Balboa —dijo el capitán.

—Ya me he fijado en lo baja que llevan la línea de flotación. —El controlador computó la tarifa y le añadió un considerable suplemento por adelantarse en la fila—. Se les cargará en cuenta. —Se volvió hacia el piloto—. El *Portobelo* tiene permiso para seguir.

Bajó del puente y se embarcó de nuevo en la lancha del práctico, que le llevó rápidamente al siguiente barco de la fila.

El piloto condujo el *Portobelo* por un largo canal hasta llegar a las esclusas de Gatún, punto de entrada del canal de Panamá por el Atlántico. Se componían de una serie paralela de tres enormes cámaras secuenciales que permitían elevar veintiséis metros por encima del nivel del mar los barcos con rumbo al sur, para que empezasen a cruzar el istmo.

El canal de Panamá era como un pastel de bodas líquido. Su punto más alto quedaba en el centro: el gran embalse artificial del lago Gatún, que desaguaba a cada lado en tres niveles. Una singularidad geográfica hacía que las aguas dulces del canal fluyesen hacia el Atlántico en el norte y hacia el Pacífico en el sur. El lago elevado

permitía que la gravedad llenase y vaciase las esclusas y elevase o bajase los barcos en función del sentido en el que viajaran.

Como pastel de bodas, sin embargo, el canal de Panamá era algo irregular debido a una separación entre las esclusas del lado del Pacífico. En las de Gatún, las tres cámaras atlánticas eran secuenciales. En cambio, las pacíficas estaban muy separadas: una esclusa de una sola cámara en el lago, la de Pedro Miguel, y otra de dos cámaras a una milla, la de Miraflores. El tiempo medio que tardaban los barcos en recorrer las cincuenta millas que separaban ambos mares era de unas ocho horas.

El piloto acercó lentamente el *Portobelo* a la primera cámara de Gatún y se detuvo justo enfrente de su enorme compuerta. Acto seguido fueron llevados y fijados a bordo cabos mensajeros atados a otros de acero, los de arrastre, conectados a su vez a unas locomotoras de pequeño tamaño («mulas», las llamaban) que circulaban por el borde de la esclusa. Guiadas por el piloto, las mulas remolcaron suavemente el carguero al interior de la cámara y lo mantuvieron en su sitio mientras se cerraban las compuertas de popa. Una vez selladas estas últimas, entró más agua en la imponente cámara, hasta que el barco se hubo elevado casi diez metros.

Varios hombres armados vigilaban la zona, cosa insólita en la esclusa, y observaron muy atentamente el barco. Cuando el nivel del agua fue el mismo que el de la siguiente cámara se abrieron las compuertas frontales y el barco fue arrastrado por las mulas. El proceso se repitió dos veces más hasta que el *Portobelo* abandonó la última cámara y salió al lago Gatún, veintiséis metros más arriba que al principio. Una vez fuera de las esclusas, el piloto dio orden al timonel de acelerar la marcha.

—Cambio de orden, timonel —dijo el capitán—. Para el barco.

El piloto se puso rojo.

—¡En el canal el barco está a mis órdenes! —Su actitud se suavizó al percibir otra presencia en el puente. Se volvió y vio que se acercaba Pablo—. ¡Pablo! Ya me parecía que esta cafetera se parecía más de lo normal al viejo *Salzburg*. Pero, chicos, ¿desde cuándo os dedicáis a los contenedores?

—Desde hace unas treinta y seis horas —respondió Pablo—. A partir de aquí llevamos nosotros el barco.

—Claro, claro.

El piloto vio en las manos de Pablo una bolsa con el soborno en metálico de siempre y una botella de Chivas Regal.

—Hay mil aparte para ti —dijo Pablo al dársela—. Que no se hable más del *Salzburg*.

—Hecho. Os buscaban los monos del muelle, pero me parece que los habéis engañado. Nos vemos en el próximo viaje.

La tripulación del barco bajó una lancha neumática y llevó al piloto hasta la orilla para que pudiera coger un taxi e ir al bar más cercano. Cuando volvió la lancha, el

Salzburg camuflado reanudó su viaje.

—¿Seguro que es de confianza? —preguntó el capitán.

Pablo asintió con la cabeza.

—Habremos acabado la entrega antes de que se haya bebido la mitad de la botella de *whisky*.

Se permitió lo que entendía por alivio. Hacía dos días, desde el aviso telefónico de Bolcke, que cada llamada por radio, cada barco que pasaba, le metían el miedo en el cuerpo; pero la rápida transformación del *Salzburg* en el *Portobelo*, facilitada por la aplicación de pintura en spray al puente y la chimenea, y un gran cargamento de contenedores vacíos, habían engañado a las autoridades del canal en las esclusas de Gatún. Lo cual significaba algo.

Que estaban fuera de peligro.

A toda máquina por el canal de Panamá, el *Coletta* adelantó a los barcos comerciales, de velocidad restringida, como si ni siquiera se moviesen. Era una patrullera fabricada en Italia, de unos cuarenta metros de eslora, con una torreta de 20 milímetros a proa que le daba empaque.

Bajo cubierta, treinta hombres armados se apretujaban en la sala de oficiales para que Álvarez les diera las últimas instrucciones. Tenían la experiencia de haber colaborado en varios simulacros de defensa del canal con fuerzas internacionales. Pitt trató de mitigar el claro entusiasmo que les inspiraba la misión exponiendo al detalle las fuerzas con las que contaba Bolcke.

A decir verdad, él también estaba impaciente. Duchado, vendado y con un nuevo uniforme prestado, no veía el momento de entrar en el complejo y liberar a Giordino. Sin embargo, un asalto a plena luz del día era arriesgado, y todo dependía de su breve encuentro con Zhou. Esperó que no le fallase la intuición.

Álvarez le dio una SIG Sauer P228 automática con una funda.

—¿Sabe usarla?

Pitt asintió con la cabeza.

—En diez minutos deberíamos llegar al punto del despliegue. Yo entraré en la caleta con el barco 1. El 2 desembarcará en la península y se apoderará de la casa de Bolcke, esperemos que con él dentro. El 3 irá detrás, como reserva. Usted si quiere puede ir en el 3, aunque tengo que pedirle que se ciña al papel de observador.

—Ayudaré en lo que pueda. Suerte, Álvarez.

Pitt buscó a Dirk y Summer, pero no los vio en la sala, que se estaba vaciando. Oyó que el motor ya no iba tan deprisa. Siguió al puente a los demás.

El *Coletta* había seguido la ruta del canal por la orilla este de la isla de Barro Colorado, una gran reserva natural ubicada en el centro del lago Gatún. La estrecha vía de acceso al canal estaba marcada con luces y señales para evitar que alguna embarcación se quedase varada en los bajíos de la zona. En ese sentido no había nada que temer, ya que el *Coletta* era una nave de muy poco calado. Cruzaron a toda velocidad por delante de un carguero y siguieron una milla hacia el este hasta acercarse a una franja de tierra cubierta de frondosa vegetación.

Tres botes de asalto descendieron bajo un sol ardiente por uno de los flancos del barco detenido. En cada uno iban diez hombres. Al encajarse entre dos soldados sin armas y con sombreros australianos muy calados, Pitt tuvo la impresión de que en su bote iba algún pasajero de más.

—¿Queda un poco de sitio para papi? —preguntó.

Dirk levantó la vista bajo su sombrero.

—Es que queríamos ayudar.

—Habría preferido que os quedaseis en el barco. —Pitt se desabrochó la pistolera y le entregó la SIG Sauer—. Vigila a tu hermana.

—Tranquilo —susurró Summer a su lado.

Uno de los hombres ya había puesto en marcha el motor fuera borda para impulsar el bote hinchable hacia la costa, siguiendo a las dos primeras embarcaciones de asalto. El primer bote giró hacia la izquierda, buscando la caleta, mientras que los otros dos lo hacían a la derecha en dirección a un pequeño y resguardado acantilado. Los barcos no llevaban ni cinco minutos en el agua cuando todo el plan de ataque se vio desbaratado.

Una anilla de boyas fijas con sensores y cámaras de vídeo había detectado su aproximación. Empezaron a sonar alarmas por todo el complejo para avisar a las fuerzas de seguridad de Bolcke, el grueso de las cuales se desplegó hacia el muelle después de encerrar a los prisioneros, mientras otro destacamento subía al tejado de la casa del director.

El primero en ser alcanzado fue el barco 1, cuya dotación encabezaba Álvarez. Se estaba aproximando al muelle después de rodear un falso manglar cuando recibió una descarga desde la costa. Álvarez y sus hombres contraatacaron animosos y lograron reducir el fuego enemigo, pero solo hasta que se les vino encima una salva de lanzagranadas. Uno de los proyectiles cayó en el barco y se deslizó hasta el espejo de popa antes de detonar y volar toda la popa, causando dos víctimas mortales instantáneas y dejando en el agua a los demás.

Con tan poco margen de advertencia para los barcos 2 y 3, empezaron a llegar disparos desde el tejado de la residencia oculta de Bolcke. El bote más afectado fue el más cercano a la costa, el 2, que sufrió varias bajas mientras maniobraba y respondía al fuego. El piloto consiguió llegar hasta la orilla y los soldados pudieron resguardarse un poco detrás de un terraplén de piedra bajo, pero los tiradores del tejado no les dejaban moverse.

—¡Deprisa, a la derecha! —gritó Pitt al piloto del barco 3 al estallar el combate.

Previendo las dificultades del segundo bote, le había hecho señas al piloto de que virase bruscamente a la derecha y se acercara a la costa, donde no pudieran ser vistos desde la casa. El piloto, asustado, levantó la palanca del motor fuera borda e imprimió un giro brusco al timón. Estuvieron a punto de salir ilesos mientras el jefe del grupo, un tal Jorge, muy robusto, organizaba el contraataque; pero cuando los tiradores del tejado se centraron en el tercer bote, Jorge recibió dos disparos en la barriga.

Pitt vio miedo en los ojos de los otros hombres, ninguno de los cuales había presenciado un combate real. Se adelantó inmediatamente.

—Tenemos que cortar el fuego del tejado para sacar de la playa a los del bote 2. Seguidme a la casa.

Cuando la lancha tocó fondo, Pitt saltó por un lado y se internó corriendo por la selva. Su demostración de intrepidez hizo que el comando le siguiera a gran velocidad.

—Yo me quedo a cuidar a Jorge —le dijo Summer a Dirk buscando un kit de primeros auxilios—. Tú ve a ayudar a papá.

Dirk asintió con la cabeza, quitó el seguro de su pistola y saltó a tierra para alcanzar rápidamente al grupo, que ya se abría paso por la selva. Pitt se detuvo al borde de un claro que rodeaba la casa. Se veían varios tiradores que esperaban su aparición desde el tejado.

Al examinar la vivienda reparó en una escalera exterior que llevaba al tejado. Se volvió hacia el joven que estaba en cuclillas a su lado.

—¿Llevas granadas?

—Solo de humo.

—Pues dame las que tengas.

Tras reunir cuatro granadas de humo organizó un piquete con los soldados.

—Cuando os dé la señal, disparad al tejado para cubrirme. Al llegar a la escalera lanzaré las granadas al tejado. Vosotros asaltad la casa.

Se acercó a rastras.

—¡Ahora! —gritó.

De pronto en la selva todo fueron disparos con un solo blanco: los tiradores del tejado. Mientras se escondían, Pitt echó a correr. Los vigilantes, sin embargo, se reagruparon enseguida y respondieron al fuego enemigo. Al correr hacia la casa, Pitt vio que se interponía el porche delantero entre los vigilantes del tejado y él. Se acercó a la entrada. Cuando ya estaba a pocos pasos de los escalones del porche, dos guardias se abalanzaron por la puerta, seguidos por Bolcke, como dos bloqueadores escoltando a un corredor. Tras bajar corriendo los primeros escalones se quedaron de piedra al ver a Pitt a pocos metros.

Bolcke abrió los ojos con sorpresa, pero no le tembló la voz al decir, sobre un trasfondo de disparos:

—¡Matadle!

Los guardias de Bolcke apuntaron a Pitt con sus rifles, listos para disparar, pero él se les adelantó quitando la espoleta de una de las granadas de humo y arrojándola a los escalones. La granada se deslizó por la piedra labrada hasta detenerse a los pies de Bolcke.

Los guardias soltaron las armas, cogieron a Bolcke y le hicieron cruzar la balaustrada del fondo. Uno de los dos saltó tras él. El otro, en cambio, titubeó: había oído silbar la granada y había visto el primer hilo de humo. Al darse cuenta de que no era un explosivo le dio una patada y la apartó de los escalones. El césped quedó cubierto de humo gris. El vigilante se volvió hacia Pitt, desprotegido en un rincón, a pocos metros.

Recogió el fusil y apuntó, pero no tuvo tiempo de poner el dedo en el gatillo: en ese momento aparecieron dos puntos rojos en su pecho y se desplomó hacia atrás. Después de tambalearse unos momentos chocó con la escalera y rodó por el suelo.

Pitt vio a su hijo arrodillado en el césped con la SIG Sauer en las manos. Dirk se levantó y corrió hacia la casa, perseguido por las balas que pisaban sus talones.

—Gracias por el refuerzo —dijo Pitt.

Dirk sonrió.

—El humo no es rival para el plomo.

Pitt señaló los escalones del porche.

—Bolcke.

Lo cruzaron sigilosamente con Dirk en cabeza, pero Bolcke y el otro guardia ya habían desaparecido por un camino de la selva, así que Pitt volvió sobre sus pasos y llevó a su hijo por la escalera lateral. A pocos metros del final lanzó el resto de las granadas al tejado, que desapareció bajo una densa nube de humo. Ya no se oían disparos en el suelo. El comando del bote 3 estaba saliendo de la selva y subía a gran velocidad por la escalera. Pocos segundos después llegaron de la playa lo que quedaba del comando del bote 2 para unirse al asalto. La suma de fuerzas no tardó en someter a los guardias, lo que dejó el tejado despejado mientras se disipaba el humo.

La casa estaba en silencio. Donde aún se oían disparos espaciados era en la zona del muelle.

—¿Alguien sabe algo de Álvarez? —preguntó Pitt al comando reunido en el tejado.

—A mí no me contesta —respondió el comandante del bote 2—. Será mejor que vayamos al muelle.

—Os enseñaré el camino —dijo Pitt.

Los hombres bajaron rápidamente por la escalera. Un pequeño destacamento fue a controlar el interior de la casa, mientras que el resto siguió a Pitt por el mismo

camino por donde se había ido Bolcke. Cuando llegaron al muelle encontraron a media docena de guardias de seguridad que disparaban hacia el agua desde varios puntos, y a los que en la popa del *Adelaide* se habían unido dos tripulantes armados que disparaban desde arriba.

Los hombres de la Autoridad del Canal abrieron fuego y abatieron rápidamente a varios guardias que no estaban a cubierto. El resto de los vigilantes del muelle escapó en retirada hacia la selva; en cambio, los del barco se quedaron en sus posiciones y contraatacaron, lo que dio lugar a un prolongado tiroteo que no acabó hasta que los soldados, mejor entrenados, derribaron a ambos marineros.

Entre el ruido de los disparos, Pitt había oído ponerse en marcha un motor. Vislumbró una pequeña lancha de traslado que salía por la boca de la ensenada, y en la que se reconocía, al lado del piloto, la figura canosa de Bolcke.

Se volvió hacia el comandante del bote 2, que estaba de rodillas detrás de un árbol del caucho, recargando su fusil.

—Bolcke se ha escapado en un barco pequeño. Llama al *Coletta* y dile a Madrid que lo atrape.

El soldado asintió. Después de encajar un cargador, pulsó el botón de su radio y llamó al barco de apoyo.

Cuando Madrid recibió la llamada en el *Coletta* estaba observando con prismáticos un carguero que se aproximaba. Al volverse vio irrumpir la lancha de Bolcke por la boca de la ensenada, y echó mano de todos los recursos de la patrullera.

—Artillero, prepárese para un disparo de advertencia al barco que se acerca —dijo—. ¡Fuego!

Un marinero lanzó una descarga por el cañón de 20 milímetros de la cubierta e hizo brotar un géiser a proa de la lancha. Esta redujo la velocidad de su huida, pero mantuvo el rumbo cruzado a popa del *Coletta*. Madrid estaba tan concentrado en detener el barco de Bolcke que no se fijó en que el carguero se acercaba por detrás.

—Artillero, listo para dispararle al motor. ¡Fuego!

El artillero apuntó, pero antes de poder efectuar el disparo se cayó en la cubierta y empezó a mover los brazos como si le atacase un enjambre de abejas. Después rodó hasta la baranda gritando y se arrojó por la borda para refrescarse en las aguas del lago.

Dentro de la cabina de mando, Madrid sintió un repentino ardor en la piel que le hizo apartarse del timón sin poder aferrarse a los controles. Chillando de dolor, miró por la ventana y vio que el otro barco cargaba contra ellos.

Aunque el carguero no embistió al *Coletta* a demasiada velocidad, su gran volumen no tuvo problemas para destrozar la proa de la patrullera. Arrojado hacia atrás por el impacto, el menor de ambos barcos se llenó de agua, y en cuestión de segundos se elevó por la popa y se hundió bajo la superficie.

Bolcke vio desaparecer la patrullera mientras amarraban su lancha a un lado del carguero. Tras recorrer la escala real, seguido por el vigilante, cruzó la cubierta y subió al puente, donde, con paso cansino y jadeante, se acercó al timón. Allí estaba Pablo, admirando el Sistema Activo de Negación modificado que llevaba el barco en su proa.

—Parece que hemos llegado en el momento oportuno —dijo.

—Han... atacado... el complejo —explicó Bolcke.

—¿Quién?

—Uno de los prisioneros. Se escapó ayer.

—Seguro que son de la Autoridad del Canal. Ya me ha parecido que era uno de sus barcos. Seguro que Johansson dará buena cuenta de ellos en la orilla.

—No, a Johansson le mataron. El mismo hombre que se escapó.

—¿Podrían saber algo del acuerdo?

Bolcke negó con la cabeza.

—Con quinientos millones podrá comprarse muchos complejos nuevos —dijo Pablo.

—¿Los planos y el motor están a bordo, enteros?

Bolcke observaba el nuevo aspecto del *Salzburg*.

—Sí.

—Los chinos nos esperan en el lago Miraflores.

Pablo le miró como los niños cuando esperan un regalo de cumpleaños.

—Pues entonces no veo ninguna razón para seguir aplazando ni un minuto más el pago.

Dio órdenes para enfilear el barco por la vía principal de acceso al canal. El *Salzburg* emprendió el viaje sin dilación.

Los hombres de la Autoridad del Canal sacaron del agua a Álvarez y a los supervivientes de su equipo que estaban dispersos por la ensenada o agazapados entre los pilares del muelle. El jefe de operaciones parecía una rata ahogada, pero se sobrepuso a la pérdida de la mitad de sus hombres para encabezar las fuerzas combinadas.

Señaló un camino ancho y sinuoso que se internaba por la selva desde el fondo del muelle.

—¿Los prisioneros están por ahí?

—Sí —dijo Pitt—. Este camino va a un molino. Duermen justo detrás.

Álvarez dividió a los suyos en dos grupos y se fue por el camino con el principal, seguido por Pitt y Dirk. Avanzaban con cautela, temiendo una emboscada. Sin embargo, no quedaba ningún rastro de los guardias. El camino se ensanchaba poco antes de llegar al molino, un edificio abierto de techo alto. Álvarez envió a tres hombres a reconocer la entrada lateral. Ninguno de los tres llegó.

Por todas las puertas y ventanas dispararon tiradores. Lo que quedaba de las fuerzas de seguridad de Bolcke —doce hombres— se había congregado en el molino para organizar la última defensa y contraataque. Su súbito ataque causó la muerte de casi la mitad de los hombres de Álvarez.

El propio Álvarez recibió un balazo en la pierna. Pitt le arrastró a cubierto. El jefe de operaciones se apresuró a llamar a su fuerza de reserva, que los había seguido por el flanco, y bajo una lluvia de fuego de respuesta puso a resguardo a los heridos en la selva. La batalla, sin embargo, quedó en tablas. Álvarez llamó por radio al *Coletta* para pedir ayuda, pero la única respuesta fue un chorro de estática.

—No contestan —le dijo a Pitt—. Sin refuerzos tendremos que volver.

—No sin los prisioneros. —Pitt le quitó el fusil de asalto a un herido que se había quedado inconsciente—. Manténgales ocupados. Nosotros intentaremos llegar a donde duermen los prisioneros.

Le hizo señas a Dirk. Ambos se fueron por la selva, circundando el molino por la izquierda a gran distancia. Después del rodeo parcial volvieron en línea recta al edificio alto, y al asomarse a un cedro retorcido vieron justo detrás del molino el dormitorio de los prisioneros.

Estaba en el centro de un gran claro, a la vista de los tiradores del molino. Pitt vio que varios prisioneros miraban a través de la única entrada, tratando de observar lo que ocurría.

Se fijó en una carretilla para mena aparcada en la hierba, a media distancia entre ellos y la puerta.

—Voy a correr hasta aquella carretilla. Si consigo llegar sin que me vean debería

poder seguir hasta la puerta.

Dirk evaluó la distancia entre ellos y el molino.

—Queda muy lejos para cubrirte desde aquí. Te acompaño.

Echó a correr hacia la carretilla sin que Pitt tuviera tiempo de protestar. Pitt fue tras él, aunque sus piernas debilitadas no pudieron seguir durante mucho tiempo el ritmo de su hijo.

Un tirador de la primera planta del molino los vio. Junto a la carretilla empezaron a llover balas, y Dirk se escondió tras ella. Pitt, que iba unos pasos por detrás, tuvo que poner cuerpo a tierra y rodó hasta chocar con su hijo.

Dirk sacó la SIG Sauer y disparó dos veces, pero solo sirvió para llamar la atención de otros tiradores del molino. La carretilla hizo un ruido metálico al absorber fuego cruzado de varias procedencias.

—No hemos sido todo lo sigilosos que esperaba —dijo Pitt.

—Deben de tener tiradores por todo el edificio. —Dirk miró por el borde de la carretilla, disparó dos veces más y se volvió a esconder—. En la primera planta hay uno con un RPG.

Pitt asomó su fusil de asalto por un lado de la carretilla y disparó una corta ráfaga hacia una ventana abierta. Las balas destrozaron el marco y el cristal. Al meter otra vez el fusil vio que un vigilante salía de la oscuridad con un aparato verde y bulboso sobre el hombro. Supo que un disparo certero del RPG los volatilizaría a los dos.

Sacó el fusil por encima de la carretilla. Mientras se disponía a volver a disparar se oyó una explosión que retumbó como un trueno. El tiroteo cesó, mientras todos los ojos veían brotar una nube negra detrás de las viviendas de los prisioneros.

Pitt miró su reloj y sonrió. Al final Zhou se había salido con la suya.

—Te has retrasado diez minutos —murmuró.

Un segundo después todo el molino era una bola de fuego. Se oyó media docena más de explosiones que arrasaron los pabellones de separación y extracción distribuidos a lo largo y ancho del complejo. Toda la selva escupía humo y llamas, mientras que las instalaciones secretas de Bolcke eran metódicamente destruidas. Zhou solo había salvado el dormitorio de los prisioneros, la casa del propio Bolcke y un pabellón de personal donde se había refugiado una docena de investigadores durante el combate.

Alrededor de Pitt y de su hijo, agazapados tras la carretilla, caían pedazos del tejado del molino. La explosión desprendió el molino de bolas, cuyo descomunal cilindro salió rodando por un muro lateral y se metió en la selva. La mayoría de los vigilantes que estaban dentro murió al instante, aunque hubo algunos que salieron despedidos a través de las ventanas y aterrizaron ilesos en la hierba. Los hombres de la Autoridad del Canal dieron cuenta de ellos enseguida.

Pitt y su hijo se desplazaron rápidamente hasta el dormitorio de los prisioneros.

Pitt reventó la cerradura mediante un disparo del fusil y dio una patada a la puerta. Los cautivos que se agolpaban en el interior se acercaron todos a la vez.

—¡Hombre, qué alegría verle! —dijo Plugrad, tras abrirse paso y darle a Pitt una palmada en el hombro.

Maguire y los demás se echaron sobre él para darle la mano. Pitt recorrió la multitud contando nerviosamente a cada uno de sus integrantes en busca de su amigo. Al llegar al último hombre en pie vio que en el recuento faltaba una cabeza: la de Giordino.

Inquieto, cruzó el comedor y la zona de estar, ambos vacíos. Al volver hacia la puerta le llamó la atención una hamaca colgada entre dos parrillas de la cocina abierta. Se acercó a su amigo, mirándole con aprensión. De pronto la garganta de Giordino emitió un ronquido familiar.

Pitt sonrió de oreja a oreja.

—Arriba, grandullón.

Giordino abrió un ojo soñoliento.

—Sí que has vuelto deprisa...

—Sabía que me echarías de menos.

Giordino bostezó y se incorporó.

—Menudos fuegos artificiales... ¿Habéis cogido a Bolcke?

—No, se escabulló al empezar la diversión. —Pitt le tendió una tosca muleta labrada a partir de un palo de urunday—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si fuera a presentarme al campeonato nacional de rayuela.

Giordino se apoyó en un pie y se puso la muleta bajo el brazo. La pierna herida estaba tan vendada que parecía el tronco de un árbol. Pitt le ayudó a cojear hasta la puerta, donde se agolpaban los cautivos, temerosos de salir.

Un soldado dejó atrás los restos quemados del molino y se acercó corriendo a Pitt.

—Me manda Álvarez. ¿Éstos son todos los prisioneros?

—Sí, no falta nadie.

—¿De dónde venían las explosiones?

—Las tenían preparadas de antemano, y la verdad es que nos han salvado el pellejo.

—Ni que lo diga —contestó el soldado—. Dice Álvarez que lleve a todo el mundo al muelle. —Se volvió y se fue por donde había venido—. Hay muchos heridos que atender.

Justo cuando Pitt empezaba a sacar a los cautivos del recinto, Giordino le cogió por el brazo, señalando el cielo.

—¿Se va alguien sin nosotros?

Al mirar hacia arriba Pitt vio una cinta de humo negro surgida de la zona del muelle: los gases cargados de hollín de un gran motor diésel.

—Es el *Adelaide* —dijo, resolutivo.
Aún no había acabado la batalla.

—Que no se paren, Al —exclamó Pitt echando a correr—. Dirk, tú ven conmigo.

Con las prisas por liberar a los cautivos, Álvarez no se había acordado de poner vigilancia a bordo del *Adelaide*. Gómez, escondido en el puente, había puesto en marcha los motores del barco al principio del asalto. Tras ver huir a Bolcke y presenciar las explosiones en la selva, no tenía ninguna razón para quedarse.

Al salir de la selva, Pitt y Dirk vieron que el *Adelaide* seguía en el muelle. El cabo de popa ya no estaba amarrado. Pitt vio fugazmente a Gómez, que lo recogió y desapareció en la superestructura. Frente al barco, un marinero se movía por el muelle para soltar el cabo de proa.

Pitt y su hijo siguieron corriendo. Teniendo en cuenta que la pasarela delantera aún estaba extendida, había posibilidades de subir a bordo o de retener el cabo de proa, pero se evaporaron cuando el marinero desprendió la soga del noray y miró hacia la boca de la ensenada. Además del zumbido que hacían los motores del *Adelaide* al calentarse, se oía un pequeño motor fuera borda. Mientras se apresuraban a llegar a la otra punta del barco, Pitt y Dirk vieron el origen del sonido.

Era Summer, que pilotaba el barco 3. La acompañaban cinco o seis hombres en estado precario, tendidos al fondo de la embarcación.

Tras observarla un momento, el marinero del muelle echó el cabo al agua y, en el momento en que el bote se acercó al embarcadero, desenfundó con calma una pistola y apuntó hacia Summer.

Se oyeron varios disparos muy seguidos: media docena de balas que se clavaron en la espalda del marinero. Como mínimo dos eran de la SIG Sauer de Dirk y el resto, del fusil de asalto de Pitt. El marinero giró sobre sus talones y disparó al azar contra sus agresores antes de caer muerto.

Un segundo después reverberaron en el aire un chirrido y un fuerte impacto.

—¡Ya zarpa! —gritó Dirk.

Gómez había puesto en marcha los motores y se estaba apartando del muelle. El ruido lo había hecho la pasarela al resbalar por el borde del embarcadero y chocar con el casco hasta quedarse colgando de los soportes de cubierta.

Summer acercó al muelle el bote hinchable, mientras se alejaba el barco.

—¡Ha llegado un carguero y ha embestido al *Coletta*! —les dijo a pleno pulmón a Pitt y Dirk. Había acudido a toda prisa con el bote para repescar a los supervivientes mientras se iba el carguero—. Estoy casi segura de que han recogido a Bolcke. Puede que fuera el *Salzburg*.

Pitt tuvo un aluvión de ideas. Si Summer estaba en lo cierto, los planos y el motor del *Flecha de los mares* estarían a bordo de aquel barco. También, posiblemente, Ann. Era necesario detenerlo antes de que pudiera escaparse del canal.

Habló rápido con sus hijos sin apartar la vista del *Adelaide*.

—Dirk, corre hasta el final del muelle. Summer, tú no apagues el motor, que voy a subir.

Se colgó el fusil de asalto en la espalda y, tirándose desde el muelle, chocó con el agua a un par de metros del bote, pero empezó a dar brazadas hacia el barco que huía. Pese a no poder competir con él en velocidad, tenía en mente otro objetivo: su cabo de proa, que se arrastraba por el agua desde el imbornal. Tras apoderarse de la gruesa sogá, se deslizó por ella hasta alcanzar el pesado nudo de la punta, donde se unía a un cabo mensajero más delgado. Fue el que le lanzó a uno de los hombres del bote hinchable.

—¡No te apartes del barco! —le gritó a Summer al aferrarse a un lado del bote mientras esta daba media vuelta y salía en persecución del carguero.

Madrid, debilitado, se apoyó en la borda y ayudó a subir a Pitt. Recogieron entre ambos el pesado cabo de proa. Pitt hizo que su hija adelantase al carguero, arrastrando el cabo como un ancla. En tierra firme, Dirk ya había corrido hasta el final del muelle, donde había un último noray. Viendo acercarse el bote inflable, Gómez adivinó lo que intentaban y viró a toda máquina en la ensenada.

Al percatarse de que el barco se desviaba, Dirk instó a su hermana a darse prisa. A Pitt y Madrid les dolían los brazos de estirar un cabo tan pesado, mientras que Summer empujaba a fondo el acelerador con su hermano en el punto de mira. Dirk se puso boca abajo, asomado al borde del muelle, cuando el bote llegó a su lado y Summer apagó el motor. Pitt levantó el nudo del extremo del cabo. Dirk lo cogió justo cuando se tensaba. Manipulándolo con todas sus fuerzas se lo puso al lado y a duras penas lo pasó por el noray.

—¡Apártate por si se rompe! —le gritó Pitt.

Dirk se levantó y corrió por el muelle, mientras Summer daba media vuelta y le seguía con el bote. De repente este último viró hacia el *Adelaide*, y Dirk vio enseguida por qué. Summer situó la embarcación junto a la pasarela que colgaba. Pitt saltó y se aferró a ella. Trepano a pulso, subió al barco.

El cabo de proa, muy tenso, sujetaba el barco por el morro, impidiendo que se moviera. La popa, donde la hélice seguía dando vueltas, empezó a girar hacia estribor, con el peligro consiguiente de que el barco quedara atravesado en la ensenada. La fijación al muelle del noray, puesta a prueba por la enorme presión, retenía con dificultad al *Adelaide*.

Durante el pulso, Summer acercó el bote hinchable a una escalerilla del muelle, y Dirk ayudó a bajar a Madrid y a los demás heridos. Una vez trasladado a tierra el último hombre, Jorge, Dirk saltó al bote.

—¡Acércame, le echaré una mano! —exclamó.

Summer aceleró de golpe hacia un lado del *Adelaide*, hasta que Dirk pudo saltar a

la pasarela colgante.

—¡Ten cuidado! —gritó Summer.

Dirk asintió con la cabeza.

—Tú apártate del cabo.

Summer regresó al muelle a toda prisa, mientras se oía crujir el cabo por la tensión. Gómez había girado el timón y aplicaba a la soga toda la fuerza de los motores. Algo tenía que ceder. Y finalmente cedió.

El extremo anudado se partió junto al noray e hizo que el cabo de proa diese un latigazo hacia el *Adelaide*. Dirk, aferrado a la pasarela, se agachó en el momento en que la soga golpeaba el casco, y a punto estuvo de quedarse sin cabeza. Cuando el cabo suelto empezó a caer sobre él, trepó por la pasarela y subió a pulso a la cubierta.

Ya libre de ataduras, el barco avanzó con ímpetu y empezó a salir de la estrecha ensenada. Dirk miró la cubierta en busca de su padre, pero el barco parecía vacío, a excepción de los cadáveres de los dos tiradores de proa. Al ver el puente sobre la estructura de popa se lanzó por la cubierta, larga y destapada, y llegó a una puerta lateral. Ya empezaba a subir por la escalera cuando alguien, más arriba, disparó.

Las ráfagas se repitieron durante casi medio minuto, mientras Dirk subía a toda prisa. Cuando llegó al cuarto nivel cesaron los disparos. A partir de aquel punto se acercó con precaución a la cubierta del puente, en el que entró con gran sigilo, preparando la SIG Sauer.

Solo había dado algunos pasos cuando sintió un cañón caliente en la nuca y se quedó muy quieto. El cañón, sin embargo, se apartó enseguida.

—No recuerdo haberte dado permiso para subir a bordo.

Al volver la cabeza vio la cara de alivio de su padre, que era quien sujetaba la pistola.

—Pues a mí no me constaba que fueras capitán de esta chalana —dijo Dirk.

—Parece que ahora sí.

Pitt señaló el puente. Lo que les rodeaba era pura carnicería. Las ventanas del puente estaban reventadas a balazos, al igual que las pantallas del radar y del navegador. El humo de los aparatos electrónicos diezmados llenaba el aire de un olor acre. En un rincón del fondo estaba el cuerpo ensangrentado de Gómez.

—Le he dado una oportunidad, pero no ha querido aprovecharla.

Dirk asintió con la cabeza y miró entre los cristales rotos de la ventana de proa del barco sin piloto. Al *Adelaide* le faltaba poquísimos para salir de la ensenada, pero una pared de rocas y mangles obstruía su camino.

—¡Rocas a proa! —dijo saltando hacia el timón.

—No son de verdad —contestó Pitt—. Forman parte del falso paisaje que esconde la ensenada.

Pocos segundos después el barco embistió los decorados sin temblar por ningún

gran impacto; el *Adelaide*, de hecho, prosiguió serenamente su navegación. Dirk vio por la ventana lateral una roca de poliestireno que se alejaba flotando al revés.

Una vez fuera de la ensenada, el *Adelaide* se internó en las aguas abiertas del lago Gatún. En esos momentos un gran barco grúa cruzaba el canal hacia el norte, y dos buques cisterna y un carguero trazaban una curva hacia el sur. Pitt se puso al timón y aumentó hasta el máximo la potencia de los motores.

—¿No volvemos a por los demás? —preguntó Dirk.

Pitt miró con dureza el buque cisterna que desaparecía delante, en el canal.

—No —dijo—. Tenemos que coger un barco.

Bolcke miraba por la ventana trasera del puente. Donde había estado su complejo secreto, una densa humareda pintaba de negro el horizonte. El causante de su destrucción, bien lo sabía, era el prisionero fugitivo, el que había arrojado la granada de humo en los escalones de su casa.

De todos modos, Pablo tenía razón: con el dinero que recibiría de la venta de los sistemas del *Flecha de los mares* tendría de sobra para un nuevo complejo de extracción de tierras raras. Ya había trabajado en una mina de Madagascar, y no tendría ninguna dificultad en ampliar las instalaciones. Lo que sí perdería serían unos meses muy valiosos de actividad comercial en un momento crítico para el mercado de los minerales. Se juró que una vez sano y salvo en Colombia haría que Pablo diera caza al prisionero y le trajera su cabeza en una fuente.

Se volvió hacia proa. El *Salzburg* estaba penetrando en una parte estrecha del lago Gatún que recibía el nombre de bordada de Gamboa.

—¿Cuánto falta para la esclusa?

Pablo se volvió desde el timón.

—De aquí a Pedro Miguel hay unas doce millas. —Reparó en la expresión angustiada de Bolcke—. Ya he avisado por radio, y el jefe de tránsito de la esclusa sabe que estamos de camino. No habrá problemas.

La radio del puente recogió la voz áspera del piloto de un buque cisterna enfurecido porque otro barco le había adelantado en el lago. Haciendo caso omiso de sus invectivas, Bolcke y Pablo observaron la cubierta inferior, donde estaba el motor del *Flecha de los mares*, escondido en el camión, oculto bajo pilas de contenedores.

Tras ellos, a aproximadamente dos millas, el piloto del buque cisterna seguía despotricando contra el gran carguero que le había cortado el paso.

—¡Oye, memo, que en esta parte del canal no se puede pasar de ocho nudos! —dijo por radio.

En el puente del *Adelaide Pitt* no oyó nada de lo que decía, ya que la radio del barco había quedado inutilizada durante su tiroteo con Gómez. Desconocía incluso la velocidad a la que iban, porque los instrumentos de navegación también estaban destrozados. De lo que no tenía duda era de que el barco navegaba a mucho más que ocho nudos.

Sin cargamento ni apenas combustible, el *Adelaide* iba como una seda. Exprimiéndole al barco hasta el último nudo, Pitt no tardó en aproximarse a los veinte. Mientras dejaban en su estela al buque cisterna y su airado piloto, se fijó en el siguiente barco: un gran buque cisterna Panamax holandés de más de trescientos metros de eslora, construido para ajustarse a las características originales de las esclusas del canal.

Cuando dio alcance al barco holandés y se colocó a babor con la intención de adelantarlo, la anchura del canal se había reducido aún más. Justo después de que el *Adelaide* pasase a pocos metros del buque cisterna, apareció un gran carguero de color azul en sentido contrario.

Dirk calculó la distancia necesaria para adelantar al buque cisterna y negó con la cabeza.

—Es imposible que lo adelantemos antes de que llegue aquel carguero.

Esperaba que su padre redujese la velocidad y se pusiera por detrás del buque cisterna hasta que hubiera margen suficiente, pero Pitt se quedó tranquilamente al timón, sin ninguna intención de ir más despacio.

Dirk movió la cabeza con una sonrisa burlona.

—Los del buque cisterna no estarán muy contentos.

El exaltado piloto del barco que venía de frente ya había visto interponerse al *Adelaide* en su camino, y estaba formulando exigencias furibundas por la radio para que el carguero retrocediese, pero sus llamadas, cada una más frenética que la anterior, quedaron sin respuesta mientras convergían ambos barcos.

Pitt siguió adelantando al buque cisterna, aunque su monstruosa longitud hizo que fuera un proceso interminable. Delante, el buque cisterna y el carguero ya habían pasado muy pegados, así que no había escapatoria para nadie. Pese a haber calculado que el cauce del canal era bastante ancho para que pasaran los tres barcos lado a lado, Pitt no sabía si cabrían a lo hondo. Al encontrarse en medio, donde más profundidad tendría el canal, tampoco le importaba mucho.

El piloto del buque cisterna hizo todo lo posible por reducir la velocidad de su barco y llevarlo hacia el lado derecho del canal marcado, pero dado que su nave era la de mayor calado se negó a acercarla más que eso a la orilla. Quedaba por ver, pues, quién era más gallito: Pitt o el piloto del carguero.

Pitt le ayudó pegándose al flanco del buque cisterna, tan cerca que se habría podido saltar de un barco al otro, pero todo apuntaba a que la colisión sería inevitable.

Frente a la embestida del buque cisterna, Pitt y Dirk se prepararon para el choque. El barco, una montaña de contenedores, ocupó todo su campo visual mientras su proa surcaba el agua en dirección a ellos, pero el piloto tuvo la sensatez de decidir que era menos peligroso quedarse varado que chocar, así que apartó el barco para dejarle sitio a Pitt.

Los dos barcos pasaron a escasos metros de distancia, mientras el casco del portacontenedores rozaba el fondo y su hélice giraba en el barro. Cuando los dos puentes quedaron a la misma altura, el piloto y los oficiales de cubierta lanzaron todo tipo de insultos. Pitt se limitó a sonreír y saludarles con la mano.

—Te pedirán la licencia de piloto —dijo Dirk.

—Imagínate cómo se enfadarán al enterarse de que no la tengo —contestó Pitt.

El canal se curvaba y se estrechaba, tapando parcialmente la silueta del *Salzburg*. En el puente de este último, Bolcke y Pablo prestaban atención a las últimas ráfagas de ira radiofónica. Cuando el portacontenedores azul hubo pasado junto al *Adelaide*, y el piloto vio el nombre repintado en la popa, renovó sus amenazas: «*Labrador* — había dicho por la radio—, al llegar a Colón presentaré una queja oficial a las autoridades del canal».

Bolcke se irguió al oír el nombre del barco.

—*Labrador*. Es el nombre que le pusieron al barco que teníamos secuestrado en el muelle.

Cogió unos prismáticos y corrió a la ventana trasera. El gran carguero que les seguía a una milla y pasaba a toda velocidad junto al buque cisterna holandés no se podía confundir: era el *Adelaide*.

Palideció.

—Nos están persiguiendo —le dijo a Pablo.

Éste miró sin alterarse la pantalla de navegación.

—En principio deberíamos entrar sin problemas en las esclusas que tenemos delante; y si no... —añadió con frialdad en la mirada— haremos que se arrepientan de habernos perseguido.

Los dos barcos habían entrado en el corte Gaillard, la parte más peligrosa del canal, que con sus nueve millas de longitud cortaba la divisoria continental y había supuesto el mayor desafío para los ingenieros constructores del canal. Una labor hercúlea de excavación había abierto en ciertos puntos una zanja de más de setenta y cinco metros de profundidad, solo a base de trabajo manual y palas mecánicas poco fiables. Miles y miles de personas habían perdido la vida, algunas por accidentes y deslizamientos, pero la mayoría de fiebre amarilla y neumonía.

La magnitud de la hazaña dejó de ser visible en 1914, cuando el profundo tajo quedó lleno de agua. Una calma aparente ocultaba desde entonces corrientes traicioneras que convertían el cruce del estrecho paso en toda una aventura.

Pitt irrumpió en el corte haciendo caso omiso del letrero que restringía a seis nudos la velocidad de los barcos de gran tamaño. Percibió en algún momento la acción de las corrientes, que empujaban la popa hacia uno u otro lado, pero aun así no quiso ralentizar la persecución. Ahora que había recortado distancias tenía el *Salzburg* claramente a la vista, a una media milla de donde se encontraba.

A pesar de que Pablo había ordenado al capitán que fuera más deprisa, el *Salzburg* tardó un tiempo muy valioso en incrementar su velocidad. Al volverse hacia el *Adelaide*, más rápido que ellos, Pablo comprendió que debería tomar la ofensiva.

Pitt, que había visto reunirse a varios hombres en la cubierta delantera del *Salzburg*, dejó el timón en manos de Dirk.

—Es la primera vez que piloto un barco de estas dimensiones —indicó Dirk—. Lo digo para que lo sepas.

—Es más fácil de manejar que un Duesenberg —dijo Pitt—. Tú mantenlo apartado de la orilla, ahora mismo vuelvo.

Al acercarse más al *Salzburg* Dirk vio que en la proa había tres hombres que manipulaban un objeto de gran altura, similar a una gran antena de radar. Lo llevaron rodando hasta unos contenedores de la borda de babor y lo colocaron de forma que apuntase hacia atrás, al *Adelaide*.

Poco después apareció Pitt en el puente. Al ver a su padre con un traje protector de Nivel A para materiales peligrosos, plateado y reflectante, Dirk se lo quedó mirando.

—¿Por qué vas vestido de Buck Rogers?

—Son los equipos que trajimos a bordo como protección —dijo Pitt—. Los barcos de Bolcke cuentan con un aparato de microondas que se llama SAN y se usa como arma antidisturbios, con la diferencia de que el suyo es mortal. Lo más probable es que en el *Salzburg* tengan uno.

Dirk señaló hacia delante.

—¿Te refieres a aquella parabólica de la proa?

Pitt vio que el Sistema Activo de Negación apuntaba directamente hacia ellos, y lanzó otro traje a Dirk.

—Póntelo, deprisa.

Justo cuando Dirk empezaba a enfundarse el traje protector tuvo una sensación de ardor en la espalda.

—Deben de haberlo puesto en marcha —dijo mientras se subía rápidamente la cremallera.

La misma sensación tuvo Pitt en la cara, así que se puso la capucha con visera y se acercó al timón.

—Quédate detrás del mamparo —le dijo a Dirk con su voz ahogada por la capucha.

Giró el control a estribor, mientras se le calentaban el pecho y los brazos. Al estar situado frente a la ventana rota se encontraba en plena línea de fuego del aparato. El traje le protegía un poco, pero no evitaba del todo los efectos.

Montado como estaba en la proa del *Salzburg*, el SAN tenía que disparar por el flanco de babor para alcanzar al *Adelaide*. Si Pitt navegaba hacia el extremo derecho del canal y se ponía detrás del siguiente barco, podría evitar el rayo del arma. Fue exactamente lo que hizo en cuestión de minutos.

Bolcke observó que el *Adelaide* cambiaba bruscamente de rumbo.

—Está virando hacia la orilla. Creo que le has dado.

—El operador informa de que ha alcanzado el puente con limpieza —señaló Pablo.

Después vieron que el *Adelaide* enderezaba el rumbo. El perseguidor seguía manteniendo cierta ventaja en cuanto a velocidad e iba aproximándose despacio a la popa del *Salzburg*.

—Me parece que pretenden embestirnos —dijo Bolcke.

Pablo miró el monitor de navegación y vio que faltaba poco para las primeras esclusas de Pedro Miguel.

—Tenemos que quitármolos de encima antes de que tengamos las esclusas a la vista.

Tras intercambiar unas palabras con el capitán, se fue del puente. Bolcke se quedó donde estaba, pegado a la ventana trasera, desde la que observaba el barco que los perseguía.

Pitt seguía usando el barco de delante a guisa de pantalla. Su esperanza había sido ponerse al lado del *Salzburg* y obligarlo a ir hacia la orilla, pero la aparición del SAN en la borda de babor había desbaratado el plan. Estaba pensando en el siguiente movimiento cuando el *Salzburg* giró delante de él.

Por orden de Pablo, el capitán había virado fuertemente a babor. Los operadores

del SAN apuntaron inmediatamente al puente del *Adelaide*. Pitt sintió en la piel el hormigueo que ya conocía, pero lo que le puso los pelos de punta fue lo que vio al lado del arma: a Pablo y a otro hombre, cerca de la borda, con lanzagranadas en los hombros. Poco después dispararon.

—¡Vámonos del puente! —gritó al ver volar las granadas hacia ellos.

A falta de tiempo para huir se lanzó al suelo, y al saltar dio una patada al timón y lo giró a babor.

Dirk, que estaba al otro lado del puente, saltó por la escalera lateral.

La primera granada impactó en la superestructura de acero del *Adelaide*, justo debajo del puente, cayó a cubierta y explotó sin causar daños encima de una tapa de escotilla.

La segunda la lanzó Pablo, que dio en el blanco: el proyectil penetró por la ventana rota y pasó por encima de la cabeza de Pitt. Su ángulo de entrada hizo que rebotase en el techo y chocase con el mamparo del fondo antes de detonar. Toda la estructura tembló por la explosión, que incineró el puente y lo envolvió en una ardiente nube de humo y llamas.

En el puente del *Salzburg*, Pablo lo vio y sonrió. De aquella hoguera no podía salir nadie vivo.

Fueron dos cosas las que le salvaron la vida a Pitt; la primera, el rebote de la granada, que después de chocar con el mamparo del fondo detonó ante una consola electrónica. La metralla rodeó y perforó la consola, pero sin llegar a atravesarla. Pitt, que estaba de bruces en el otro lado, evitó la lluvia mortífera de fragmentos de acero.

Lo segundo que le salvó fue el traje, que le protegió de la llamarada que acompañó a la explosión y que se extendió por todo el puente. Confundido por el estallido, le costaba respirar, pero no tuvo dificultades en volver a levantarse cuando llegó Dirk y se lo llevó de la masacre.

—¿Estás bien? —le preguntó su hijo.

A Pitt le silbaban tanto los oídos que casi ni le oyó.

—Sí, gracias a Buck Rogers.

Mientras se le pasaban los efectos de la explosión, se tambaleó hacia una ventana.

—Deberíamos de estar a punto de alcanzarlo.

Tuvo que gritar para oírse a sí mismo. Justo después de que salieran las palabras de su boca, se oyó un impacto en la proa. Pitt y Dirk se aferraron al mamparo mientras el barco frenaba bruscamente.

Al darle una patada al timón durante su caída, Pitt había puesto el *Adelaide* en rumbo de colisión con el *Salzburg*. Atrapado en un paso tan estrecho, el *Salzburg* no tenía más remedio que seguir dando media vuelta con la esperanza de pasar junto al *Adelaide* sin tocarlo. La acción de Pitt cerró las puertas a esa posibilidad.

Bolcke observó con incredulidad cómo el *Adelaide*, cuyo puente era una ruina chamuscada, se giraba hacia ellos como si lo guiase una mano invisible. La media vuelta del *Salzburg* aún estaba a medio ejecutar en el momento en que la proa del *Adelaide* se estampó en su parte central. La embestida del carguero lo clavó unos seis metros en el flanco del *Salzburg*, entre chirridos de acero. Si el *Salzburg* hubiera estado cargado en toda su capacidad, la presión en su estructura lo habría partido en dos. No fue así, pero la colisión dejó placas torcidas a lo largo y ancho del casco y abrió una vía de agua en su interior.

En cubierta, los contenedores apilados se dispersaron como piezas de Tetris en construcción. Varios se cayeron dando tumbos al canal tras destrozar la borda de estribor. Del lado de babor dos de los vacíos se desplomaron sobre el SAN y aplastaron la parabólica, junto con sus dos operarios. Pablo vio que otro contenedor se caía de lado y atrapaba la pierna del hombre que había lanzado granadas junto a él. A pesar de sus gritos de auxilio, Pablo no podía ayudarle, así que se alejó en silencio.

Ambos barcos estaban mortalmente heridos, pero saltaba a la vista que la peor parte se la había llevado el *Salzburg*, que se escoró con rapidez a babor, con la avalancha consiguiente de contenedores. El barco fue hundiéndose a medida que las

aguas del canal bañaban su cubierta principal. Se hundía muy deprisa.

Pablo corrió al puente, donde Bolcke contemplaba los destrozos como un zombi, y dejándole atrás se acercó a un armario cerrado con llave que abrió de una patada. Dentro estaba el cubo de plástico con los planos de Heiland para el *Flecha de los mares*.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó—. Tenemos que bajar del barco.

—Se ha ido a hablar con el primer mecánico.

—No hay tiempo que perder. Tenemos que subir a la lancha de traslado. Acompañeme.

Cogió el cubo y se marchó del puente, seguido de cerca por Bolcke. Al llegar a la cubierta principal fueron rápidamente a la borda elevada de estribor, de la que colgaba la lancha de Bolcke. Pablo lanzó el cubo a bordo.

—Suba —le espetó a Bolcke—. Yo ya saltaré después de bajarla al agua.

Bolcke obedeció. Pablo cogió los mandos de la polea. Cuando el bote ya estaba bajando Bolcke le interrumpió.

—Cuidado, en el otro barco.

En la base de la superestructura del *Adelaide* habían aparecido dos figuras con trajes protectores, uno de ellos manchado de hollín. Pablo vio que el otro tenía una pistola.

—Ya sé cómo entretenerles.

Tras dejar caer el bote bruscamente al agua, desató el cabo de proa a la vez que Bolcke soltaba el cable de la polea. Después Pablo subió corriendo al nivel de los camarotes y abrió con llave el de Ann.

Por una vez, Ann se alegró de verle. Pese a no estar segura de lo sucedido, se daba cuenta de que el barco se estaba hundiendo y tenía miedo de que la dejaran ahogarse en el camarote.

—¡Vamos!

Pablo la cogió por las esposas, entre las muñecas, y la hizo bajar por el pasillo. Al llegar a la cubierta principal, Ann se asustó al ver empotrada la gran masa del *Adelaide* en un lado del *Salzburg*. La unión de los dos barcos no había retrasado la inclinación del *Salzburg*, cuyo ángulo empezaba a cerrarse.

Con el agua en los tobillos, Pablo llevó a Ann por la cubierta inclinada hasta la borda de babor y se detuvo ante un contenedor que, al deslizarse a un lado, había roto parte de la baranda. Destacaba entre los demás contenedores, y Pablo se aseguró de que destacase aún más. Buscó una llave en su bolsillo y abrió una de las esposas.

Ann se relajó, fingiendo sumisión, mientras Pablo la arrastraba hacia el contenedor. Después de dar un paso, sin embargo, levantó con fuerza la rodilla y estuvo a punto de clavársela en la entrepierna.

La inmediata respuesta de Pablo consistió en un revés en la cabeza que estampó a

Ann contra el contenedor. Después la cogió por la muñeca esposada, la levantó hacia la cubierta y cerró la otra esposa en una anilla de la base del contenedor.

—Siento que no haya salido bien —dijo—. No te olvides de saludar a tus amigos con la mano.

Se volvió y se fue por la cubierta. De repente se oyó un impacto metálico en el contenedor que tenía detrás, y Pablo se agachó. Después aceleró, y al mirar hacia atrás vio a un hombre que le disparaba con una pistola desde la borda del *Adelaide*. Se refugió en una hilera de contenedores, perseguido por nuevos disparos.

Dirk bajó con asco la SIG Sauer, mientras su padre se reunía con él en la borda. Ya se habían quitado los pesados trajes protectores, de los que habían salido empapados de sudor.

—Hay una mujer atada a aquel contenedor —dijo Dirk—. He disparado al que la ha atado, pero he fallado.

Pitt vio tendida en la base de un contenedor a una mujer rubia y con el pelo corto.

—Es Ann.

El alivio que pudiera sentir por encontrarla se disipó al observar el precario estado del *Salzburg*. Se estaba hundiendo rápidamente. La brecha abierta por el *Adelaide* estaba haciendo que se fuera a pique por la manga. Pitt vio que volcaría antes de hundirse.

—A ver si podemos alcanzarla.

Echó a correr hacia la proa del *Adelaide*. Toda aquella parte estaba arrasada, aunque seguía en las fauces recortadas del *Salzburg*. Los bajos del carguero medio hundido desgarraban chirriando la proa del *Adelaide*.

Pitt se abrió camino entre los trozos de acero hasta que pudo dejarse caer en la cubierta del *Salzburg*. Entonces corrió por el barco en dirección a popa y fue esquivando los contenedores dispersos hacia donde estaba Ann.

Ella puso cara de incredulidad al verle acercarse por el agua.

—¿Qué haces tú aquí?

Pitt sonrió, burlón.

—Me han dicho que intentabas irte de crucero sin mí.

Ann estaba demasiado asustada para sonreír.

—¿Puedes soltarme?

Pitt se acercó, caminando por el agua. Ann estaba sentada en la cubierta, con la mano baja e inmovilizada. Ya se le formaban remolinos por encima del codo. De pronto el contenedor crujió y se deslizó unos centímetros por la borda, arrastrándola.

—¿Son esposas? —preguntó Pitt.

Ann asintió.

En ese momento llegó Dirk, que ayudó a su padre a buscar algo para soltarla. Seguro que había herramientas en algún lugar del barco, pero no tenían tiempo de

localizarlas. El *Salzburg* ya estaba medio hundido. El contenedor también.

—Volcará en cualquier momento —susurró Dirk—. No se me ocurre ninguna manera de soltarla del barco.

Pitt asintió y echó un vistazo al *Adelaide*.

—Tienes razón —dijo con los ojos brillantes—. Me parece que tendremos que salvarlos a los dos.

El *Adelaide*, como el *Tasmanian Star* en Chile, estaba equipado con su propia cinta para la carga y descarga de mercancías. El sistema del *Adelaide* iba montado en la banda de estribor, justo encima de donde se encontraba Pitt.

Se subió a los restos de la proa y corrió a un puesto de mando situado al lado de la cinta. La colisión no había afectado a la alimentación auxiliar del barco. Cuando puso a prueba los controles hidráulicos se oyó el zumbido de un generador bajo cubierta. El sistema de transporte consistía en una cinta deslizante que se podía desplazar hacia cada escotilla. Al otro lado del puente había grúas con tolva que sacaban la mena de la bodega y la depositaban en la cinta.

Pitt puso la cinta en marcha y la acercó a la bodega número uno. Después experimentó con los controles y, una vez que hubo aprendido a girarla, la apartó del *Salzburg* hacia el contenedor de Ann. Un mando vertical independiente le permitió bajar el otro extremo y situarlo por debajo de la borda.

Mientras Dirk, que estaba al lado del contenedor de Ann, le hacía señas de que se acercase más, en algún lugar del interior del *Salzburg* se oyó un profundo bramido, y el barco empezó a zozobrar con un ir y venir constante de contenedores. La cubierta de babor se hundió lenta pero inexorablemente hacia el canal, a la vez que se elevaba el lado de estribor, provocando una avalancha delirante de contenedores.

Pitt llevó la cinta lo más lejos y lo más abajo que pudo antes de ponerla en marcha. Lo único que veía era una montaña de contenedores que se desparramaba por el mar. Vio que el capitán y algunos marineros saltaban de la popa para no perder la vida.

La rotación del barco hizo caer y chocar entre sí los aparatos, los pertrechos y el cargamento que quedaba. De pronto el *Salzburg* se desprendió del *Adelaide* y volcó. Después flotó un par de minutos al revés, hasta que desapareció borboteando en las aguas del canal.

La punta de la cinta transportadora del *Adelaide* quedó por debajo del nivel del agua. Pitt creyó haber fracasado. La cinta, sin embargo, se puso en movimiento, y un rectángulo beis apareció bajo la superficie. Poco después brotó un contenedor que subió entre frenazos por la cinta. Al asomarse a un lado, Pitt vio que Ann y Dirk estaban aferrados a su base, con los pies colgando encima de las olas.

Una vez despejada de agua, la cinta transportó el contenedor hasta la borda. En ese momento Pitt apagó el motor.

—Buena pesca —dijo Dirk—, aunque no me esperaba el chapuzón.

Se dejó caer en la cubierta al mismo tiempo que Ann se posaba en ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Pitt a la joven.

—Creía que se me iba a descoyuntar el brazo, pero sí, estoy bien.

Ann se sacudió el agua del pelo.

—Dame la pistola —le dijo Pitt a su hijo.

Dirk se sacó la SIG Sauer de la cintura y se la dio a su padre, quien, después de agitarla para que se secase, apuntó con el cañón a las esposas de Ann. El disparo partió la cadena que unía las manillas y soltó a Ann del contenedor.

—Lo habría probado antes, pero te hemos encontrado demasiado metida en el agua.

—Entonces no habría sido tan emocionante.

Ann sonrió por primera vez en varios días. Después se levantó y miró el punto del canal en el que había desaparecido el *Salzburg*.

—El motor del *Flecha de los mares* estaba a bordo.

—Ahora ya no se lo podrán llevar —señaló Pitt.

—Pero aún tienen los planos —dijo ella—. Los he visto en el bote, con Pablo.

Pitt asintió con la cabeza. Durante el rescate de Ann había visto escaparse a Bolcke y a Pablo.

—Solo pueden ir a un sitio.

En el puente del *Adelaide* había estudiado un mapa del canal y sabía que faltaba poco para la siguiente esclusa.

Dirk ya había empezado a cruzar la cubierta en dirección a un bote hinchable tapado con una lona. En cuestión de minutos lo pasó por la borda con el cabrestante y lo depositó en el agua, con Pitt y Ann dentro. Aprovechando que ya estaba mojado, se lanzó por la borda del *Adelaide* y nadó hasta el bote, al que le ayudaron a subir. Pitt puso en marcha el pequeño motor fuera borda. Tardaron muy poco en alejarse a toda máquina.

El canal se curvaba al pasar junto a Gold Hill, un pequeño acantilado que marcaba la divisoria continental, y la zona excavada a más profundidad. Después venía un tramo recto, con las esclusas de Pedro Miguel visibles a dos millas. Bolcke y Pablo, que ya las habían alcanzado, estaban entrando en la cámara norte, cuyas compuertas ya estaban abiertas para recibir al *Salzburg*.

Pablo se acercó a la isla central, que separaba las dos cámaras de la esclusa, y antes de bajar ayudó a dos operarios a amarrar el bote con un cabo a proa y otro a popa. Después los operarios acompañaron el bote, en el que aún seguía Bolcke, hasta el fondo de la cámara y lo desataron, prescindiendo de las pequeñas locomotoras que se utilizaban para maniobras con embarcaciones grandes.

Pablo caminó con decisión hacia el puesto de control, un edificio blanco de varios pisos situado en el centro de la isla, desde donde se gestionaban los flujos de las cámaras.

Un supervisor muy serio fue a su encuentro con un portapapeles.

—Esto no es un carguero de ciento veinte metros.

—Es que hemos tenido un accidente con el barco y tenemos que pasar lo antes posible. Si no lo anota, el señor Bolcke le pagará el triple de lo que suele cobrar.

—¿Es quien va en el bote?

Pablo asintió con la cabeza.

—Hacía tiempo que no le veía.

El supervisor cogió la radio que llevaba en el cinto y llamó al puesto de control. Un minuto después empezaron a cerrarse las enormes compuertas de la cámara. Pronto el agua empezaría a salir y haría descender el bote para recorrer el siguiente tramo del canal.

—En diez minutos los sacamos —dijo el supervisor.

Pablo echó un vistazo a las compuertas y titubeó al ver un pequeño bote hinchable que se acercaba a gran velocidad con tres personas. Eran dos hombres y una mujer rubia con el pelo corto, Ann Bennett.

—Un momento. —Señaló la lancha—. Aquellos tres son los que han atacado y hundido nuestro barco. Trátelos como sospechosos de terrorismo y reténgalos al menos una hora.

El supervisor miró la embarcación que se acercaba.

—No parecen terroristas.

—Serán diez mil más.

Sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, es posible que me haya equivocado —dijo—. Dele recuerdos de mi parte al señor Bolcke.

La única respuesta que obtuvo fue la visión de la espalda de Pablo, que se fue rápidamente hacia el bote.

Una vez cerradas las compuertas de la cámara norte para dar cabida al bote de Bolcke, se abrieron las de la cámara sur para dejar pasar a un gran carguero que viajaba en la otra dirección. Pitt lo rodeó con su lancha neumática, penetró en la cámara y fue al puesto de mando. En el muelle le esperaban el supervisor y dos vigilantes armados. El nivel de la otra cámara ya había bajado algunos metros. Como consecuencia, la embarcación de Bolcke ya no era visible.

Dirk saltó a tierra con el cabo del bote en la mano y lo sujetó mientras bajaba Ann. Después se volvió hacia el supervisor.

—La lancha donde iban dos hombres. —Señaló la embarcación de la otra cámara —. Tiene que cerrarle el paso.

—Lo siento, pero a quienes hay que cerrárselo es a ustedes —dijo el supervisor —. Guardias, arresten a estas personas.

Al mirar más allá del puesto de control, Pitt había visto caminar por el embarcadero a Pablo. Cuando oyó que los guardias ponían las manos encima a Dirk y Ann, dio más potencia al motor fuera borda. Dirk soltó el cabo, y la pequeña embarcación se fue hacia la cámara.

Entre el puesto de control y las compuertas delanteras había más de cien metros. A Pablo le faltaba poco para recorrerlos cuando oyó acercarse el bote. Se volvió y se quedó estupefacto al ver a Pitt al timón con la SIG Sauer en la mano.

Él no iba armado. Miró a los vigilantes del puesto de control, pero estaban ocupados en retener a Ann y Dirk y no hicieron nada por salir en persecución de Pitt. La lealtad a sueldo tenía sus límites.

Aún faltaban unos metros para que Pablo llegara hasta su lancha. Pitt giró para cortar el paso. Desde el muelle, el colombiano vio que una brigada de mantenimiento había estado reparando unas vías de locomotora y que se habían dejado un raíl en mal estado, así que lo cogió (era una fina vara de acero forjado de unos dos metros de longitud) y echó a caminar.

Pitt pasó de largo y giró hacia el muelle. En el momento de saltar a tierra y apuntar con la pistola a Pablo, no vio el arma que había improvisado.

Estaba lento de reflejos a causa del cansancio y reaccionó demasiado tarde cuando Pablo hizo oscilar el raíl: apuntó y apretó el gatillo, pero fue más veloz el raíl, que chocó con su mano extendida. Tras un disparo inofensivo al aire, la pistola se desprendió de la mano de Pitt y cayó al agua.

Pitt se echó hacia atrás para esquivar la trayectoria inversa del raíl, pero no se salvó de un fuerte golpe en las costillas que le dejó medio noqueado. Aun así, logró no caerse y se zafó de Pablo, que volvió al ataque.

El raíl, usado por Pablo como una guadaña, silbó al cortar el aire.

—Has hecho un viaje muy largo para venir a morir aquí.

—Aún falta para eso —contestó Pitt.

Esquivando el raíl casi retrocedió hacia las compuertas y la lancha amarrada al final del muelle. La cámara se estaba vaciando muy deprisa. La lancha ya había bajado más de seis metros. Le echó un vistazo, pero vio que estaba demasiado lejos para saltar.

Pablo, que intuyó su indefensión, quiso rematar la faena y se acercó, moviendo el raíl aún más fuerte que antes.

Al ver que el peso de la barra metálica empezaba a hacer más lentos los ataques, Pitt decidió pasar al ataque. En la siguiente estocada de Pablo dio un paso hacia atrás, pero en vez de seguir plantó los pies en el suelo y se lanzó hacia delante.

La reacción de Pablo fue ponerse el raíl en el pecho para defenderse, mientras Pitt cargaba contra él. Pitt logró hacerle perder un poco el equilibrio y tambalearse hacia un lado. Entonces cargó con más fuerza y se aferró al raíl junto a las manos de Pablo, empujando con toda su energía.

Pablo no tuvo más remedio que retroceder e intentar afianzarse, pero el golpe le había girado hacia el muelle y, cuando intentó apoyar un pie detrás, no encontró más que aire. Al caer por el borde del muelle arrastró consigo a Pitt.

Al pie del puesto de control, encañonados por los vigilantes, Dirk y Ann habían asistido a la batalla. Dirk vio caer a Pitt y Pablo en la cámara con un gran chapuzón. Esperó a que volvieran a la superficie. Cuando se calmaron las aguas empezó a contar los segundos... y tuvo un escalofrío.

Más de un minuto después no había señales ni del uno ni del otro.

El más perjudicado por la caída en la cámara de la esclusa fue Pablo, que chocó de espaldas mientras Pitt le empujaba bajo el agua. La sensación, desde una altura como la del muelle, fue como si se estrellara contra una losa de cemento: un impacto que dejó a Pablo sin respiración, a la vez que sentía una explosión de dolor en la espalda. Su cuerpo quedó rígido, inmovilizado por la conmoción.

En cambio, Pitt mantuvo el control al chocar contra el agua y empezó a impulsarse con las piernas para hundir a su adversario. Experto como era en inmersión, calculó que sería capaz de durar más que él bajo el agua, así que empujó el raíl para llevarle a la mayor profundidad posible.

Estaba tan concentrado en el ataque que no se dio cuenta de la fuerza de atracción del remolino; lo que sí le sorprendió fue sentir enseguida una presión en los oídos, que quiso aliviar moviendo la mandíbula.

La reacción inicial de Pablo, mientras se recuperaba lentamente del impacto, fue apartarse del raíl, pero Pitt no solo se aferraba a él, sino que lo utilizaba para hundirle. Finalmente Pablo recobró la lucidez y comprendió que necesitaba aire, así que movió los pies a un lado para huir de Pitt y del raíl.

Entonces pasó algo raro: en vez de subir, fue atraído a las profundidades por una fuerza invisible. Nervioso, echó los brazos hacia atrás y se aferró al raíl mientras movía las piernas como loco.

Al otro lado del raíl, Pitt dejó de impulsarse con las piernas, pero el dolor de sus oídos le informó de que estaban siendo absorbidos hacia el fondo.

Se habían caído en la cámara justo encima de uno de los sumideros del fondo. Cuando se abrían las válvulas dentro de los pozos, el agua de la cámara pasaba a través de ellas y fluía por un conducto lateral que se comunicaba con otro aún mayor empotrado en la pared. La enorme tubería, de más de cinco metros de diámetro, desaguaba en el lago Miraflores.

Cerca de la superficie casi no se percibía el remolino del agua que salía de la esclusa. Al fondo de la cámara, por el contrario, la vorágine era tan poderosa que no dejaba escapatoria. Como había hecho Pablo, Pitt soltó un momento el raíl e intentó impulsarse hacia la superficie con los pies, pero la succión del agua era más fuerte. Tras rozar a Pablo, se aferró otra vez al raíl y se colocó paralelo al fondo.

La atracción del agua se intensificaba, tirando de ellos con fuerza hacia la boca del pozo, de más de un metro de anchura. Pese a la resistencia de Pablo, sus piernas y su tronco fueron succionados a través del conducto. También lo habría sido el raíl de no ser porque Pitt hizo el esfuerzo de colocarlo de lado en el último segundo y atravesarlo en el pozo circular de hormigón. Gracias a ello los dos hombres se vieron frenados bruscamente. Ni uno ni otro se habían dado cuenta de la fuerza del agua, y

ambos estuvieron a punto de soltarse.

El impacto hizo perder el equilibrio a Pitt, que fue aspirado por el pozo con las piernas por delante y se encontró al lado de Pablo, aferrado como él al raíl de acero mientras miles de litros de agua descargaban sobre ellos. Ahora ya no pensaban en pelearse. Ahora cada cual luchaba por su vida.

Solo habían tardado medio minuto en bajar, pero el esfuerzo los había dejado sin aire. Pablo, que había hecho lo posible por guardarlo en los pulmones desde su caída al agua, empezaba a tener dificultades. Se le había acelerado el pulso, y le dolía la cabeza. El miedo a ahogarse le impedía pensar, dejándole a merced del pánico.

A pocos centímetros, Pitt se dio cuenta de que su enemigo tenía los ojos saltones y la cara temblorosa.

Al final venció la desesperación, y Pablo se dejó llevar por sus impulsos: tras soltar el raíl empezó a mover los pies y las manos en un esfuerzo por llegar a nado hasta la superficie.

Lo tenía perdido de antemano.

Lo que hizo fue alejarse de Pitt y desaparecer en las profundidades del pozo.

Si de algo sirvió la rendición de Pablo fue para aumentar la determinación de Pitt, que se centró en no soltar el raíl, sin pensar en su dolor de cabeza ni en sus abrumadoras ganas de inhalar. Sabía que las esclusas podían llenarse o vaciarse con rapidez, y desde su caída con Pablo al interior de la cámara el nivel ya había descendido aproximadamente siete metros. Se dijo que no podía faltar mucho para que acabaran de vaciarla.

Ya tenía los dedos insensibles cuando detectó un ruido sordo bajo él. Al principio sintió que la absorción del agua se recrudecía. Eran las válvulas internas de los pozos de drenaje, que se giraban para cerrarse. Después oyó una especie de estallido y la succión del agua se detuvo.

En un primer momento de incredulidad siguió aferrándose al raíl. Al notar que subía, se soltó y movió las piernas con fuerza, a la vez que exhalaba lentamente su reserva de aire durante el ascenso. La superficie seguía a diez metros, pero los cubrió rápidamente y aspiró jadeando el aire húmedo que le acogió.

Mientras se recuperaba oyó gritos en el muelle, muy por encima de él, y un motor que se ponía en marcha. Se habían abierto las compuertas de la esclusa, y Bolcke arrancaba el bote para salir de la cámara. Dos operarios del canal que estaban echando los amarres vieron a Pitt dentro del agua y llamaron a uno de los vigilantes.

Bolcke, que también había visto a Pitt, aceleró, ignorando los cabos que le echaban. La lancha dio un salto hacia las compuertas abiertas, arrastrando el cabo de popa por el agua.

Pitt reaccionó enseguida: después de unas cuantas brazadas cortas cogió el cabo flotante, que se tensó y le arrastró por el agua mientras el vigilante le gritaba a Bolcke

que parase. Bolcke ignoró la petición y empujó la palanca.

La sensación de Pitt fue como si le arrancasen los brazos de las articulaciones, pero no soltó el cabo cuando el bote salió disparado.

Ya fuera de la esclusa, Bolcke miró hacia atrás y soltó una palabrota al ver a Pitt. Acto seguido se apartó de los controles de la embarcación y se acercó al cabo de popa para desatarlo de la cornamusa.

El cabo saltó hacia atrás, liberando al bote y a Bolcke de aquel obstinado que insistía en no despegarse de ellos.

—Rudi, te aconsejo que bajes ahora mismo.

—Vale, Hiram, ya voy.

Gunn colgó el teléfono y salió a toda velocidad de su despacho. En vez de esperar un ascensor, corrió por la escalera y en cuestión de segundos llegó al centro de informática de la NUMA.

Yaeger estaba sentado en su sillón de capitán. Frente a él, en la pantalla gigante, se observaba el lento movimiento de un carguero por un compartimento estrecho.

—¿Qué has encontrado? —dijo Gunn mirándolo.

—El canal de Panamá. Esto son las esclusas de Pedro Miguel vistas por una de las cámaras de la Autoridad del Canal. Estaba mirando sus imágenes mientras esperaba a que Dirk y Summer nos dieran noticias del asalto.

—Sí, yo también he estado esperando que llamasen.

—Pues fíjate en esto. Lo he grabado hace unos minutos.

Yaeger reprodujo una grabación anterior del mismo plano donde se veía entrar una pequeña embarcación en una de las cámaras. Pocos minutos después, un bote hinchable penetraba en la cámara paralela y se detenía junto al puesto de control.

Gunn miró fijamente las figuras que se apeaban del bote.

—Parecen Ann y Dirk.

—Conque ésa es Ann —dijo Yaeger—. No sabía muy bien cómo era. En cambio a Dirk sí le he reconocido.

Asistieron al desarrollo de los acontecimientos, incluida la pelea de Pitt y Pablo y su huida de la esclusa por el agua, que los dejó boquiabiertos.

—¿El del barco podría ser Bolcke? —preguntó Yaeger.

—Sí —dijo Gunn—; aún debe de tener los planos, porque si no Pitt no le estaría persiguiendo.

—¿Qué hacemos?

Gunn movió la cabeza con expresión aturdida.

—Sandecker —sugirió finalmente—. Más vale que llamemos a Sandecker.

El cabo se destensó en las manos de Pitt, marcando el final de su pequeño esquí acuático. Recuperó el aliento mientras veía alejarse a Bolcke por el lago.

No le había arrastrado lejos por el lago Miraflores. A unos metros, en la orilla, había un barco amarrado a un espigón. Nadó hacia él y lo alcanzó. Era un pequeño remolcador auxiliar que usaba la Autoridad del Canal como refuerzo de los remolcadores con los que guiaba las maniobras de los barcos grandes.

Subió a bordo y, tras desatar sigilosamente los amarres, se acercó a la cabina, puso en marcha el motor y se apartó de la orilla sin que el personal de guardia, ocupado en ayudar en las operaciones de la esclusa, se fijase en él. Al internarse por el lago aceleró al máximo para dejar atrás un gran objeto que flotaba en el agua. Era el cadáver de Pablo, aplastado y destrozado por su viaje mortal a través de los conductos de drenaje.

El remolcador no podía competir con la lancha, pero tampoco hacía falta. El lago Miraflores era pequeño, apenas una milla de longitud. Bolcke no podía perderse de vista y, si pretendía huir, tendría que pasar por otra serie de esclusas. Pitt, que le seguía a media milla, no tardó en darse cuenta de que albergaba otras intenciones.

La lancha se aproximó a un gran carguero detenido en el lago y esperó a que desplegasen la escalera. Dos hombres de rasgos asiáticos armados bajaron por ella y acercaron el bote. Bolcke dejó en manos de uno de los hombres el cubo que contenía los planos del *Flecha de los mares* y bajó del barco.

Pitt, que se acercaba por la popa, vio que el carguero, de casco negro, se llamaba *Santa Rita* y llevaba el pabellón de Guam. Llegó como un rayo antes de que los tres hombres alcanzasen el final de la escalera.

Cuando Bolcke vio a Pitt en la cabina, le miró como a un fantasma y habló rápidamente con los hombres armados.

El que llevaba el cubo corrió al barco. En cambio, el segundo le apuntó con su arma desde la escalera. Tras examinar con cautela el remolcador, disparó una ráfaga de advertencia al agua y desplazó el cañón hacia la cabina, donde estaba Pitt. Éste no se hizo de rogar y se alejó del flanco del remolcador.

Mientras Bolcke subía al carguero, Zhou se acercó a la borda.

—Bienvenido —dijo con algo de emoción.

Bolcke tenía los ojos muy abiertos y jadeaba por el esfuerzo de subir a bordo.

—Han embestido mi barco y lo han hundido. Mi complejo ha sido atacado y destruido. Hemos perdido el motor, y a Pablo, mi ayudante, pero he podido escaparme con los planos de la supercavitación, que valen más que el motor.

Zhou miró fijamente al austríaco, aliviado de que no recayeran en él las sospechas por la destrucción del complejo. De todos modos, la pérdida del motor del *Flecha de*

los mares era un fracaso, incluso con los planos en la mano.

—Eso cambia nuestro acuerdo.

—Sí, claro, pero ya hablaremos. De momento tenemos que salir lo antes posible de las esclusas de Miraflores.

Zhou asintió con la cabeza.

—Somos los siguientes en la cola. ¿Quién iba en el remolcador?

Bolcke miró la embarcación que se alejaba.

—Nadie, un incordio. Ya no puede detenernos.

El incordio de Pitt había adelantado al *Santa Rita* buscando algún modo de frenar el barco y hacerse con los planos. Él solo, en el remolcador, tenía pocas opciones. Examinó la parte del lago que tenía delante y vio que al final la estrecha vía de agua se bifurcaba. El ramal sur llevaba a una pequeña presa que controlaba el nivel del lago. Al norte estaban las dos esclusas también llamadas Miraflores. Una de las cámaras acababa de abrir sus compuertas a un gran crucero.

Pitt sabía que las esclusas serían un callejón sin salida. Seguro que Bolcke tenía la misma influencia pecuniaria en Miraflores que en Pedro Miguel. Cualquier llamamiento a impedir el paso del carguero por las esclusas daría como resultado que le detuviesen, como a Dirk y Ann, hasta que el *Santa Rita* estuviera sano y salvo en el mar. Tenía que encontrar otra manera.

Al navegar junto a la orilla le llamó la atención una vieja barcaza llena de lodo, amarrada cerca de la presa. Siguió hasta las esclusas e invirtió su rumbo. Visto más de cerca, el crucero le había resultado familiar. Se colocó detrás para verificar el nombre escrito en su algo maltrecha cubierta de popa. Finalmente sonrió: se le había ocurrido un plan.

—Magnífico —murmuró—. Simplemente magnífico.

—Capitán, una llamada del remolcador que se ha puesto a babor.

El capitán Franco cruzó el puente del crucero y recogió el auricular de manos del oficial de cubierta.

—Aquí el *Sea Splendour*. Soy el capitán Franco.

—Buenos días, capitán, aquí Dirk Pitt.

Pitt sacó la cabeza de la cabina del remolcador y saludó al crucero con la mano.

—¡Amigo Pitt! —dijo el capitán, sorprendido—. El mundo es realmente un pañuelo. ¿Qué hace usted aquí? ¿Trabaja en la Autoridad del Canal?

—No exactamente. Necesito su ayuda para una situación muy grave.

—Claro. Le debo mi barco y mi carrera. ¿Qué necesita?

Tras unos minutos de conversación, Franco colgó con mala cara y se acercó al piloto que le habían asignado, el cual hacía un seguimiento de la ruta desde su puesto en el timón.

—Roberto —empezó el capitán con una sonrisa forzada—, te veo con hambre. ¿Por qué no bajas a comer algo rápido en el comedor? Ya te llamaremos al puente cuando nos acerquemos a las esclusas de Pedro Miguel.

La propuesta animó al piloto canoso, que trataba de sobreponerse a una resaca de ron.

—Gracias, capitán. No tendrán ningún problema. En el lago el canal es muy ancho.

Se fue del puente. El primer oficial miró a Franco.

—Esto es insólito, capitán. ¿Qué hace?

Franco se acercó entonces al timón y miró por la ventana con aire ausente.

—Completar la carrera que debería haber terminado en Valparaíso —dijo en voz baja, antes de ordenar que el barco diera media vuelta.

Pitt apartó el remolcador del crucero y se fue a toda velocidad hacia la orilla. Su objetivo era la barcaza oxidada, usada aún en las operaciones de dragado del canal y que, casi llena de lodo, se asentaba profundamente en el agua en espera de ser remolcada y abandonada en el Pacífico.

Se colocó entre la orilla y la barcaza, a cuya borda amarró el remolcador, y corrió por la pasarela de cubierta. Cerca de la proa encontró el cabo de amarre, una gruesa soga que le costó desprender de una gran cornamusa. Tras lanzarla por un lado de la embarcación, regresó al remolcador y se puso manos a la obra.

Arrimado a un flanco de la barcaza, la empujó hacia aguas más profundas, y al comprobar que su deriva la acercaba al canal principal se apartó, se colocó detrás de su popa plana y la empujó hacia las esclusas.

A algunos cientos de metros, el barco chino *Santa Rita* se acercaba lentamente a

ellas en espera de que se abriesen las compuertas. Pitt miró por encima del hombro y vio acercarse por detrás el *Sea Splendour*, que había usado los propulsores de proa para realizar un giro rápido.

En un primer momento, al ver el *Sea Splendour*, el crucero al que había salvado en Chile, se le había ocurrido utilizarlo para bloquear la entrada a las esclusas, pero el *Santa Rita*, ya posicionado ante estas últimas, no dejaba espacio para la intromisión del buque. El plan alternativo era mucho más audaz, por no decir insensato: ya que no podía cerrarle el paso a las esclusas al *Santa Rita*, le impediría salir de ellas; y eso, desde el lago Miraflores, solo se podía hacer de una manera.

Empujó la barcaza, guiándola hacia las esclusas. Acto seguido viró hacia el sur siguiendo la bifurcación. En vez de ir hacia las esclusas, ahora el remolcador y la barcaza se dirigían a la presa adyacente. Pitt reparó en la gran sombra del crucero, que se cernía sobre él atronadoramente.

—Todo listo en el *Sea Splendour* para cuando diga —chisporroteó la radio.

—Recibido, *Sea Splendour*. Los ayudo a entrar.

Apartó el remolcador de la barcaza y dirigió el crucero al mismo sitio. El *Sea Splendour*, con su alta proa casi pegada a la popa del remolcador, siguió avanzando.

—De maravilla, *Splendour* —dijo Pitt—. Metedle caña.

El crucero, que empujaba la barcaza, aplicó brevemente toda su potencia; fue una simple ráfaga, pero bastó para lanzarla por el agua a gran velocidad.

Pitt, con su remolcador, trató de no quedarse rezagado, mientras veía acercarse la presa hasta que la tuvo a menos de cien metros.

—Contramarcha —indicó por la radio—. Gracias, *Sea Splendour*, ya me encargo yo del resto.

—Que tenga suerte, señor Pitt —dijo Franco.

Recurriendo a toda la potencia del remolcador, Pitt dio alcance a la barcaza por la popa, mientras que el crucero invertía su marcha.

La barcaza llena era como un tren de carga descontrolado. Lo único que hacía el remolcador era conservar su impulso. Pitt tocó su popa y se mantuvo en línea con ella, lanzado a toda máquina hacia el centro de la presa de hormigón. La barcaza se acercaba muy deprisa, directa hacia el canal de desagüe.

Pitt se preparó para el impacto, cuya fuerza superó sus previsiones. La proa plana de la barcaza se empotró en el canal de desagüe con un ruido metálico... y se quedó quieta. El remolcador rebotó en la popa, lanzando por encima del timón a Pitt, que volvió tambaleándose y cambió de rumbo, sopesando el fracaso de su tentativa de reventar una presa cuya construcción se remontaba a 1914: solo había conseguido encajar una barcaza en el centenario canal de desagüe.

De pronto llegó un redoble sordo desde las profundidades. La barcaza había fracturado el dique a varios metros por debajo de la superficie, y la presión del agua

del lago al penetrar a chorro en la fisura lo empeoró. De pronto se desmoronaron estruendosamente quince metros de pared, como preludio a la caída de la presa entera.

Pitt, impresionado, vio deslizarse la barcaza hasta que desapareció por el borde y provocó un impacto audible al chocar con el agua doce metros más abajo. El escape de agua se notó enseguida en el remolcador, que Pitt tuvo que apartar rápidamente para huir de la succión. El *Sea Splendour*, mientras tanto, ya se había apartado mucho: el capitán Franco se estaba apresurando a pilotar el crucero hacia la parte más profunda del lago, cerca de Pedro Miguel. Pitt centró su atención en el carguero *Santa Rita*, que, estacionado aún frente a la esclusa, esperaba el momento de acceder al Pacífico.

Al girar el remolcador, dejando a popa la presa destrozada, vio abrirse lentamente las compuertas de la cámara norte y se dijo que él había hecho todo lo posible; ahora todo dependía del tiempo y de la física.

Bolcke fue el primero en comprender lo que intentaba Pitt, y al ver que la barcaza era absorbida por la brecha de la presa se volvió hacia Zhou en el puente del *Santa Rita*.

—Pretende hacer bajar el nivel del agua para que no podamos salir. Tenemos que entrar ahora mismo en las esclusas.

Zhou no dijo nada. Él no controlaba las compuertas. Por eso le sorprendió que poco después empezaran a abrirse, como si hubieran recibido una orden. El carguero chino avanzó lentamente y penetró en la cámara, mientras lo ataban con cabos a las pequeñas locomotoras del muelle.

Bolcke, habitual de las esclusas, reparó enseguida en que pasaba algo raro. La cubierta principal del carguero quedaba bastante por debajo de la superficie del muelle, cosa que no debería haber sucedido en una cámara bien desaguada. El nivel del agua ya era unos metros inferior al normal.

Corrió hacia la radio del barco y empezó a dar gritos por el transmisor.

—¡Tránsito Central, aquí el *Santa Rita*! ¡Cierren enseguida las compuertas detrás de nosotros! ¡Repito, cierren las compuertas detrás de nosotros!

Dentro del puesto de control de las esclusas de Miraflores se ignoró sin reparos la llamada. El personal estaba ocupado en intentar averiguar qué sucedía en el canal de desagüe. Alguien había visto el *Sea Splendour* y un remolcador en sus inmediaciones, pero nadie había notado nada hasta el desplome de la barcaza. La movilización de las fuerzas de seguridad de la esclusa fue inmediata. Se mandaron barcos para investigar la presa por ambos lados.

Una lancha blanca y negra interceptó a Pitt de camino a la esclusa. Adelantándose al personal de seguridad, Pitt detuvo el remolcador y les gritó:

—Un barco pequeño ha perdido el control y se ha caído por la presa. Llevaba a mucha gente a bordo. Tienen que buscar supervivientes. Yo vuelvo a la esclusa para pedir refuerzos.

El jefe de seguridad se lo creyó y mandó a la lancha a investigar, sin cuestionarse hasta más tarde la presencia de Pitt en un remolcador de la Autoridad del Canal.

Pitt siguió adelante. En un momento dado vio a lo lejos un barco gris que esperaba para entrar en la cámara sur por el lado contrario. Él se dirigió a la norte en pos del *Santa Rita*, al fijarse en que el estrecho lago se estaba desaguando a mayor velocidad de la prevista. La superficie cada vez tapaba menos un gran conducto que alimentaba las cámaras con agua del lago.

Se alegró de ver que las compuertas de la cámara del *Santa Rita* aún estaban abiertas. Introdujo por ellas la proa del remolcador. Al otro lado era aún más evidente hasta qué punto había descendido el agua. La cubierta principal del *Santa Rita* no podía estar a menos de siete metros por debajo del muelle.

De todos modos no era suficiente. Al ir hacia el Pacífico, el *Santa Rita* bajaría algo más de ocho metros antes de salir de la cámara. Sería necesario que el nivel del agua descendiese mucho más para evitar que el barco siguiera su camino.

—Tránsito Central a Remolcador Auxiliar 16. Comunique sus actividades, por favor —dijo una voz por la radio.

Pitt cogió el transmisor.

—Tránsito Central, aquí seguridad. Estoy buscando posibles daños en las compuertas de la cámara norte.

Bolcke no tardó mucho en intervenir.

—Tránsito Central, ese remolcador lo pilota un farsante. Es el que ha provocado los daños de la presa. Deténganle enseguida.

Pitt apagó la radio, sabiendo que se había acabado el juego. Ahora lo único que podía hacer era mantener las compuertas abiertas con el remolcador, pero no hasta el punto de morir en el intento. Delante, en la cubierta del *Santa Rita*, aparecieron varios hombres armados que tomaron posiciones por las bordas laterales y de popa. Fuera del campo visual de Pitt, un contingente de guardias de seguridad de la Autoridad del Canal salió del puesto de control y corrió hacia el remolcador.

Algunos centenares de metros más allá se derrumbaron los últimos vestigios de la presa de Miraflores, y el caudal que fluía por ellos se amplió. En las orillas del lago había bajado drásticamente el nivel del agua, y los alrededores del canal habían quedado empantanados. Al mismo tiempo aumentó la succión del agua restante, y al bajar la palanca del acelerador Pitt sintió retroceder la embarcación. Durante esos momentos fugaces en los que volvió a salir por las compuertas constató que el conducto externo ya era visible en su integridad. Desde su entrada en la cámara, el nivel había bajado casi cuatro metros y aún salía agua por las compuertas abiertas.

Se metió otra vez en la cámara al ver que empezaban a cerrarse. El operario que las manejaba había dado la orden sin tener en cuenta la integridad del remolcador. Pitt se planteó bloquearlas, pero se dio cuenta de que la embarcación quedaría aplastada por sus seiscientas toneladas; sin embargo, al mirar de nuevo el *Santa Rita* comprendió que ya no tenía importancia.

El barco se veía un poco escorado hacia estribor, flanco en el que se apoyaba en un lado de la cámara. El nivel del agua en esta última había bajado bastante para dejar el buque apoyado en su quilla.

Aceleró para cruzar las compuertas antes de que se cerrasen y acercarse al *Santa Rita*, hasta que rebotó en la cubierta delantera de babor. Enseguida aparecieron hombres armados que apuntaron a Pitt en el momento en que amarraba el remolcador al barco. Caminó hacia la borda con los brazos en alto y subió al carguero. Uno de los hombres le clavó en la garganta el cañón de un AK-47 y le amenazó en mandarín.

Pitt le miró con una sonrisa dura.

—¿Dónde está vuestro jefe?

No tuvo que esperar a un traductor. Poco después aparecieron Bolcke y Zhou, que habían asistido a su llegada. Zhou le miró con curiosidad, sorprendido de volver a verle tras su encuentro en la selva; en cambio, la mirada que clavó Bolcke en él fue de rabia en estado puro.

—Creo que llevan ustedes algo que pertenece a mi país —dijo Pitt.

—¿Está usted loco? —vociferó Bolcke.

—En absoluto. Se ha acabado el juego, Bolcke, y usted ha perdido. Entrégueme los planos.

—No diga tonterías. Dentro de poco saldremos de la esclusa... y pasaremos sobre su cadáver.

—No irán a ningún sitio —dijo Pitt—. Su barco está varado, y en el conducto no hay bastante agua para volver a llenar esta cámara.

En el puesto de control, el operario de la esclusa había llegado a la misma conclusión. Ahora, en el punto ocupado por el *Santa Rita*, el nivel del agua era considerablemente más bajo que en la siguiente cámara. Con semejante diferencia de nivel entre ambos lados era imposible que abriesen las compuertas de salida.

—Es muy fácil: soltarán más agua del lago Gatún y nos iremos —dijo Bolcke.

—Pero no con los planos.

—Mátele, Zhou. —Bolcke se volvió hacia el agente—. Mátele de una vez.

Zhou calibraba sus opciones.

—No esperaba de usted que le llevase gratis —le dijo Pitt—. Supongo que no le habrá explicado quién acaba de volar su complejo. Me parece que tienen varias cosas de que hablar.

Por el rostro de Bolcke pasó la sombra de una sospecha.

—Mentiras —replicó—. Puras mentiras.

Sus ojos, sin embargo, delataban la desesperación de haberse dado cuenta de que todo su mundo se venía abajo. Ya solo le quedaba hacer callar al mensajero.

Se volvió hacia el hombre armado a quien tenía al lado y le arrebató el AK-47 para apuntar a Pitt. Mientras buscaba el gatillo se oyó un disparo. Un círculo muy rojo apareció en la sien de Bolcke. Sus ojos, llenos de rabia, se quedaron en blanco, y el minero austríaco cayó en cubierta soltando el fusil automático, que rebotó por el suelo.

Pitt vio a Zhou con el brazo extendido. Tenía en la mano una pistola china de 9 milímetros, con humo en el cañón. Zhou se volvió lentamente hasta apuntar al pecho de Pitt.

—¿Y si hago lo que me ha pedido Bolcke y le mato ahora mismo?

Pitt, que acababa de ver una sombra con el rabillo del ojo, sonrió con malicia al agente chino.

—Me acompañaría a la muerte un segundo después.

Zhou percibió sin verlo un movimiento sobre su cabeza, y al levantar la vista vio que en el muelle se alineaban una docena de hombres armados que apuntaban hacia él y su tripulación con carabinas M4. Eran soldados de la marina a bordo de un destructor Spruance, que estaba en la esclusa adyacente.

El rostro de Zhou no reflejó ninguna alarma.

—Esto podría crear un incidente incómodo entre nuestros dos países —dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó Pitt—. ¿El arresto de unos insurgentes chinos armados a bordo de un barco con bandera de Guam, mientras ayudaban a pasar a un cruel traficante de esclavos? Sí, supongo que tiene razón: sería incómodo, al menos para uno de los dos países.

La voz de Zhou titubeó al contestar.

—¿Y si devolvemos los planos?

—En ese caso supongo que nos despediríamos con un buen apretón de manos, y todos felices.

Zhou contempló los ojos verdes de Pitt, escrutando a aquel enemigo tan cordial que se las había arreglado para sacar la mano vencedora. Después se volvió y le dijo algo a uno de sus hombres, que bajó despacio el arma y fue hacia el puente. Poco después volvió con el cubo cerrado que contenía los planos del *Flecha de los mares* y se lo dio a Pitt de mala gana.

Después de cogerlo Pitt fue hacia la borda. A medio camino, sin embargo, se detuvo, regresó hacia Zhou y tendió la mano. Zhou le observó un momento antes de cogerla y estrecharla con vigor.

—Gracias por salvarme la vida —dijo Pitt—. Dos veces.

Zhou asintió con la cabeza.

—Es posible que acabe por arrepentirme de la primera —respondió, esbozando a duras penas una sonrisa.

Pitt regresó a la borda y, con el cubo bien sujeto, subió por el lado de la cámara, donde había una escalerilla. Al llegar al final hizo un gesto de agradecimiento con la mano a los soldados de la marina... antes de ser detenido sin demora por las fuerzas de seguridad de la Autoridad del Canal.

EPÍLOGO.

LA MUERTE ROJA

—Parece que tenemos compañía, jefe.

Sentado en una tumbona, bajo una sombrilla, Al Giordino abrió una nevera con el pie para tirar una botella vacía de cerveza. Después cerró la tapa, apoyó su pierna vendada en la nevera y vio acercarse la motora. Iba vestido como para un día de playa, con shorts y camisa hawaiana, pese a hallarse en una barcaza en pleno canal de Panamá.

—Espero que no sea otro representante de la Autoridad del Canal —comentó Pitt, que, arrodillado cerca, en la cubierta, comprobaba el estado de varios instrumentos de inmersión.

—La verdad es que parece nuestro hombre de Washington.

La motora se acercó a la barcaza. Quien saltó a bordo fue Rudi Gunn, con una bolsa de viaje al hombro, pantalones de sport, camisa de vestir y sudor por todo el cuerpo.

—Se os saluda, destructores de canales —dijo, y abrazó a sus viejos amigos—. Nadie me había dicho que este sitio sería aún más agobiante que Washington en agosto.

—Tampoco está tan mal —objetó Giordino sacándole una cerveza de la nevera—. Aquí los caimanes son más pequeños.

—Tampoco hacía falta que vinieras a vernos en avión —añadió Pitt.

—Os aseguro que es un placer irme de esa ciudad. Con lo de la destrucción de la presa y tanto barco hundido habéis creado una pesadilla para las relaciones públicas.

Gunn miró un gran barco verde varado en la orilla del canal. Junto a su proa destrozada se apiñaba una brigada de trabajadores que efectuaban las reparaciones necesarias para reflotarlo.

—¿Es el *Adelaide*?

—Sí —dijo Pitt—, y estamos parados encima del *Salzburg*.

Gunn movió la cabeza.

—Los panameños están que trinan. Entre la reparación del canal, el rescate del *Salzburg* y las indemnizaciones por el tráfico perdido, el tío Sam tendrá que extenderle un cheque bastante sustancioso a este país.

—Teniendo en cuenta lo que hemos estado a punto de perder, sigue siendo una ganga.

—No te lo puedo discutir. Sandecker está encantado, y el presidente, sumamente agradecido, pero por motivos de seguridad no puede divulgar lo que estaba en juego, y ahora le están metiendo mucha caña por lo que Panamá llama «aventurerismo temerario de los americanos».

Giordino sacó otra cerveza de la nevera e hizo saltar el tapón.

—¿Aventurerismo temerario de los americanos? Brindo por eso.

—Claro que el presidente —siguió Gunn— se alegrará mucho más si devolvemos el motor del *Flecha de los mares*.

—Ahora mismo está en ello mi mejor equipo —dijo Pitt.

Gunn miró hacia el otro lado del canal. Tenían anclado cerca un destructor gris de la marina.

—Un Spruance —comentó Pitt—. Nuestra escolta y, si tenemos suerte, nuestro barco de rescate. —Miró a Gunn a los ojos—. Fue una suerte que lo enviaseis justo en aquel momento a las esclusas. Sin el destacamento armado que desplegaron, probablemente yo no estaría aquí.

—Hiram y yo vimos lo que pasaba por el sistema de videovigilancia del canal y, como daba la casualidad de que el Spruance iba a cruzarlo, aceleramos su paso. Bueno, mejor dicho, lo aceleró el vicepresidente Sandecker.

Gunn miró por la borda y vio las burbujas que subían a la superficie, enviadas por los buzos.

—¿Cómo le ha ido al crucero?

—¿Al *Sea Splendour*? Su capitán ya se daba por finiquitado, pero ha pasado algo curioso: los medios italianos le han convertido en héroe por su papel en frenar a Bolcke y desvelar la existencia del campo de esclavos. Al enterarse de que todos los daños correrían a cargo de nuestro gobierno, la naviera le ha dado una medalla y un ascenso. A quien no le ha ido tan bien es al piloto del canal que estaba a bordo en ese momento: se ha quedado sin trabajo, aunque tengo entendido que el capitán Franco le ha encontrado una plaza en la naviera.

Gunn sonrió.

—A ver si a mí me encuentra otro trabajo.

Las burbujas fueron haciéndose más grandes hasta que aparecieron los dos buzos. Gunn reconoció a Dirk y a Summer, que nadaron hasta una escalera de inmersión y subieron a bordo.

—Hola, Rudi —dijo Dirk—. ¿Te vienes a bucear con nosotros? El agua está caliente.

—No, gracias. —Gunn miró con recelo el agua turbia—. ¿Alguna señal del motor?

—Lo hemos encontrado intacto. Aún estaba atado a la plataforma del camión —respondió Summer—. Por alguna razón cayó lejos de los demás contenedores y del *Salzburg*.

—El camión está bastante hecho polvo, pero en el motor no he visto daños —explicó Dirk—. En principio el Spruance debería sacarlo sin problemas.

Gunn suspiró.

—¡Qué buena noticia! Ahora la NUMA no tendrá que pagar una presa nueva —

dijo con una mirada de reojo a Pitt.

—No es en lo que somos expertos —contestó Pitt riéndose—. Para lo que sí tenemos permiso de la Autoridad del Canal es para mover el *Salzburg*; vaya, que parece que tenemos varios días por delante para disfrutar de este clima tan suave.

Gunn se secó la frente con la manga.

—Conmigo no contéis. Lo que me gustaría es llevarme a Dirk y Summer para que me ayuden a informar de lo ocurrido. —Gunn metió la mano en su bolsa de viaje—. Lo cual me recuerda que me han pedido que os entregue un paquete.

Hurgó en su interior hasta encontrar lo que buscaba, una fina caja que dio a Summer. Al abrirla, la joven sacó una larga carta escrita a mano y enganchada a un diario encuadernado en piel.

Mientras Summer leía la carta por encima, Dirk miró la caja y se fijó en el remite.

—Es de Perlmutter. ¿Qué tiene que decir St. Julien?

—Dice que no vamos a volver con Rudi a Washington —contestó Summer con una mirada persuasiva a su padre—. Lo que vamos a hacer es un viaje a Tierra del Fuego.

Al sur de Alexandria, el paseo de Mount Vernon era una estampa de tranquilidad cuya paz no se veía perturbada más que por el escaso tráfico en sordina de una carretera. Por el camino de la orilla solo había algunos corredores y ciclistas que, madrugadores, se apresuraban a cumplir con su ejercicio diario antes de que empezase la jornada laboral.

Dan Fowler hizo el esfuerzo de cubrir corriendo los últimos tramos de sus cinco kilómetros de recorrido, y tras atravesar una línea de meta imaginaria redujo el paso y se acercó caminando a beber de una fuente de agua fresca y potable.

—Buenos días, Dan. ¿Has corrido bien?

Se atragantó y dio media vuelta con agua en la barbilla. Le era imposible disimular el impacto de oír aquella voz tan conocida y encontrarse frente a frente con Ann Bennett, tan formal en su atuendo, como de costumbre.

—Ann... ¿Qué tal? —balbuceó.

—Estupendamente.

—¿Dónde estabas? Nos tenías a todos preocupadísimos.

—Es que he tenido que hacer un pequeño viaje.

—Pues no se lo dijiste a nadie. Hemos dado orden de búsqueda a la policía. ¿Va todo bien?

—Sí. Ha sido por un asunto personal que me surgió sin esperarlo.

Fowler, nervioso, miró a su alrededor y solo vio a unos cuantos corredores y a un hombre que estaba arreglando una rueda pinchada de su bicicleta.

—¿Vienes sola? Temía que estuvieras en peligro.

—Estoy perfectamente. Y solo quería hablar contigo en privado.

—Claro. —Fowler vio un bosquecillo junto al Potomac que les brindaba cierta intimidad—. ¿Por qué no caminamos?

Apartó con suavidad a Ann del camino.

—Mientras estaba fuera he tenido mucho tiempo para pensar en el caso —empezó ella.

—Seguramente no estés al corriente de las últimas novedades —dijo Fowler para sondearla—. Alguien secuestró uno de los motores de propulsión del *Flecha de los mares* cuando lo transportaban desde Groton.

—Sí, ya lo sabía. ¿Hay sospechosos?

—No. El FBI se ha encontrado en una vía muerta.

—No me sorprende. Una cosa, Dan, ¿tú qué sabes del sistema SAN?

—¿SAN? ¿No es una especie de aparato antidisturbios salido de los fogones del ejército? La verdad es que no sé mucho.

—Tú lo has dicho, de los fogones. —Ann pensó en su primer encuentro con el

aparato en Nueva Orleans—. ¿No me habías dicho que estuviste en el laboratorio de investigación del ejército?

—Sí, una pequeña temporada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Según su director de personal, eras el responsable de seguridad del programa del Sistema Activo de Negación, y como tal debiste de tener acceso a todos sus planos. Quizá te interese saber que el ejército no es el único que dispone de esa tecnología. De hecho, Edward Bolcke lleva una unidad en uno de sus barcos.

—¿Adónde quieres llegar, Ann?

—Dan, ¿cuánto tiempo llevas a sueldo de Bolcke?

Casi habían llegado a los árboles. Fowler sonrió.

—Pero qué ridiculeces dices. Sabes tan bien como yo que quien tiene más números de ser el chaquetero es Tom Cerny, el de la Casa Blanca. Francamente, Ann, no deberías tirarte al agua sin saber nadar.

Ann ignoró el insulto.

—Muy buena pista falsa, la de Cerny. Me la creí hasta que consulté en detalle sus credenciales de seguridad. Pese a tus indirectas, no ha tenido nunca ninguna relación con las tecnologías militares de las que estamos hablando. Tampoco ha pisado Centroamérica en los últimos veinte años. Está limpio.

Fowler siguió callado según llegaban a los primeros árboles.

—Por otra parte —dijo Ann—, acabo de descubrir que fuiste socio fundador de SecureTek, la empresa contratista del gobierno que más tarde compró Edward Bolcke.

—Te excedes en tus conclusiones.

—¿Ah, sí? Pues hemos encontrado transferencias de la compañía de Bolcke a una cuenta bancaria a tu nombre aquí en Washington.

Esta vez era un farol, pero confiaba en que lo demostrasen futuras investigaciones.

Fowler seguía adentrándose por la arboleda.

—Supongamos que tienes razón —dijo al cabo de una larga pausa—. Y ahora ¿qué?

—Serás juzgado por espionaje y pasarás el resto de tu vida en la cárcel.

Como ya no le veía nadie, se lanzó sobre Ann, le pasó un brazo por el cuello y la hizo chocar contra un gran roble rojo.

—No —repuso—, yo creo que se acaba aquí.

Ann se quedó inmóvil contra el árbol mientras Fowler sacaba un pañuelo del bolsillo y lo enroscaba para hacerlo más fino. Después lo pasó por el cuello de Ann y estiró los cabos para estrangularla.

Ann forcejeaba, pero Fowler era demasiado fuerte. La tenía sujeta con las piernas contra el árbol. A Ann le daba vueltas la cabeza. Ya empezaba a asfixiarse cuando

oyó detrás de su atacante una voz ronca.

—¡Suéltala!

Fowler se volvió y vio a dos hombres vestidos de corredores que le apuntaban a la cabeza con pistolas Glock. El siguiente en llegar fue el hombre a quien había visto arreglando una bicicleta. Tenía una subametralladora H&K.

—¡FBI! —exclamó—. Queda usted detenido.

Fowler soltó poco a poco a Ann y dejó caer el pañuelo al suelo. Uno de los agentes del FBI le apartó bruscamente. Otro le esposó las manos en la espalda.

Antes de que se lo llevaran, Ann se acercó a él y le miró a los ojos.

—Te aseguro, Dan, que sé nadar.

Frente a las costas de Tierra del Fuego, el mar hacía honor a su apodo latitudinal de Cincuenta Furiosos. Soplaban un fuerte viento del oeste, levantando olas que rompían en dibujos tormentosos, y a toda esta furia se sumaba la vorágine de unas corrientes que empujaban de un lado a otro algún que otro iceberg llegado de la Antártida. Con el paso de los siglos, la suma de estas fuerzas había sepultado a muchos barcos en las gélidas aguas del cabo de Hornos. Solo faltaba un buen *williwaw*, esas ráfagas bruscas y violentas que golpeaban el cabo sin previo aviso.

Una barca pesquera avanzaba animosa por el temporal, dando a sus ocupantes la impresión de estar en una montaña rusa. Dentro de la cabina, Summer se aferró a la mesa de cartas, mientras el barco se deslizaba por una ola de cinco metros.

—¿No podrías haber encontrado un barco más grande? —se lamentó.

Dirk sonrió y negó con la cabeza. En la ciudad argentina de Ushuaia la oferta náutica con disponibilidad inmediata no era muy abundante. Él se consideraba afortunado por haber podido alquilar la barca. La travesía desde Ushuaia por el canal de Beagle había sido relativamente plácida. Al llegar a mar abierto, sin embargo, se había producido un cambio radical.

—Lo de allí delante es Isla Nueva —dijo el capitán, un hombre fornido y con el pelo blanco.

Summer vio por la ventana de la cabina una isla verde y montañosa a una milla.

—Es bonita, con una especie de belleza inaccesible. ¿Qué tamaño tiene?

—Unos tres kilómetros de punta a punta —dijo Dirk—. Deberíamos poder rastrear todo el contorno en cuatro o cinco horas.

—Pues sí que acabó lejos de casa...

Summer se refería al *Barbarigo*. Aquella búsqueda improvisada se basaba en el paquete enviado por Perlmutter a Panamá, en el que habían encontrado un diario de a bordo del marino Leigh Hunt con anotaciones sobre su vuelta al mundo. Intrigado por el descubrimiento de Summer en Madagascar, Perlmutter había localizado a la familia, y uno de los hijos de Hunt había encontrado el diario tras una larga búsqueda en el desván de la casa familiar. El diario refería con detalle la posición del marino al avistar el Espectro del Atlántico Sur.

Summer cogió el diario y volvió a consultar las entradas de Hunt mientras subían y bajaban con las olas.

—Dice que vio el Espectro cuando estaba navegando al norte de las islas Nueva y Lennox, y que iba a la deriva hacia la Nueva, o sea, que lo más probable es que la corriente lo llevase hacia la costa oeste de la isla.

La barca pesquera se estaba aproximando a la costa oriental de Isla Nueva, compuesta por acantilados altos y oscuros en los que las olas, al romper en una orilla

tan rocosa, levantaban nubes de espuma.

—Espero que la costa del otro lado no sea tan abrupta —dijo Dirk—. Como chocase con alguna de estas rocas no podremos encontrarlo en este viaje.

Pidió al capitán que se acercara todo lo posible a la orilla, y empezaron a reconocer la isla en el sentido de las agujas del reloj. De momento buscaban señales visibles del submarino, en el supuesto de que se hubiera quedado varado. Si la batida resultaba infructuosa, la seguiría una exploración con sónar de las aguas de la zona con la incorporación de un barco de reconocimiento de la NUMA.

Llegaron al lado norte de la isla, pasando junto a rocas gigantescas que podrían haber aplastado cualquier embarcación que se acercase a ellas. Dos localizaciones marcadas en las fotos por satélite resultaron ser formaciones rocosas que no pasaban de guardar una vaga similitud con un submarino.

A medida que iban hacia el oeste, la costa se aplanaba y dejaba a la vista una mezcla de playas de arena gruesa y accidentadas rocas.

—Estamos llegando a la tercera localización —dijo Dirk comparando una foto por satélite con la pantalla de navegación de la barca pesquera.

Summer miró por los prismáticos, aunque el vaivén de la cubierta le dificultaba mantenerlos enfocados.

—Avísame cuando la tengamos justo delante.

Dirk siguió el recorrido del barco por el mapa.

—Estamos a punto.

Al estudiar la costa, Summer vio una pequeña playa de grava entre dos formaciones rocosas. Justo cuando acababa de avistar una forma lisa, una gran ola la arrojó contra el mamparo.

—Un poco más cerca.

Volvió a buscar el mismo objeto... y vio una franja lisa y redondeada entre las rocas.

—Allí hay algo, aunque no parece muy grande. —Le pasó a su hermano los prismáticos—. Échale un vistazo.

—Sí, es algún tipo de objeto artificial. —Dirk los bajó y miró a su hermana—. Vamos a ver qué hay.

El capitán tuvo que recorrer casi dos kilómetros de costa antes de encontrar una pequeña cala que los resguardara de las olas. Echaron al agua un pequeño bote de goma, y Dirk y Summer cubrieron a remo la pequeña distancia hasta la orilla. Justo cuando arrastraban el bote por la playa, llegó una borrasca que los empapó de lluvia.

—La última vez que estuvimos en una isla —dijo Dirk— habría dado cualquier cosa por una tormenta así.

Subieron por la costa bajo el aguacero, venciendo una brisa virulenta que soplaba de tierra y les acribillaba las caras de lluvia. Pese a la dureza de las condiciones, a

Summer no se le pasó por alto la áspera belleza de aquella isla situada en el extremo de Sudamérica. Bajo la lluvia, sin embargo, la costa se hacía monótona, y después de media hora caminando ya no estaban muy seguros de dónde habían avistado la anomalía.

Summer iba por el borde del agua, examinando las rocas de su entorno hasta que encontró el objeto. Era una placa de acero oxidada y curvada, de casi dos metros de longitud, firmemente encajada en las rocas.

—Me voy a lanzar —dijo Dirk—. Podría ser parte de la torre de mando de un submarino.

Summer asintió y miró hacia el mar.

—Probablemente chocó con estas rocas y se hundió delante de la costa. O se fue a la deriva por el mar.

—No —repuso Dirk con sorpresa en la voz—, creo que no hemos buscado en la dirección correcta.

Tocó el brazo de Summer y señaló hacia tierra firme. Summer solo vio una playa estrecha de grava. Al fondo había una colina rocosa, y al pie de ella una hondonada cubierta de matorros. Como la playa estaba desierta, se fijó en la hondonada... y se quedó boquiabierto.

Quince metros más lejos de la orilla se asomaban por las matas los restos de la torre de mando.

Se apresuraron a cruzar la playa e internarse por los matorrales, que escondían todo el casco del submarino. Pese a que la embarcación estaba enterrada en sus tres cuartas partes, Dirk vio que se habían acercado por el lado de popa. Solo vio un eje roto donde había estado la hélice. Caminaron junto al casco hasta llegar a la torre de mando, que sobresalía como un castillo abandonado. Summer sacó de su bolsillo una foto en blanco y negro que comparó con el casco de acero oxidado. La coincidencia era total.

Sonrió a su hermano.

—Es el *Barbarigo*.

Treparon por los maltrechos vestigios de la torre de mando, desde donde pudieron contemplar la masa imponente de la embarcación completa a través de la maleza.

—¿Cómo pudo acabar aquí arriba? —preguntó Summer.

—Alguna ola gigante, supongo. Dicen que en la zona del cabo de Hornos hay muchas. Tuvo que ser un verdadero monstruo para arrojar el submarino a esta distancia de la orilla.

Summer miró la proa.

—¿Tú crees que el cargamento sigue en su sitio?

Era la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares, y la razón de que hubieran acudido con tanta rapidez a Tierra del Fuego: Perlmutter había descubierto mucho

más que el simple diario de a bordo del marino. Había resuelto el misterio del último viaje del *Barbarigo*.

Todo empezó con el científico alemán Oswald Steiner, que subió al submarino en Malasia. Según las averiguaciones de Perlmutter, Steiner era un científico de gran prestigio, célebre por sus investigaciones sobre electromagnética avanzada. Inducido por los nazis a colaborar en programas militares, primero tuvo algunos escarceos con su programa atómico, y después se concentró en un proyecto secreto de su propia cosecha: un cañón de riel magnético.

Steiner postuló la teoría de que un proyectil lanzado a velocidades extremas podía recorrer hasta cincuenta millas, lo cual permitía a los alemanes bombardear la costa sudeste de Inglaterra desde Normandía. Para que funcionara el sistema, se necesitaban los imanes más potentes del mundo, que procedían de una fuente muy concreta: las tierras raras.

En 1942 había poca demanda de estos elementos, difíciles de extraer y refinar. Ni en Alemania ni en sus tierras conquistadas había muchos de aquellos minerales. Steiner, sin embargo, encontró una fuente capaz de satisfacer sus necesidades: una pequeña mina de granates en Malasia, controlada por los japoneses, que extraía secundariamente samarskita. Este mineral contenía altas concentraciones de una tierra rara, el samario, elemento clave para producir imanes de alto rendimiento.

Al viajar a Malasia, Steiner se llevó una gran sorpresa, la de descubrir una gran montaña de dicho mineral amasada durante años de actividad minera. Los trabajadores de la zona la llamaban Muerte Roja por su intenso color encarnado, pero fue Steiner quien determinó que poseía cierta radiactividad, causante de enfermedades entre algunos mineros.

Entusiasmado por el descubrimiento, solicitó el transporte a Alemania de la samarskita. La tarea fue asignada a un submarino italiano, el *Tazzoli*, pero lo hundieron antes de llegar a su destino. Cuando el *Barbarigo* llegó a Singapur tenía órdenes de recoger un cargamento de caucho y zinc, pero Steiner hizo que las modificasen y lo llenó con toda la samarskita que pudo. Después salió para Alemania con el cargamento y murió con la tripulación italiana después de que se vieran obligados a abandonar el submarino destrozado.

Dirk miró la cubierta de proa del *Barbarigo*, y más concretamente un punto próximo a la proa donde se veía el acero. Acto seguido bajó de la torre de mando y recorrió la cubierta de proa, sembrada de barro y piedras procedentes de la colina. Summer le siguió hasta una parte hundida, cerca de la proa. Dirk desnudó la herrumbrosa cubierta apartando la capa de tierra con el pie, y finalmente destapó una barra curva soldada horizontalmente. Era el asidero de la tapa de la escotilla de proa. Summer le ayudó a apartar los escombros hasta haber limpiado la tapa, que conservaba su rueda de cierre.

—¿Tú crees que cederá? —preguntó.

Dirk propinó con firmeza algunos puntapiés a la rueda para que se soltase.

—Si me ayudas lo averiguaremos.

Cogieron la rueda entre los dos y le aplicaron todo su peso. Después de varios intentos, el cierre renunció a sus décadas de inmovilidad y giró sin trabas. Tras un guiño esperanzado a su hermana, Dirk levantó la escotilla.

La abertura despidió un olor a moho y humedad. No se veía gran cosa, ya que el interior oscuro estaba lleno de sedimentos que casi llegaban hasta el techo. No habrían sabido decir si se trataba de arena, barro o algún mineral. Dirk metió una mano y palpó a ciegas hasta coger un puñado de la sustancia, que levantó para que la viera Summer.

Era una roca, oscura pero al mismo tiempo brillante y lustrosa. Summer reconoció tintes rojos a la luz gris del aguacero.

—¿Es la Muerte Roja?

Dirk miró la roca y sonrió.

—No, yo creo que será Oro Carmesí.

Seis meses después

Una multitud de dignatarios y veteranos de la marina, casi tres mil en total, cruzó las puertas de la base de New London bajo un cielo frío y nublado. Los visitantes fueron conducidos a un muelle con varias hileras de sillas plegables, orientadas todas al Támesis de Connecticut.

Todo el campo visual estaba ocupado por un solo objeto: el último submarino de ataque rápido de la marina, el *North Dakota*, que tras finalizar sus pruebas en el mar esperaba ser botado oficialmente antes de ponerse al servicio de su país.

Pitt y Loren se abrieron paso a través de la multitud para ocupar sus asientos en segunda fila, tras una masa de almirantes con uniforme de gala. Al ver a tantos peces gordos de las fuerzas navales, Pitt se preguntó si los asientos preferentes que ocupaban ellos dos se debían a los esfuerzos que había realizado para salvar el *Flecha de los mares* o al peso de Loren en el Capitolio. Cuando el jefe de Operaciones Navales se paró a lisonjear a su señora esposa, llegó a la conclusión de que era lo segundo.

Poco después llegó el vicepresidente Sandecker, precedido por varios oficiales del Pentágono. Siempre con su puro entre los labios, le acompañaron a un asiento cercano al podio, pero cuando vio a Pitt y Loren se escabulló para aproximarse.

—Estás deslumbrante, Loren, como siempre —dijo—, a pesar del indeseable que no te suelta el brazo.

Loren se rió.

—Bueno, mala percha no tiene. Me alegro de volver a verle, señor vicepresidente.

—¿Dónde están Summer y Dirk? Creía que vendrían.

Loren arqueó una ceja con curiosidad.

—Están los dos en Roma —explicó Pitt—. El gobierno italiano ha organizado un acto en memoria de los tripulantes del *Barbarigo* encontrados en Madagascar y ha invitado a los chicos como huéspedes de honor.

—De no ser por ellos estaríamos a la deriva —dijo Sandecker—. El descubrimiento de los restos de la tripulación ha contribuido a que los italianos nos dieran los elementos de tierras raras que llevaba el submarino. Sin eso la presentación de hoy habría quedado bastante deslucida.

Le hizo un guiño a Pitt.

—Hablando de los elementos de tierras raras —comentó Loren—, en el Capitolio he oído rumores de que los chinos van a levantar la prohibición de las exportaciones.

—Sí, es lo que nos han dicho. Desde que los Australianos se han quedado con la mina de Edward Bolcke en Mount Weld, los chinos han perdido todas sus esperanzas

de monopolizar el mercado. Por otra parte, la reconstrucción de Mountain Pass se está adelantando al calendario previsto. Por suerte, el material que quedaba en las explotaciones de Bolcke en Panamá y Madagascar ha evitado que nos quedáramos en dique seco.

En ese momento apareció al lado de Sandecker un asistente que le informó de que la ceremonia estaba a punto de empezar.

—Me llama el deber.

El vicepresidente hizo una reverencia a Loren y estrechó la mano de Pitt antes de volver a su asiento.

Poco después fue Ann Bennett quien se abrió camino por el pasillo y ocupó un asiento vacío junto a Loren.

—Hola —dijo cariñosamente—. No estaba segura de poder llegar.

—¿Vienes del aeropuerto? —preguntó Loren.

—Sí. Esta mañana condenaban a Dan Fowler, y no me lo quería perder.

—Qué coincidencia más irónica —dijo Pitt—. ¿Cuánto le han echado?

Ann sonrió satisfecha.

—Treinta años, como esperaba la acusación.

Un almirante subió al podio y anunció al vicepresidente, que pronunció un discurso emocionante sobre proteger el mar de cualquier tipo de enemigo. Siguieron varios oficiales de la marina, que hablaron con la ceremoniosidad esperada.

Durante los discursos, Ann se inclinó por encima de Loren y le susurró algo a Pitt.

—¿Ya lo han echado al agua?

Él asintió con la cabeza.

—Hace dos noches, durante los chubascos que esperaban.

—¿Listo para que lo prueben en el mar?

—Por lo que me han dicho, todos los sistemas pintan bien.

—Creía que el *North Dakota* ya había acabado la fase de pruebas —dijo Loren.

—Sí, querida, es verdad —contestó Pitt apretando los labios.

En el podio anunciaron al patrocinador honorario del *North Dakota*, que entonó la primera orden según mandaba la tradición.

—¡Todos a bordo! ¡Que se mueva el barco!

La tripulación y los oficiales del *North Dakota* subieron al submarino entre los aplausos del público. Los ojos de Pitt enfocaron más allá del barco, a una barcaza motorizada rodeada por varias boyas rojas y blancas de advertencia.

—¿Dónde está? —susurró Ann.

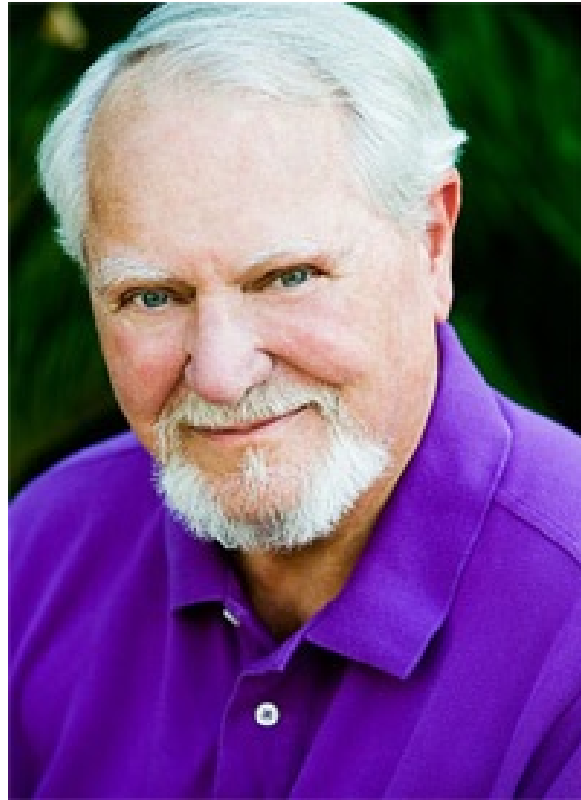
—Al otro lado, junto a la barcaza.

Loren se fijó en que algunos de los oficiales de la marina también parecían más interesados en la barcaza que en el recién inaugurado *North Dakota*.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —preguntó—. Hacéis como si aquí pasara algo más importante que la botadura del *North Dakota*. Y ¿por qué miran todos tan fijamente aquellas boyas de la barcaza?

Pitt sonrió a su esposa y le apretó la mano.

—El mar no siempre revela sus misterios —dijo—. Ni siquiera bajo la amenaza de un cuchillo de mantequilla oxidado.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Capers* (*Peligro en el*

mediterráneo). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic (Rescaten el Titanic)* con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un *parking* en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.